

libros de bolsillo
CUADERNOS *para* *el* DIALOGO

CIENCIA Y PROLETARIADO

Escritos seleccionados de Jaime Vera

Prólogo y selección de
Juan José Castillo



número cincuenta y uno de la colección
divulgación universitaria. serie: movimiento obrero

EDITORIAL CUADERNOS PARA EL DIALOGO, S. A.
EDICUSA
MADRID, 1973

© Juan José Castillo

© de la edición en castellano:

EDICUSA

Editorial Cuadernos para el Diálogo, S. A.

Jarama, 19. Madrid-2

cubierta: M. Ruiz Angeles

JAIME VERA EN LOS PRIMEROS AÑOS DEL P. S. O. E.

INTRODUCCION

A pesar de la relativa proliferación de estudios en relación con el movimiento obrero, hay una figura de notable importancia en la creación del primer partido obrero español que no ha merecido un estudio amplio, pese a ser considerada siempre como el teórico más importante del Partido Socialista Obrero Español, en vida; hasta el punto de ser calificado por Juan José Morato de «el pensamiento del socialismo español»¹. Se trata de Jaime Vera y López.

Este trabajo pretende ser solamente una primera aproximación y esbozo de otro posterior más en profundidad. Las razones: numerosos trabajos actualmente en curso sobre aspectos muy ligados a una explicación del lugar y de la aportación del movimiento obrero a la historia de España harán, seguramente, cambiar las afirmaciones-hipótesis contenidas en este texto (buena parte de los que aludía antes son tentativas). En segundo lugar, las tesis de Vera, desde la fundación del partido, sugieren la consideración de la alianza con «la burguesía avanzada» que le conducirán incluso a una separación de algunos años de la vida militante, tesis que plantean problemas importantes en el desarrollo del socialismo español (e internacional): de los «hombres honrados» de la Institución Libre de Enseñanza a los del P. S. O. E.: los krausistas imprimieron a toda la cultura española un sello característico, por ello «sería interesante el estudio de las relaciones de la I. L. E. con el socialismo, a través de figuras como la de Besteiro, Bernaldo de

Depósito legal: M. 13.412-1973

I.S.B.N. 84-229-0151-x

Printed in Spain

Impreso en España

Talleres Gráficos Montaña. Avda. Pedro Díez, 3. Madrid

¹ MORATO, J. J.: «Jaime Vera y el socialismo», Tipografía de Torrent, Madrid, 1918.

Quirós, Buylla»² y Vera, y el conjunto de la praxis teórica, política e ideológica de los militantes socialistas de los primeros años, añadiríamos nosotros.

Realmente lo que nos interesaría es determinar en qué medida Vera (como *agente*, no como individuo) representaba a la burguesía en el socialismo o a éste contra aquélla en la línea señalada por Grumwach. Y esto, además, por ver si no sólo en la práctica de la medicina «Jaime Vera es el apóstol de una etapa ulterior, la de fin de siglo, en la que el espíritu liberal se inyecta y rejuvenece con la savia marxista»³.

Del lugar de los «intelectuales» en el partido (Vera era él mismo médico alienista). Los *doctores* —los «Herr Doktor» que más tarde tendrán tanta importancia en la revisión de un marxismo que solían desconocer muchos de ellos— tendrán importancia en el P. S. O. E.; ahí están los cuatro sobre veinticinco fundadores para recordarlo, o los nombres del propio Vera, de Lluria, Queraltó, Antich..., aunque Vicens Vives afirme que «[Los médicos] pocas veces cayeron en los vericuetos del socialismo, por ser la clase media típicamente burguesa en sus ideales de libertad, de práctica profesional y tolerancia ideológica. La influencia de los médicos fue ejercida capilarmente a través de sus visitas y de su consultorio, llevados en general con una generosidad encomiable»⁴. La idea que la sociedad española del XIX se hacía de los médicos contenía estas características: innovador, disconforme, evolucionista en ciencia, federalista en política y positivista en el conflicto ciencia-religión⁵.

De la toma violenta del poder al reformismo (será especialmente esclarecedor el estudio comparado con el

movimiento socialista francés). Las relaciones partido-sindicato; democracia interna (análisis del partido en la línea sugerida por Charles Bettelheim: forma de sus relaciones con sus seguidores —o posibles seguidores—; en el interior del mismo partido; con el aparato del estado, y todo esto relacionado con su práctica política e ideológica, así como económica-sindical).

Vera significó la flexibilidad y el análisis sin esquematismo que podría haber dado —a mi juicio— una mayor relevancia práctica al socialismo español. No por su radicalidad; Vera era consciente de la escasa fuerza (física y moral) que tenían las «huestes proletarias». No rechazará el empleo de la fuerza —de la violencia revolucionaria— para conseguir sus objetivos. Únicamente, dice, no debe derramarse ni una sola gota de sangre obrera que no se cobre con la victoria. Esto es, «lo que importa en la revolución son las nueces, no el ruido». No son sólo «revolucionarios los que predicán a toda hora sangre y exterminio. El radicalismo está en las ideas y en la eficacia de los procedimientos».

Por esta razón ha de calibrarse bien su *reformismo* cuando insiste en la alianza con los radicales burgueses. «Pocos son los obreros cándidos que pueden creer en una mejora progresiva dentro de un régimen que les pondría a dieta de aire, si fuese susceptible de apropiación y de venderse por partes.»

Vera explicaba teóricamente esta posición por el retraso del capitalismo español que no había realizado completamente «la revolución burguesa». Los cambios sólo habían afectado a la superestructura política, y esto de manera falseada (son los años de la Restauración). Por eso los propios obreros son los primeros interesados en el mejoramiento del sistema productivo capitalista que está empozado de reacción aristocrática.

Los socialistas han de recorrer, pues, una parte de su camino en compañía de quienes hacen «civilización burguesa», aunque, afirma, llegará un momento en que habrá de ir también contra ellos y contra el sistema mismo de explotación de clase.

Dos notas hay que añadir finalmente:

En primer lugar, que de ninguna manera se trata en las afirmaciones-hipótesis siguientes de establecer paralelos de comparación de diversos tiempos históricos. Una observación similar ha debido ser hecha por Tuñón de Lara en un reciente libro.

En segundo, indicar que el valor de estas notas, si alguno tuviere, se sitúa al nivel de la documentación y búsqueda de fuentes primarias. El autor ha debido recorrer una buena cantidad de periódicos y revistas a la

² GÓMEZ MOLLEDA, M. D.: «Los reformadores de la España moderna», C. S. I. C., 1966, pág. 421, nota 3. Véanse sobre este tema, entre otros, los libros de CACHO VIU: «La institución libre de enseñanza», Madrid, 1963; de GIL CREMADES, J. J.: «El reformismo español, krausismo, escuela histórica, neotomismo», Ariel, 1969; de MORILLAS, J. L.: «El krausismo español», Fondo de Cultura Económica, 1956, México; el reciente trabajo de TUÑÓN DE LARA: «Medio siglo de cultura española», Madrid, Tecnos, 1970, donde también se presenta en un artículo «Praxis y teoría de lo social» a Jaime Vera; otros trabajos esclarecedores en esta línea: BLANCO AGUINAGA, C.: «Juventud del 98», Siglo XXI; PÉREZ DE LA DEHESA, R.: «Germinal, una clave del 98», Taurus, Madrid, etc., etc. Este interés se revive al cerrar el libro de E. DÍAZ «La filosofía social del Krausismo español», que acaba de aparecer en Edicusa.

³ MARAÑÓN, G.: «Raíz y decoro de España», Madrid, Espasa Calpe, 1964 (1.ª edición, 1933), pág. 137, cap. X, «Psiquiatras de España».

⁴ VICENS VIVES, J., y otros: «Historia económica de España y América», tomo V, págs. 171-172.

⁵ GARCÍA BALLESTER, L.: «El testimonio de la sociedad española en el siglo XIX acerca del médico y su actividad», en «Medicina y sociedad en la España del siglo XIX», L. PIÑERO y otros, Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid, 1964, págs. 209 y ss.

búsqueda de trabajos y trazos de la vida de Jaime Vera; labor que no ha dado siempre todos los frutos deseados.

Tienen importancia estos aspectos, puesto que influyen —por lo menos— en la presentación formal: discurso cronológico en el que se insertan notas sobre las orientaciones teóricas de Vera. Un «ordenado» desorden de sugerencias en torno a quien los socialistas españoles consideraron siempre «su teórico», su Jaurès, comparable a los Marx, Engels, Kautsky...

* * *

Los motivos de esta publicación: *recuperar* a Jaime Vera y López, 1859-1918, médico alienista, socialista, cofundador del P. S. O. E., a través de sus obras, inserto en la historia de su tiempo, en un *libro* que él creía que era «la artillería del pensamiento en la lucha entablada contra los poderes históricos».

* * *

Debo reconocimiento a numerosas personas que de una u otra forma me han ayudado a hacer este trabajo. Quede aquí constancia al menos de dos de ellas: Santiago Castillo, que recogió buena parte de la documentación y me ayudó en todo momento, y Manuel Tuñón de Lara, que fue extraordinariamente atento conmigo, facilitándome, a través del *Seminaire de Recherches d'Histoire de l'Université de Pau*, documentación e información, al mismo tiempo que me orientó en diversas consultas que le hice, lo que no implica que yo haya seguido sus acertados consejos.

De antemano agradezco las posibles ayudas de quienes conozcan datos o trabajos de Vera y me lo comuniquen.

Permítame el lector, finalmente, que dedique esta edición a la memoria de un *hombre bueno*, maestro en tantas cosas, cuyo apoyo constante y ejemplo están en la base de sus trabajos: José Castillo.

* * *

Esta recopilación ha debido retrasar su publicación desde octubre de 1971. Unas primeras notas, apresuradas y breves, redactadas entonces, vieron la luz en la *Revista de Estudios Sociales* núm. 6. Estas son sólo una ampliación de aquéllas para ser presentadas en marzo de 1973 en la Universidad de París-I (Panthéon-Sorbonne), con otras ediciones, como *Mémoire*, para el D. E. S. en Sciences Politiques (Histoire et Sociologie du Travail).

Diciembre 1972.

J. J. CASTILLO

«Compañeros: el día 19 de agosto de 1918 se ha de señalar en la historia del proletariado español con una piedra negra. El bueno, el justo, el sabio doctor Jaime Vera ha muerto.»

(Comunicado de la Casa del Pueblo de Madrid. 20 de agosto de 1918.)

LOS PRIMEROS AÑOS

En 1859 nacen dos figuras del socialismo europeo: en Castres (Francia), Jean Jaurès. En Salamanca (España), el 20 de marzo, Jaime Vera y López. Muchas veces, posteriormente, van a ser comparados, sobre todo por parte de los españoles. Vera conocerá muy bien la obra jauresiana, pero será más radical en sus planteamientos políticos.

El que sería uno de los fundadores del P. S. O. E. se educó en un medio familiar progresista: su padre, Rafael Vera, amigo de Zurbano, de Prim, de Pi y Margall, había actuado desde joven en política, como demócrata, fundando diversos periódicos⁶, siendo durante la I República jefe superior de Estadística de Filipinas y tesorero general del Archipiélago. Veámoslo en sus propias palabras: «Estábamos encerrados en casa. Eran tiempos de represión enconadísima. El miedo en las alturas se traducían en crueldades inhumanas sobre los de abajo... La noche se extendía sobre la tímida y encendida capital de provincia. De pronto oímos algo que hizo saltar nuestros corazones. A lo lejos una rondalla tocaba el himno de Riego. Era esto una audacia casi heroica. Todos en mi casa sentimos como un escalofrío. ¡Aquellas notas gloriosas, que hoy apenas se oyen con un gesto de desdén, entonces ponían lágrimas en los ojos y calor en el corazón de todos los buenos españoles! Nos agolpamos, palpitantes, a la ventana cerrada, escuchando anhelosamente a la rondalla que se acercaba. Pasó por debajo de nuestra casa. Después se

⁶ Dicc. Espasa y prensa contemporánea (20 agosto 1918).

fue alejando. Permanecimos escuchando hasta que ya no se oyó nada. ¿Qué sería de aquellos valientes? No lo he sabido nunca. Pero este es uno de los recuerdos de mi infancia que más grabado ha quedado en mí...»⁷.

Jaime hizo sus primeras letras en el colegio Internacional que en la Corredera Baja habían fundado los krausistas en 1866 y que desaparecería en 1874. Allí fue su maestro don Antonio Buenavida, que daría a Vera las primeras orientaciones en la lectura de «El Quijote», que, según él mismo cuenta, había leído ya varias veces a los nueve años.

Son estos los años de intensa agitación política y social: la «Gloriosa», Amadeo, I República, cantonalismo, reacción militar...⁸. Vera estudia en el Instituto San Isidro, donde obtiene el grado de Bachiller en Artes el 30 de junio de 1873, habiendo conseguido dos premios, uno en la sección de Ciencias y otro en la de Letras.

En octubre de este mismo año, Vera, contando quince años de edad, y viviendo entonces con su madre, Nieves López, en la calle Santa Isabel, cerca del lugar donde ejercería años más tarde como médico alienista, comienza la carrera de Medicina. Y es en este primer curso cuando conoce a Alejandro Ocina, antiguo miembro de la Internacional, el cual le facilitará los primeros textos marxistas⁹. Así, «sobre la misma mesa de disección en que estudiaba anatomía, leía el *Manifiesto comunista* [y el *Capital*], donde tan bien se hace la disección de la sociedad». Vera no llegará al socialismo «por odio a la sociedad», ni por «sentimentalismo», pese a que por su profesión contemplaría muy de cerca la miseria de las clases trabajadoras, ni tampoco por «romanticismo», sino en sus palabras, que constituirán uno de los ejes de sus ideas: «Estoy en el socialismo, y a él vine por plena convicción científica, como deberían estar cuantos sincera y seriamente buscan la verdad.» Vera sintetiza su visión de la reunión de «sentimiento» y «verdad social» —ciencia— en la praxis en su trabajo de 1916: *18 de marzo de 1871*. «Tenemos un corazón para sentir todos los anhelos humanos. Tenemos un cerebro para buscar la verdad en nosotros mismos, y manos para servir a la inteligencia y al corazón.»

⁷ *El Socialista*, 19 de agosto de 1918.

⁸ Sobre esta época ver: HENNESSY, C. A. M.: «La República Federal en España», Madrid, 1906; PI Y MARGALL, F.: «El reinado de Amadeo de Saboya y la República de 1873», prólogo y notas de A. JUTGLAR, Madrid, 1970; TERMES, J.: «Anarquismo y sindicalismo en España», Ariel, 1972, etc.

⁹ En el Archivo Histórico Nacional, donde se conservan los expedientes de la Facultad de Medicina, no aparece el correspondiente a OCINA.

«No di desde luego mi adhesión [a ojos cerrados]; estudié las nuevas ideas, estudié también los programas y las doctrinas de los partidos en efervescencia entonces, convertida España en esa época en laboratorio de política experimental; medité, observé, y cuatro años más tarde, después de un largo viaje en que toqué cuatro de las cinco partes del mundo, más maduro mi juicio, ingresé en el grupo insignificante en la apariencia»¹⁰.

Este largo viaje hubo de realizarlo Jaime con su padre, durante el curso 1876-77, en el cual no se presentó a exámenes en ninguna asignatura¹¹. Durante este último año, pues, se adhirió al minúsculo grupo de «socialistas autoritarios», frecuentando las tertulias que se celebraban en el café de Lisboa y en el de el Brillante, donde «sin constituir organismo alguno, ni público ni secreto, solían celebrarse reuniones generales. Se hablaba, se discutía, se tomaban acuerdos y se cotizaba para adquirir folletos y periódicos franceses»¹².

Esta influencia francesa marcará fuertemente la evolución del socialismo español; para ello existían razones: la influencia de los exiliados de la Comuna, Lafargue entre ellos; la facilidad de comprensión y traducción del francés, de donde provenían los principales textos teóricos, fuera de Marx y Engels (Deville, Guesde, Lafargue, etc.); el traslado de Mesa a París y luego de otros militantes, etc.

Vera se distingue notablemente en sus estudios, obtiene once premios en otras tantas asignaturas. Como él mismo dice, hablando de la locura en los niños: «Tenemos muy cerca de nosotros un doctor tres veces premio extraordinario y primer pensionado de la Facultad de Medicina, con premios extraordinarios bastantes para empapelar los pasillos de su casa; este doctor... no logró ver un solo niño enajenado en la enseñanza oficial»¹³. (En el curso 1881-1882, la media de pérdida de curso en Medicina era del 41 por 100)¹⁴. Uno de esos premios se lo otorgará el doctor Esquerdo, que le propondrá el puesto de médico residente y jefe local de su manicomio de Carabanchel Alto, «donde con material abundante hizo

¹⁰ *El Socialista*, 24 de mayo de 1901, «Discurso de Jaime Vera».

¹¹ Vera habría hecho un viaje a Filipinas. Habría estudiado en París y Londres y sabría perfectamente griego y latín, además de francés e inglés. *El Socialista*, 19 de agosto de 1918.

¹² «El Partido Socialista Obrero», J. J. Morato, Madrid, 1918, página 101.

¹³ «La locura en los niños», *El Liberal*, 21 de febrero de 1918.

¹⁴ «Entre los alumnos premiados merece especial mención el de la Facultad de Medicina don Jaime Vera, que obtuvo cinco en las asignaturas de cuarto grupo y el del ejercicio de licenciado», *El Popular*, 2 de octubre de 1879.

sus investigaciones y trabajos», aunque no permanecerá allí mucho tiempo¹⁵.

Los recursos económicos familiares flaquean, y en septiembre de 1878, Jaime solicita una pensión de alumno «por haber obtenido tres sobresalientes y carecer de recursos». Realizó entonces, para esta oposición, su trabajo «De la gangrena en general»¹⁶, con el que le fue concedida la pensión, y en el curso 78-79 se licenció en Medicina, obteniendo el grado de sobresaliente y premio extraordinario el 23 de junio de 1879.

LA FUNDACION DEL PARTIDO

Este año 1879 es importante en la historia del movimiento obrero español: el día 2 de mayo, en un banquete de fraternidad internacional, y en virtud de una convocatoria hecha por una comisión iniciadora, se reunió un grupo de trabajadores e «intelectuales» «con objeto de formar un partido que se denominará Socialista Obrero, cuya política se separará completamente de la que hacen los demás partidos burgueses desde el más avanzado al más retrógrado por creer que ninguno de ellos representa los intereses del proletariado»¹⁷. Esta táctica, que llevará a «combatir con todas las fuerzas» a los partidos burgueses, será motivo de discrepancia de Vera e incluso de separación del partido, como veremos más adelante.

Se reunieron entonces 25 personas: de ellas cuatro eran médicos o estudiantes de Medicina, Zubiaurre, Campa, Ocina y Vera, y uno doctor en Ciencias, Vicente Vera, hermano de Jaime y notable científico y periodista que participaría también como socio fundador de la Institución Libre de Enseñanza; los 20 restantes eran obreros entre los que predominaban los tipógrafos. Allí estaban los Mora, Iglesias, Pauly, Calleja...

Se nombró una comisión compuesta por Iglesias, Ocina, Calderón, Vera (J.) y Zubiaurre, encargada de redactar un programa y unas bases de organización. Vera no pudo tomar parte en los trabajos de dicha comisión por hallarse ausente de Madrid. Tampoco asistió a la sesión del 20 de julio de 1879, por hallarse enfermo. Se aprobó entonces el primer programa y las bases de organiza-

¹⁵ *Heraldo de Madrid*, 19 de agosto de 1918, doctor Eleicegui.

¹⁶ Archivo Histórico Nacional, Universidades, legajo 1.746, núm. 12, Vera y López, Jaime.

¹⁷ «Actas de fundación», *El Socialista*, número extra 25 aniversario, 12 de marzo de 1910.

ción¹⁸, quedando así clandestinamente constituido el Grupo Socialista Madrileño, cuyo objeto era «fundar en España el Partido Socialista Obrero Español»^{18 bis}.

Según testimonia el acta de la sesión, «el compañero Iglesias da lectura a dos cartas, una de Francia y otra de Inglaterra, tratando la cuestión social e incluyendo la primera el manifiesto de los socialistas de este país», y «propuso la suscripción por cuenta del grupo de cuatro ejemplares de cada folleto que publique la Biblioteca Socialista de París», así como enviar una comunicación al Congreso de Marsella que se celebraría en septiembre, sin darle publicidad por motivos de seguridad¹⁹.

A la sesión que el grupo celebra el 5 de octubre de 1879 asiste Vera; Mora informó de sus gestiones en Barcelona y Zaragoza, proponiendo la formación de una comisión para realizar en el programa algunas modificaciones sugeridas por aquellos compañeros. Así se aprobó por ocho votos contra seis y dos abstenciones, tras

¹⁸ Morato indica que Vera discutió el adjetivo obrero porque le parecía limitante. Iglesias creía, al contrario, que así se afirmaba el carácter de clase. Prevalció el criterio de este último. También afirma Morato que Vera estuvo por entonces en larguísimo viaje de Estudios (Morato-Iglesias, pág. 48).

Las obras de Juan José Morato serán usadas pródigamente por contener información de primera mano. Para abreviar la cita emplearé el sistema siguiente:

- «Jaime Vera y el socialismo», Torrent y Cía., Madrid, 1918 (Morato-Vera, pág. ...).
- «Pablo Iglesias Posse, educador de muchedumbres», Madrid, 1931. Reedición de Ed. Ariel, 1968, por la que se cita, salvo indicación en contra (Morato-Iglesias, pág. ...).
- «El Partido Socialista Obrero», Madrid, 1918 (que se cita en la edición 1931) (Morato-P. S. O. E.).
- «Historia de la Asociación General del Arte de Imprimir», Madrid, 1925 (Morato-Arte...).

Para una información básica sobre la historia del movimiento obrero ver: NÚÑEZ DE ARENAS, M., y TUÑÓN DE LARA, M.: «Historia del movimiento obrero español», Nova Terra, 1970; DOLLÉANS, E.: «Historia del movimiento obrero», 3 vols., Z Y X, Madrid, 1969; GARCÍA VENERO: «Historia de las Internacionales en España», Ediciones del Movimiento, Madrid, 1956-57 (3 tomos); BUENACASA, M.: «El movimiento obrero español. Historia y crítica 1886-1926», París, 1966; TUÑÓN DE LARA, M.: «El movimiento obrero en la historia de España», Taurus, Madrid, 1972.

^{18 bis} Bases de organización, en «Actas», *El Socialista*, 12 de marzo de 1910. (Ver apéndice III).

¹⁹ «Actas», ibídem. Estos primeros tiempos del P. S. O. E. han merecido escasa atención histórica. VÍCTOR MANUEL ARBELOA ha publicado «Orígenes del Partido Socialista Obrero Español, 1873-1880», Ed. Zero, 1972, y anuncia un segundo volumen, 1880-1886. Se reproduce en apéndice el acta de constitución por la importancia comparativa y documental que tienen. Le faltan largos apartados (las bases de organización, v. g.) a las que reproduce ARBELOA, que toma ésta y las cuatro siguientes de *La Libertad*, 1 de mayo de 1929. Yo las tomo de *El Socialista*, 12 de marzo de 1910, número extra (reproducidas el mismo año en *Vida Socialista*).

un debate entre Mora e Iglesias²⁰. Estos dos, más Calderón, se encargarían de redactar un manifiesto y un programa que, discutido y aprobado en la sesión del 18 de abril de 1880, se imprimiría clandestinamente y sería adoptado casi sin variación por el I Congreso Nacional del P. S. O. E. en 1888²¹.

Conviene resaltar de este programa algunas cosas: en primer lugar, como «aspiración fija e invariable» se señala la «transformación de la propiedad individual o cooperativa de los instrumentos de trabajo en propiedad común de la sociedad entera, cuya consecuencia será la abolición de las clases sociales y su conversión en una sola trabajadora». Esta propiedad ha de garantizar a «cada trabajador el producto íntegro de su trabajo». Y, finalmente, hacer notar que a partir del segundo párrafo, el *manifiesto* reproduce, sin citarlo, textualmente los primeros párrafos del *Manifiesto comunista*²².

Al año siguiente a la fundación, el 22 de junio de 1880, Vera obtuvo el grado de doctor en Medicina con la calificación de sobresaliente. Desarrolló el tema «Parálisis general progresiva de los enajenados», que sería editado ese mismo año como folleto, con un prólogo del doctor Esquerdo en el que le dedica frases de alta estimación tanto científica como personal²³: «Al reunir el autor en un escaso volumen las opiniones dominantes en la Frenopatía y las suyas, y exponerlas tan magistralmente como lo hace, ha prestado un servicio importantísimo a los médicos prácticos de nuestro país.» Vera había dejado ya la clínica del doctor Esquerdo y colaboraba entonces en *El Liberal*. Así lo testimonian sus reseñas de las

conferencias que con el título «Locos que no lo parecen» da Esquerdo en el Ateneo de Internos y en el Anfiteatro de la Facultad de Medicina²⁴. Ya entonces Vera aprovecha la ocasión para resaltar las diferencias entre la ciencia y la ideología, en términos que en nuestro siglo repetirá Bachelard: «¿No es la ciencia la constante rectificación del sentido común?»²⁵. ¿Cómo no recordar aquí el prólogo a la edición Lachâtre de *El Capital*, donde señalaba Marx las dificultades de la ciencia? Como veremos más adelante, Vera habrá de insistir, como Marx, en la importancia del método. Sólo en este contexto se harían inteligibles y *científicas* algunas afirmaciones de Vera y «su dogma fundamental: la fe en la ciencia. Es decir, la fe en la investigación punto de partida necesario. Luego, la imprescindible necesidad de aplicar la cultura a la acción. La acción inteligente debe ser el único objetivo»²⁶.

A LA LUZ PUBLICA

Con el acceso de los liberales al poder, en 1881, el empuje del Partido Socialista se transforma en la Agrupación Socialista Madrileña.

²⁰ *El Liberal*, 14 de marzo y 16 de mayo de 1880. Para dar una idea indicativa sobre la distribución y número de estudiantes, reproducimos unas cifras publicadas por *El Imparcial* de 5 de marzo de 1884, tomadas de la Memoria-Anuario universitaria del curso 1881-82:

Facultades	Farmacia	Filosofía	Derecho	Ciencias	Medicina
Número de matriculados.	1.238	2.298	4.997	2.954	5.898
Por ciento de pérdida de curso sobre matriculados.	45 (550)	42 (941)	46 (2.010)	65 (1905)	41 (2.117)

El total de alumnos matriculados en este curso fue de 17.385, y en el anterior, de 19.442. Quizá convenga recordar también que la población española estimada en 1887 es de 16,6 millones de habitantes, lo que hace suponer algo más del 1 por 1.000 de estudiantes universitarios sobre la población total, entre cuyos adultos 75 de cada 100 no saben leer ni escribir. También, como dato anecdótico, retener que en estos momentos de alza dorada de la economía, coincidiendo con una nueva ola de inversión extranjera que acabará por colonizar nuestra riqueza minera, entre otras cosas, el número de estudiantes en Escuelas de Comercio (curso 81-82) es de... 38, de los cuales sólo aprobaron el curso 18.

Ni que decir tiene que la importancia real de todas esas cifras sólo adquiriría su verdadera dimensión distribuida por clases sociales.

²⁵ *El Liberal*, 16 de mayo de 1880.

²⁶ *España*, 22 de agosto de 1918.

²⁰ «Acta...» 5 octubre 1879, reproducida por ARBELOA, op. cit., págs. 90 y ss.

²¹ El texto, en ARBELOA, op. cit., págs. 93 y ss., y *El Socialista*, 7 septiembre 1888.

²² Es de señalar también que entre las aspiraciones, la tercera sufrirá variaciones: de «la enseñanza integral a los individuos de ambos sexos en todos los grados de la ciencia, de la industria y de las artes», se pasa a «la enseñanza general científica y especial de cada profesión, etc.». Se añade una cuarta aspiración: «la satisfacción por la sociedad de las necesidades de los impedidos por edad o padecimiento». En el programa incluido en el prospecto de lanzamiento de *El Socialista*, del que se tiraron cuatro mil ejemplares, la aspiración segunda, dice contrariamente a los de 1880 y 1888, «transformación de la propiedad individual» en «propiedad común de la nación», y en la tercera se ha suprimido «el usufructo de los instrumentos del trabajo por las colectividades obreras, garantizando a todos sus miembros el producto total de su trabajo».

²³ «Estudio clínico de la parálisis general progresiva de los enajenados», por el doctor Jaime Vera, Madrid, 1880, Moya y Plaza Editores, XVII-89 págs. (Se encuentra, al menos, en las bibliotecas del Ateneo de Madrid y de la Real Academia de Medicina.)

Ya «el 18 de enero de 1881 se había celebrado la cuarta reunión del Grupo Madrileño, y como ya había organizadas varias agrupaciones en provincias, fueron consultados si convenía nombrar ya el Comité Central del Partido y dónde había de residir, contestando que en Madrid. Al efecto, en dicha asamblea del Grupo Madrileño se eligió el I Comité Nacional del Partido, para lo cual fueron nombrados los compañeros Iglesias, Vilar, Calderón, Robledo y García Quejido»²⁷.

Vera sigue trabajando intensamente en el campo de la Medicina, publicando en 1882 su segunda obra médica conocida: «La función de los conductos semicirculares. Estudio experimental»²⁸.

El día 31 de enero de 1884 *El Imparcial* daba la noticia de la inauguración del nuevo Ateneo en la calle del Prado, con un discurso de dos horas y media de Cánovas del Castillo. En estos nuevos locales, a unos pasos de la casa en que vivirá los últimos años de su vida, acabó de leer el día 7 de junio de 1884 el señor Jaime Vera, secretario primero de la sección de Ciencias Naturales, la memoria «¿Debe la psicología estudiarse como ciencia natural?», tema que había sido propuesto por el propio Vera al ser elegido secretario como consecuencia de la campaña que desarrolló en el curso anterior al discutirse las relaciones entre la ciencia frenopática (lo que hoy ha llegado a ser la psiquiatría) y el Derecho penal. La reseña que publicaba *El Imparcial* de 9 de junio decía: «Con datos experimentales curiosísimos, y que fueron escuchados con gran atención, hizo notar la falta de fecundidad y de utilidad que en la práctica presenta la psicología idealista y, por el contrario, las ventajas del método de observación y experimentación, a cuyo fin se dedicó detalladamente bajo los dos opuestos puntos de vista del suicidio, de la educación, de la locura y de la criminalidad.

«Manifestó los inconvenientes que encontraba en los actuales sistemas penitenciarios, precisamente por obedecer al criterio idealista de la psicología clásica, y con este motivo hizo oportunas referencias a la cárcel Modelo.

«Terminó, por último, defendiendo al materialismo científico de los cargos que constantemente se le hacen de pugnar con la moralidad y el orden social y de negar la libertad política, supuesto que niega el libre albedrío.

²⁷ *El Socialista*, extra, 21 de marzo de 1910.

²⁸ «La función de los conductos semicirculares. Estudio experimental», Madrid, 1882, Establecimiento tipográfico de E. Cuesta, 31 págs. (Existen ejemplares en diversas bibliotecas. Lo he consultado en la del Ateneo de Madrid.)

El doctor Vera manifestó por qué tiene estas acusaciones por infundadas, y concluyó en medio de los aplausos de la sección, que ha recibido con gran atención el profundo trabajo del joven médico alienista»²⁹. En aquella discusión intervinieron Azcárate, San Martín, Alonso y Rubio, González Serrano, el P. Sánchez, Vilanova, J. Quintana...

EL INFORME

Algunas semanas más tarde, el 30 de julio de 1884, la Comisión de Reformas Sociales, creada en diciembre del año anterior, invitaba a la Agrupación Socialista Madrileña, entre otras organizaciones obreras, a participar en la información abierta sobre la situación de la clase obrera. Dicha Agrupación presentó un *informe* de unas 100 páginas, fechado el 1 de diciembre de 1884, cuya redacción había sido encargada al doctor Vera y López³⁰. Este documento puede considerarse con razón como la máxima expresión teórica del marxismo en España a finales del siglo XIX. Incluso muchos años después será considerado como la «más clara, más elocuente y más formidable vulgarización de las ideas marxistas». Los múltiples y encendidos elogios de sus correligionarios ante esta obra pueden condensarse en la frase de Mora-

²⁹ No existe copia de esta Memoria en el Ateneo de Madrid. Sólo he podido conseguir algunas recensiones en revistas y periódicos contemporáneos. Según se desprende de ellos, lo más importante de la Memoria era el enfoque, la preocupación por el método. «Tal cual sea el método, tal será la psicología.» Distingue, fundamentalmente, dos métodos: la revelación (sea divina, sea intuitiva) y la observación. Según estas notas, la memoria sería «cruda», «batalladora», «radical» y de «ingenuidad revolucionaria», quizá salpicada de positivismo.

³⁰ La primera edición del «Informe», cuyos gastos sufragó Vera, «humilde libreo de forma análoga a las cartillas de la vieja Internacional», se hizo en 1885. En 1890 se publica de forma oficial por la Comisión de Reformas Sociales entre los demás informes. En 1895 la Gráfica Socialista lo editará en formato más cuidado. En 1928 se edita la cuarta edición con el título «El P.S.O.E. ante la Comisión de Reformas Sociales. Informe escrito por el doctor Jaime Vera López por encargo de la Agrupación de Madrid». *El Socialista* lo publicó durante el año 1889; el 28 de junio publicó la última entrega. *Acción Socialista* lo publicó en los números 24-28, 30-35, 37-40 y 42, habiendo prometido (es 1914-15) un epílogo que luego no pudo incluirse por ocupaciones del autor.

Otras ediciones posteriores: Toulouse, 1946; París, 1962; México (?); Madrid, «Revista del Trabajo», núm. 25, 1969; ZYX, en «La clase obrera española a finales del siglo XIX», Madrid, 1970. (Reproducción de R. T.)

El «Informe» tuvo una gran difusión e influencia, siendo publicado por entregas y en folleto a iniciativa de diversas agrupaciones. Así, la de Santander lo difundirá en los años 1898, 1899, por entregas en *La Voz del Pueblo* (números 12, 15, 16, 17, 19, 21, 23).

to: «El pensamiento del socialismo español es Jaime Vera en el *Informe*.»

«En las discusiones de clase, nada tan estéril como la persecución de lo que *debe ser*.» Por ello, afirma Vera, «conviene demostrar que el sistema económico presente, caracterizado por la producción colectiva y la apropiación individual no es sostenible como realidad social; que su desaparición va envuelta en la misma ley evolutiva del sistema capitalista; que lleva en sí mismo su propia negación».

Es necesario, pues, un estudio *científico* de la realidad social, pues no por injusto un sistema social desaparece: hay que coadyuvar a la marcha de la historia, y para ello la acción ha de ser inteligente, a fin de «hacer saltar en pedazos el molde económico capitalista, que es el potro de la Humanidad que trabaja», «que si nació ayer con la revolución burguesa, morirá mañana con la revolución proletaria». Y este trabajo teórico corresponde a los intelectuales («los hombres que se consagran al trabajo intelectual»; «quien tiene inteligencia y eficazmente la apalica») que la propia evolución capitalista hace que pasen al campo obrero, para que de esta manera «todos los hombres de trabajo, menos los vendidos consciente o inconscientemente al enemigo, esto es, la inteligencia y la fuerza al servicio de la realidad de las cosas, habrán de contender contra una minoría de poseyentes, derrochadores y holgazanes, cuyo interés estriba en cerrar el paso al progreso económico de la Humanidad».

En cuanto al análisis concreto de España: «Nos hemos retrasado en la evolución económica; entramos tarde y mal armados en la guerra civil de la competencia y sólo llevamos como remedio contra los desastres que nos amenazan la deficiencia y los vicios de nuestra burguesía y la supina ignorancia de nuestros gobernantes, más o menos habilidosos en la intriga política y muy expeditos de lengua, pero vacíos y nulos como administradores.»

«La monarquía sólo sirve a fracciones privilegiadas de la burguesía»: luego será posible tener puntos de contacto con esas otras fracciones burguesas, y aunque no encarnen el interés proletario suponen un avance y el interés inmediato del obrero. Se trata de hecho de atacar a esa «alta burguesía que no hace siquiera civilización burguesa», como escribiría treinta años más tarde en su ponencia sobre la conjunción del X Congreso del P. S. O. E.

A la Comisión de Reformas Sociales pide Vera únicamente *libertad*: de asociación, de expresión, sindical.

Porque «sabemos que toda revolución va precedida de una evolución más o menos rápida, pero siempre larga, cuidaremos de no daros el gusto de que resolváis por la fuerza lo que no podéis alcanzar con la razón. Quedaremos citados para la batalla final» (...).

«La lucha de clases es inevitable, puesto que existe; de vosotros depende que sea regida por la razón una lucha civilizada, una contienda entre hombres del siglo XIX, o que sea envenenada por el odio y por instintos destructores»³¹.

Por este tiempo, Vera ganó las oposiciones al Hospital Provincial de la Beneficencia, en el que se ocupará desde entonces del departamento de Dementes³².

«Tan escaso fue el desarrollo del Partido Obrero desde 1881 a 1885, que a fines de este año sólo contaba con cinco agrupaciones y algunos núcleos de poca importancia»³³.

³¹ «Informe», págs. 382, 387-388, 394, 414, 415, 420, 429, 430, 431, de la edición de «Revista del Trabajo» núm. 25, de M. C. Iglesias y A. Elorza. «La bourgeoisie a entre les mains la paix ou la guerre. C'est elle qui nous aura imposé la guerre et sera responsable du sang versé.» (JULES GUESDE: «Conférence à Angoulême», *Le Citoyen de Paris*, 11 juillet 1881, cit. Compère Morel, págs. 208-210). Ver «Paz o guerra», *La lucha de clases*, 1 de mayo de 1901. «En el momento en que la lucha de clases se aproxima a la hora decisiva, el proceso de descomposición inherente a la clase dominante de la vieja sociedad toma un carácter tan violento y agudo que una pequeña fracción de la clase dominante se separa de ella y se une a la clase revolucionaria, la que tiene entre sus manos el porvenir. Igual que antiguamente una parte de la nobleza pasó a la burguesía, en nuestros días una parte de la burguesía pasa al proletariado, y en particular esta parte de los intelectuales burgueses que han alcanzado la inteligencia teórica del conjunto del movimiento de la historia.» (KARL MARX, «Manifiesto comunista».) Una amplia presentación de este «Informe» en el marco de la cultura y la «Praxis y teoría de lo social» en TUÑÓN DE LARA, M.: «Medio siglo de cultura española (1885-1936)», Tecnos, Madrid, 1970, pág. 76. También para situar el krausismo y la Institución mínimamente. (Véase la Introducción.) Sobre la Comisión de Reformas Sociales, ver el citado número 25 de Revista de Trabajo.

³² «En 1884 ganó la plaza del Hospital Provincial» (ALVAREZ SIERRA, J., «Diccionario de Autoridades Médicas». Ed. Nacional, Madrid, 1963, pág. 553). Vera obtuvo el número dos en esta oposición. El número uno fue Isidro Girol del Valle (doctor Fernández Martín). Gracias a la amabilidad del doctor López Zanón he podido consultar los tomos de ingresos, tratamientos y diagnósticos de dicho hospital desde 1877 hasta 1920. Según esto, Vera habría tenido consultas los años 1891, 92, 93 y 1901-1908 con diversa intensidad; no constando ninguna consulta en los demás años. Hay que recordar que Vera tuvo su consulta particular en Atocha, 38, hasta finales de 1914, y en enero de 1915 la trasladó a su domicilio de entonces, en Alcalá, 160. También tuvo consulta en su domicilio, calle del León, 1, 2.º

³³ P. IGLESIAS. «El Movimiento obrero», en *Nuestro Tiempo*, núm. 17, mayo de 1902, pág. 739.

El 27 de enero de 1886 se celebra una reunión de afiliados de la Agrupación Socialista Madrileña, propietarios de acciones de una peseta que se vendían con la intención de crear un periódico semanal que fuera elemento de unión de las diversas agrupaciones y que llevaría por título *El Socialista*. Vera participó en ella, pues, naturalmente; había adquirido bastantes de las novecientas sesenta acciones que únicamente habían podido venderse desde que la idea del periódico fuera lanzada (se emitieron tres mil en el verano de 1882). Se trataba de discutir las bases a que el semanario debía atenerse. De las cuatro que se pusieron como guía, casi todas propuestas por Iglesias, la última, que preconizaba el combate «a todos los partidos burgueses y especialmente las doctrinas de los avanzados, si bien haciendo constar que, entre las formas de gobierno republicana y monárquica, *El Socialista* prefiere siempre la primera», fue causa de disensión radical de Vera, que opinaba que debía combatirse principalmente a los Gobiernos, a los partidos de oposición en cuanto éstos fueran propulsores de medidas reaccionarias, pero en modo alguno a los elementos que aún eran impulso de libertad y de progreso. Esta será una constante en el pensamiento de Vera; desde joven hasta su muerte, sin renunciar jamás a sus ideas socialistas, mantuvo el criterio de colaboración con los «elementos de progreso» para racionalizar el sistema capitalista, para conseguir eliminar los enormes vestigios feudales, para atravesar aún juntos etapas de democratización burguesa (como indicador sugerente deben notarse sus colaboraciones en diarios «burgueses»: en *El Liberal* lo haría desde 1880 hasta 1917).

Medió Quejido en la discusión, pero la mayoría se mostró intransigente y Vera, con algunos militantes más, abandonó la vida activa, aunque no el Partido^{33 bis}. Es importante esta primera escisión, porque habrá de seguirse el rastro a través de la posterior actuación del P. S. O. E. Desde entonces Iglesias, al frente del periódico, el esquematismo guesdista prevalecerá en la teoría y en la práctica socialista³⁴. Por otra parte, en

^{33 bis} Con Vera se fueron (según Morato Arte, pág. 235) Calderón, Cortés y Cuadrón, además de Quejido.

³⁴ En este trabajo exploratorio, debe, sin embargo, resaltarse que esta formulación es, al menos, simplista. Es sabido que Morato, biógrafo de Iglesias (1850-1925), el tipógrafo fundador y alma del PSOE, insistió siempre en la influencia decisiva de Guesde en Iglesias; no sólo en él, sino en todo el socialismo español, habiendo in-

numerosas ocasiones se volverá a plantear la cuestión de la colaboración con los partidos republicanos, hasta 1909, en que se realiza la conjunción republicano-socialista (y aún después), será uno de los temas de constante discusión en los congresos, en los que faltará una mínima altura teórica en los análisis.

Según cuenta Morato³⁵, Vera fue, en los años que medían hasta su regreso a la vida activa en 1890, expulsado del partido por no pagar algunas cuotas por error, aunque fuera admitido nuevamente.

fluidó en ello la gran amistad de Mesa con Guesde. Así nos cuenta cómo las obras más frecuentes en la biblioteca de Iglesias eran las de este pensador socialista francés. (Jules Guesde, 1845-1922, su verdadero nombre, Jules Bazile —el nombre de su madre era Guesde—, notable dirigente obrero francés, exiliado a causa de la Comuna. Pasó del anarquismo al socialismo marxista. Fundó muchos periódicos y escribió en toda la prensa socialista. Entre los primeros, especialmente, *Les droits de l'homme*, *L'égalité* y *Le Socialiste*. Fundador del Partido Obrero Francés y animador fundamental del movimiento obrero francés y de la II Internacional. Fue ministro durante la guerra (1914-18). Sobre él pueden verse, entre otros muchos, WILLARD, C.: «Le mouvement socialiste en France, 1893-1905. Les guesdistes», París, Ed. Sociales, 1965; COMPERE-MOREL, «Jules Guesde, Le Socialisme fait homme (1845-1922)», París, 1937; GUESDE, JULES, «Jules Guesde», Edition du centenaire. Introduction et textes choisis par Suzane LA-CORE, París, Perfrac, 1946. ZEVAES, A.: «Jules Guesde», París, 1929.) «Julio Guesde, que había de influir como nadie en el criterio y hasta en la organización y conducta del PS español, transmitiendo su carácter rígido y dogmático»; «de *Le Socialiste* se copia incluso los tipos»; «Para los socialistas españoles la ortodoxia está en el partido de Guesde y Lafargue y en la democracia socialista alemana»; «el PS español es como una prolongación del guesdismo...» (Morato-PSOE, pág. 102 y ss.). La influencia del socialismo francés sobre el español está fuera de duda. Pero debe estudiarse más minuciosamente. El paralelismo era fácil: Guesde=Iglesias, Jaurès=Vera. Las cosas no son tan simples nunca, y menos en este caso. Tuñón de Lara se ha ratificado en el «esquematismo guesdista» citando a Willard, cuyo libro supone un modelo de estudio histórico-social exhaustivo. A mi juicio, la comparación Guesde-Lafargue-Vera puede dar algunos frutos. Cuando se estudien —como parece estar haciendo T. Jiménez Araya— las fuentes del «Informe» —todos esos entrecomillados— podrá verse en qué medida Vera «bebió en las fuentes directas», cosa que no es demostrable por ahora. En todo casi sí es admisible el contenido y las consecuencias de la afirmación de T. Álvarez Angulo en sus «Memorias de un hombre sin importancia», pág. 258: «No sabíamos quién era Carlos Marx (en 1899) ni conocíamos su obra fundamental, *El Capital*, ni la hemos leído jamás (se refiere a él mismo), como les ha ocurrido y les ocurre al 99,5 por 100 de los militantes.» Una confesión similar hace Deville en 1877 (ver Willard, pág. 14). Quizá como Tuñón señala (pág. 284, «El movimiento obrero en la historia de España»), «cabe poner en duda que esa conjunción (del socialismo científico con el movimiento obrero) llegase a producirse». La «explicación» habrá de buscarse —como Willard lo ha hecho para Francia— en las condiciones sociales de los militantes: perseguidos, expulsados, explotados por el trabajo...

³⁵ MORATO-VERA, pág. 15: «Vera perdió el número antiguo, y ello ocasionó honda amargura al ilustre fundador del partido.»

MEDICO DE LOCOS: GALEOTE

«El doctor Vera, como experto clínico, estudiaba ante todo la personalidad del enfermo no sólo en su significación orgánica, sino en la social, que no podía pasar inadvertida a sus ojos de pensador profundo»³⁶.

El 18 de abril de 1886, el cura Cayetano Galeote asesinó de tres tiros de revólver al primer obispo de Madrid-Alcalá, don Narciso Martínez, cuando oficiaba en la catedral de San Isidro.

Vera informaría como perito de la defensa en el juicio que se celebra durante los primeros días de octubre de este mismo año, actuando con él, también por la defensa, los doctores Simarro y Bustamante, y por la acusación, los doctores Isasa y Lozano Caparrós³⁷. El informe del caso Galeote abrirá las puertas de la celebridad al joven doctor por su calidad científica y admirable discurso³⁸.

«El señor Vera, que tendrá ahora veintiocho años, ha cultivado con notable aprovechamiento la Frenopatía, siendo durante largo tiempo jefe local del establecimiento del doctor Esquerdo. Tiene cualidades envidiables. Ilustración extensa y profunda, especialmente en Fisiología; palabra segura y facilísima, dicción entonada y serena, talento extraordinario, razonar viril y poderoso, claridad y método en la exposición, algo de esa inflexión oratoria que realza la palabra dándole una vida especial; ideas muy radicales sobre las grandes abstracciones, y convicciones muy arraigadas»³⁹.

Desde el año 1887 hasta el de 1891, Jaime —y también su hermano Vicente— colaborará en el Diccionario Enciclopédico Hispano Americano de Montaner y Simón, redactando los artículos de ciencias médicas, aunque sólo estará en la lista de redactores hasta el tomo octavo. Entre los cuarenta y dos autores del primer tomo encontramos nombres muy conocidos: Giner, Az-

³⁶ Doctor Isla, *El Socialista*, 1 de septiembre de 1918.

³⁷ ESCUDER, J. M.^a: «Locos y anómalos». Tip. Sucesores de Rivadeneira, impresores de la Real Casa, Madrid, 1895, 324 págs.

³⁸ El texto puede consultarse en los periódicos contemporáneos (ver Nota Bibliográfica). Sobre el tema de la medicina y psiquiatría pueden consultarse:

— LÓPEZ PINERO y otros: *Medicina y sociedad en la España del siglo XIX*, Madrid, 1964.

— ESPINOSA IBORRA, J.: «La asistencia psiquiátrica en la España del siglo XIX», Valencia (Cátedra e Instituto de Historia de la Medicina), 1966, que incluye una magnífica bibliografía. También contiene una amplia bibliografía la tesis inédita de la doctora Temma Kaplan Wiener sobre el doctor Simarro, que tuvo la amabilidad de comunicarme.

³⁹ *El Siglo Médico*, 10 de octubre de 1886.

cárate, Echegaray, Letamendi, Menéndez Pelayo, Amador de los Ríos..., los cuales nos dan una idea comparativa de la apreciación científica que Vera merecía a sus contemporáneos.

El año 1888 es el de la fundación a escala nacional del P. S. O. E., en un congreso que se celebra en Barcelona. Días antes se había fundado la Unión General de Trabajadores, que, formalmente independiente, se hallará fuertemente vinculada al Partido Socialista.

«Nace el Partido Socialista en un país de formas de producción casi medievales, donde aún no se creó un capitalismo fuerte y emprendedor, donde casi no existe una burguesía, donde ésta no es dueña, sino condueña del Poder público» (Morato).

Durante los años 1889-1891 publica el doctor Esquerdo la *Revista Clínica de los Hospitales*, de la que Vera es redactor y en cuyo número tres escribe una «Nota sobre las funciones del cerebelo», al final de la cual promete, «cuando las circunstancias nos sean propicias», continuar sus investigaciones experimentales, que, a su juicio, difieren grandemente en las conclusiones de lo que los observadores extranjeros han consignado hasta la fecha⁴⁰.

EN LA ACADEMIA DE JURISPRUDENCIA

«El señor Vera, en su calidad de intrépido paladín del materialismo, aprovecha la propicia ocasión que a las manos se le viene para endilgar una disertación demagógica, dar expansión a sus ideas revolucionarias y hacer un acto de profesión de fe»⁴¹, como lo hiciera en el Ateneo.

El 12 de febrero de 1889 leía Llanos y Torriglia, en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, su Memoria «Ferri y su Escuela», que dio comienzo a un debate que se prolongaría dos cursos y en cuyas sesiones públicas tomó parte la Academia Médico Quirúrgica, representada por Vera, Salillas, Francos Rodríguez, Iglesias, Azúa...⁴². Según la Memoria de Pérez de Oliva, los principios defendidos magistralmente por Vera pueden reducirse en suma a distinguir dos clases de delitos: unos naturales y otros artificiales o de creación de la ley: «No hay criminales natos, aunque haya ena-

⁴⁰ La revista dejó de publicarse en diciembre de 1891.

⁴¹ *Revista de España*, 1884, tomo 99, pág. 455.

⁴² Ver «Anuario de 1889-90», Real Academia de Jurisprudencia y Legislación. Madrid, 1890, pág. 177 y ss., y «Memoria de la R. A. de J. y L.» Sesión inaugural, curso 1890-91, pág. 20 y ss.

jenados. Los delitos los inventaron los hombres, y son, por tanto, cosa artificiosa y antinatural casi siempre. De la absurda expropiación de los más por los menos nace lo que llaman robo; de nociones igualmente arbitrarias nacen los demás delitos. Hay oposición de intereses. Hay polarización del bienestar y del malestar. Los delitos y las penas se han aforado a ojo de buen cubero. Modificad el medio por la transformación de la propiedad y se acabaron los delitos», dirá Vera en aquellas discusiones que desde la tribuna pública seguiría «un montón de proletarios»⁴³.

Veamos ahora la versión que da Morato de la vuelta de Jaime Vera a la vida activa en el Partido⁴⁴: en febrero de 1890, la Democracia Socialista Alemana asombró al mundo con un millón y medio de votos y treinta y siete puestos en el Reichstag. Vera visitaría (o escribiría una carta) a Iglesias para felicitarle y felicitarse de esta victoria, y así se anudarian las viejas amistades y quedaría restaurada cierta cordialidad de relaciones con los partidarios del combate «rudo» con los partidos burgueses avanzados. Vera habría prometido volver a la vida activa, pidiendo que se le dejara escoger a él el momento más adecuado. Siempre, según Morato, «Vera, optimista siempre [que estaba entonces] en plena fiebre de trabajo profesional, triunfador, con una clientela de personajes políticos, de aristócratas, de gentes adineradas, estimado, alabado de toda la intelectualidad, admirado de sus compañeros, anunció propósitos y formuló planes». Vera estimaría que un mayor prestigio como médico revertiría, por su profesión de fe socialista, en beneficio del Partido, y que el socialismo español prosperaría gracias a la intransigencia, «a la mil veces bendita intransigencia».

Fueron aquellos años «tristes y dolorosos» para los militantes del P. S. O. E., atacados por todos los flancos. Jaime Vera era una fuerza necesaria y estuvo en la brecha siempre que fue preciso, por encima de todas las diferencias.

⁴³ La cita es de Morato-Vera, pág. 40. Las ideas desarrolladas por Vera en la Academia de Jurisprudencia no pueden extractarse de las Memorias citadas por la mixtificación que presentan. Si puede decirse que su influencia en estas discusiones fue muy grande y reconocida por el propio Silveira al hacer el resumen de las mismas, aunque suponga solamente la aceptación del hecho, de lo experimental, de lo que genéricamente llamarán «positivismo» (en el caso de Vera, «positivismo materialista»).

⁴⁴ Refundo de Morato-Vera, Morato-Iglesias y Morato PSOE.

EL PRIMER PRIMERO DE MAYO Y LAS ELECCIONES

En el Congreso de París de 1889 se había acordado llevar a cabo una manifestación internacional anual el 1.º de mayo (fecha elegida en memoria de los obreros anarquistas muertos en los sucesos de Haymarket Place, Chicago, en 1886), en la que se exigirían, además de las otras resoluciones del Congreso, la jornada de ocho horas.

En Madrid se celebró la manifestación el domingo 4 de mayo, siendo un verdadero éxito, que sorprendió a los propios socialistas.

«La acción conjunta de la clase obrera a nivel internacional preocupó a las clases dominantes, y no sólo en España. Las medidas militares extraordinarias el 1.º de mayo en París así lo demostraban. El Gobierno pensó que se acercaba el milenario; en el fervor le acompañó la prensa de la derecha, la expectación de la 'sensata' y el venteo de un suceso de toda ella, y concentró en Madrid todas las fuerzas del Ejército de guarnición en los cantones, acuarteló la Guardia Civil, movilizó a todos los guardias de Seguridad...»⁴⁵.

Con optimismo reciente, pues, acude el P. S. O. E. a las elecciones legislativas que se celebran en febrero de 1891 y en las que Jaime Vera es candidato por la provincia de Guadalajara⁴⁶. Vera redactó el manifiesto que se distribuyó profusamente en Madrid y auxilió a los gastos de la campaña. Es la primera tentativa del P. S. O. E. tras la proclamación hecha por Sagasta del sufragio universal y los acuerdos del Congreso de Bilbao de 1890, en los cuales se manifestaba que «los socialistas deberán hacer uso del sufragio en beneficio de su propio partido, presentando... candidatos socialistas o de clase con el programa de transformación social que defienden y con objeto de apoyar la serie de reformas de inmediata aplicación que constituyen la bandera de la manifestación internacional de 1.º de mayo», y que rechazaban «todo roce, alianza o coalición con los partidos burgueses, llámense como se llamen»⁴⁷, pues, como habían aprobado los delegados al

⁴⁵ MORATO, J. J.: «Líderes del movimiento obrero español», edición preparada y anotada por V. M. Arbeloa, Edicusa, 1972, pág. 221. Ver DOMMANGET, M.: «Historia del 1.º de mayo», Ed. Solidaridad Obrera, París, 1956, pág. 127 y ss.

⁴⁶ *El Socialista*, 30 de enero de 1891. La decisión hubo de tomarse a última hora: en el número anterior de *El Socialista* era candidato por Guadalajara Modesto Aragonés. Según Morato-PSOE, la primera candidatura de Vera sería la de 1893, «irremisible y conscientemente condenado a la derrota».

⁴⁷ *El Socialista*, 12 de septiembre de 1890.

I Congreso (1888), «no caben conciliaciones ni benevolencias entre el partido que se propone realizar la emancipación económica de los trabajadores y los partidos que, por mantener los privilegios y monopolios de la burguesía, se oponen abiertamente a ella»⁴⁸.

Los resultados obtenidos en esta primera confrontación no eran más esperanzadores de lo que la red caciquil podía haber hecho concebir. «Por eso en España, con sufragio universal o sin él, como en aquellas naciones donde la libertad política alcanza mayor desenvolvimiento, no hay democracia, no manda el pueblo; existe una oligarquía repugnante; mandan cuantos gozan el privilegio capitalista; los gobernantes son sus instrumentos y los partidos políticos son los cuadros de empleados de cada fracción burguesa»⁴⁹. Sin embargo, los 3.876 votos conseguidos hacen comentar a *El Socialista* que las fuerzas del partido han aumentado en un cincuenta por ciento. Este propósito era el que explícitamente se había hecho el Comité Nacional: «agitar a la masa obrera, ahondar la división que existe entre explotadores y explotados», tomando las elecciones únicamente como «simulacro de instrucción de las huestes en la próxima guerra social»⁵⁰. El periódico habla de 5.000 proletarios que con su papeleta «han abierto brecha en los fundamentos del sistema capitalista»⁵¹.

El 1.º de mayo de 1892, Vera interviene en el mitin de los Jardines del Buen Retiro, y afirma allí su confianza en el triunfo del socialismo «en la actual generación». Aquí como en el Manifiesto de 1891, Vera afirmará que la revolución socialista habrá de ser necesariamente violenta, con una época de organización que garantice el éxito del empleo de la fuerza. Este binomio organización-medios pacíficos, fuerza-medios violentos será constante en la teoría revolucionaria de Jaime Vera, afirmando aún en 1917 que para que la revolución socialista triunfe serán quizás necesarias «medidas muy dolorosas»⁵². (También expresará otra de las ideas eje de su pensamiento: la unión de teoría y praxis, de la fuerza con la inteligencia.)

De Vera de 1892 Morato nos ha dejado esta imagen

⁴⁸ «Manifiesto de los delegados del I Congreso del PSOE a todos los trabajadores». *El Socialista*, 7 de septiembre de 1888.

⁴⁹ «Manifiesto de la Agrupación Madrileña a los Trabajadores». *El Socialista*, núm. 257, 1891. Ver TURÓN DE LARA, M.: «La burguesía y la formación del bloque de poder oligárquico: 1875-1914», en «Estudios sobre el siglo XIX español», Ed. Siglo XXI, Madrid, 1971.

⁵⁰ *El Socialista*, 30 de enero de 1891.

⁵¹ *El Socialista*, 13 de febrero de 1891. En Madrid el número de votos fue de 1.398.

⁵² La evolución de Guesde es significativamente distinta.

hagiográfica: «Estaba Vera en la plenitud de la vida; contaba los mismos años de Saint Just y de Cristo. Derecho y esbelto, vestía con verdadera elegancia, esto es, con sencillo y pulcro decoro. Coronaban su noble cabeza cabellos como la endrina, que la brisa agitaba haciéndolos caer a veces sobre la frente augusta de pensador. Orlaba su cara, de varonil belleza, cuidada barba que hacía resaltar aún más el brillo de aquellos ojos, escrutadores e inteligentes cual ningunos, brillo que aumentaban los espejuelos de cerco áureo» (*Vera*, p. 21).

Por segunda vez el P. S. O. E. tiene ocasión de participar en las elecciones legislativas el 5 de marzo de 1893. Jaime Vera forma parte de la candidatura de la Agrupación de Madrid, junto a Pablo Iglesias, Facundo Pérez-agua, García Quejido, Saturnino González y A. Louro. Vera no podrá participar activamente en la campaña por trastornos de su salud. Así sucede en el mitin preparatorio del día 4 de marzo, al que manda una carta excusándose. El planteamiento del P. S. O. E. frente a las elecciones sigue siendo el mismo de 1891: intransigencia con los partidos burgueses (en el Congreso de Valencia se había acordado la expulsión de quien pactara con otros partidos); es decir, candidaturas de clase. No pretenden los socialistas entonces la conquista del poder político por las urnas, conscientes como son de su escasa fuerza numérica. Únicamente pretenden de nuevo extender sus ideas, «agitar a la masa social». Por ello alegan al final del período electoral que se ha hecho propaganda ante más de 40.000 obreros en más de 30 mítines. Por otra parte, como Vera había dicho el 1.º de mayo de 1892, todo esto no era sino la preparación para el acto final, la revolución violenta que derribara de sus podios a la burguesía e hiciera nacer la sociedad sin clases: «No hay lugar a detenerse en términos medios: en la lucha cada día más enconada entre la burguesía y el proletariado, entre la sociedad que se hunde y la que alborea en el horizonte de todos los pueblos civilizados, hay que ocupar un puesto al lado de los explotadores o al de los explotados. La candidatura socialista tiene esa significación, es un episodio de la guerra de clases próxima a desencadenarse en el terreno de la fuerza»⁵³.

Los resultados no son mucho mejores que en 1891.

⁵³ Manifiesto electoral del Comité Local de la Agrupación Socialista Madrileña. *El Socialista*, 24 de febrero de 1893. La llamada constante desde los primeros manifiestos a los «trabajadores manuales y no manuales», influencia clara de Vera, persiste aquí el nombre de «los fines progresivos de la humanidad».

El total oficial de votos es de 3.969, aunque «con los que faltan y demás serán más de 7.000»⁵⁴.

En los Jardines del Buen Retiro, Vera interviene también en el mitin del 1.º de mayo para decir que el fin del socialismo es la revolución social, aunque hoy se encuentre en la fase de educación de la clase obrera, revelando su fuerza no tanto por el número de sus partidarios como por el fundamento y la base científica de su programa: «por primera vez se da en la historia el hecho de la confluencia de obreros manuales e intelectuales que buscan una redención común. Unidas la fuerza y la inteligencia, el triunfo es seguro (...). Hay que luchar contra los intereses, empleando para ello la fuerza, puesto que con la fuerza los defenderán. Y yo lamento que el socialismo, que es todo humanidad y amor, tenga que apelar aún al derramamiento de sangre; mas ello parece imponerse fatalmente, y nosotros no podemos abandonar los derechos del cuarto estado ni el afianzamiento de la civilización»⁵⁵. Y escribe su artículo «Unión» para *El Socialista* de 1.º de mayo: «Trabajadores: la unión es vuestro deber y es la fuerza y el triunfo.»

* * *

También en 1894 escribe para *El Socialista* su artículo «El compañero León XIII»: «No hay moral, como no hay libertad ni derecho, sin la emancipación económica. Proclámela León XIII, y su nombre se pondrá en la sagrada lista de los redentores.»

«En tanto no lo haga, tenga todo trabajador por muy cierto que el Papa y su Iglesia sirven a la burguesía, que para eso paga.» No participa en el mitin del 1.º de mayo, lo que es aprovechado por el diario republicano *La Justicia* para sacar a luz viejas rivalidades de Vera con Iglesias. El doctor Vera respondió con una carta al director en la que rechazaba todas las afirmaciones del diario, alegando sus achaques de salud como causa de su ausencia entre los oradores del 1.º de mayo⁵⁶.

⁵⁴ En Madrid el número de votos recogidos es de 709 (Vera, 665), frente a los 1.398 de la anterior convocatoria. En otros distritos y circunscripciones también hay grandes descensos: Bilbao (de 437 a 187), Barcelona, etc., mientras que se producen aumentos sorprendentes en algunos lugares. En Córdoba, donde Vera es candidato con Iglesias, se consiguen 22 votos.

Doy estas cifras «oficiales y oficiosas» de votos como mera indicación, consciente de su valor muy relativo. Falta por hacer un estudio de la participación y de los resultados electorales del PSOE con la distribución y evolución geográfica, comparándolos con la fuerza de las organizaciones obreras; las consecuencias tácticas en la evolución del movimiento obrero, etc.

⁵⁵ Morato-Vera, págs. 22-23.

⁵⁶ Desde septiembre de 1893 hasta 1901, Vera no está entre los

En el IV Congreso del Partido, que se celebraría en Madrid aquel mismo año, Vera no figuraría entre los delegados, y en 1895 concurre a la demostración del 1.º de mayo, aunque no interviene.

Y llegan las elecciones del 12 de abril de 1896, en las que participa de nuevo el Partido Socialista, presentando candidaturas en 17 distritos. Por Madrid se presentan Vera e Iglesias; por Alicante-Elche, Vera y Unamuno, y por La Coruña, Pablo Iglesias y Jaime Vera. El Manifiesto Electoral de la Agrupación de Madrid, que podría haber sido redactado por Vera, insiste en los fines que por el momento persigue el P. S. O. E. con su participación electoral: «el Partido Socialista Obrero Español acude a la lucha electoral, como acude a la prensa y al *meeting*, para educar a la clase trabajadora, para pagar las doctrinas que defiende y para llevar sus aspiraciones al sitio donde se hacen las leyes». Y acude a las elecciones pese a «los chanchullos, amañíos y coacciones» del poder, pues no sería razón tampoco alegar la presencia de la autoridad en un mitin para no llevar éste a cabo. El manifiesto propone como solución al problema cubano el cese de la guerra y la repatriación de los soldados. Inserta luego las aspiraciones del partido contenidas en su programa, y tras señalar que «el Partido Socialista no es una escuela de ideólogos, que no se compone de ilusos desconocedores de la realidad y de los obstáculos que el proletariado necesita vencer hasta llegar al término de su esclavitud», inserta las reformas políticas y económicas que han de dar la fuerza y disciplina «que dejen expedito el camino de la total revolución»⁵⁷.

Vera no intervino en la campaña electoral ni en el mitin del 1.º de mayo, enviando al mitin electoral del 10 de abril en el Liceo Ríus una larga carta en la que renunciaba a su designación como candidato, adhiriéndose al acto, debido al mal estado de su salud y al peso de sus obligaciones: «los socialistas son y serán siempre hombres de progreso. Lo hemos dicho siempre con cla-

médicos que realizan las visitas diarias de la Sección de Dementes del Hospital Provincial.

El asunto estaba lejos de olvidarse (y de desquiciarse): «Vera, el único teorizante de importancia en el seno del socialismo peninsular, fue siempre rechazado por Iglesias. El pensamiento de Vera no pudo marcar un surco profundo. Iglesias, desconfiado, receloso, supo conseguir, acudiendo a todos los medios, el que Vera no fuese el cerebro del Partido, como merecía. Apeló al recurso demagógico, mezquino, de oponer el obrero al intelectual.» (MAURIN, J.: «Pablo Iglesias y el pabloiglesismo», en *L'opinió*, núm. 45, 22 diciembre 1928, reeditado por A. Balcells en *Revista de Trabajo*, núm. 34, Madrid.)

⁵⁷ «Manifiesto electoral». *El Socialista*, 10 abril 1896.

ridad. Como partidarios de la propiedad colectiva, enfrente de todos los partidos que defienden la propiedad individual; pero entre Monarquía y República, la República; porque es forma de gobierno más racional, más conforme con la dignidad humana, más abierta al progreso; y la Monarquía es el odioso resto político de las instituciones de casta»⁵⁸. Su artículo de 1.º de mayo de 1896 en *El Socialista* recuerda de nuevo la necesidad de la «acción obrera»: «que si la doctrina socialista triunfa en el campo de las ideas por la propia virtud de la verdad, sólo puede señorearse de la realidad social por la acción revolucionaria de la clase trabajadora».

EL CONGRESO DE LONDRES

A finales de julio de 1896, Vera, con Iglesias y Casimiro Muñoz, asiste al Congreso de Londres en representación del P. S. C. E., donde no interviene, cediendo siempre la palabra a Iglesias⁵⁹. Clara Zetkin diría en aquel congreso algo que Vera habría suscrito sin duda: «Nosotros los socialistas somos partidarios de la extensión más completa de la instrucción. La instrucción es el medio más poderoso de combatir la sociedad actual.» Argiriadés presentaría, por Francia, una moción «en favor de los pueblos que luchan por la libertad, cubanos, armenios y macedonios».

La salud de Jaime Vera llegó a ser por estas fechas tan precaria, que a finales de enero de 1897 una agencia difundió la noticia de su muerte. No fue así, pero estuvo gravísimo y sólo se restableció tras largos días de convalecencia. La enfermedad marcaría ya toda su existencia, sin menguar por eso su capacidad de trabajo y su dedicación a la causa socialista. Así, en los años que siguen a 1912, ciego, una auténtica ola de escritos suyos

aparecerá desparramada en diversos periódicos, sin por ello abandonar la visita diaria de sus enfermos, con la ayuda de sus alumnos del curso libre de Neurología y Psiquiatría que daba en el doctorado de la Facultad de Medicina.

1898

«España no ha sabido, por su desenvolvimiento gradual y metódico, entrar en la vida moderna y sacar de sí misma la fuerza necesaria para hacer respetar *su derecho*; las fuerzas progresivas que en sí contiene, dificultadas en su movimiento por la incultura y el atraso general, por el espíritu suspicaz fiscal y prohibitivo de las leyes y de los Gobiernos, por la podredumbre de la administración pública, por el inconcebible atraso intelectual de los elementos dominantes, por la selección de los incapaces e inmorales para el disfrute de los altos puestos, con mortal detrimento de las funciones del cuerpo social, no han podido ni por evolución ni por revolución sacudir de España la roña tradicional que nos sujeta al odioso pasado; y la ley natural, incontrastable e inexorable, ha de cumplirse en ella. Será desmembrada e intervenida»⁶⁰. Es 1898 una fecha clave en la historia de España por su significación como concretización simbólico-real de diversos procesos históricos. España ha perdido los últimos vestigios de su imperio ultramarino. Entre los que hablan de regeneración y los que claman a la revolución, las argumentaciones son a veces difíciles de delimitar: el moralismo pequeño burgués, el reformismo, el organicismo, la falta de coherencia teórica... En los momentos de crisis agudas, en los que la lucidez del análisis se hace más necesaria, sólo proposiciones histórico-dialécticas pueden dar cuenta del *¿qué hacer?*

Hay nuevamente elecciones legislativas en España. Vera contribuye, como siempre, a la campaña. Su nombre aparecerá como candidato, con Iglesias, por Madrid, Burgos, Orense y Elche; con Pascual Simal, por Almería, y en solitario, por Santiago. Tales eran, al menos, las candidaturas propuestas por las agrupaciones del partido hasta el 25 de marzo, dos días antes de celebrarse las elecciones.

«Durante muchos años, los que entonces éramos niños, veíamos a cada período electoral —y los había entonces con harta frecuencia—, pegados por las es-

⁶⁰ «Verdades amargas», *El Socialista*, 1 mayo 1898.

⁵⁸ Los resultados obtenidos por el PSOE no están nada claros. *El Socialista*, 24 abril 1896, indica 3.000 votos en Madrid; 450, en Alicante, y 105, en La Coruña, siendo 1.700 los logrados en Bilbao y 105 los de Zaragoza; estimando para el total unos 20.000. Sin embargo, en posteriores estadísticas, el Partido Socialista señala la cifra de 14.000 votos para toda España, que es la misma que da Morato.

⁵⁹ Iglesias presentó el informe de los delegados españoles, pidiendo se excluyera a Malatesta y al delegado del sindicato ferroviario. En Hyde Park, lloviendo a cántaros, sólo hablará el 26 de julio F. Ferrer (A. HAMON: «Le socialisme et le Congrès de Londres». *Etude Historique*, París, 1897. Hamon es anarquista. LAMBERET, en su conocido «Mouvement ouvrier et socialistes: Espagne», pág. 88, cita una edición española por la Bib. El Corsario, La Coruña, 1896); Archives Nationales de France (F7 12.494), Rapport de Police sur le Congrès de Londres, 1896. Ver HAUPT, G.: «La deuxième internationale», Mouton, París-La Haya, 1964.

quinas aquellos carteles rojos, que atemorizaban los espíritus pusilánimes —como hoy atemorizan tantas cosas, que serán naturales dentro de unos años más—, en los que aparecían, en grandes letras negras, los nombres de dos candidatos, siempre temidos, a pesar de que fueron una y otra vez invariablemente derrotados: Jaime Vera y Pablo Iglesias Posse. Entonces, como casi siempre en la Historia, el gran triunfo, ambicioso y lejano, se amasaba con derrotas de cada día»⁶¹.

En el «Manifiesto del Comité Nacional del P. S. O. E. a sus correligionarios y a todos los trabajadores»⁶² se llama especialmente la atención hacia dos problemas: la carestía del pan y la guerra de Cuba, para la que se preconiza «una autonomía más amplia o la independencia de la isla». También se llama la atención sobre el proceso de Montjuich y la «bárbara ley de represión del anarquismo». El sufragio ofrece al proletariado «excelentes tribunas para difundir las ideas rectoras» y conquistar «posiciones que le han de servir mañana para apoderarse por completo del poder político».

En el Manifiesto del Comité Local de Madrid, que acusa la influencia de Vera, se afirma que «la ley pone en nuestras manos una papeleta electoral, que tiene más eficacia que un fusil», y que «el uso del derecho del sufragio es un acto revolucionario, el único acto revolucionario que hoy puede realizar el proletariado»; para añadir más tarde: «los trabajadores somos los más y —¿por qué no decirlo?— somos los mejores, pues que nuestra clase es la más sana, la más honrada y la más dispuesta siempre a la abnegación y al sacrificio...»^{62 bis}.

Los resultados de esta elección fueron evaluados por *El Socialista* en más de 20.000 votos para toda España y 5.000 en Madrid⁶³.

⁶¹ MARAÑÓN, G., op. cit., pág. 137.

⁶² *El Socialista*, 4 marzo 1893.

^{62 bis} «¡Trabajadores, a las urnas!», suplemento al número 628 de *El Socialista*, 21 de marzo 1898.

⁶³ Insisto nuevamente en la precariedad de estas cifras que doy por no existir ningún estudio minucioso. Veamos: la cifra oficial que da *El Socialista* es de 17.020 votos, pero se pasa de afirmar: «Madrid, pocos más de 1.000 votos, aunque los compañeros contaron 3.101, faltando aún 70 de las 227 secciones de Madrid», a los 5.000 votos oficiales, que se dan en la estadística (Ver *El Socialista*, 1 abril, 8 abril, 15 abril, 20 mayo de 1898.) Morato indica la cifra de 3.700 votos en Madrid y 20.000 en toda España (El PSOE).

En los demás lugares en que Vera fue candidato consiguieron los siguientes votos: Burgos, Iglesias, 273; Vera, 247. Elche, 250; Santiago, 200; Almería, 150. Las votaciones más altas, con Madrid, las obtuvieron en Zaragoza (2.000 votos) y Bilbao (3.048).

Es esta época de numerosas convocatorias a Cortes, lejano reflejo en la política de los graves desequilibrios sociales en la España que atraviesa el 900. A poco más de un año de la anterior convocatoria, el 16 de abril de 1899, se celebran nuevas elecciones, en las que Vera es candidato por Madrid, con Iglesias, además de por Valladolid, Balmaseda y Baracaldo. Según Morato⁶⁴, hubo una cierta colaboración con los candidatos federales Pi y Margall y Nicolás Estébanez, trabajando en común para vigilar, e incluso «acaso se imprimiera alguna candidatura con los cuatro nombres». Jaime Vera no hablará ni escribirá nada con motivo de las elecciones debido probablemente al mal estado de su salud, que tampoco le permitirá tomar parte en las discusiones del Congreso del Partido, que se celebrará en septiembre de ese mismo año y en cuyas actas se hará constar el pesar de los reunidos por la enfermedad de Vera. Representaba este a la agrupación de Zaragoza.

Según *El Socialista* de 21 de abril de 1899, «en Madrid el triunfo ha sido de un socialista por lo menos [diversos artes y amañes han colocado a otros donde debieran estar] don Francisco Pi y Margall, Pablo Iglesias y quizá Jaime Vera». Aunque los socialistas estuvieran ya curados de espanto, no pueden menos que resaltar que aquéllas fueron «elecciones más que escandalosas», pues «de las 141 secciones intervenidas por los socialistas, sale el orden siguiente de colocación de los candidatos por Madrid: Ministeriales; P. Iglesias, Pi y Margall, C. Rodríguez, Jaime Vera, Nicolás Estébanez, candidatura liberal; Eusebio Blasco, demás independientes». Los resultados generales fueron: 18.214 votos, más «los que nos han robado» y los que aún no conocemos, unos 5.000, más de 23.000 obtenidos en más de 50 poblaciones»⁶⁵.

En septiembre, como señalábamos, cuando la U. G. T. cuenta ya con más de 15.000 afiliados, se celebra el V Congreso del Partido Socialista, que toma una decisión importante en la táctica electoral, estableciendo la posibilidad de cooperación con partidos burgueses, «cuando los principios democráticos corran peligro de desaparecer o sean bastardeados en la práctica, debiendo adoptar aquellas actitudes y determinaciones que las circunstancias aconsejaren». Aunque ésta había sido la táctica defendida por el doctor Vera y que le llevó

⁶⁴ Morato-PSOE.

⁶⁵ *El Socialista*, 5 de mayo 1899 y 23 de junio 1899. Las cifras más importantes eran: Madrid, 8.000 (Morato indica 7.000); Bilbao, 2.299; Zaragoza, 2.000, y Málaga, 1.000. En Valladolid Iglesias obtuvo 458 votos, frente a los 285 de Vera.

a la separación del partido a raíz de la publicación en 1886 de *El Socialista*, no podría verse una influencia directa suya en esa determinación por no haber asistido a las sesiones del Congreso⁶⁶.

El comienzo del siglo conoce un auge notable de las fuerzas socialistas. La U.G.T. llega en 1901 a los casi 30.000 afiliados, sobre una población activa de algo más de seis millones de personas, de las que en el campo trabajan al menos cinco millones⁶⁷. El país ha pasado ya de los 18 millones de habitantes. Es un hecho sorprendente que el socialismo español, enfrentado a esa base social, postergará la elaboración de un programa agrario de Congreso en Congreso y que sólo se propusiera formularlo en 1912, cediendo así su influencia al anarquismo e incluso al obrerismo católico.

La imagen del Vera de estos años nos la da Rafael Urbano en 1918: «Una noche alguien me dijo: 'Se discute en un Círculo de la calle del Horno de la Mata sobre la vivienda en Madrid.' Y fui al Círculo en cuestión, un Círculo federal, círculo, logia masónica acaso y, desde luego, escuela laica, según la práctica de la acción republicana por entonces.

Pero ¿cuándo fue? No lo recuerdo. Hará dieciocho o veinte años, una cosa así.

Un hombre joven, vigoroso, con barba, porte correc-

⁶⁶ Hubo propuestas de Barcelona, Alicante y Madrid para la alianza con los partidos más radicales burgueses (*El Socialista*), 18 de agosto de 1899). También se tomó el siguiente acuerdo, que conviene recordar, pues es otra faceta importante que necesita estudio: «El Partido Socialista Obrero reunido en su Quinto Congreso acuerda protestar enérgicamente contra la prórroga acordada por los Poderes públicos a favor de la ley de excepción, que condena la propaganda anarquista» (*El Socialista*, 22 de septiembre de 1899).

⁶⁷ El PSO evolucionó así:
Primer Congreso (1888): 16 grupos.
Segundo Congreso (1890): 23 grupos.
Tercer Congreso (1892): 37 grupos.
Cuarto Congreso (1894): 42 grupos.
Quinto Congreso (1899): 55 grupos.
Sexto Congreso (1902): 82 grupos.
Séptimo Congreso (1905): 144 grupos.
Octavo Congreso (1908): 115 grupos.
Noveno Congreso (1912): 216 grupos.
(MORATO, J. J., «El Congreso Socialista», en *El Heraldo de Madrid* de 27 de agosto de 1912). Estas son cifras oficiales, que, dice MORATO, no coinciden con las suyas, de las que prescinde. MORATO había sido Secretario del Comité Nacional del PSOE.
Décimo Congreso (1915): 258 grupos.
Undécimo Congreso (1918): 233 grupos. [MORATO-PSOE.]
El Anuario Estadístico 1923-24, p. 434, da las siguientes «entidades representadas» —son datos oficiales facilitados por el PSOE—: 20, 15, 32, 34, 44, 61, 79, 60, 148, 109 y 147 respectivamente. Puede que en un caso se cuenten las «sociedades obreras» y en el otro no. Falta por hacer una confrontación crítica de las estadísticas del PSOE.

tísimo y acaso más distinguido que los demás concurrentes, que había estado inquietísimo mientras hablaban los oradores, se levantó a mi lado y empezó a refutar las pretendidas razones de aquel arquitecto que hablaba de la construcción en Francia, Bélgica, Inglaterra, Alemania y de todo el mundo, en fin. Era el doctor Vera (...). El doctor Vera había estado también en todos los países que había mencionado el orador precedente pero el doctor Vera sabía más cosas de aprovechamiento y resistencia de materiales, de arquitectura legal, de aprovisionamiento de aguas, de saneamiento, de utilización de las luces y de otros problemas de construcción»⁶⁸.

Jaime Vera, tras casi siete años de baja actividad, actúa intensamente en la nueva confrontación que suponen las elecciones de 1901. Ha escrito su artículo de 1 de Mayo en *El Socialista*, con el título «La educación socialista», y en *La Lucha de Clases*, otro con el título «Paz o guerra»: hay que coadyuvar a la marcha de la historia; es el hombre el que hace la historia; hay que difundir las ideas socialistas, tener la paz mientras las fuerzas existentes no permitan otra actitud —la guerra frente al enemigo: «La gran victoria final, que precederán acontecimientos y mutaciones que el velo de lo por venir oculta, no podrá nunca realizarse hasta que las fuerzas socialistas organizadas y la clase trabajadora que la sirva de asiento alcancen nivel moral e intelectual y fuerza positiva para apoderarse momentáneamente y por sorpresa no ya del poder político, sino para fundar lo que es más importante y sostener una nueva sociedad en lo económico, en lo político, en lo moral; un nuevo modo de vida civil, una anatomía y una fisiología social nueva»⁶⁹.

Nuevamente Vera es candidato por Madrid (también por Almería, León y Valladolid), participando con un discurso de dos horas de duración en el mitin del Liceo Rius. Un discurso que se hará memorable para quienes allí estuvieron: «La actual sociedad caerá a los golpes de los revolucionarios, pero sólo cuando los más de los mejores tengan conciencia de la evolución.»

Como de costumbre, los socialistas van a las elecciones sin esperanza, aunque abriguen alguna por Madrid y Bilbao:

«Vamos a luchar para dar conciencia revolucionaria a los obreros, para foguear a las huestes socialistas,

⁶⁸ URBANO, R., «Vera y su ciudad socialista», *El Socialista* de 4 de septiembre de 1918.

⁶⁹ *La Lucha de Clases*, 1 de mayo de 1901.

para ver en qué medida éstas se han acrecentado»⁷⁰. Pese al acuerdo del V Congreso, el partido rechazó la coalición con elementos republicanos por estimar que no estaba amenazado ningún derecho político⁷¹. Nuevamente, pues, los candidatos socialistas luchan solos, presentando candidatos en 32 distritos y circunscripciones. En Madrid, Iglesias alcanzaría 4.500 votos y sólo unos cientos menos el doctor Vera⁷². ¿Quiénes son entonces los militantes socialistas? «Los elementos que forman el Partido Socialista son obreros llamados manuales en su casi totalidad, si bien hemos de citar entre los elementos intelectuales dos personalidades de relevante mérito: el doctor Jaime Vera y José Verdes Montenegro, catedrático en el Instituto de Alicante.

»Por lo demás, en el Partido hay médicos, abogados, estudiantes, empleados, farmacéuticos, maestros de escuela, patronos y bastantes mujeres»^{72 bis}.

En su artículo de 1 de mayo de 1902, Vera comenta la «frase célebre» de Marx: «La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos», hablando incluso de un régimen transitorio de dictadura tras la colectivización de los medios de producción si la clase obrera no ha alcanzado un nivel intelectual y moral adecuado⁷³. En el mitin del Frontón Central insiste en que la *conquista* de la emancipación

⁷⁰ Editorial «En la víspera», *El Socialista*, 17 de mayo de 1901.

⁷¹ «El Comité Nacional del PSOE a sus correligionarios», *El Socialista*, 12 de abril de 1901.

⁷² *El Socialista* de 31 de mayo de 1901. De las más de 70 poblaciones en que el partido obrero acudió a las urnas, los datos de 58 dan un total de votos de 15.392, a los cuales puede añadirse 1.000 por las localidades que no han comunicado el resultado. Teniendo en cuenta los colegios cerrados, los chanchullos, etc., «sólo agregaremos a aquella cifra poco más de la mitad —9.000— y tendremos en números redondos, pecando de cortos, la cifra de 25.000 votos» (*El Socialista* núm. 800, 1901).

^{72 bis} MORATO, J. J., Secretario del C. N. del PSOE, «El Socialismo de España», *Nuestro Tiempo*, abril de 1901, pp. 474-478.

⁷³ En 1891, ENGELS había editado «la crítica del Programa de Gotha», donde MARX pone los fundamentos de la «dictadura del proletariado», que elaborará LENIN en «El Estado y la Revolución». «Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media el período de la transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este período corresponde también un período político de transición, cuyo Estado no puede ser otro que la *dictadura revolucionaria del proletariado*» («Crítica del programa de Gotha», ed. Aguilera, Madrid, 1968, p. 36.) «El proletariado victorioso, lo mismo que la Comuna, no podrá por menos que amputar inmediatamente los lados peores de este mal, entre tanto que una generación futura, educada en condiciones sociales nuevas y libres, pueda deshacerse de todo ese trasto viejo del estado. (...) Mirad a la Comuna de París: ¡Hé ahí la dictadura del proletariado!» (ENGELS, Introducción —1891— a «La guerra civil en Francia», de K. MARX). El asunto no era nuevo en la teoría socialista internacional. Ver, por ejemplo, *Le Socialiste* de 14 de mayo de 1899 «La dictature du prolétariat».

ha de hacerse pacíficamente, mientras convenga, o por la fuerza, si es necesario, «pues así como muchos animales no sueltan de cualquier modo la presa, tampoco el animal capitalista soltará la suya»⁷⁴.

La alianza con los republicanos sigue siendo «cuestión importante» que el Comité Nacional no aprueba para las elecciones municipales⁷⁵.

En los primeros quince años del siglo XX, el país sufre una reestructuración económica total, con la consolidación de los partidos o grupos proletarios. Es una época de graves tensiones sociales, huelgas, miseria, paro, subida de precios... La situación de *fuerza* de los socialistas es totalmente distinta a la de 1890, pero las nuevas posibilidades son ignoradas.

En marzo de 1903, una asamblea republicana había decidido la acción común entre los republicanos, y entonces unos cuantos afiliados al Partido Socialista —García Quejido y Gómez Latorre, entre ellos— propusieron una alianza para la acción electoral (¡había nuevamente elecciones el 21 de abril!), así como «para atender el porvenir político de la nación». A esta propuesta se opuso Iglesias y fue aprobada por la Agrupación de Madrid por 107 votos contra 72. Sometida por el Comité Nacional al partido, fue rechazada por 50 agrupaciones, contra 22 y dos abstenciones⁷⁶.

El P. S. O. E. presentó candidatos por 60 distritos, que llevaron a las fuerzas socialistas a la acción electoral en más de cien localidades distintas⁷⁷. Según *El Socialista* de las fechas que preceden la elección, Vera fue propuesto, además de por Madrid, con Iglesias, por Valladolid, Almería y Castellón. Los votos que en total obtuvieron los candidatos socialistas fueron 18.371⁷⁸, frente

⁷⁴ *El Imparcial*, 2 de mayo de 1902.

⁷⁵ *El Socialista*, 28 de agosto de 1902, «Cuestión importante», páginas 1 y 2.

⁷⁶ MORATO-IGLESIAS, p. 111. El texto de la propuesta en MORATO, J. J., «Líderes...», pp. 292-293; un aspecto de la respuesta republicana en PÉREZ DE LA DEHESA, R.: «Germinal: una clave del 98», Taurus, Madrid, 1970, pp. 94 y 95. Este tema de la unión de republicanos y socialistas, cuyo estudio pormenorizado requiere un trabajo de fondo, será *leit-motiv*, como pretendemos plantear de manera harto precaria. Lógicamente, el debate pone en cuestión desde la historia económica hasta la comprensión teórica del socialismo hispano respecto a su entorno.

Una muestra más: «Contra *El Federalista*, que cree que socialistas y federales deben formar un sólo partido, ya que persiguen el mismo objeto: el mejoramiento de la clase obrera», los socialistas sólo hemos dicho que (...) defiende la propiedad privada, como todos los periódicos burgueses. Nosotros no sólo queremos el mejoramiento, sino la total emancipación» (*El Socialista*, 20 de abril de 1894).

⁷⁷ *El Socialista*, 24 de abril de 1903.

⁷⁸ «A estos votos, como de costumbre, se añaden 1.000 por las

a los casi 47.000 federados con que cuenta la Unión General de Trabajadores.

A ninguno de los mítines que se celebran el 7, 10, 16, 24 y 25 asiste Vera. Más aún, al de 1 de mayo, por no poder asistir, enviará unas cuartillas que serán leídas por Matías Gómez, en las que exhorta a los obreros al ejercicio de los derechos políticos.

El editorial de 17 de abril de 1903 de *El Socialista* volvía a insistir en los fines expresos que movían al partido a la participación electoral. «Siguiendo nuestra táctica de ejercer cuantos derechos otorgan las leyes, los socialistas hacemos uso del sufragio, lo mismo que de los demás derechos políticos, no con la ridícula pretensión de aspirar a triunfos superiores a nuestras fuerzas, sino con la idea de agitar la opinión obrera, de extender la propaganda de nuestras doctrinas, de hacer, en fin, un recuento de las huestes socialistas.» El editorial estaba lleno de los que serán tópicos de la época y tópicos socialistas: un moralismo abstracto de derecho y deberes: «La seriedad y la honradez que presiden todos los actos del Partido Socialista son los que han hecho crecer el núcleo de adeptos decididos y tenaces con que cuenta... Y con ocasión de la lucha electoral, como en todas las ocasiones, el Partido Socialista cumplirá su deber sin desmayos ni vacilaciones.»

La tensión respecto a la alianza con los republicanos debía ir en aumento, llegando a haber una escisión en el P.S.O.E. hacia febrero de 1904, constituyéndose un Partido Socialista Revolucionario que trabajaría con los republicanos, especialmente en las elecciones: «En una de las pasadas noches, y bajo la presidencia del señor Salmerón, se reunieron con los republicanos en el Círculo de la calle de Pontejos varias sociedades obreras que, desprendidas del *partido obrero*, han constituido un nuevo titulado P.S.R.»⁷⁹.

poblaciones que no han enviado los resultados y las de menos de 10, que no se incluyeron. Con el incremento del 50 por 100 por chanchullos, anulaciones, robados, etc., la cifra que se estima es de 29.000 votos.» En todo caso, es importante la variación que sufre el reparto: Madrid sólo consigue 2.000 votos (el número exacto, según la Junta Municipal del Censo, fue: Iglesias, 1.877; Vera, 1.700 —*El Imparcial* de 1 de mayo de 1903—. Sin embargo, el mismo periódico, según datos de la Junta Central del Censo, da a Vera 1.170 votos —*El Imparcial* de 28 de abril de 1903—; el mismo número que en Madrid se conseguirá en Asturias, y Bilbao obtiene 3.000. Por los distritos que Vera es candidato consiguen Castellón, 185; Valladolid (circunscripción), 400; Almería, 74 (*El Socialista* de 12 de junio de 1903).

⁷⁹ Revista Católica de Cuestiones Sociales núm. 111, marzo de 1904, p. 169 «Creemos que no violamos el concepto de la lucha de clases auxiliando a los impulsores del progreso y yendo con ellos del brazo hasta la realización del ideal republicano. (...) Dejando la armonía en cuanto esos elementos se conviertan en retardatarios de la civili-

Para las nuevas elecciones, que se celebran en 1905, Vera es propuesto como candidato por las agrupaciones de Madrid, Castellón, La Coruña, Puerto de Santa María y León «como en otras elecciones». El Partido Socialista presenta candidatos en unos sesenta distritos y circunscripciones. Tampoco en esta ocasión aparece en los mítines electorales Jaime Vera. Según Morato, tanto en estas elecciones como en las de 1907 «contribuye a los gastos, pero nada más». El número de votos obtenidos disminuye con relación a 1903⁸⁰; aunque en el resumen de fin de año que hace *El Socialista* se habla de progresos electorales, se refiere a las elecciones municipales, donde «el Partido ha ganado 21 puestos sobre los que tenía en 1903 y siete Municipios, estando hoy representado en 30 Ayuntamientos por 71 concejales, tres en Madrid»⁸¹.

Como ya hemos señalado, en diversas ocasiones se habían producido propuestas de coalición o colaboración con partidos burgueses; después de 1899, tomando como base los acuerdos del Congreso de dicho año. En febrero de 1907, «81 correligionarios de la agrupación de Madrid» piden una coalición electoral en las próximas elecciones «para elevar el espíritu liberal y luchar contra la reacción triunfante». Es muy posible que entre los firmantes se hallase Vera. Los resultados de las últimas elecciones parecían aconsejar una acción de este tipo. Se opuso Iglesias y la moción fue derrotada por 177 votos contra 87 en la propia agrupación de Madrid⁸². La nueva baja de votos, que sería el resultado de la elección de 1907, así como los graves sucesos

zación, que lo serán al día siguiente de su triunfo» (Manifiesto del PSR a los trabajadores, *El País*, 8 marzo 1904). Sobre el P.S.R. publicaré en breve un pequeño estudio.

⁸⁰ En Madrid, Iglesias obtuvo 1.870 votos; en Valladolid, 143. Mientras Vera obtiene sólo 24. Los resultados generales fueron los siguientes, según *El Socialista*: Madrid, 2.000; Bilbao, 3.104; Puerto, 40; Castellón, 150; León, 250; La Coruña, 30, etc., sumando un total de 14.088 votos, a los que «agregados 1.000, de donde por ser pocos no nos lo han comunicado», tenemos 15.000. «Añádanse, como otras veces, el 50 por 100 por votos robados, colegios cerrados, y tenemos 22.500, cifra que llegará a 26.000, si contamos 3.500 socialistas de aquellos pueblos rurales que no votaron por hallarse trabajando en otras localidades.» Así se llega a un total «oficioso» de 26.000 votos. El periódico se pregunta por la causa de la disminución de los votos conseguidos para responderse tajantemente: «La crisis de trabajo»: ante la crisis unos obreros se van fuera y otros están muy abatidos y sin ánimos.

⁸¹ *El Socialista*, 29 de diciembre de 1905.

⁸² *El Socialista*, 8 y 15 de febrero de 1907. Sobre la «bárbara intemperancia (...) de no dejarnos hablar donde los republicanos tengan fuerza», ver las cartas de Iglesias a Meliá, reproducidas en J. A. MELIÁ, «Pablo Iglesias. Rasgos de su vida íntima», Madrid, 1930, páginas 198 y ss, de 3 de junio 1909, 16 junio 1909 y 16 julio 1911.

y la coyuntura sociopolítica que atraviesa España en 1909, con la Semana Trágica, harán cambiar de idea al Abuelo y al partido⁸³; la conjunción republicano-socialista será un hecho desde noviembre de 1909 y llevará al Parlamento al primer diputado del P.S.O.E.: Pablo Iglesias. Los rebeldes ya son candidatos⁸⁴.

Volvamos a las elecciones de 1907. En la agrupación de Madrid se celebró asamblea para designar a los candidatos, que habían de ser solamente dos, como venía ya haciéndose en anteriores convocatorias. Iglesias y Quejido fueron los elegidos, con 293 y 175 votos. Vera quedó eliminado, en tercer lugar, con tan sólo 43 votos⁸⁵.

Los resultados generales de las elecciones no son publicados en 1907 en *El Socialista*, que únicamente señala que el resultado «no ha sido inferior al de 1905. Unos 26.000 votos obtuvimos entonces»⁸⁶. Sin embargo, Morato da la cifra de 22.000 votos, más apta para ser comparada con las cifras que da *El Socialista* tras su purificación y estimación⁸⁷.

A partir de 1910, Vera, que no era ya el «candidato de Madrid», seguiría, según Morato, siéndolo de los distritos imposibles, cuestión ya sin relevancia ninguna en estas notas biográficas^{87 bis}.

Seguirá colaborando, entre otros periódicos, en *El Socialista*. No asistirá a los Congresos de 1905 y 1908, y en este período desaparece prácticamente de la escena política y social hasta su vuelta en 1912, año de intensísima actividad, en el que escribe los artículos mejores salidos de su pluma, sin interrupción práctica hasta su muerte. Su actividad se extiende tanto a la

⁸³ Durante 1908 *El Socialista* seguiría defendiendo la no coalición; por ejemplo: 5 de junio, «El bloque de las izquierdas», de Torralba Beci; 12 de junio, «Solitos, solitos», de J. A. Meliá; 31 de julio, «Bloque electoral»...

⁸⁴ *El Socialista* de 25 de septiembre de 1909 incluía un manifiesto de «El PSOE a todos los ciudadanos», en el que ofrecían su alianza con las fuerzas de progreso. Como ejemplo del tono de la Conjunción, puede verse *La Mañana*, «periódico liberal socialista», núm. 1, de 5 de diciembre de 1909. Director: Manuel Bueno. Escriben: Bello, Iglesias, Carrera, Morote, Araquistain, Martínez Sierra y García Cortés.

⁸⁵ Los socialistas barceloneses resolvieron votar una candidatura compuesta por Iglesias, Quejido, Mora, Cortés y Vera, pero, tras una compulsión detenida, no aparece ningún voto en Barcelona para Vera (M. Sánchez de los Santos, «Las Cortes Españolas: las de 1907», Madrid, 1907). Únicamente aparece en el distrito de Almería, donde Iglesias obtuvo 99 votos y Vera 98. Iglesias consiguió un total de 7.717, distribuidos en 50 lugares distintos.

En los «Ecos de las elecciones» de *El Socialista* encontramos además otros votos para Vera en diversas localidades.

⁸⁶ *El Socialista* de 27 de diciembre de 1907.

⁸⁷ Votos en elecciones legislativas según fuentes socialistas:

propaganda de las ideas como al ejercicio de su profesión médica⁸⁸.

Vera apoyará toda iniciativa, siempre que esté en la línea del «progreso de la humanidad» y de su desenvolvimiento, venga de donde venga. Así se adhiere de inmediato a la Liga contra la Pena de Muerte, que fundaron las juventudes ateneístas a raíz del proceso de Cullera y del indulto del «Chato de Cuqueta» por el

Año	España		Madrid	Afiliados a la UGT Total	
	Oficiosos	Oficiales			
1891	5.000	3.876	1.398	abr.,	5.457
1893	7.000	3.969	709	feb.,	8.848
1896	14.000	«Estimamos más de 20.000»	3.000	feb.,	6.154
1898	20.000	17.020	5.000 (?)	—	—
1899	23.900	18.214	8.000	sept.,	15.264
1901	25.400	15.392	4.500	mar.,	29.383
1903	29.000	18.371	2.000	ene.,	46.896
1905	26.000	14.088	2.000	feb.,	56.905
1907	22.000	* 7.973	** 2.500 * 1.249	abr.,	32.405

* M. M. Cuadrado, «Elecciones y partidos políticos en España», Madrid, 1969, vol. II, cuadro estadístico núm. 19. Tusell, en «Sociología electoral de Madrid», p. 70, da a Iglesias 2.742 votos.

** *Ibidem*, p. 742, vol. II.

^{87 bis} Véase una pintoresca referencia de *El Trabajo*, de León, órgano de los católico-amarillos de aquella localidad (núm. 8, de 30 de abril de 1909, p. 7): «En las últimas elecciones parciales verificadas en esta ciudad fue presentado por los socialistas, como otras veces, el distinguido burgués Dr. Jaime Vera, habiendo obtenido... (¡agarrarse!) 40 votos.»

«Esto, bien meditado, tiene la mar de sustancia, sobre todo si nos fijamos que en León hay más de 40 obreros. ¡Ya lo creo que hay más!... Si no que no quieren ir a la vera del socialismo.»

⁸⁸ Tanto en el Hospital General como en su propia consulta de Alcalá, número 160. Pertenece, por ejemplo, al «Comité de propaganda del tercer congreso internacional para la asistencia de los alienados», que se celebra en Viena del 7 al 11 de octubre de 1908. Es médico de la Asociación de la Prensa, etc.

Rey, que originaría una crisis del Gobierno Canalejas.

La salud e incluso la voz coartan a Vera: «Aquel incansable lector perdió la vista; aquel hombre de varonil belleza y de gran elegancia envejeció prematuramente; sus espaldas se inclinaron. Su voz, admirablemente timbrada, se hizo estridente»⁸⁹.

En febrero se adhiere al homenaje que se tributa al doctor Esquerdo, sin poder asistir personalmente por enfermedad, aunque enviara un estudio sobre su obra. Cuando comienza el curso de la Escuela Nueva sobre las doctrinas socialistas, Núñez de Arenas pide a Vera la conferencia inaugural, «La verdad social y la acción», uno de los mejores trabajos que haya escrito.

«Me pasaron a una especie de despacho del hotelito de Madrid Moderno. A poco, por la escalera bajó un hombre con un muchacho. Una voz estridente le había precedido. El hombre, menudo, llevaba una especie de blusa o guardapolvo de dril, una gorra con enorme visera de hule y unas gafas que ocultaban sus ojos. Se apoyaba en un bastón. Se sentó tras de una mesa y hablamos. La conversación duró cuatro o cinco horas, sin que Vera advirtiese que caía la tarde y que las tinieblas invadían la estancia. Comprendí que estaba ciego y que había perdido la noción del tiempo»⁹⁰.

La *Verdad Social* será leída por el propio Núñez de Arenas. «Yo me atrevo entre vosotros a proferir lo que parecerá una blasfemia dicho desde esta cátedra. La civilización y la transformación social, que es su continuidad, no se engendra por la cultura. ¡Cultura! ¡Cultura! Ese es el clamor general, y yo os digo: la transformación social no se engendra directamente por la cultura. *Se engendra por la aplicación de la cultura.* Y la aplicación de la cultura es *acción, acción inteligente, pero acción.* Y esa acción es, trabajadores, vuestra función específica y el objeto de vuestros anhelos»⁹¹. Tuñón de Lara ha hecho notar la importancia de la formulación de Vera: «La ciencia no es proletaria ni burguesa: es profundamente revolucionaria, porque es creadora»⁹².

Sus ideas sobre la ciencia y los intelectuales no van a variar: «La emancipación del trabajo alcanza a todos y debe ser obra común de todos. Sólo el pensamiento y la acción reunidos pueden conquistarla» («Los intelectuales y el socialismo», 1901). «[Debemos] acomodar la inteligencia a los hechos, para actuar con inteli-

gencia sobre los hechos» («18 de marzo de 1871», 1916). Estas dos fuerzas conjuntadas, la ciencia y el movimiento proletario, pueden transformar un régimen científicamente antisocial y hacer posible su productividad potencial: «Gracias al dominio de la Naturaleza por la Ciencia, la productividad del trabajo humano es tan grande, que una organización nacional e internacional del trabajo, siendo organización medianamente científica y medianamente liberal, crearía condiciones tales de riqueza y posibilidades de bienestar, de justicia y de concordia, generalmente insospechadas, que las plagas históricas o males sociales no tendrían razón alguna de existencia.» («A los albañiles madrileños», 1916.)

Para transformar en realidad esta potencia es necesaria la acción proletaria. Tanta es la importancia que da Vera a la ciencia que llega a definir el socialismo como el «conjunto de las aplicaciones posibles de toda ciencia humana a la vida social» («Por Augusto Bebel», 1913).

Esta fe en la ciencia lleva en sí misma una consecuencia necesaria: al ser socialistas, «lejos de haberos metido (los jóvenes socialistas) en las estrecheces de un dogma..., habéis saltado al ambiente libre, donde todo conocimiento físico o social es buena nueva que se organiza en la ciencia viva...» («A los jóvenes socialistas», 1913).

Su preocupación es constante y ahí está en la Casa del Pueblo cuando Ortega y Gasset habla de Lasalle, cuya obra debía conocer Vera muy bien («El producto íntegro del trabajo», cuya crítica pormenorizada había hecho Marx en «La crítica del programa de Gotha» —publicado en 1891, aunque escrita quince años antes—, aparece en la obra veriana desde el *Informe* hasta sus últimos trabajos). Sus artículos están allí, ya que no su acción, en cada momento clave: el fundamental «Ciencia y proletariado», para el 1 de mayo, en *El Liberal*; «Las dos lógicas», ante el asesinato de Canalejas, que fue aprovechado para acusar a Iglesias de incitar a la violencia⁹³, cartas, adhesiones... Asistirá como delegado de la Escuela Nueva al IX Congreso del Partido, que se celebrará en septiembre de este mismo año de 1912, aunque su participación no sea muy grande: cuando se discute con calor y sin rigor la persistencia o disolución de la Conjunción, uno de los temas importantes del

⁸⁹ España, 22 agosto 1918.

⁹⁰ NÚÑEZ DE ARENAS, según Morato-Vera, p. 49.

⁹¹ «La verdad social y la acción», Imprenta de Felipe Peña, 1912, página 29.

⁹² «Medio siglo de cultura española», pp. 91-92.

⁹³ Iglesias había dicho en el Parlamento que antes que permitir que volviera a gobernar Maura los socialistas aprobarían el atentado personal. Es muy ilustrativo leer lo que con este motivo escriben los socialistas para tener una idea de sus posiciones sobre la revolución y la «adecuación» reformista del socialismo español.

Congreso, junto con la revisión del programa mínimo y municipal, y la redacción de un programa de reivindicaciones agrarias, Vera se inhibe ante un pronunciamiento a favor o en contra, según Morato, porque los dos le parecían buenos y su forzado apartamiento de la vida social le impedía conocer detalles. La reseña de *El Socialista* señala que Vera cree que aquélla es una disputa entre hermanos, que lo mejor será lo que acuerde la mayoría, que busca entre lo bueno lo mejor (1).

De este Congreso saldría la separación de los cargos de presidente del Comité ejecutivo y director de *El Socialista*, que había de significar una escisión latente en el seno del partido, como señala García Venero.

En noviembre se celebra un mitin en defensa de Iglesias organizado «por un puñado de socialistas con el sabio Jaime Vera a la cabeza». Envió una carta que fue leída por Torrent y llegó una vez empezado el acto, siendo acogido con una estruendosa salva de aplausos. Matías Gómez y Julián Besteiro dirían en el mitin que esa ovación simboliza la unión del socialismo a los intelectuales (*El Socialista*, 29-XI-1912). «Bastaba que alguien hubiera lanzado el nombre de Vera para que la multitud de proletarios, en un espontáneo y efusivo homenaje al grande hombre, prorrumiese en clamorosa ovación indescriptible hacia la figura envejecida y callada que en aquellos momentos saludaba con sus ojos muertos a todos los humildes, entre los cuales siempre se consideró un hermano»^{93 bis}.

SANCHO ALEGRE

En abril de 1913, Sancho Alegre atenta contra la vida del Rey. En el juicio oral, Vera, con Achúcarro y Esquerdo Dale, informan por la defensa. De nada valen las razonadas exposiciones que demuestran la enajenación de Sancho Alegre, que es condenado a muerte, aunque más tarde obtuviera el indulto real.

Aunque nos parece difícilmente atribuible a Vera, transcribimos ahora las palabras que en su boca pone el cronista de *El Socialista* el día de su muerte, porque pueden en todo caso señalar la importancia que Vera daba a la ciencia, aspecto en que ya hemos hecho hincapié: «Odio como hombre, como socialista y como jurista la pena de muerte. Sin embargo, odio aún más la superchería científica. Si don Nilo no está loco, en efecto, diré la verdad, aun a sabiendas de que le cos-

^{93 bis} *El Socialista*, 20 de agosto de 1923.

tará la vida. La vida de un hombre, aunque fuera la mía propia, no es bastante disculpa para un falseamiento de la ciencia.» (Manifestaciones que habría hecho Vera ante su defensa de Nilo en 1917.) Una gran campaña fue organizada por *El Socialista* alrededor de esta causa intentando movilizar a los «intelectuales sordos al dolor» frente a una justicia que «prescinde de que es epiléptico» (mayo-junio 1913).

Por entonces escribe estas palabras, que hacen ver su comprensión profunda de la realidad y que habrían de ser proféticas pocos años después: (vivimos en paz) «al precio de convertir cada nación en un cuartel inmenso, sosteniendo a la mitad de la población útil armada e improductiva».⁹⁴

El 1 de junio de 1913, *El Socialista* da la noticia en primera plana del restablecimiento de Jaime Vera y su vuelta al trabajo en el Hospital General. Desde entonces participa físicamente cuanto puede en mítines y discusiones. A la de la Conjunción que sostiene la Agrupación madrileña manda unas cuartillas en las que se muestra partidario decidido de la continuación de la alianza republicano-socialista ante el abandono de Melquíades Álvarez, recordando que seis veces las izquierdas tuvieron el poder en el siglo XIX y seis veces lo perdieron por hallarse desunidas y no haber resuelto el problema político sino en el papel. Es necesaria la colaboración entre todos los elementos afines, pues siempre «en todos los momentos políticos unos resisten al progreso, mientras otros luchan por él». (Engels habría «sugerido» la necesidad de alianza transitoria de obreros y ciertas fracciones de la burguesía en la España de 1873 que hiciera posible la posterior emancipación de la clase obrera: «España es un país tan atrasado desde el punto de vista industrial, que es imposible hablar siquiera en ella de una emancipación inmediata de la clase obrera. Antes de que pueda llegarse a ello tiene que atravesar España un desarrollo de varios estadios y superar una serie de obstáculos. La República ofrecía la posibilidad de comprimir ese proceso en el lapso de tiempo mínimo y posible, así como la de eliminar rápidamente los obstáculos aludidos»⁹⁵).

⁹⁴ «La paz por intimidación», *El Socialista*, 4 de mayo de 1913.

⁹⁵ ENGELS, F., «Los bakuninistas en acción. Informe sobre la sublevación española del verano de 1873» (pp. 221-248 de «Revolución en España», MARX, K., y ENGELS, F., ed. Ariel, 1960. La cita de la página 225).

LA GRAN GUERRA

El día 1 de agosto de 1914 comienza la Primera Guerra Mundial y unos años de «vacas gordas» y enormes beneficios para los capitalistas españoles, que no aprovechan la neutralidad para crear una industria potente^{95 bis}. La consecuencia será la recesión subsiguiente al fin de la guerra y, en último extremo, el recurso a la dictadura. España se divide en dos bandos: favorables, en general, las derechas a Alemania, y las izquierdas, a los aliados. Vera se manifestará, aunque con matices, a favor de los aliados o, más exactamente, en contra de Alemania. Muchos de los artículos siguientes irán marcados por la preocupación de la guerra, sin que las reflexiones teóricas alcancen nunca un alto grado de lucidez, ni siquiera en las sesiones del X Congreso del P. S. O. E., que tendría como temas centrales la Conjunción y la guerra, ambas ponencias redactadas por Vera.

A principios de 1915, en un Madrid de 600.000 habitantes, en el que la tasa de mortalidad es ligeramente inferior a la de la natalidad⁹⁶, en que las condiciones de vida y el impacto de la enfermedad hacen estragos entre la clase obrera, nuestro médico, agotado por el peso de la suya propia, no renuncia a su oficio; únicamente trasladada la consulta a su hotelito de Madrid Moderno, en Alcalá, 160. De allí sólo se movería ya para ir a la calle del León, número 1, donde viviría con su hija Blanca hasta su muerte⁹⁷.

Dos trabajos en los que aborda ampliamente el problema de la guerra son «¡Si viviera Jaurés!», leído en la velada-homenaje del 29 de abril de 1915 «en honor a aquel pacifista de buena cepa, de los que tienen la paz por el mayor bien y primera necesidad y condición de vida entre los individuos y los pueblos; pero la paz en la libertad y dentro de relaciones de justicia, no en la servidumbre de dentro o de fuera», y «¿Qué fracasa aquí?», escrito para *El Socialista* del 1 de mayo del mismo año, donde afirma que «esa y mucha más barbarie

^{95 bis} Sobre la acumulación capitalista de este período ver los trabajos de S. ROLDÁN y J. L. GARCÍA DELGADO, de inminente publicación por la Confederación de Cajas de Ahorro.

⁹⁶ El 26,4 por 1.000 y el 27,2 por 1.000, según el Servicio Municipal de Estadística de Madrid.

⁹⁷ En esta calle quedan huellas de haber sido arrancada una placa conmemorativa, homenaje del pueblo de Madrid. No ha sufrido en cambio «purificación» una calle que en Madrid lleva su nombre, como en Salamanca, donde el municipio tomó dicha decisión por unanimidad, a iniciativa del concejal Primitivo Santa Cecilia en agosto de 1918. La casa de Vera fue luego destinada a algo que él hubiera deseado: una escuela primaria.

latente o silenciosa persiste y persiste en la paz, *violencia triunfante...*»

EL X CONGRESO

Entre el 26 de octubre y 2 de noviembre se desarrollan las sesiones del X Congreso del P. S. O. E., al que Vera asistirá en representación de la Escuela Nueva con Ovejero y Araquistain y representando también a la Agrupación de Madrid, con Besteiro y Núñez Tomás.

Cinco sesiones de las quince que tuvo el Congreso se dedicaron a discutir la conveniencia o no de continuar la Conjunción. La ponencia de la mayoría de la Comisión: Fabra Ribas, Verdes Montenegro e Isidoro Acevedo, propuso la ruptura; García Cortés presentó un voto particular de ruptura, pero colaborando no conjuncionados, y Besteiro convirtió en voto particular una larga carta de Vera a favor de la Conjunción, que sería el informe aprobado tras largas y violentas discusiones por una exigua diferencia de votos (3.106 a favor, 2.850 en contra). A favor de la moción de Vera hablaron Besteiro, Torralba y Anguiano; en contra, Fabra Ribas, García Cortés y Verdes Montenegro. Fabra calificó el informe de Vera de «tesis académica más que de proposición para ser discutida en una asamblea popular». Dijo que «iba, además, contra la esencia de la lucha de clases» y que, caso de buscar adeptos, podían también buscarse a su izquierda, en los sindicalistas.

Para Verdes Montenegro el voto de Vera era «de carácter doctrinal abstracto, y en el orden político corresponde a la política romántica». No siempre es necesaria la gradación que ofrece como obligado paso la República. «Nosotros necesitamos una acción más enérgica y más práctica. Queremos usar el automóvil socialista sin subir al carromato republicano.» Son dos enfoques radicalmente distintos que revelan la escisión latente que se consumará unos años más tarde, dando origen, tras diversos acontecimientos, al Partido Comunista.

Las sesiones del Congreso continúan con la discusión de la dirección de *El Socialista* y con otro de los temas cruciales: el programa agrario, cuya redacción se acordó en 1912 y que, pese a los esfuerzos y lucidez de destacados socialistas, pasaría a ser aprobado «en otro Congreso». Con la décima sesión se comienza la discusión del dictamen de la guerra europea, que había redactado Jaime Vera, a la vista en las primeras discusiones de la Comisión encargada, de la dificultad de

unificar criterios. El dictamen iba firmado por Vera, Torralba Beci y Madinabeitia. Los restantes miembros de la Comisión presentaron votos particulares. Vigil: reconocer el agresor, pero no tomar partido; luchar por lograr la paz inmediata. Verdes Montenegro, citando numerosas veces a Spencer, lo que criticará Besteiro, dice que nosotros no tenemos nada que hacer ahí. Es un conflicto capitalista y, gane el que gane, el socialismo triunfará. Y estando disconformes con todos Besteiro, Fabra Ribas y Araquistain presentaron una moción que sería la finalmente aprobada⁹⁸. Madinabeitia defendió la ponencia de los ataques que se la dirigían alegando que ellos no estaban de acuerdo con algo de lo que escribió Vera, pero que como era él «una de las glorias de nuestro partido, que, enfermo, todas las energías que puede ofrecernos las dedica al Congreso», no habían entrado a discutir con el sabio doctor.

Las discrepancias eran: la condena del pacifismo, que ellos estimaban consideración utilísima en un partido en que la bondad debe resaltar, y la condena de los camaradas alemanes, pues es prematura⁹⁹. Vera afirmaba allí nuevamente que «... el movimiento socialista es el aliado natural de todas las acciones y fuerzas progresivas en todas las manifestaciones de la vida», y además, que los socialistas deberían «[oponerse] a esa política de aislamiento, contraria a todas las enseñanzas históricas, la política de penetración y de lucha de las fuerzas socialistas en todas las zonas de la vida nacional, actuando sobre las conciencias y sobre los hechos; aprovechando las competencias materiales e ideales burgueses y los movimientos progresivos de todo orden»¹⁰⁰.

⁹⁸ Era igual a la Memoria del Comité Nacional para el Congreso (*El Socialista* núm. 2.279), y a lo dicho por Pablo Iglesias en el Parlamento; y fundamentalmente similar a la ponencia de Vera. Besteiro afirmó que coincidía con ella; que únicamente habían querido presentar de manera sencilla su pensamiento y que debiera considerarse como enmienda. Se votó y fue aprobada por 23 votos contra 9, lo que suponía 4.090 votos representados contra 1.218. «Quedó, pues, virtualmente aprobado el dictamen de la Ponencia, con la aclaración votada», dice *El Socialista* de 1 de noviembre de 1915.

Acción Socialista reproduce como acuerdo del Congreso la moción de Besteiro.

⁹⁹ Vera había escrito en abril de ese mismo año: «También cabe su parte de responsabilidad (por la guerra) a los directores del movimiento socialista y del movimiento proletario, que cayeron y dejaron caer estos movimientos en el oportunismo miserable, embobados con las migajas desprendidas de un presente indigno y totalmente desapercibidos (y éste es el juicio más benévolo) cuando el porvenir se les viene encima, tornándose en presente horrible y vergonzoso. (¡Si viviera Jaurès!).»

¹⁰⁰ Ponencias sobre La Conjunción y La Guerra. X Congreso del PSOE.

Ninguna coincidencia había entre esta declaración sobre la guerra y el manifiesto de la Conferencia internacional de Zimmerwald, que se había celebrado unas semanas antes. De hecho, la U. G. T. y el P. S. O. E. no enviaron representación a ella¹⁰¹.

LA ALIANZA U. G. T. - C. N. T. Y LA HUELGA GENERAL

En 1916, mientras los beneficios del capital se multiplican (García Venero cita casos reales de pasar del 2 al 20 por 100), la crisis se agudiza, el hambre y el paro se enseñorean del país. La miseria obrera es indescriptible: en Madrid, de 1.300 calles inventariadas hay tísicos en 1.031. La subida de los precios llega a tres o cuatro veces el valor de 1913 en los artículos de primera necesidad. Como sugiere Tuñón de Lara, la cuestión fundamental entonces no era la medición del mayor o menor grado de infección imperialista que trataba doctrinalmente el X Congreso; lo importante era el hambre, los obreros en paro, el programa agrario que movilizara a las masas campesinas... La acción, en suma, como hacen 2.000 obreros en Madrid que se manifiestan ante el Ayuntamiento, obteniendo del alcalde, señor Ruiz Giménez, la promesa de trabajo antes de cuarenta y ocho horas.

La Casa del Pueblo lanza un manifiesto y se realizan numerosos mítines. Por primera vez, la U. G. T. y la C. N. T. (anarquista) actúan unidas, realizando una acción conjunta que habría de culminar en la huelga general de veinticuatro horas del 18 de diciembre.

Vera, nuevamente postrado por la enfermedad^{101 bis}, que le había permitido solamente la asistencia a las cuatro primeras sesiones del X Congreso, no deja de escribir y colaborar, en la medida de sus fuerzas, con las organizaciones proletarias.

Según nos cuenta el doctor Eleicegui: «Era (en 1916) un vencido por el mal, casi esquelético; sus ojos no recogían la luz y sus manos temblaban con temblor patológico, y, sin embargo, la lucidez de juicio era com-

¹⁰¹ El texto de este manifiesto en «Historia de las Internacionales en España», de M. García Venero, tomo II, pp. 110-114. La Juventud Socialista Madrileña estaría en Kienthal (24-30 de abril de 1916).

^{101 bis} El 25 de agosto de 1916 *El Socialista* daba la noticia del total restablecimiento de Jaime Vera, que había atravesado una crisis que le puso nuevamente al borde de la muerte a principios de junio. Para este momento Vera había trasladado su consulta a la calle del León.

pleta, la vehemencia de expresión atrayente, los anhelos vehementísimos»¹⁰².

Escribe un magnífico artículo el 18 de marzo sobre la *Comuna*, que *El Liberal* reproduciría unos días más tarde con mutilaciones; trabajos de carácter médico-social; colabora en *El Socialista* del 1 de mayo y para la celebración del XV aniversario de la Sociedad de Albañiles El Trabajo; escribe un notable artículo en el que trata de la función del partido, de la posibilidad productiva de un sistema económico racional y planificado, etc...

Su último trabajo en este año será precisamente una alocución a los huelguistas del 18 de diciembre, que fue leída en un mitin preparatorio, dejando claramente las cosas en su sitio: la huelga no va contra el sistema capitalista, sino que pretende mejorar el aparato productor, «mezquino e imperfectísimo en España», sirviendo como propaganda por el hecho hasta que llegue el momento de alzarse contra el sistema mismo, pues: «Nuestra pequeña, lenta e incompleta revolución (así está después de un siglo) sólo ha tocado lo más somero de nuestra sociedad: algunas formas de la relación política.

»La sustancia de las clases permanece intacta. Las fuerzas retardatorias, tradicionales, conservan todos los poderes del Estado y, por continuidad de la posesión, la costumbre»¹⁰³.

El 2 de enero de 1917, *El Liberal*, en el cuadro de una consulta a personalidades relevantes de la política española (Dato y Romanones preceden a Vera) sobre los grandes problemas sociales, la huelga general, y con el calificativo de «el más docto socialista español» incluye unas reflexiones de Vera que serían reproducidas en *El Socialista* el mismo día y que originarían una pequeña polémica entre ambos periódicos, en la que se califica a Vera por parte de *El Socialista* de «cerebro del socialismo». *El Liberal* anunciaba una serie de artículos que Vera prometió, pero que luego no pudo escribir.

Nuevamente —y finalmente— insiste Vera en uno de los ejes de su pensamiento de fuertes implicaciones en la táctica socialista: «El perfeccionamiento del aparato productor hasta el máximo es el supremo interés del obrero» (...). «La nación entera, y más acerbamente las clases laboriosas, sufren, además, por el lento e imperfectísimo desarrollo del capitalismo en nuestro país», lo que implicaba puntos de convergencia con fracciones

burguesas, pero de ningún modo renuncia a la «total revolución». Otro eje se articularía en torno a la importancia de la ciencia y de los científicos, en la línea de lo que hoy se llama «revolución científico-técnica».

Incluso en 1917, fechado 2 de noviembre, presenta Vera un informe médico-legal ante los Tribunales en la defensa de Aurelio Nilo Sainz, que será reproducido por numerosos periódicos y calificado de extraordinario.

Los centros de su interés como médico nos los resume él mismo así: «Han sido estudios predilectos míos enfermedades como la parálisis cerebral, el histerismo, los estados neuroasténicos, las enajenaciones mentales que yo suelo llamar de tipo emocional, el grupo confuso de las neuritis, las parálisis espásticas y las manifestaciones que apenas pueden catalogarse de las poliomiélitis, en las cuales al diagnosticar y al pronosticar en la asistencia he tenido mis modestos triunfos en épocas en que muchas formas de poliomiélitis no habían entrado en el cuadro práctico de muchos médicos de superioridad clínica indiscutible»¹⁰⁴.

Cuando se conoce en España la revolución rusa, Vera cree que ha llegado al fin la era del socialismo, y así se manifiesta optimista: «¡Ahora es cuando comienza la guerra!». En la huelga de agosto de 1917 estuvo presente en la medida en que su decrepita salud y su ceguera se lo permitieron. Según cuenta Morato, Iglesias le consultó en una larga carta, que no me ha sido posible ver, sobre una posibilidad de negociación con el Jefe del Gobierno por mediación de Luis Simarro^{104 bis}. También «acude a remediar desdichas, organizar suscripciones, salvar fugitivos, ocultar perseguidos, redimir cautivos, consolar afligidos, alentar vacilantes».

«Fue en agosto, septiembre y octubre y parte de noviembre del año pasado algo así como el presidente honorario del Comité de huelga y el General de la Cruz Roja revolucionaria», según recuerda Castrovido en unas cuartillas que envía a la velada que en honor de Vera se celebró en la Casa del Pueblo el 31 de agosto de 1918¹⁰⁵. Visitó en la cárcel a los condenados¹⁰⁶ y su voz

¹⁰² *Heraldo de Madrid*, 19 de agosto de 1918.

^{104 bis} Meliá, hijastro de Iglesias, cuenta (pp. 91-95 de «P. I. Rasgos de su vida íntima», Madrid, 1926, 1930) la gestión de Simarro, sin precisarla. Meliá fue con las notas de la propuesta a ver a Vera, que estaba de acuerdo con Iglesias; el mismo Meliá redactó el borrador que, corregido por Iglesias, fue enviado a Simarro.

¹⁰⁵ «Aquella especie de Cruz Roja para auxilio de los presos de la que fue el alma J. Vera. MORATO, J. J., «Historia de la Asociación General del Arte de Imprimir. La Cuna de Un Gigante». Prólogo de Antonio García Quejido. Epílogo de Matías Gómez Latorre. Madrid, 1925, 622 p. La cita es de la p. 446; por error de imprenta dice 1908.

¹⁰³ *Heraldo de Madrid*, 19 de agosto de 1918.

¹⁰⁴ Carta a *El Liberal*, 9 de diciembre de 1912.

se alzaría entre el clamor general por la amnistía del Comité: «¡Amnistía! ¡Amnistía! ¡Amnistía! Debéis demandar todas y debemos demandar todos, hasta que nuestro clamor se convierta en tempestad si ello es preciso»^{106 bis}.

LA MUERTE

Desde diciembre del 17, Vera iría sorteando la muerte en crisis sucesivas, intentando mantener siempre en actividad su «inteligencia y capacidad aprehensiva prodigiosa...». «Yo le vi, pocos días antes de su muerte, yaciendo, con la boina puesta y vestido como para salir a la calle, en una cama inconfortable, ciego y casi ausente de este mundo; y aún recibía algunos pacientes, que se sentían aliviados con sólo sentir sobre su cabeza la mano de don Jaime, casi helada ya por la muerte»¹⁰⁷.

El 19 de agosto de 1918, a las doce y media de la mañana, fallecía en su domicilio de la calle del León, 1, el hombre que consideraba que su «acción socialista y obrera había consistido sencillamente en estar tal como había sido, dentro del movimiento y con los compañeros siempre en cuerpo y alma», truncándose así —en lo inmediato— sus proyectos anunciados para «cuando se pusiera bueno»: «dar una serie de conferencias sobre Marx en el Ateneo. Es preciso definir sus teorías, presentarlas en su transformación, establecer los errores que acerca de ella se han difundido. Ir después a la Casa del Pueblo (...), dar un cursillo a los estudiantes en el hospital Provincial acerca de las enfermedades mentales de los niños...»¹⁰⁸.

Toda la Prensa se hizo eco de su muerte en términos elogiosísimos: «Su fama de psicólogo, de antropólogo y de alienista fue tal que durante largos años no hubo un solo proceso en el que fuera menester estudiar un verdadero caso clínico relacionado con aquellas ciencias en que Vera no fuera llamado a dictaminar... (Hubo) «dos grandes devociones en su vida: la ciencia y la igualdad social...». «Su padre, Rafael Vera, fue amigo íntimo

Pese a que M. Gómez, pesimista, afirma en su epílogo que el gigante está aún en la cuna, de los 249 asociados del Arte en 1874 se había pasado (con la tolerancia de la dictadura de Primo de Rivera) a los 210.741 asociados de la UGT (p. 611).

¹⁰⁶ Ver el «Julián Besteiro», de SABORIT, p. 103.

^{106 bis} Mitin de la Agrupación Femenina Socialista, *El Socialista*, 19 de noviembre de 1917.

¹⁰⁷ MARAÑÓN, G., «Raíz y decoro de España», Espasa Calpe, Madrid, 1964 (1.ª ed. 1933), pp. 137-138.

¹⁰⁸ *El Socialista*, 19 de agosto de 1918.

de Zurbano, de Prim y de Pi y Margall, con quienes colaboró en las conspiraciones políticas de su tiempo.» «Era, en suma, el finado, una de las figuras más notables de España» (*El Liberal*). «Porque no se ha meditado bien cuánto sirvió a su causa aquel hombre que nunca tuvo cargo de sus correligionarios» (*España*). «En las enfermedades nerviosas y mentales figuraba como una celebridad mundial.» «Se trata de la pérdida de un sabio español» (*La Correspondencia de España*). «Sabio doctor y eminente sociólogo» (*La Tribuna*). «Autor de obras científicas que pregonan su vasto saber, como hombre, además, reunía todas las cualidades acreedoras al respeto, cariño y admiración de cuantos le conocían. Toda su vida ha sido un constante y puro sacerdocio del estudio, la integridad y la bondad» (*La Correspondencia Militar*). «Conocía admirablemente la filosofía y la literatura de nuestro Siglo de Oro» (*El Universo*). «Pérdida irreparable para la ciencia española» (*La Acción*). «Este ilustre hombre de ciencia, desde muy joven alcanzó fama de médico eminente, era realmente un hombre de clara y vigorosa inteligencia y de amor al estudio» (*ABC*). «En la especialidad a que se había consagrado el doctor Vera alcanzó fama mundial» (*Heraldo de Madrid*). «Ha muerto el maestro, el compañero, el padre espiritual de los socialistas españoles. No hay nada hoy que pueda resarcirnos de esta pérdida horrible. El Partido Socialista Español está de luto.» «Hasta hoy los socialistas españoles no hemos tenido más que un solo teórico: Jaime Vera.» «Era para nosotros lo que Jaurès para el socialismo francés» (*El Socialista*). *El País* reproducía, entre las noticias de la muerte, el trabajo de Morato: «Jaime Vera y el socialismo», publicado en *El Heraldo*, *El Día*, *La Mañana*, *Mundo Gráfico*, *Diario Universal*, *La Epoca*... Únicamente *El Debate*, periódico católico que «se publica con censura eclesiástica», no dio la noticia.

Testimonios de condolencia llegaron de toda España de los sectores más diversos, desde los obreros a las «personalidades políticas». Testigos presenciales afirman que la manifestación de duelo sólo sería superada por la multitud reunida en el entierro de Iglesias. El Municipio de Salamanca le concederá el homenaje póstumo de que una calle llevará su nombre. Veladas de homenaje se realizaron hasta en los más pequeños lugares del país. La Agrupación de Madrid acordó llevar a cabo una suscripción nacional para editar sus obras...¹⁰⁹.

¹⁰⁹ Esta suscripción debía servir, además, según los acuerdos de la Agrupación de Madrid —*El Socialista*, 27 de agosto de 1918— para

«Cuando la labor escrita de este hombre bueno, leal y abnegado se recoja y se publique formando cuerpo, cuando los escritos de estos últimos años se unan al Informe y a los pocos trabajos de años anteriores, el socialismo español podrá decir por vez primera y con orgullo que enriquece magníficamente la literatura socialista internacional»¹¹⁰.

*

En 1918 el P. S. O. E. tenía, según Morato, casi quince mil afiliados, seis diputados, 144 concejales en unos 58 concejos y más de 100.000 afiliados en su sindicato, la Unión General de Trabajadores.

APENDICE I

«EL DOCTOR VERA Y EL SOCIALISMO», por *Juan José Morato* *.

Entre los hombres de la Internacional en Madrid hay uno algo raro: Alejandro Ocina. Era este un mozo que cursó el Bachillerato y del que los azares de la vida hicieron un tipógrafo. Sin tomar partido por los «aliancistas» frecuentaba el tallercito del grabador Morago en la calle del Caballero de Gracia; sin adherirse a los «Autoritarios» leyó y estudió «El Capital», de Marx, y el «Manifiesto comunista».

Alejandro Ocina, un poco bohemio y eterno estudiante, acometió la carrera de Medicina, y en la mesa de disección de San Carlos conoció a Jaime Vera —también estudiante—, del que pronto fue amigo fraternal.

Ocina, que había discutido con Morato (el grande amigo de Bakunin en Madrid), que acaso no habló jamás con Lafargue (el yerno de Marx), por razonada convicción científica profesó las ideas del gran revolucionario alemán, y él fue quien inició a Jaime Vera, no en estas ideas, sino en el estudio y examen de ellas.

Vera, encarnación del libre examen, hombre de observación y de experimentación, analizó, desmenuzó, estudió, comparó y un día apareció con Ocina en el grupo de obreros que más tarde habían de crear el partido socialista, y que primero se congregaban en el ya desaparecido café del Brillante y luego en el de Lisboa (Iglesias, Quejido, Matías Gómez, Felipe López, Aragonés, Sáenz, Mora, Calleja...).

No era el doctor un bohemio o un inquieto más de

* *Heraldo de Madrid*, 19 de agosto de 1918.

«hacer un busto y colocarlo en la Casa del Pueblo con los de Marx e Iglesias» y comprar una sepultura a perpetuidad en el Cementerio del Este. La suscripción, iniciada con 200 pesetas por el Comité, alcanzaba casi las 1.200 pesetas en diciembre de 1918; los donantes eran albañiles, repartidores de pan, vendedores ambulantes, «amantes de la ciencia», etc.

¹¹⁰ Morato-Vera, p. 48. «La Agrupación tenía abierta una suscripción para editar la obra de Vera; pero la familia de nuestro correligionario advirtió que pensaba hacer eso mismo, y que, por tanto, no concedía autorización a la Agrupación.» (P.S.O.E. Convocatoria y orden del día para el XII Congreso Ordinario, Madrid, 1927, p. 212). Lo son ahora por primera vez.

los muchos que se acercaron al núcleo para luego desaparecer. Era ya, y por el contrario, un hombre de firmes convicciones, de convicciones científicas.

Así, desde los primeros momentos superó a todos, no ya por su enorme cultura científica y literaria, ni por la disciplina que le impuso su carrera, ni por lo que ahondara en el estudio del problema social, sino también por su incomparable entendimiento, por su agudo sentido crítico y hasta por creer que tanto como la posesión de una verdad vale el trabajo y el método para descubrirla.

El hombre más que maduro que escribe estas líneas, niño por aquellos tiempos, recuerda al doctor Vera juvenil y vivaracho; enlevitado siempre; tocada la noble y bella cabeza con un sombrero de copa; caladas las antiparras, tras de cuyos cristales brillaban unos ojos inteligentes, interrogadores, inquietos; adornado el rostro de negras patillas redondas bien diferentes de las que ornaban la faz austera de su gran maestro el doctor Esquerdo. Le recuerda departiendo y discutiendo fraternal con los obreros...

Y como destacó en aquel grupo de videntes y precursores al que se presentó como Lassalle «armado de toda la ciencia de su tiempo», destacó en el Ateneo, destacó en la bohemia de aquellos días, destacó hasta como discípulo del gran Esquerdo, destacó como espíritu de artista, destacó como hombre de ciencia...

Fue socialista y lejos de recatar ni aun de velar sus ideas, las llevó a todas partes: al Ateneo, a la Academia de Jurisprudencia, hasta el Paraninfo o al anfiteatro de San Carlos. Y en todas partes venció.

Y si dentro de la Medicina se realizó como alienista, lo hizo de cierto por ser esta dolencia la única propiamente humana, porque las demás son en el fondo comunes a todos los animales. De no haber sido alienista quizá hubiera consagrado su existencia de investigador y de observador a descubrir los secretos de la vida, a romper un trozo del velo de Isis.

Y este mismo espíritu llevó al socialismo, y porque asentó siempre su planta en el terreno incommovible de la verdad demostrada, fue invencible.

Toda la evolución social va derechamente encaminada al colectivismo de un modo incoercible; sólo la transformación de la propiedad hará posible la armonía de intereses y un vivir de verdadera civilización —no de barbarie—. Ahí vamos, y los socialistas no tienen más que acelerar esta evolución fatal. Las reformas no son sino paliativos, y más valor tienen como síntoma y como

elemento que precipita el término de la evolución, dice en el Ateneo; y lo prueba sin que nadie pueda replicarle.

No hay criminales natos, aunque haya enajenados. Los delitos los inventaron los hombres, y son, por tanto, cosa artificiosa y antinatural casi siempre. De la absurda expropiación de los más por los menos nace lo que llaman robo; de nociones igualmente arbitrarias nacen los demás delitos. Hay oposición de intereses. Hay polarización del bienestar y del malestar. Los delitos y las penas se han aforado a ojo de buen cubero. Modificad el medio por la transformación de la propiedad y se acabarán los delitos —dice en la Academia de Jurisprudencia—, y no encuentra contradicción digna de él y quedan en pie esas y otras verdades.

Vivimos en un sistema esencial, fundamental, inevitablemente morboso. De un lado, exceso de goces; de otro, carencia de lo necesario; en ambos, degeneración y desequilibrio; en el centro, una masa atormentada, o por el ansia de alcanzar los goces que da el dinero, o por temor de dar en la extrema miseria. Total: vida antinatural y bárbara. Remedio: un reparto equitativo de los bienes del trabajo y también de los esfuerzos. Transformación de la propiedad, en suma, viene a decir en San Carlos, donde por explicar lecciones no tenía contradictor...

Votado al ejercicio de su profesión, y más al de aquella especialidad en que fue de los primeros del mundo, pudo dedicar poco tiempo a trabajar por sus ideales como militante.

Con ello dio pretexto para que se supusiera que entre él y Pablo Iglesias existía una incompatibilidad irreductible.

Sólo estuvieron encontrados los pareceres de estos dos hombres en un momento: cuando se fundó *El Socialista*, el año 1886. Vera opinaba que el periódico, y aun el partido debían observar ciertas benevolencias con los partidos republicanos; Iglesias opinaba lo contrario. Prevaleció el criterio de Iglesias; mas Vera ni se retiró de la vida activa aún más de lo que ya estaba por su profesión, ni se separó del partido y volvió tres o cuatro años más tarde a reanudar las viejas amistades (*sic*).

Su actividad como militante —aparte haber tenido siempre abierto su bolsillo para ayudar a la propaganda, tan difícil en un partido de pobres obreros— se redujo a pronunciar discursos memorables en aquel Liceo Rius, en los bellos primeros de mayo de los Jardines del Buen Retiro y en la Casa del Pueblo creemos que alguna vez.

Hablaba bien y era polemista formidable, tanto que una interrupción suya desconcertaba a oradores aguerridos.

dos, mientras que él replicaba victoriosamente a quien le interrumpía. Si este hombre hubiera ido al Parlamento, de un salto se hubiese colocado en primera fila, y sus discursos serían citados modelos de vigor dialéctico, de belleza de dicción, de profundidad de pensamiento. Optimos para oídos, los discursos de Vera ganarían al ser leídos. ¿Puede decirse lo mismo de la mayoría de los oradores actuales y pretéritos?

Ha escrito bastante. Su «Informe del Partido Obrero ante la Comisión de Reformas Sociales» es lo más claro, bello, metódico e irrefutable que se escribió de las doctrinas socialistas.

Su opúsculo «La verdad social y la acción» es admirable hasta como norma de conducta.

Su «Carta a los jóvenes socialistas» —que se publicó en estas columnas— es un canto incomparable al libre examen y a la inquietud espiritual madre de todo progreso y adelantamiento y estímulo irremplazable de toda acción inteligente y perseverante.

Y en los periódicos obreros, y aun en algunos que no lo son, dejó páginas de un valor imperecedero y de soberana y clásica belleza, y páginas netamente españolas.

Porque Jaime Vera, doctor en Medicina, hombre que sabía y dominaba idiomas, que forzosamente había puesto a contribución el saber universal para acrecentar el suyo, fue siempre español, y español cuyos gustos literarios se educaron con el estudio de nuestros escritores, y más señaladamente de los clásicos.

Como Costa, como Pi y Margall, como Fermín Caballero, como Oliván, como Jovellanos, es siempre escritor y orador robustamente castellano, sin mezcla de extranjerismos, sobrio, austero.

Sus trabajos son de los que se leen y se releen, y siempre se encuentra en ellos algo nuevo, algo que no se advirtió antes, un pensamiento, un matiz, que pasaron inadvertidos antes...

Vera, que prestó su nombre para que figurase en candidaturas por los tiempos heroicos, que asistió a Congresos como delegado, no fue en rigor un militante, tal vez porque no podía desdoblarse su personalidad. Médico, ejerció su profesión, y no supo, o no pudo hallar tiempo para trabajar en la organización o dentro de ella. Así, y como él decía, sólo pudo darse con el pueblo, con los hombres de sus ideales como de refilón y por azar.

Aun así, desde que existe el Partido Socialista Obrero Español, esta es la pérdida más cruel que ha sufrido...

Don José Canalejas nos decía hablando de este hombre: «Es mi médico del alma más que del cuerpo».

Y uno de los médicos que ahora han querido arrancarle de las garras de la muerte, maravillado durante otra enfermedad de que ni el dolor, ni el abatimiento, ni casi la fiebre cohibieran el trabajo mental del ilustre hombre, decía: «Si colocamos el cerebro de Vera en un mortero y lo reducimos a papilla, ese cerebro sigue pensando».

El socialismo español ha perdido un hombre incomparable; la Humanidad —no sólo España— ha perdido uno de los hombres de más portentosa inteligencia.

Un hombre que era, además, bueno, leal, sincero y firme.

APENDICE II

ACTA DE LA SESION CELEBRADA POR EL GRUPO MADRILEÑO EL DIA 20 DE JULIO DE 1879

Abierta la sesión con asistencia de los compañeros Calderón, San Miguel, López, Campa, Iglesias, Vilar, Calleja, Feito, Bermejo, Ocina, Cortés, Cervera, Guillame, Nafarrate, Gómez, Vera (V.), Sedano, Burgos, Zubiaurre, Ros y García Quejido, se elige al compañero Vilar presidente y secretarios a los que suscriben. Se lee y aprueba el acta de la reunión convocatoria.

Se da cuenta por algunos compañeros de que Vera (J.), Ortega y Pauly no pueden asistir por hallarse enfermos, y Mora por hallarse fuera de la capital.

El compañero Iglesias, en nombre de la Comisión nombrada en la reunión del día 2 de mayo para redactar el programa que ha de tener el partido y formular las bases que para su organización provisional ha de aprobar este Grupo, da cuenta de que el compañero Vera (J.) no ha podido tomar parte en los trabajos de la Comisión por hallarse ausente. Continuando en el uso de la palabra, lee el proyecto adjunto, dando sobre su articulado extensas explicaciones y haciendo aclaraciones para que los demás compañeros comprendan el sentido que la Comisión ha querido dar a este trabajo:

«Encargados por vosotros de redactar el programa del Partido Socialista Obrero Español y de formular la organización del Grupo iniciador, que ha de ser el germen de aquél, venimos hoy a daros cuenta de ambos trabajos, llamando preferentemente vuestra atención sobre el primero, para que, corrigiéndole o ampliándole en lo que necesario sea, resulten perfectamente expresados los fundamentos de nuestro objeto, lo que constituye

éste y cuáles son los primeros pasos que hemos de dar para aproximarnos a la ansiada meta.

A nuestro entender, dos partes ha de abrazar el programa del Partido Socialista Obrero Español: una, la que se refiere al ideal que perseguimos y deben perseguir los trabajadores todos, si quiere que llegue un día en que el mundo no se componga de esclavos y señores, de oprimidos y tiranos, de pobres y ricos; otra, la que indique cuanto conviene conseguir inmediatamente para que la situación de la clase obrera, en extremo difícil y penosa, mejore y adquiera ciertas condiciones que la permitan marchar resueltamente por el camino de su emancipación. La primera debe ser, por su naturaleza, fija invariable; la segunda, por el contrario, sufrirá cuantos cambios exijan las circunstancias por que atravesamos; aquella será para nosotros norte y guía seguro en la tarea que emprendemos; ésta constituirá senderos más o menos estrechos, más o menos tortuosos en determinadas ocasiones, por los cuales hemos de llegar al término de nuestro viaje.

En cuanto a la organización del Grupo iniciador (que como comprenderéis, habrá de ser reservada, por obligarnos a ello las circunstancias políticas actuales), poco tenemos que decir, pues debiendo concretarse hoy por hoy nuestra misión principalmente a robustecer el que formamos con individuos de confianza y que profesen nuestras ideas, y a tratar de que en la región española se establezcan otros análogos, hemos creído suficiente la redacción de algunas bases que corresponden a dicho pensamiento.

He aquí ahora el

PROGRAMA DEL PARTIDO SOCIALISTA OBRERO ESPAÑOL

Considerando que la sociedad actual tiene tan sólo por fundamento el antagonismo de clases;

Que éste ha alcanzado en nuestros días su mayor grado de desarrollo, como bien claro lo revela el cada vez más reducido número de los inmensamente ricos y el siempre creciente de los inmensamente pobres;

Que la explotación que ejercen aquéllos sobre éstos es debida únicamente a la posesión de los primeros de la tierra, máquina y demás instrumentos de trabajo;

Que dicha presión está garantizada por el poder político, hoy en manos de la clase explotadora, es decir, de la clase media;

Por otra parte:

Considerando que la necesidad, la razón y la justicia exigen que el antagonismo entre una y otra clase desaparezca reformando o destruyendo un estado social que tiene sumidos en la más espantosa miseria a los que emplean toda su vida en producir la riqueza que poseen los que en muy poco, o nada, son útiles a la sociedad;

Que esto no se puede conseguir más que de un solo modo, aboliendo las clases y con ellas los privilegios y las injusticias que actualmente reinan, y creando en su lugar colectividades obreras unidas entre sí por la reciprocidad y el interés común;

Que la transformación de la propiedad individual en propiedad social o de la sociedad entera es la base firme y segura en que ha de descansar la emancipación de los trabajadores;

Que la poderosa palanca con que éstos han de remover y destruir los obstáculos que a dicha transformación de la propiedad se opongan ha de ser el poder político, del cual se vale la clase media para impedir la reivindicación de nuestros derechos.

Por todas estas razones, el Partido Socialista Obrero Español declara que su aspiración es:

Abolición de clases, o sea, emancipación completa de los trabajadores.

Transformación de la propiedad individual en propiedad social o de la sociedad entera.

Poseción del poder político por la clase trabajadora.

Y como medios inmediatos para acercarse a la realización de este ideal, los siguientes:

Libertades políticas.

Derecho de coalición o legalidad de las huelgas.

Reducción de las horas de trabajo.

Prohibición del trabajo de los niños menores de nueve años y de todo trabajo poco higiénico o contrario a las buenas costumbres, para las mujeres.

Leyes protectoras de la vida y de la salud de los trabajadores. Creación de Comisiones de vigilancia, elegidas por los obreros, que visitarán las habitaciones donde éstos viven, las minas, las fábricas y los talleres.

Protección a las Cajas de socorros mutuos y pensiones a inválidos del trabajo.

Reglamentación del trabajo de las prisiones.

Creación de escuelas gratuitas para la primera y segunda enseñanza y de escuelas profesionales, en cuyos establecimientos la instrucción y educación sean laicas.

Justicia gratuita y jurado para todos los delitos.

Servicio de las armas obligatorio y universal y milicia popular.

Reforma de las leyes de inquilinato y deshaucio de todas aquellas que tienden directamente a lesionar los intereses de la clase trabajadora.

Adquisición por el Estado de todos los medios de transporte y de circulación, así como de las minas, bosques, etcétera, etc., y concesión de los servicios de estas propiedades a las Asociaciones obreras constituidas o que se constituyan al efecto.

Y todos aquellos medios que el Partido Socialista Obrero Español acuerde, según las necesidades de los tiempos.

ORGANIZACION DEL GRUPO SOCIALISTA MADRILEÑO

Base 1.ª El objeto de este Grupo es fundar en España el Partido Socialista Obrero Español, cuyo programa antecede.

Base 2.ª Para conseguir tal objeto se procurará aumentar el número de sus individuos y crear grupos análogos en cuantas localidades pueda.

Base 3.ª Interin no existan otros grupos y no haya una Comisión que represente a todos, el Grupo madrileño sostendrá relaciones con los socialistas de otros países.

Base 4.ª Para pertenecer a este Grupo se necesita gozar de buena conducta y estar conforme con el Programa citado.

Base 5.ª Todo individuo abonará al mes la cuota de dos reales, que entregará personalmente al tesorero.

Se entenderá que renuncia a pertenecer al Grupo, no teniendo derecho a reclamación alguna, el individuo que no pague corrientemente.

Quedan exceptuados de cuota los que se ausenten de Madrid por más de un mes.

Los que se encuentren en ese caso avisarán oportunamente.

Base 6.ª Las cuotas se destinarán a atender los gastos de correspondencia y administración y demás que considere oportunos y necesarios el Grupo.

Base 7.ª Se nombrará una Comisión, llamada Ejecutiva, que tendrá el deber de administrar los fondos, mantener toda clase de correspondencia y acordar la manera de celebrar las reuniones ordinarias y extraordinarias y llevar a cabo cuantas resoluciones o acuerdos tome el Grupo. Esta Comisión tendrá la facultad de admitir o no a los que aspiren a ingresar en él.

Base 8.ª La Comisión Ejecutiva se compondrá de cin-

co individuos: un Secretario, un Contador, un Tesorero y dos Vocales. El primero tendrá a su cargo la correspondencia, tanto de España como del extranjero. El Contador y el Tesorero, lo referente a la administración de los fondos. Los vocales ayudarán en sus trabajos, siempre que los necesite, al Secretario.

Base 9.ª La Comisión ejecutiva se reunirá, siempre que lo considere oportuno, levantando acta de sus sesiones.

Base 10. Las reuniones ordinarias del Grupo se celebrarán cada tres meses, y las extraordinarias, cuando aquél lo considere conveniente o lo acuerde la Comisión ejecutiva. En cada sesión se nombrará el Presidente y los Secretarios que han de componer la Mesa.

Base 11. La Comisión ejecutiva someterá todos sus actos a la aprobación de los compañeros en las reuniones ordinarias.

Base 12. Estas bases podrán reformarse siempre que lo acuerde la mayoría del Grupo en reunión ordinaria, si bien la discusión y aprobación de la reforma que se proyecte sólo tendrán efecto en Junta extraordinaria.

Base 13 y última. En el momento que ocurra un cambio político que varíe las condiciones que actualmente vivimos, la Comisión ejecutiva convocará al Grupo a Junta extraordinaria para resolver a la vista de dicho cambio lo que más convenga a nuestras ideas.

Madrid, 9 de julio de 1879.—*Alejandro Ocina, Victoriano Calderón, Gonzalo H. Zubiaurre y Pablo Iglesias.*

Puesta a discusión la totalidad del proyecto, el compañero Campa hace algunas observaciones acerca de los párrafos que se refieren al ejército, a las huelgas y a la reglamentación del trabajo en las prisiones, siendo contestadas por Iglesias y Calderón.

Habiéndose considerado suficientemente discutida la totalidad, se procede a la lectura y discusión por artículos, siendo aprobados íntegramente y por unanimidad.

Con arreglo a lo que dispone la base 7.ª de la organización del Grupo, se elige por sufragio directo y mayoría relativa la Comisión ejecutiva, resultando formada por los compañeros siguientes: Pablo Iglesias, Secretario; Inocente Calleja, Tesorero; Alejandro Ocina, Contador; Victoriano Calderón y Gonzalo Zubiaurre, Vocales.

El compañero Iglesias da lectura a dos cartas, una de Francia y otra de Inglaterra, tratando la cuestión social e incluyendo la primera el manifiesto de los socialistas de este país. Dice que esta correspondencia será leída por el Grupo, afectando unas veces la forma oficial y

otras la particular, siempre que una u otra circunstancia pueda ser beneficiosa a todos. Propone la suscripción por cuenta del Grupo de cuatro ejemplares de cada folleto que publique la «Biblioteca Socialista» de París. También propone la conveniencia de que el Grupo envíe una comunicación a los compañeros que se han de reunir en Congreso obrero en Marsella en el mes de septiembre, dirigiéndose para ello a un amigo de confianza y encargándoles no la den publicidad para evitarnos contratiempos. Pone en conocimiento de los compañeros, que al disolverse la Internacional le hicieron depositario de una pequeña cantidad en metálico y algunos ejemplares de los Estatutos de la misma y acta del Congreso de Zaragoza, de todo lo cual se hará entrega al Grupo, encargando la compra de dichos folletos para aumentar el fondo social. Concluye excitando a todos a que ayuden a la Comisión en su cometido, facilitando de ese modo sus trabajos y el aumento de la importancia que tiene el Grupo.

Se aprueba lo propuesto por Iglesias, acordándose al propio tiempo que la cotización empiece a realizarse desde el mes de julio.

No habiendo más asuntos que tratar se dio por terminada la reunión.—*Antonio García Quejido y José Ros.*

APENDICE III

BASES A QUE DEBE AJUSTARSE LA REDACCION DE «EL SOCIALISTA»

El Partido Socialista Obrero, como su nombre indica, es un partido de clase; dividida la sociedad actual en explotadores y explotados, el interés de éstos se halla en hacer resaltar el antagonismo existente entre unos y otros para que, una vez despejadas las sombras con que aquéllos pretenden ocultar a la vista del proletariado este deslinde del campo social, los trabajadores todos acudan con su esfuerzo decidido a pelear en su terreno propio.

No significa esto, no puede significar en modo alguno que el Partido Obrero se cimente en el exclusivismo: aquellos elementos que ejerciendo funciones científicas o intelectuales prestan servicios verdaderamente útiles a la sociedad, y que no obstante no hallarse comprendidos en la acepción general y gráfica del término obrero, son, sin embargo, trabajadores más o menos asalariados que desean prestar su concurso a la obra de una mejor organización social; los que procediendo del cam-

po burgués sean una excepción honrosa por su ejemplar conducta con los obreros; en fin, cuantos acepten con lealtad nuestro Programa, tienen un puesto en las filas del Partido, sin más limitaciones que las que fatalmente les crea su misma procedencia, fáciles de borrar con hechos que acrisolen la sinceridad de sus opiniones. Este es el modo de ser de los partidos obreros de otros países, y en el nuestro no existen razones que aconsejen nada diferente.

Creiendo ocioso ser demasiado amplios en razonar las presentes bases, consignamos la

Base 1.ª Defender las doctrinas contenidas en el Programa del Partido Socialista Obrero, desarrolladas con más extensión en la respuesta dada por éste al Cuestionario de la Comisión de Reformas Sociales y procurar la organización de los elementos que le adoptan por bandera.

* * *

Las diferencias cada día más profundas entre capitalistas y obreros ponen de relieve el antagonismo económico actual; a despecho de los optimistas o pérfidas declamaciones encaminadas a establecer una imposible armonía, los factores capital y trabajo demuestran diariamente con sus luchas que no hay homogeneidad posible entre ellos mientras el primero pretenda establecer su imperio sobre la explotación del segundo. Siendo esto un hecho innegable, el Partido Obrero debe prestar todo su apoyo a la lucha de resistencia de los trabajadores contra los capitalistas no ya sólo por la consideración de hacer menos precaria la existencia del asalariado al recabar alguna mejora, sino también porque en estas contiendas el obrero se dispone a abarcar en su conjunto todo el campo de combate en que debe conquistar su completa emancipación, fortalecido ya con la práctica de la solidaridad.

Fundada en estas razones, he aquí la

Base 2.ª Apoyar y sostener abiertamente todo movimiento de resistencia o, lo que es lo mismo, la lucha económica por la huelga contra los poseedores de los medios de producción.

* * *

Establecida la necesidad y la conveniencia de lo consignado en la base anterior, se impone por sí mismo el deber de demostrar constantemente al obrero que, sin

acudir a la práctica de la asociación, serán perdidos todos sus esfuerzos en la lucha económica. Y hoy no basta ya la asociación particular o corporativa para obtener los resultados apetecidos; ante los repetidos ejemplos de la parcialidad con que el poder público ampara el interés capitalista en sus contiendas con los obreros, es de suma urgencia crear una Asociación nacional que, reuniendo en apretado haz las locales, pueda constituir una importante legión capaz de hacer respetar los holgados derechos de alguna, por los medios que las circunstancias aconsejen.

En virtud de esto, he aquí la

Base 3.ª Propagar constantemente el principio de asociación entre los obreros y además la idea de constituir con las Sociedades particulares una Asociación general.

* * *

Las relaciones del Partido Socialista Obrero con los de la clase burguesa deben ser de lucha. En la controversia de las doctrinas, claro es que ha de ser más acentuada con los llamados avanzados por una razón sencillísima: los partidos monárquicos no pretenden ya, y si alguno lo pretende lo hace sin resultado, nutrir sus filas con elementos trabajadores; sus doctrinas están ya juzgadas por éstos y no hay peligro de que les presen ten como clase el concurso de sus garantías; no sucede así con los partidos republicanos, los cuales tienen gran interés en hacer su recluta entre los obreros para disponer de masa con que lanzarse a la conquista del Poder, y reteniéndolos bajo sus banderas con mentidas promesas, imposibles de realizar sin atacar en su raíz el origen del mal, la manera de ser de la propiedad, arca santa a que ninguno osa tocar. Sin embargo, el planteamiento de los derechos individuales ha de obtener mayores garantías al desarrollo de la propaganda socialista, y en este sentido, establecido el dilema de República o Monarquía, el Partido Obrero optará sin vacilar por la primera.

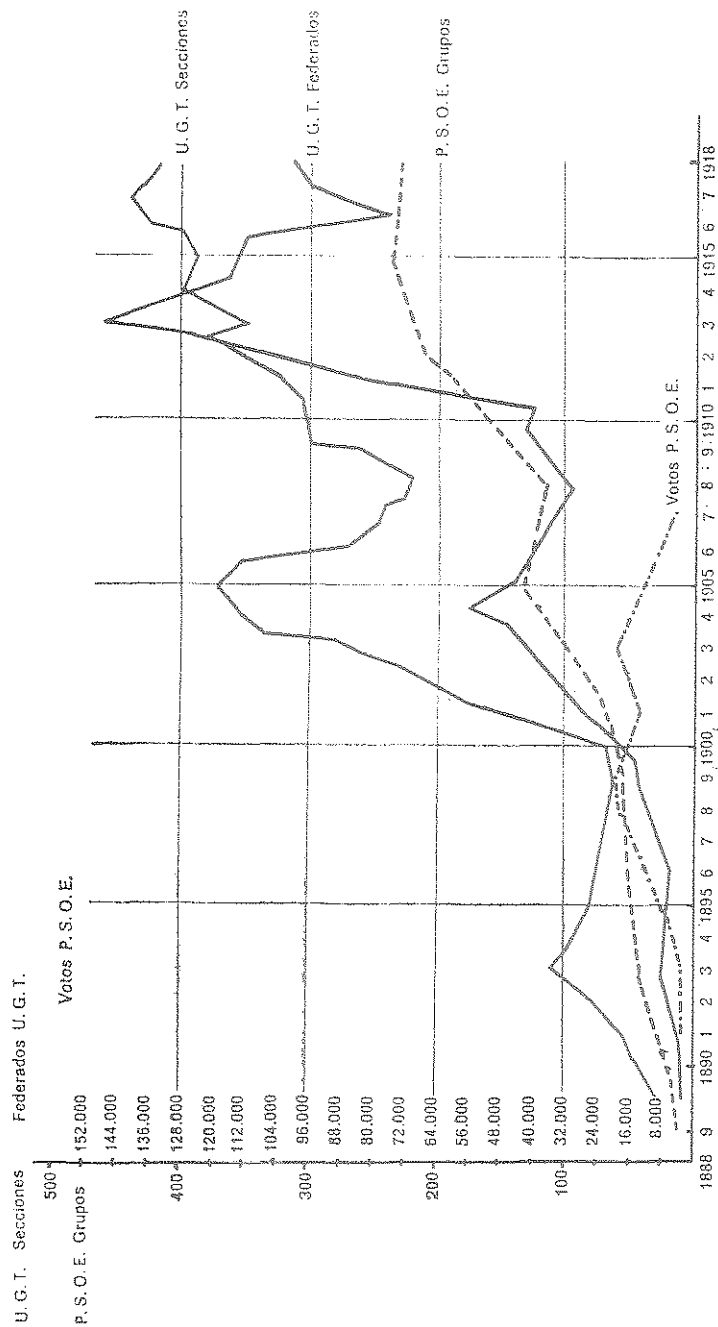
En su consecuencia, he aquí la

Base 4.ª Combatir a todos los partidos burgueses y especialmente las doctrinas de los avanzados, si bien haciendo constar que entre las formas de gobierno republicana y monárquica, *El Socialista* prefiere siempre la primera.

* * *

Sujetándose al criterio que informan las bases anteriores y a las modificaciones que el Partido crea conveniente introducir en el mismo en el transcurso del tiempo, la campaña que está llamado a realizar *El Socialista* habrá de satisfacer las aspiraciones de sus iniciadores y sostenedores.

EVOLUCION DEL P. S. O. E. Y DE LA U. G. T. (1888 - 1918)



Fuentes: Ver texto, especialmente notas 67 y 87. Los votos son oficiales.

NOTA BIBLIOGRAFICA

Enumeramos todos los trabajos de Vera que hemos podido localizar hasta el momento, sean completos o resumidos. Esta última circunstancia se señala con una (R).

La mayoría de los periódicos y revistas (tanto socialistas como médicas) las hemos consultado en las Hemerotecas Municipal de Madrid, de la Biblioteca Nacional, del Ateneo de Madrid y del Ministerio de Trabajo. También hemos hecho algunas consultas en las hemerotecas del I. I. S. G. de Amsterdam y Municipal de Barcelona. Hemos consultado las bibliotecas del Ateneo, Nacional, del Ministerio de Trabajo y de la Real Academia de Medicina, entre otras.

Dado el estado actual de las publicaciones, no hacemos ninguna indicación bibliográfica especial, que el lector interesado puede hallar en cualquier obra de carácter general o monográfico relativa al movimiento obrero español.

- De la gangrena en general. Archivo Histórico Nacional, leg. 1.746, n.º 12. Vera y López, Jaime. Seis folios manuscritos.
- Locos que no lo parecen (conferencia del doctor Esquerdo), *El Liberal*, 14 de marzo 1880.
- Locos que no lo parecen (conferencia del doctor Esquerdo), *El Liberal*, 16 de mayo 1880.
- Estudio clínico de la parálisis general de los enajenados, con un prólogo del doctor Esquerdo. Madrid, 1880.

- La función de los conductos semicirculares. Estudio experimental. Madrid, 1882.
- ¿Debe la psicología estudiarse como ciencia natural? Memoria de la Sección de Ciencias del Ateneo. *El Imparcial*, 9 junio 1884 (R); *Revista de España* número 395, pp. 455-461 (R).
- Informe a la Comisión de Reformas Sociales, 1 diciembre 1884 (ver nota 30).
- Informe médico-legal (Cayetano Galeote). *El Imparcial*, 5 octubre 1886.
- Nota sobre las funciones del cerebelo. *Revista Clínica de los Hospitales*, año I, n.º 3, marzo 1889, páginas 121-123.
- Intervenciones en la Academia de Jurisprudencia y Legislación, invitado como representante de la Academia Médico-Quirúrgica. Cursos 88-89 y 89-90 (R). Memoria de la R. A. de J. y L. Sesión inaugural curso 1890-91, por Isidro Pérez y Oliva. Anuario de 1889-90, ordenado por el secretario general de la Academia, don Luis de Urquiola. Madrid. Imprenta del Ministerio de Gracia y Justicia, 1890.
- Artículos médicos en el Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano de Montaner y Simón Editores, Barcelona. Comienza la publicación de los 27 tomos en 1887. El tomo VIII, último en que Vera colabora, se edita en 1891.
- Manifiesto de la Agrupación Madrileña a los trabajadores (ante las elecciones). *El Socialista*, 24 enero 1891.
- Intervención en el mitin de los jardines del Buen Retiro. *El Socialista*, 6 mayo 1892. (Reproducido en Morato-Vera, pp. 22-23.)
- Unión. *El Socialista*, 1 mayo 1893. (Reproducido en *La Lucha de Clases*, 1 mayo 1900, tercer párrafo; *El Socialista*, 20 agosto 1929; *Vida Socialista* n.º 71, 7 mayo 1911.)
- Intervención en el mitin de los jardines del Buen Retiro. *El Liberal* y *La Justicia*, 2 mayo 1893 (R); *El Socialista*, 5 mayo 1893 (R).
- El compañero León XIII. *El Socialista*, 1 mayo 1894.
- Carta al director de *La Justicia*. *La Justicia*, mayo de 1894. (Reproducido en Morato-Vera, pp. 28-29.)
- Carta de Jaime Vera (renunciando a su participación en las elecciones). *El Socialista*, 17 abril 1896.
- Acción obrera. *El Socialista*, 1 mayo 1896.
- Verdades amargas. *El Socialista*, 1 mayo 1898. (Reproducido en *La Lucha de Clases*, 7 mayo 1898; *El Socialista*, 20 agosto 1918.)
- El buen camino. *El Socialista*, 1 mayo 1900. (Reproducido en *Vida Socialista*, 18 diciembre 1910, con el título «Constancia», la última parte.)
- Los trabajadores intelectuales y el movimiento socialista. *La Voz del Pueblo* n.º 142, 27 abril 1901. (Reproducido con el título «Los intelectuales y el socialismo» en *Almanaque Socialista* para 1914 y *El Socialista*, 19 agosto 1921. «Los intel. y el soc.».)
- Paz o guerra. *La Lucha de Clases*, 1 mayo 1901.
- La educación socialista. *El Socialista*, 1 mayo 1901 (*La Voz del Pueblo*, 1 junio 1901 y 7 diciembre 1901).
- Discurso de Jaime Vera en el Liceo Rius (elecciones). *El Socialista*, 24 mayo 1901.
- Frase célebre. *El Socialista*, 1 mayo 1902 (*La Voz del Pueblo*, 31 enero 1903).
- Intervención en el mitin del Frontón Central. *El Imparcial*, 2 mayo 1902 (R), y reproducido en Díaz Plaja, «La España política del siglo XX en fotografías y documentos», p. 33.
- Injusticia del capitalismo. *El Socialista*, 1 mayo 1903. (Tomado del *Informe*, final del apartado VI.)
- Carta de Jaime Vera al mitin de 1 de mayo 1903. *El Socialista*, 8 mayo 1903. (Reproducido en Morato-Vera, pp. 30-32.)
- El amo. *El Trommel* (Astillero), n.º 41, 23 noviembre 1907, p. 1.
- La solución. *El Socialista*, 1 mayo 1908. (Tomado del *Informe*, principio del apartado VII. Reproducido en *El Socialista*, 19 agosto 1930.)
- Evolución moral. *El Socialista*, 12 marzo 1910 (número extraordinario, XXV aniversario).
- ¡Adelante! *El Socialista*, 6 mayo 1910.
- Constancia. *Vida Socialista*, 18 diciembre 1910. (Tomado de «El buen camino», últimos párrafos.)
- En memoria del doctor Esquerdo. *El Liberal*, 15 febrero 1912.
- La verdad social y la acción. Madrid, 1912. Imprenta de Felipe Peña (conferencia leída en la Escuela Nueva el 19 de abril de 1912). Reimpresión en 1918.
- Ciencia y proletariado. Productividad potencial e inversión de fuerzas. *El Liberal*, 1 mayo 1912. (Reproducido en *El Socialista*, 17, 24 y 31 de mayo de 1912.)

- El específico de E. George. *El Socialista*, 27 septiembre 1912.
- Los inadaptados. *Vida Socialista*, 29 septiembre 1912, número 138.
- A los jóvenes socialistas. *Vida Socialista*, 27 octubre 1912. (Tomado de «Renovación» y reproducido en numerosos periódicos: *Heraldo de Madrid*, *Liberal* de Bilbao, *El País*, *España Nueva...*, incluso de América —*Vida Soc.*, 12 enero 1913—. También *El Socialista*, 19 agosto 1918, y *Revista España*, 22 agosto 1918.)
- Las dos lógicas. *El Socialista*, 22 noviembre 1912.
- Carta de Vera al mitin de Lux-Edén (contra la acusación hecha a Iglesias de incitar al asesinato de Canalejas). *El Socialista*, 29 noviembre 1912. (Reproducido en «Morato-Iglesias», edición 1931, p. 199; edición Ariel, p. 143.)
- Carta de Vera (solidaridad ante el fallo contrario de los Tribunales). *El Liberal*, 9 diciembre 1912. (Reproducido, como opinión del periódico, en *El Socialista*, 9 diciembre 1912.)
- Las clases. *El Liberal*, 10 diciembre 1912. (Reproducido en *El Socialista*, 20 diciembre 1912.)
- Una carta de Vera (sobre el número extra de *Vida Socialista* dedicado a los niños, en el que no puede colaborar). *Vida Socialista*, 12 enero 1913, n.º 153.
- Pablo Iglesias. *Renovación*, marzo 1913. (Reproducido en *El Socialista*, 1 mayo 1917.)
- La paz por intimidación. *El Socialista*, 4 mayo 1913. (Este artículo es publicado en fecha anterior, pero ante los numerosos errores deslizados se incluye, corregido, en algunas ediciones del 4 de mayo.)
- Informe oral en el juicio de Sancho Alegre. *El Socialista*, 6 julio 1913; *El Liberal*, 5 julio 1913, etc.
- Un voto en pro (de la Conjunción). *El Socialista*, 12 agosto 1913.
- Por Augusto Bebel. *El Socialista*, 23 y 24 septiembre 1913.
- El doctor Alcaide. *El Liberal*, 11 diciembre 1913.
- Trabajo no pagado. *Acción Socialista*, 1 mayo 1914. (Tomado del *Informe*, apartado IV.)
- Farmacia y cooperación obrera. *El Socialista*, 1, 20 y 22 mayo 1914.
- Los mineros (impresión). *El Socialista*, 24 mayo 1914.

- Una carta de Vera (respondiendo a la invitación de escribir sobre el «Manifiesto»). *Acción Socialista*, 3 octubre 1914.
- La ruina de Alemania y los socialistas españoles. *El Liberal*, 9 diciembre 1914. Reproducido en *El Socialista*, 9 diciembre 1914.)
- Juicio de Vera sobre la enfermedad de Iglesias. *El Socialista*, 20 marzo 1915. (Reproducido en *El Liberal*, 21 marzo 1915; *Acción Socialista* n.º 54.)
- ¿Qué fracasa aquí? *El Socialista*, 1 mayo 1915.
- ¡Si viviera Jaurés! *El Socialista*, 1 agosto 1915. (Reproducido en *Acción Socialista* n.º 72, 1 agosto 1915.)
- Ponencia favorable a la Conjunción republicano-socialista (X Congreso del P. S. O. E.). *El Socialista*, 27 octubre 1915. (Reproducido en diversas publicaciones socialistas. En *Acción Socialista*, en su n.º 86.)
- Dictamen respecto a la guerra europea (X Congreso del P. S. O. E.). *El Socialista*, 31 octubre 1915. (Reproducido en diversas publicaciones socialistas.)
- Carta de Vera a la discusión del Congreso (X del P. S. O. E.). *El Socialista*, 28 octubre 1915.
- Carta de Vera a la clausura del X Congreso del P. S. O. E. *El Socialista*, 2 noviembre 1915.
- Opinión de Vera sobre Iglesias. *Acción Socialista* número 92, 19 diciembre 1915.
- Cuartillas de Vera al mitin de la Casa del Pueblo en honor de Iglesias. *El Socialista*, 19 diciembre 1915.
- La locura en los niños. *El Liberal*, 18 y 21 febrero 1916. (Reproducido en *El Socialista*, 18 y 21 febrero 1916.)
- 18 marzo 1871. *El Socialista*, 18 marzo 1916 (leído en Ferrol y la Arboleda). Reproducido en *El Liberal*, 31 marzo 1916. A partir de la mitad, con mutilaciones y bajo el título «Educación política»; la primera parte, en *El Socialista*, 18 marzo 1922.
- El doble suicidio en el Parque del Oeste. Las «hebefrenias». *El Liberal*, 26 marzo 1916. (Reproducido en *El Socialista*, 26 marzo: «La 'hebefrenia'. El doble suicidio del Parque del Oeste».)
- El tercer centenario de la muerte de Cervantes. *El Socialista*, 24 abril 1916 (*El Liberal*, 24 abril 1916, página 3. «Discurso del doctor Jaime Vera en la Casa del Pueblo».)
- ¡Trabajadores españoles!, ¿me permitís unas preguntas? *El Socialista*, 1 mayo 1916.

- A los albañiles madrileños. *El Socialista*, 9 y 10 mayo 1916.
- Una carta de Vera (a un redactor de *El Liberal* felicitándole por la información dada sobre un niño criminal). *El Socialista*, 10 noviembre 1916.
- Alocución a los huelguistas del 18. *El Socialista*, 20 diciembre 1916. (Leída en el mitin preparatorio.)
- Los grandes problemas sociales (la huelga general). *El Liberal*, 2 enero 1917. (Reproducido en *El Socialista*, 2 enero 1917.)
- La locura de don Aurelio Nilo Sainz: informe médico-legal. *El País*, 3 noviembre 1917; *El Liberal*, 3, 4 y 5 noviembre 1917, etc.
- Declaraciones de Jaime Vera (a *El Día*). *El Día*, 19 octubre 1917; *El Socialista*, 20 octubre 1917.
- ¡Amnistía, amnistía, amnistía! *El Socialista*, 19 noviembre 1917.

TEXTOS DE JAIME VERA (*)

Citas e incluso fragmentos más amplios de trabajos de Vera aparecen frecuentemente en las publicaciones socialistas como frases de autoridad. Muchas veces no se cita la fuente primaria, como «La cooperación y el ahorro» y «La revolución proletaria», *El Socialista*, 19 agosto 1920, tomados del *Informe*, apartados VI y VIII.

Las obras médicas «Nuevo concepto de la locura» y «El problema del histerismo», así como alguna de las «numerosas monografías y libros» de Vera, que cita José Álvarez Sierra en su «Diccionario de autoridades médicas», Ed. Nacional, Madrid, 1963, p. 553, no las he localizado hasta el momento.

* En función de las necesidades editoriales y nuestro propio deseo de hacer un libro accesible al gran público, hemos excluido en esta selección los textos médicos, al igual que los informes periciales ante los tribunales y aquellos otros que repetían muy próximamente en el tiempo, temas ya tratados o cuya vaguedad o singularidad les restaba, a nuestro juicio, importancia. El lector interesado puede remitirse a la nota bibliográfica precedente.

INFORME DE LA AGRUPACION SOCIALISTA
MADRILEÑA ANTE LA COMISION DE REFORMAS
SOCIALES *

Señores:

¿Qué misterios de alta consecuencia burguesa podrán encerrarse en insultarnos¹ primero y en invitarnos² atentamente después a que tomemos parte en la información decretada sobre el estado y necesidades de la clase obrera?

Si nosotros, los del Partido Socialista Obrero, somos en vuestro pensamiento, de «esos espíritus ignorantes o díscolos que de continuo soliviantan a los trabajadores llamándoles parias de la sociedad moderna», ¿qué ilustración puede prometerse la Comisión de nuestra indisciplina y de nuestra ignorancia?

Bien se entiende que vosotros, depositarios de toda la ciencia social y económica, ni esperáis ni podéis esperar de nosotros el menor esclarecimiento acerca del problema que preocupa vuestra superior atención; que lo que, seguramente, os prometéis de este informe es una nueva exposición de nuestros propósitos y pretensiones para convencerlos una vez más de insensatos y perturbadores; para mostrarlos una vez más como errores peligro-

* Ver nota 30 de las «Notas biográficas» y el marco de la Comisión de Reformas Sociales en Revista de Trabajo número 25, Ministerio de Trabajo, 1969.

¹ «... esos ignorantes o díscolos que soliviantan de continuo a los trabajadores llamándoles parias de la sociedad moderna.» (Preámbulo del Decreto de 5 de diciembre de 1883, en que se crea la Comisión de Informe. Moret, Ministro.)

² Comunicación recibida por el Comité Local madrileño del Partido Socialista Obrero, con fecha 30 de julio de 1884. (Moret, Presidente de la Comisión.)

esos que los obreros deben huir y que los Gobiernos deben condenar; pero no es menos fácil entender que si acudimos a vuestra cita ante la Comisión, no es con el propósito ni con la esperanza de cambiar el invariable curso de vuestras ideas, ni de influir en vuestras ulteriores determinaciones, sino para mostraros que no todos los hombres de trabajo se pliegan dócilmente a vuestras miras personales, de partido o de clase, y para aprovechar esta fugaz ocasión de propaganda; que hoy como siempre, nos es favorable vuestra torpeza, ya que no vuestra intención.

I

Nosotros no decimos a los obreros que son los parias de la sociedad moderna, porque esto no sería decirles nada positivo, ni preciso. Para encarecer su lastimoso estado no es menester llamarles parias; basta llamarles proletarios, basta llamarles trabajadores; porque tan discreta y equitativa es la distribución de bienes y males en el estado social presente que llamarse propiamente trabajador quiere decir, con elocuencia compendiosa, estar sujeto a las más acerbadas tribulaciones humanas; así como no ser trabajador, gozar de lo superfluo con todas sus inmunidades y prerrogativas.

No llamamos parias a los trabajadores; pero sin metáfora alguna afirmamos que el obrero está supeditado económica y políticamente a la clase poseedora; que la libertad no se ha conquistado para él; que aún existe la estratificación de las clases, y que la trabajadora está debajo sufriendo la tiránica pesadumbre de la clase poseyente; que si ha cambiado de forma de las relaciones entre la clase poseedora y la clase que viene desnuda de todas armas a la lucha por la existencia, subsisten el fondo y la esencia de esas relaciones, por cuya virtud, o, mejor, por cuyo vicio, una parte de la Humanidad se alza con el dominio que le da el trabajo ajeno.

Supeditado económica y políticamente se hallaba el esclavo; supeditado económica y políticamente se hallaba el siervo; supeditado económica y políticamente se halla el trabajador. Los obreros de hoy —y ellos lo saben, y los que no lo saben lo sienten— son esclavos, son siervos, a quienes se envuelve hipócritamente en una ilusión de libertad.

Si el esclavo era una propiedad, si el siervo era un usufructo, el obrero actual no tiene más representación social que la de una mercancía que sólo puede subsistir vendiéndose a diario hasta la muerte.

Y no sólo es el obrero una mercancía; es una mercancía en depreciación constante, porque el actual estado económico crea necesariamente un sobrante de ella; y a la par de lo que con las demás mercancías ocurre, que, faltas a veces de compradores, se averían y se pudren en los depósitos y son destruidas si estorban, así los obreros que no encuentran compradores de su fuerza de trabajo son arrojados con la mayor indiferencia al hambre, a la corrupción y a la muerte.

Y se exige de esa masa obrera que sobra, de esa mercancía que nadie necesita, que desaparezca sin lamentos ni convulsiones. ¡Ay de los obreros si se atreven a clamar que difieren de las demás mercaderías en que sienten, en que piensan y en que quieren; que son sostén y esperanza de seres sin defensa en el conflicto social; que tienen padres, mujeres o hijos! Los Poderes vigentes, ahorrando palabras, les harán comprender por medio de la fuerza pública que el obrero vive mientras es mercancía necesaria, y que cuando sobra, el papel que le corresponde en la escena del mundo es perecer.

¡Lo dice así la economía burguesa! ¡Lo pide así el equilibrio social! ¡Lo exige el derecho individual sacratísimo de los poseedores del capital! ¡Pues no faltaba más sino que el Estado los obligue a comprar una mercancía que no necesitan, o a sufragar los gastos de conservación y almacenaje! Así como así, la fuerza del trabajo es mercancía que nunca falta, que no hay que conservar en previsión de escasez; por sí misma se reproduce aún más de lo que a la pública comodidad conviniera.

II

Y si es innegable la supeditación económica de la clase trabajadora, ¿es menos cierta su dependencia política?

Escrita está en las leyes de nuestro país la inferioridad política de la clase proletaria; pero ¿qué importa que por las mudanzas políticas con que perturban la sociedad los intereses contradictorios de las distintas fracciones burguesas se consigne de cuando en cuando la igualdad política de todos los elementos del cuerpo social? ¿Basta consignar esta igualdad en el derecho para que exista el hecho? ¿Pueden ser iguales en lo político los que en lo económico se hallan en condiciones diametralmente opuestas? ¿Acaso los obreros, dominados económicamente por la clase poseedora, pueden hacer efectivos, desde luego, sus derechos teóricamente reconocidos? Dueño el patrón de escoger en el excedente co-

pioso de obreros, ¿no ocupará los que al mismo tiempo le vendan su fuerza de trabajo y su acción política, en detrimento de aquellos que, más celosos de su dignidad y de sus derechos, o más consciente de ellos, procuran ejercitarlos, como es natural que hagan, contra los intereses patronales?

¿Cabe en alguna cabeza, por ilusionista que sea, creer que la universalización de los derechos políticos puede ser otra cosa que un medio, una condición, y no suficiente, para establecer en definitiva el equilibrio de intereses y para la perfecta definición del mismo derecho?

No cabe dudarlo; gran beneficio sería para el obrero el constante reconocimiento por las leyes de los derechos llamados individuales, en cuanto a las veces que podría ejercitarlos en provecho de su emancipación; mas no parece menos evidente que la desigualdad, que el estado de dependencia política de la clase trabajadora, sólo desaparecerá cuando cese su dependencia económica, de la que deriva.

La supeditación política de la clase trabajadora existe, pues, si sus derechos no son reconocidos, porque no lo son; y cuando se reconocen en la ley, porque su ejercicio sólo es posible por excepción en la práctica.

Y no creemos que la ceguera de nadie llegue a acudir como motivo de esa dependencia social del trabajador su estado relativo de ignorancia. Se confundiría así lastimosamente, y sin ventaja, lo que es efecto y lo que es causa. La incultura de la clase obrera —como toda otra esclavitud, y no es ésta la menos dolorosa— de la supeditación económica depende; muchos son ignorantes porque son obreros. ¿Acaso la distribución de los hombres en clases se hace por sus aptitudes mentales? ¿Acaso los obreros son hombres de otra raza, intelectualmente inferiores a los poseedores del capital? Ahí está la realidad para demostrar lo contrario. Bien se ha dicho que el dinero no sigue la ley de la gravedad; así se explica que tantas calabazas llenas de oro sobrenaden en el océano social.

Afirma, pues, en primer término nuestra ignorancia obrera que la clase trabajadora está dominada económica y políticamente por la clase poseyente. Demuéstrenos, si puede, la sabiduría que esta dominación doble no existe; demuéstrenos que política y económicamente somos iguales a los que para vivir no tienen que vender a diario y bajo pena de muerte su fuerza de trabajo, sino que, al contrario, viven de la compra de esa fuerza y de la apropiación del beneficio de su potencia creadora.

Pues bien; de esa doble supeditación, que nadie de buena fe puede negar, ni aun aquellos que de ella se

benefician; de la condición social de la clase trabajadora, durante esta etapa de su opresión que se llama salario, dependen todos sus males colectivos y la mayor parte de sus males individuales; de este estado nacen, no ya las esperanzas y amenazas de conflicto, sino el insalvable antagonismo entre trabajadores y burgueses; de ese estado dependen, por tanto, los temerosos peligros del capital que pretendéis conjurar con vuestra intervención.

¿Piensan la Comisión y el Poder político burgués destruir o modificar este estado? ¿Piensan destruir o atenuar aquella doble dependencia? ¿Piensan abolir el asalariado o preparar su abolición? ¿No? Pues su intervención en beneficio de la clase trabajadora ha de ser necesariamente nula.

III

Ese es precisamente vuestro fundamental error, y de donde deriva vuestra impotencia para resolver el problema social: considerar permanente y definitivo el sistema económico imperante.

A pesar de las enseñanzas de la ciencia positiva y de las corrientes avasalladoras del pensamiento moderno, no habéis podido desechar de vuestros cerebros la herencia de la concepción estática de la Naturaleza y de la Humanidad.

¡Buena idea del progreso la vuestra, que sólo concebís el cambio en lo accesorio, en lo puramente formal o exterior, sin acertar a comprender que la evolución alcance en la Naturaleza a los caracteres fundamentales del tipo orgánico, y en la Humanidad al fondo mismo de las relaciones sociales!

Conviene, por el contrario, que os vayáis acostumbrando a la idea de que el sistema actual de producción y de cambio no es permanente, sino transitorio; que así como no es el primer término de la evolución económica, no es tampoco el último; que si nació ayer con la revolución burguesa, morirá mañana con la revolución proletaria.

Esto es lo que en primer término debe saber todo obrero, puesto que es el fundamento de seguras esperanzas de redención: que su condición de proletario no es eterna; que el asalariado no es un hecho natural, necesario para la existencia de la sociedad, ni siquiera un hecho normal, sino un estado de relaciones económicas accidental, transitorio, traído por el desarrollo histórico, que el mismo ha de sepultar, y no tarde, en el panteón de las instituciones odiosas.

Y esto es lo que no acertamos a comprender cómo se

oculta a vuestro talento y a vuestra cultura; pues si acaso prescindierais a sabiendas de esta verdad, si la tendencia natural del desarrollo económico apareciera a vuestra vista con la claridad y evidencia que a la nuestra, no habría crimen tan abominable como el de forzaros en retardar una evolución salvadora, poniendo vuestro empeño en prolongar un estado social que la ciencia y la justicia condenan al mismo tiempo.

Bien que los poseedores del capital, cuyo es el imperio del mundo, mirando las cosas a través de sus intereses, sustenten aquel error, incompatible con el saber actual; pero vosotros, hombres de ciencia que no seáis capitalistas, al constituirlos en abogados de la opresión burguesa, no sólo vais contra la verdad científica; vais también contra vuestros intereses fundamentales; por una paga siempre mezquina, por un dominio ilusorio y efímero, vendéis los derechos sagrados del trabajo, derechos que también son los vuestros, pues también vosotros tenéis el cuello bajo el pie de la burguesía, cuyos egoísmos estáis obligados a defender. ¡Y qué ilusión si os juzgáis los directores del mundo, y no los servidores pagados de la burguesía! Sería ilusión comparable a la del lacayo, orgulloso de su librea, que en lo alto del pescante se creyera superior al amo que le paga y árbitro de dirigirlo a su antojo.

Y hay una condición más miserable que la de oprimido por fuerza: la del lacayo voluntario.

IV

Como resultado de la revolución burguesa, que la Historia del presente siglo no hace más que desenvolver y completar, aparece en cada nación una minoría social dueña de los medios de producción (tierra, máquinas, capital-moneda, etc.), quedando una inmensa mayoría reducida a la sola posesión de su fuerza de trabajo.

Ya veremos cómo deriva la ley de la evolución capitalista esta división de la Humanidad en dos clases, una de las cuales es la continuación histórica de los opresores de todos los tiempos, en tanto que la otra representa los explotados y oprimidos; ya veremos también cómo se acentúa progresivamente la división en estas dos clases por la rápida desaparición de los elementos sociales intermedios. Vamos ahora a tomar como punto de partida el estudio de las relaciones entre ambas clases sociales.

Estas relaciones pueden expresarse en una fórmula sencilla: cada proletario es expropiado diariamente de

una parte del producto de su trabajo por el capitalista; que con la suma de estos despojos o latrocinios parciales aumenta progresivamente el capital y con él el instrumento de expropiación del proletariado.

En efecto, la obra de la producción en la sociedad presente es colectiva. A ella tienen que concurrir (reducida a su expresión más sencilla) el capitalista, con la materia y los medios de trabajo; el obrero, con su fuerza de trabajo. Pero realizada la obra de la producción, ¿sobre qué base tiene lugar la aprobación? ¿Pertenece el producto elaborado al capitalista y al obrero que concurren a la producción? No. La propiedad del producto es exclusivamente del poseedor de los medios de producción, del capitalista. El obrero pierde toda parte de propiedad en el producto del trabajo, recibiendo en cambio el salario que se reputa el valor de su trabajo.

Pues bien: sólo demostraréis que el obrero no es expropiado por el capitalista cuando demostréis que el salario que recibe es igual, como cantidad, a la parte de propiedad que le corresponde en el producto de su trabajo; y tan no es igual, que en las condiciones normales del cambio, esto es, cuando las cosas se venden en su valor, la diferencia entre el salario y el valor creado por la fuerza del trabajo del obrero es el beneficio del capitalista.

Considerando, en efecto, en todo producto del trabajo una *substratum material* y un *elemento dinámico*, que es el trabajo humano condensado en el producto, sólo el elemento dinámico es productivo para el capitalista, porque la fuerza de trabajo es la única mercancía que cuesta menos que los valores que crea.

El *substratum material*, la cantidad de materia contenida en el producto, no puede convertirse por sí misma en más valor del que representa en sí; el *elemento dinámico*, la fuerza de trabajo, al contrario, no cuesta más que lo que cuesta su producción, esto es, lo que cuesta el sustento del hombre que la despliega, y crea más valores que el suyo, que el de su reproducción.

Si la fuerza de trabajo¹ de cada hombre, aplicada directa o indirectamente a la Naturaleza, no produjera más que lo necesario para reproducir la fuerza de trabajo empleada, esto es, para el sustento de cada hom-

¹ Suma de fuerzas orgánicas aplicadas a la producción: comprendense aquí tanto las musculares como las mentales como cualquiera otra forma de fuerza orgánica. Hombre de trabajo: el que despliega cualquier forma de fuerza de trabajo; corresponde exactamente al término obrero, comprendiendo tanto al obrero manual como al obrero intelectual.

bre, cada hombre sólo podría producir para sí y para el día presente. No sería entonces posible la explotación de un hombre por otro. No existiría tampoco el ahorro de producción, que acumulado constituye la riqueza, y en función productiva, el capital.

Muy al contrario, la productividad del trabajo, engrandecida por la acción colectiva y por la perfección de los instrumentos auxiliares, es infinitamente mayor que la necesaria a la reproducción de la fuerza de trabajo gastada, esto es, que la necesaria para el sustento de los trabajadores. O, lo que es lo mismo; los valores creados por la fuerza de trabajo son infinitamente mayores que el valor y coste de esa fuerza.

Este es el negocio del capitalista; perfectamente conforme con las leyes generales del cambio, compra la fuerza de trabajo en su valor, en lo que cuesta su producción (sustento del obrero, salario); pero al consumir, al emplear el capitalista esta mercancía que ha comprado, y cuyo uso le pertenece, no sólo encuentra reproducido el valor de ella, sino que recoge más valor (plusvalía).

En el tiempo de trabajo de todo obrero, en cada jornada, pueden, de consiguiente, considerarse dos períodos. Durante el primer período el obrero reproduce los valores que consume, reintegra al capitalista el salario, trabaja para sí; durante el segundo período trabaja para el capitalista, su trabajo es gratuito, produce al capitalista valores por los cuales el obrero no recibe ningún equivalente.

La suma de estos valores gratuitamente obtenidos por el capitalista constituye el capital, que puede definirse, por tanto: *trabajo no pagado*.

«No es, pues, el capital, como dice Adam Smith, el poder de disponer del trabajo ajeno; el capital es esencialmente el poder de disponer de un trabajo no pagado.» Toda plusvalía, cualquiera que sea su forma particular, beneficio, interés, renta, etc., es, en sustancia, la materialización de un trabajo no pagado.» «Todo el secreto de la facultad política del capital consiste en disponer de cierta suma de trabajo ajeno que no paga» (Marx).

Si comparamos ahora como cantidad los valores que se apropia el hombre de trabajo y los que le arrebató la explotación capitalista, veremos cuán incomparablemente mayores son éstos; pues mientras los primeros representan la satisfacción no cumplida de las necesidades orgánicas más elementales, los valores que acumulados pasan a poder de la clase dueña de los medios de producción, por la sola razón de esta propiedad, es-

tán representados por todos los capitales individuales, corporativos y sociales, por la suma de los gastos de los que viven en la abundancia, que son incalculables; por los valores consumidos por la vida de las naciones como organismos sociales, cargos públicos, ejércitos permanentes, luchas civiles, guerras internacionales, etc.

Bien evidente resulta que el progreso de los tiempos no ha modificado todavía el fondo de las relaciones sociales; que la revolución burguesa, de la que sois conservadores, no dio fin con la clasificación de los elementos sociales en jerarquías subordinadas unas a otras. Cambió únicamente la forma de la dependencia. Era personal en la esclavitud y la servidumbre; es hoy enteramente impersonal, derivada tan sólo de relaciones económicas, pero no es menos afectiva y tiránica.

«Prívese a un hombre de sus facultades o del producto de ellas, el resultado es el mismo: el resultado es lo que se llama esclavitud. Nueva prueba de la identidad de naturaleza entre la propiedad y la libertad. Si por medio de la fuerza hago que todo el trabajo de un hombre se dirija a lo que a mí me convenga, ese hombre es mi esclavo. Lo es también si dejándole trabajar libremente encuentro un medio, por la fuerza o por la astucia, de apoderarme del fruto de su trabajo. El primer género de opresión es más odioso: el segundo, más hábil. Como se ha observado que el trabajo libre es más inteligente y productivo, han dicho los dueños: «No usurpemos directamente las facultades de nuestros esclavos, pero acaparemos el producto más abundante de sus facultades libres y demos a esta nueva forma el nombre de... protección», dice Bastiat refiriéndose a la expropiación de los productores con las medidas gubernativas que atacan a la libertad de los cambios: salarialdo se llama cuando se alude a la expoliación obrera por los capitalistas.

Era visible la explotación de un esclavo por su dueño; y lo es donde aún existe la esclavitud, por juzgarse más productivo el trabajo esclavo que el trabajo libre. No sustentaría nadie a esclavos si el valor creado por el trabajo del oprimido no representara más valores que los que él consume, de igual suerte que nadie mantendría bestias de carga si el valor creado por su faena no supera al del pienso. Era también visible la explotación del siervo; trabajaba para el señor cierto número de días sin retribución alguna, y le entregaba además una parte del producto de su trabajo sólo por ser siervo. En el estado proletario, la forma de retribución del trabajo, el salario, enmascara la explotación capitalista; mas el análisis del mecanismo productor nos revela cla-

ramente que el salariado es la forma más productiva de la explotación del hombre por el hombre.

Vuestra revolución no ha emancipado, pues, al hombre; ha emancipado al capital. El hombre de trabajo, el obrero de todo género que, actuando con su fuerza de trabajo sobre la Naturaleza, es el creador de toda riqueza, hoy, como siempre, no gozará de ella; la verá pasar intacta a manos de los que, por la conquista primero y por la explotación del trabajo ajeno después, se alzaron con la propiedad de los medios de producción, recibiendo como compensación el salario, que por su propia naturaleza sólo sirve para asegurar al capitalista la sumisión del trabajo.

Pero si afirmamos que la evolución histórica no ha destruido hasta aquí lo que en el fondo de las relaciones sociales hay de injusto y de opresor, y que supedita la inmensa mayoría de la familia humana a los egoísmos individuales de una minoría privilegiada, no se crea por esto que renegamos del progreso. La forma económica presente tiene para nosotros, obreros, sobre las pasadas la ventaja inmensa de presentar a la clase dominante reducida cada vez más estrictamente a su función explotadora, pasando a ser patrimonio de los hombres de trabajo, de los asalariados, las funciones sociales que en el mundo antiguo y en la sociedad feudal aparecían como razón de los privilegios. Se ve, se palpa, la inutilidad de la función capitalista; se palpa el antagonismo entre capitalistas y trabajadores; el progreso ha planteado en sus últimos términos el problema social, problema planteado es problema resuelto.

V

Para justificar la revisión del derecho de propiedad individual de los medios de producción bastaría el hecho demostrado de la explotación que resulta en su ejercicio para todo hombre de trabajo, la consideración del miserable estado a que esta explotación reduce a una innumerable muchedumbre, y sus dolorosas consecuencias para todo el cuerpo social.

Seguramente, la revisión de ese derecho nos conduciría a su negación en cuanto es en su ejercicio contradictorio en sí mismo, funesto y contrario a los intereses colectivos de la Humanidad; siendo así que su único fundamento no puede ser otro, como el de todo derecho, que la presunción de su utilidad social, como decía Necker: «¿Está escrito en el cielo vuestro derecho de propiedad?» «¿Habéis traído vuestra tierra, vuestras má-

quinas, vuestro dinero de algún planeta vecino? ¿Qué fuerza tenéis vosotros que de la sociedad no os provenga?»

Mas si esta discusión abstracta del derecho de propiedad individual de los medios de producción demostraría fácilmente que tal derecho *no debe subsistir*, no nos conduciría a nuestro objeto, que es demostrar que *no puede subsistir*. En las discusiones de clase y clase, nada tan estéril como la persecución de lo que *debe ser*. El hombre llega fácilmente a creer justo lo que le conviene, y tan difícil sería convencer al capitalista de que su propiedad de los medios de producción constituye un privilegio contrario al derecho común, como hubiera sido al señor de esclavos o de siervos convencerse de lo propio respecto de las leyes que le aseguraban su dominio; y aun convencidos, no habrían de creer menos natural e inmutable semejante estado de relaciones sociales, tan beneficiosas para ellos.

Conviene, pues, demostrar que el sistema económico presente, caracterizado por la producción colectiva y la apropiación individual, no es sostenible como realidad social; que su desaparición va envuelta en la misma ley evolutiva del sistema capitalista; que lleva en sí mismo su propia negación; que realizada su función histórica, que no es otra que hacer social o colectiva la producción, mediante el acumulo y concentración de los instrumentos de trabajo, será reemplazado por otro modo económico que dé fin con las antinomias que no pueden resolverse dentro del mismo sistema que las engendra.

VI

Ya hemos visto que el antagonismo entre la producción colectiva y la apropiación individual se manifiesta inmediatamente por la negación del derecho de propiedad del hombre de trabajo sobre el producto del trabajo colectivo. De aquí derivan como necesarias consecuencias:

- 1.º El antagonismo de clases.
- 2.º La anarquía en la producción.

Estos dos resultados de la posesión individual de los medios de producción, que caracterizan la fisonomía de la sociedad capitalista, constituyen su crítica y su condenación en el terreno doctrinal, y en el histórico engendran las fuerzas sociales que han de destruirla.

Se nos habla con frecuencia de la maravillosa y nece-

saría armonía del capital y el trabajo. ¿Y qué se quiere decir con eso? ¿Que para el hecho de la producción es preciso el concurso del trabajo actual y del trabajo anterior acumulado, que no otra cosa representa el capital? ¿Y quién ha negado esa verdad indiscutible?

Toda sociedad, de la producción vive, y esta necesidad social de la producción es superior a todos los antagonismos religiosos, filosóficos, políticos y económicos. Discordes en ideas, desiguales en derecho, oprimidos y opresores, en todo tiempo han tenido que reunirse para que esta función nutritiva de las sociedades no sufra interrupción ni menoseabo.

Pero la necesidad de esa concordia forzada para la producción, ¿supone necesariamente la existencia de clases, de amos y esclavos, de señores y siervos, de capitalistas y proletarios? Muy al contrario, las maravillas de la producción se verifican a pesar de esas divisiones de la familia humana, a pesar de los antagonismos sociales, a pesar de los privilegios que menoscaban el derecho común.

La grandiosa expansión productiva que caracteriza la vida moderna, ¿no deriva de la revolución burguesa, de la destrucción de los privilegios reales, señoriales o corporativos que constituían otras tantas trabas a la producción, al consorcio fecundo del capital y el trabajo? Pues de igual suerte no resultará compromiso para la producción, sino una expansión aún más portentosa de ella con la destrucción del dominio del egoísmo individual sobre los medios de producción, que es el privilegio capitalista.

En una sociedad donde la esclavitud exista, es necesario el concurso del amo y del esclavo para la producción; donde la servidumbre, el del siervo y el del señor; donde el salariado, el del proletario y el del capitalista; pero la producción en sí misma sólo exige el concurso del trabajo actual y trabajo anterior acumulado (capital), sin que sea necesario que el trabajo actual sea aportado por una clase expoliada y el capital por otra clase expoliadora.

En el sentido expuesto entendemos nosotros la armonía, tan cacareada, de capital y trabajo; pero si cuando nos habláis de esa armonía afirmáis la concordancia de intereses entre capitalistas y proletarios, incurris en una confusión tan lamentable como absurda.

Uno y otro, capitalista y proletario, viven, ciertamente, de la producción colectiva; por encima de toda diferencia religiosa, filosófica, política y económica, tiene que concertarse para producir dentro del régimen económi-

co actual; pero tanto mayor y más rápido sea el incremento del capital, tanto más intensa y considerable ha sido la explotación del hombre de trabajo.

Si el capitalista se beneficia con lo que paga, ¿cómo han de ser concordantes los intereses del despojado y los de su detentador?

Igual concordancia existe entre capitalistas y obreros que entre el salteador y el viandante, sin más diferencia que el viandante encuentra a su expoliador por acaso y sin pensarlo, mientras que el asalariado va a sabiendas a la faena donde creará un valor incomparablemente mayor que el que recibe, con el sentimiento, ya que no con la conciencia clara, de que es explotado; sabiendo, más o menos razonadamente, que sólo a condición de ser robado asegura su subsistencia.

Todo obrero que conozca bien el secreto de las actuales relaciones económicas ha de considerar en el capitalista una repetición exacta del bandido generoso. Este desvalija al caminante, dejándole algunos reales para el camino. Aquél despoja al obrero del producto de su trabajo, dejándole el salario, y ni aun esto por generosidad, ciertamente, sino en cuanto el salario es el medio más cómodo y barato para conservar y reproducir la fuerza de trabajo.

El interés capitalista es la conservación del salariado, porque la existencia de una clase a expensas del trabajo ajeno supone otra clase aportadora del trabajo y apropiada de sus beneficios.

El interés obrero es, al contrario, la abolición del salariado, régimen incompatible con la apropiación integral de los productos del trabajo por la clase únicamente productora.

Dentro ya del régimen del salariado, el interés capitalista es aumentar los rendimientos de la fuerza de trabajo; aumentar en su provecho la diferencia entre los valores que acapara y los que forzosamente ha de ceder a la clase proletaria que la alimenta y sostiene.

El interés obrero, diametralmente opuesto, consiste en aproximar cuanto sea posible el valor que se apropia al valor del producto del trabajo, ya que no pueda lograrlo totalmente.

- Por eso el capitalista se esfuerza en:
 - Depreciar la fuerza de trabajo (disminución del salario).
 - Prolongar la jornada.
 - Hacer más intenso el trabajo.
 - Aumentar su productividad.

- Por el interés opuesto, procura el trabajador:
 - Encarecer la fuerza de trabajo (aumento de salario).
 - Disminuir la jornada.
 - Contrarrestar los efectos de la inevitable intensificación del trabajo en cuanto le perjudican.
 - Contrarrestar, con igual sentido, los incrementos, también inevitables, de la productividad del trabajo.
 - Consideremos el salario.

Las relaciones entre el capitalista y el hombre de trabajo en la determinación del salario, son las que existen entre comprador y vendedor. El obrero trae al mercado su fuerza de trabajo por necesidad. Cuando el hombre vive en una Naturaleza no propiedad ajena, emplea directamente su trabajo en proporcionarse la subsistencia. De su esfuerzo y de la fecundidad natural depende el grado de satisfacción de sus necesidades. Si la Naturaleza es pródiga, su fuerza de trabajo le proporcionará más productos de los necesarios para la reproducción de ella. El hombre entonces puede acumularlos. Puede proporcionarse más descanso y ocio. En estas condiciones nunca vende sus fuerzas de trabajo, porque esto le obligaría a trabajar también para su comprador. Para explotarle hay que reducirle por la fuerza a la esclavitud o a la servidumbre.

Si el hombre viene a un estado social donde la Naturaleza es ya propiedad ajena, en tanto que pueda proporcionarse de algún modo los medios de trabajo, tampoco venderá a otro su fuerza. Trabajará por su cuenta. Producirá individualmente. Llevará al mercado no su persona o su fuerza de trabajo, sino los productos de su trabajo personal para cambiarlos inmediata o mediatamente por las mercancías de otros productores, consumiendo éstas en la satisfacción de sus necesidades y acumulando los sobrantes si los hay. El hombre en este estado produce, trabaja para sí. La satisfacción de sus necesidades y su riqueza son también fruto directo de su trabajo personal.

Pero si cuando el hombre viene al mundo todo lleva la etiqueta «es propiedad»; si todo tiene dueño; si no puede proporcionarse tampoco medios de trabajo para producir personalmente, entonces, si ha de proveer a sus necesidades, tiene que vender lo único que posee: su persona, su vida, su fuerza de trabajo. La carencia de todo recurso para subsistir y de todo medio de trabajo obliga, pues, al proletario a poner su fuerza en venta.

Si el obrero vende su fuerza de trabajo por necesidad,

el capitalista la compra por interés. Sin esa fuerza de trabajo, su tierra, sus máquinas, sus transportes, sus almacenes, su oro, su crédito, sus medios de producción, serán riqueza, pero no capital. Podría comérselos, gozarlos, consumirlos o destruirlos; pero permanecerían estériles. No procrearían valor. La fuerza de trabajo es el poder fecundante de esa riqueza. Por su acción adquiere virtud prolífica, se convierte en capital.

El capitalista (categoría no natural, no lógica, sino puramente histórica) se presenta, por tanto, en un tiempo del desarrollo de la Humanidad interpuesto entre la fuerza de trabajo y los medios de producción. Comprando la fuerza de trabajo, proporciona a los proletarios medios de subsistencia. Haciéndoles actuar sobre los medios de producción y apropiándose sus productos, paga la fuerza de trabajo con una fracción mínima de ellos y distribuye el resto entre su propio espléndido consumo y la conservación, ampliación y perfeccionamiento de los medios productivos, logrando de esta suerte el prodigio de conservar y acrecentar su riqueza, aun consumiéndola incesantemente.

¿Cuál es ahora el precio de la fuerza de trabajo? Sea el que quiera, tiene un máximo y un mínimo.

Está en la naturaleza del salario no alcanzar nunca el valor creado por la fuerza de trabajo. El trabajo lleva en sí la idea de expropiación del asalariado. Si el valor producido por la fuerza de trabajo fuera igual al producido por su consumo, por su función, por su aplicación al elemento pasivo o substratum material que transforma, el capitalista quedaría reducido a proporcionar gratuitamente sus medios de producción a los hombres de trabajo; no conseguiría su propósito, que es aumentar los valores que posee, conservar su riqueza y aumentarla, consumiendo incesantemente de ella. Quedaría destruida la base del sistema capitalista. No sólo no sería posible el incremento y concentración de los medios productivos, que representan la coagulación de la fuerza de trabajo, el trabajo acumulado, sino que irían reduciéndose, aminorándose por el consumo de la clase capitalista.

Pero si el salario tiene un límite superior que no puede exceder ni aun alcanzar sin quebrantar los fundamentos del estado económico presente, tiene también un límite inferior. La producción exige que la fuerza de trabajo se conserve. Este límite inferior está determinado, de consiguiente, por el mínimo de subsistencias necesarias para que el obrero conserve su fuerza de trabajo y la reproduzca en sus hijos.

Que el interés del obrero como vendedor y el interés

del capitalista como comprador de esta fuerza de trabajo son diametralmente opuestos, salta a la vista. Pero la determinación del salario, como la de todo precio, no puede ser dictada por la voluntad del que compra o del que vende; no es caprichosa, ni arbitraria, ni casual; obedece, con la precisión que es posible en las relaciones sociales, a la ley de la oferta y la demanda. Para un grado determinado de producción, todo exceso de fuerza de trabajo sobre la necesaria se traduce por una depreciación de ella. Todo defecto, por un encarecimiento. Si la demanda es mayor que la oferta, el salario sube. Baja si ocurre lo contrario. Que el capitalista deja de ganar todo lo que el obrero gana más de lo necesario para la conservación y reproducción de su fuerza de trabajo, es evidente.

Mas si consideramos equilibrada la oferta y la demanda en el mercado de la fuerza de trabajo; si admitimos que en un momento dado no hay más ni menos fuerza de trabajo que la necesaria para el grado de producción existente, obtendremos el precio natural, el valor de esta fuerza de trabajo, valor que no puede ser otro que el coste de producción, coste representado por el del sostenimiento del obrero y de su prole.

Desde luego se presenta aquí otra manifestación del antagonismo entre el trabajador y el burgués. Gana el trabajador con la escasez relativa de fuerza de trabajo, porque entonces vende su fuerza de trabajo en más de lo que vale, lo que se traduce para él por una satisfacción más completa de sus necesidades, por la posibilidad del ahorro en previsión de contingencias futuras; el capitalista cifra su interés en que la oferta exceda a la demanda, porque la superabundancia de fuerza de trabajo es la condición de su menosprecio.

Pero mientras los obreros no pueden influir sobre la cantidad de fuerza de trabajo disponible, antes bien dirigiéndose allí donde se encuentra en defecto, son un elemento, aunque pasivo, de equilibrio entre la demanda y la oferta, concíbese bien que los capitalistas pueden determinar un exceso relativo de obreros limitando la producción en cuanto el encarecimiento de la fuerza de trabajo comprometiera la acumulación capitalista.

Mas sin limitaciones productivas y aun con un desarrollo de la producción en progresión maravillosa, el desarrollo del capitalismo impide, como veremos más adelante, la posibilidad de un incremento general de los salarios sobre el valor natural de la fuerza de trabajo, logrando formar una población obrera inactiva, un depósito de fuerza de trabajo, de donde toma la que necesita para que las expansiones productivas no se entor-

pezcan por la falta de fuerza de trabajo y su consiguiente carestía.

El equilibrio entre la oferta y la demanda de fuerza humana no está solamente asegurado, sino roto, en perjuicio del obrero, por los progresos del capitalismo; el salario será, necesariamente, la expresión del valor de la fuerza de trabajo o inferior a él; la ley de los salarios (que es un caso particular de la ley de los precios), en cuya virtud la retribución del obrero se limita al valor de las subsistencias estrictamente necesarias para él y para su prole, será cumplida con inexorable exactitud, aunque se convierta en sentencia de muerte para la masa obrera que queda inactiva en la crisis de producción.

Y no se repita neciamente que esta ley de los salarios es invención anticientífica de agitadores ignorantes, una afirmación sin pruebas de Lassalle. La observación directa la demuestra. La autoridad de los maestros de la economía clásica la consagra. Ya decía Turgot: «En todo género de trabajo debe ocurrir, y ocurre, que el salario del obrero se limita a lo que es necesario para procurarse la subsistencia.»

De igual suerte se explicaba Ricardo: «El trabajo, como todo lo que se puede comprar y vender, y cuya cantidad puede aumentar o disminuir, tiene su precio natural y su precio corriente. El precio natural del trabajo es el que suministra a los obreros en general los medios de subsistir y de perpetuar su especie sin aumento ni disminución. El precio corriente del trabajo es el precio que recibe realmente el obrero, según las relaciones de la oferta y la demanda, siendo caro el trabajo cuando los brazos escasean, y barato cuando abundan. Por grande que pueda ser la desviación del precio corriente respecto al precio natural, tiende, como con toda mercancía ocurre, a aproximarse. Cuando el número de obreros aumenta por el alto precio de los salarios, descienden éstos de nuevo a su tipo natural, y algunas veces el efecto de la reacción es tal, que descienden a un grado todavía inferior.»

El mismo J. B. Say decía: «Es difícil que el salario del obrero se eleve o descienda más de lo que es necesario para mantener la clase en el número *en que se necesita.*»

Y ¿cuáles son las consecuencias de esta ley, corolario obligado del capitalismo? Helas aquí: ellas demuestran que la ley de los salarios es la ley de la eterna dependencia y de la eterna miseria de los hombres de trabajo dentro del sistema capitalista:

1.º El grado de la apropiación obrera es independiente del grado de la riqueza llamada social. La fuerza de trabajo, fecundando los medios productivos, sostendrá con más o menos amplitud el fausto y el despilfarro de la clase poseyente; compensará la destrucción incalculable de valores por la actual anarquía económica; concurrirá a los gastos sociales colectivos; se condensará en medios productivos en incremento y perfección constante; pero los hombres de trabajo sólo pueden aspirar, dentro del capitalismo, a vivir para trabajar y a trabajar para vivir, entendiéndose siempre por vida del obrero no la libre expansión de sus facultades y la satisfacción plena de sus necesidades legítimas de todo orden, sino su sostenimiento y el de su prole en los términos más estrechos; y entendiéndose por trabajo no el metódico empleo de sus distintas aptitudes, sino las faenas rudas, peligrosas o malsanas que hacen del hombre un organismo anfibio entre bestia y máquina.

2.º El divorcio entre los medios productivos y los hombres productivos es permanente. Limitado el obrero, dentro del capitalismo, a los medios de subsistencia más económica, tiene que renunciar a la adquisición de los medios productivos para trabajar en propio provecho. La emancipación individual de los trabajadores, como hecho general, es imposible.

3.º Deriva también de la ley de los salarios la imposibilidad general del ahorro, que, suponiendo una disminución en la subsistencia diaria, resultaría suicida para el trabajador, y resulta también la ineficacia de la cooperación en cuanto, al reunirse los obreros, sólo puede aportar cada uno el contingente de su miseria. La emancipación colectiva de los trabajadores no puede ser si no es revolucionaria.

De esta suerte reduce la ley de los salarios a mera palabrería todas las peroraciones de los economistas burgueses, de esos amigos de los obreros que afirman seriamente que del mezquino salario obrero puede resultar, por multiplicación maravillosa, no ya sólo una holgura, una abundancia y una felicidad paradisiaca, sino hasta un capital de propiedad obrera capaz de competir en la producción con los capitalistas burgueses. Creyérase, escuchando a los que consideran el ahorro y la cooperación como una mina de oro para los proletarios, que si las acciones del Canal de Suez no son propiedad de los obreros que lo construyeron es sólo por razón de su desidia... ¡Oh, ilusión lastimosa o burla desvergonzada! Seguramente, de una administración discreta y económica de los salarios, del ahorro posible y de la cooperación posible pueden resultar beneficios,

aunque limitados, para reducido número de obreros; la emancipación del proletariado, ni individual, ni colectiva, jamás: ni aun siquiera hacer tolerable la existencia o garantizar la vida media del obrero. Ahí está la ley de los salarios para impedirlo.

Así se explica que vosotros la neguéis con tanto empeño y la consideréis como afirmación arbitraria de los socialistas, cuando no ellos, sino los grandes maestros de la economía tradicional la formularon. Pero nosotros sabemos que esa ley es incontrastable, que la avaricia burguesa vela cuidadosamente por que no se infrinja, y que sólo podremos quebrantarla haciendo saltar en pedazos el molde económico capitalista, que es el potro de la Humanidad que trabaja.

Si respecto del salario aparece tan evidente el antagonismo económico entre capitalistas y trabajadores, considerando la jornada de trabajo veremos con no menor claridad cómo el interés capitalista y el interés obrero son antinómicos, sin que sea posible encontrar la síntesis de ambos términos contrarios dentro del modo económico presente.

Puesto que el tiempo de trabajo de todo obrero puede descomponerse, como hemos visto, en dos períodos: uno durante el cual reintegra el capitalista el equivalente del salario, y otro en que trabaja exclusivamente en provecho del capitalista, será el interés obrero trabajar el menor tiempo posible, para economizar su fuerza de trabajo, que es lo único que posee, y para aumentar el número de jornales, lo que equivale a aumentar la retribución de su fuerza de trabajo; y ¿no será, evidentemente, el interés capitalista aumentar todo lo posible el período de tiempo durante el cual el obrero trabaja gratis en beneficio de la acumulación del capital?

Si admitimos (y no hace al caso la demostración) que el valor de toda mercancía está representado por el trabajo socialmente necesario para su producción, el valor de la fuerza de trabajo es el valor de las mercancías necesarias para el sustento del obrero, puesto que estas subsistencias reproducen la fuerza de trabajo. Al pagar el capitalista la fuerza de trabajo con el salario estrictamente preciso para subsistir, no infringe la ley de los cambios, en cuanto compra la fuerza de trabajo en su valor. Y como el salario es el valor de la jornada de trabajo, el capitalista tiene perfecto derecho a que el obrero le consagre durante un día su trabajo.

«Pero, ¿qué es un día de trabajo? En todo caso, es menor que un día natural. Pero ¿en cuánto? El capita-

lista tiene su manera de ver sobre el límite necesario de la jornada de trabajo.

»Como capitalista, no es más que capital personificado; su alma y la del capital forman una sola. Pero la única inclinación capital, su móvil único, es acrecerse, crear plusvalía, absorber por medio de su parte constante (medios de producción) la mayor cantidad posible de trabajo extra (trabajo gratuito). El capital es trabajo muerto que, semejante al vampiro, sólo se anima chupando trabajo vivo, y su vida es tanto más regocijada cuanto más aspira. El tiempo durante el cual el obrero trabaja es el tiempo en que el capitalista consume la fuerza de trabajo que ha comprado. Si el asalariado consume para sí el tiempo que tiene disponible, roba al capitalista.

El capitalista apela, pues, a la ley de cambio de las mercancías. Procura, como todo comprador, sacar de la mercancía comprada el mayor partido posible.

»Mas, de repente, se levanta la voz del trabajador, perdido hasta entonces en el torbellino de la producción:

»—La mercancía que yo te he vendido se distingue de las demás en que su uso crea valor, y un valor mayor del que ella cuesta. Por eso la has comprado. Lo que para ti es aumento de capital, para mí es excedente de trabajo. Tú y yo no conocemos en el mercado más que una ley: la de cambio de las mercancías. El consumo de la mercancía pertenece no al vendedor que la enajena, sino al comprador que la adquiere... Luego el uso de mi fuerza de trabajo te pertenece. Pero por el precio cotidiano de su venta, yo debo cada día poderla reproducir y venderla de nuevo. Abstracción hecha de la edad y de otras causas naturales de decaimiento, de no estar tan vigoroso y activo mañana como hoy para volver a mi trabajo con la misma fuerza. Tú me predicas de continuo el evangelio del 'ahorro', de la 'abstinencia' y de la 'economía'. ¡Perfectamente! Quiero, como el administrador juicioso e inteligente, economizar mi única fortuna, mi fuerza de trabajo, y abstenerme de locas prodigalidades. Quiero no poner en movimiento, no convertir en trabajo, no gastar, en una palabra, cada día sino lo estrictamente compatible con la duración normal de mi fuerza de trabajo y con su desarrollo regular. Por una prolongación desmesurada de la jornada de trabajo puedes movilizar en un solo día mayor cantidad de mi fuerza de la que yo puedo reponer en tres. Lo que tú ganas en trabajo lo pierdo yo en sustancia. Pero el empleo de mi fuerza de trabajo y su expropiación son cosas distintas. Si la

duración de la vida de un obrero, dado un término medio razonable de trabajo, es de treinta años, el valor medio que tú debes pagarme por día constituye

$\frac{1}{365 \times 30}$ de su valor total. Pero si tú consumes en diez años mi fuerza de trabajo, entonces, dándome el mismo salario, no me pagas cada día más que 1/3 de su valor diario; me robas, de consiguiente, cada día 2/3 de mi mercancía. Me pagas la fuerza de trabajo de un día, cuando gastas la fuerza que corresponde a tres. Violas nuestro contrato y la ley de los cambios. Pido, pues, una jornada de trabajo de duración normal, y la pido sin apelar a tu corazón, porque en los negocios no hay lugar para el sentimiento. Puedes ser un burgués modelo, miembro tal vez de la Sociedad Protectora de Animales, y aun fuera del mercado estar en olor de santidad; pero lo que tú representas frente a mí (el capital) no tiene nada en el pecho; lo que en él parece palpar son latidos de mi propio corazón. Exijo la jornada de trabajo normal, porque quiero el valor de mi mercancía, como un vendedor cualquiera.

»Como se ve, aparte de límites enteramente elásticos, la naturaleza misma del cambio de las mercancías no impone ninguna limitación a la jornada de trabajo y el trabajo extra. El capitalista sostiene su derecho como comprador cuando intenta prolongar esta jornada tanto como sea posible y hacer de un día dos. Por otra parte, la naturaleza especial de la mercancía vendida exige que su consumo por el comprador no sea limitado, y el trabajador sostiene su derecho como vendedor cuando quiere restringir la jornada de trabajo a una duración normalmente determinada. Hay aquí, por lo tanto, una antinomia, derecho contra derecho, llevando uno y otro el sello de la ley que regula el cambio de las mercancías. Entre estos derechos iguales, ¿quién decide? La fuerza.

»He aquí por qué la reglamentación de la jornada de trabajo se presenta en la historia de la producción capitalista como una lucha secular por los límites de la jornada de trabajo, lucha entre el capitalista y el asalariado, esto es, entre la clase capitalista y la clase obrera.» (Marx.)

El antagonismo entre capitalistas y obreros respecto a la productividad del trabajo no es menos positivo y evidente.

El aumento de esta productividad no beneficia al obrero, porque la ley de los salarios le condena a una retribución que pueda variar la expresión monetaria,

pero constante en realidad, puesto que está determinada por la estricta satisfacción de las necesidades elementales de la vida. En cambio, la mayor productividad del trabajo contraría el interés obrero por dos causas:

Primera: Porque disminuye la cantidad de fuerza necesaria para un mismo grado de producción. Aumenta, por lo tanto, el excedente obrero, y si el salario no está en su inferior límite ocasiona una rebaja del salario en los obreros ocupados.

Segunda: Porque disminuye el valor de las fuerzas de trabajo. Esta depreciación real de la fuerza humana deriva de la baratura de las mercancías por su mayor producción con menos gastos en menos tiempo. Si el valor de la fuerza orgánica está representado por el coste de las mercancías que consume el obrero en su sustento y el de su prole, siempre que disminuya el valor de estas mercancías disminuirá el de la fuerza humana. No influye esta pérdida de valor de la fuerza en el salario como cantidad; pero representa una depreciación efectiva del obrero, cuyo valor social no es más que su fuerza de trabajo.

Las mismas causas de perjuicio para el obrero lo son de logro para el capitalista. La disminución de la fuerza humana necesaria impide las infracciones de la ley de los salarios en su daño; la disminución del tiempo de trabajo necesario para reintegrarse del coste de la fuerza de trabajo le asegura un período más largo de trabajo gratuito. Lo que es aumento de explotación para el obrero es aumento de apropiación para el burgués.

* * *

La intensidad del trabajo obra en iguales direcciones; en pro del burgués, en contra del obrero. No disminuye la cantidad de fuerza humana necesaria. No supone una depreciación de esa fuerza; pero disminuye el número de trabajadores necesarios. La cantidad de fuerza de trabajo obtenida por el capitalista al mismo coste es mayor. Aumenta, pues, la explotación del obrero, y a expensas de su sangre y de su vida aumenta también el beneficio del burgués. Por esto prefiere el capitalista muchas veces el trabajo a destajo; por esto mismo no tiene inconveniente en acortar la jornada siempre que la menor duración se compense ventajosamente por una intensidad mayor del trabajo.

* * *

Pero si estudiadas las relaciones entre trabajadores y burgueses en un momento dado de la producción es innegable el antagonismo de burgueses, ¿cabe esperar, como los economistas pagados suponen, que el mismo desenvolvimiento del sistema capitalista ha de poner en juego los mecanismos compensadores que lleven a punto de concordia a los dueños de los medios productivos y a los que sólo poseen su fuerza de trabajo?

Muy al contrario. El progresivo desarrollo del régimen capitalista ahonda aquel abismo entre ambas clases, agrava la contradicción de sus intereses, produciéndola hasta el extremo límite, hasta hacer necesaria la mutación económica. Si en algún sitio y en algún momento el carácter antinómico del sistema aún no se revela intensamente, el escaso desarrollo alcanzado por el capitalismo se debe a que aún existen restos históricos de los anteriores modos económicos.

Seguramente el desenvolvimiento capitalista implica un hecho favorable a los hombres de trabajo: el incremento de la producción. Si no vinieran a influir otros factores, este incremento, que deriva del carácter esencialmente acumulativo del capital, se traducirá por una demanda siempre creciente de fuerza humana, o, lo que es igual, por la venta segura de toda la fuerza disponible y por su encarecimiento progresivo hasta cierto límite.

Toda expansión productiva ocasiona estos defectos, o, por lo menos, tiende a producirlos. Y no son pocos los que caen en la ilusión de creer que acelerándose entonces el movimiento acumulativo del capital y mejorando la venta de la fuerza de trabajo y, por tanto, las condiciones de vida del obrero, los intereses proletarios y burgueses se armonizan.

Nada más absurdo. Unos y otros viven de la producción, ya lo hemos dicho. Verdad también que permaneciendo inalterables todas las demás circunstancias, a mayor producción, mayores ventajas para ambos; pero esto no impide que una clase se desarrolle a expensas de la otra ni que persista el antagonismo de intereses respecto al salario, a la duración de la jornada, a la productividad e intensidad del trabajo, como en los períodos de contracción productiva.

¿No lo confirman las quejas lastimeras de los capitalistas cuando, haciéndose valer la fuerza de trabajo por el aumento de demanda, tienen, mal que les pese, que ceder a las imposiciones de los obreros, que nunca llegan a reclamar la mínima parte de lo que les es debido? ¿No es de ver cómo mientras el obrero incorpora su propia vida a los medios productivos para en

riquecer al capitalista, se ingenia éste de mil suertes diversas para crear un exceso relativo de fuerza de trabajo y obtener la rebaja de su precio?

No es posible en este momento descender al pormenor de los recursos variados que en cada caso ponen en juego los burgueses para disminuir la retribución del trabajo, tarea ingrata que nos llevaría a desvelar las mezquinas hazañas del egoísmo humano; sólo nos ocuparemos de los medios generales, esenciales dentro del capitalismo, en virtud de los que la demanda de trabajo no sigue, sino muy a la zaga, el aumento creciente (con expansiones y contradicciones alternas) del proceso productivo. ¿Cómo, en efecto, acaece que, a pesar de la acumulación capitalista, siempre en auge, no sólo no hay lugar para el alza de los salarios, sino tampoco para evitar el paro forzoso de numerosos obreros? ¿Cómo, al contrario, los jornales tienden a igualarse en las distintas naciones e industrias en el mínimo para la subsistencia, y cómo se aumenta sin cesar, en medio de fluctuaciones más o menos graduales, el número de obreros inactivos, no obstante el crecimiento persistente de la emigración?

Es que al mismo tiempo que la clase capitalista aumenta la extensión de la explotación de la fuerza de trabajo, aumenta la intensidad de la explotación multiplicando infinitamente la productividad del trabajo y su intensidad. El salario y la jornada tienen, como hemos visto, límites naturales, que no pueden forzarse sin dar al traste con la producción que a todos nutre; también los tiene la intensificación del trabajo; pero su productividad aparece como ilimitada.

La división del trabajo y su acción colectiva, la perfección de los útiles y, sobre todo, la transformación de los útiles en máquinas, son los medios por los cuales la clase capitalista eleva la productividad del trabajo a una potencia altísima, logrando al mismo tiempo el incremento prodigioso de la producción y una considerable reducción relativa del número de obreros necesarios.

La acumulación capitalista supone por sí misma, por el cúmulo de obreros organizados sobre la base de la división del trabajo, una productividad mayor de la fuerza humana en beneficio del capitalista. Cien obreros reunidos y cooperando en la misma tarea hacen un trabajo mucho mayor que el mismo número consagrado a la misma producción, pero diseminados. Mil obreros en producción colectiva, mucho más que diez grupos de cien. Pero el efecto máximo en el incremento de la productividad es debido a la creciente

perfección técnica de los medios productivos y, finalmente, a la introducción del maquinismo.

A la fuerza humana como motor y a las demás fuerzas de la Naturaleza (corrientes de agua, corrientes atmosféricas) se añaden otros motores, invención del hombre, de instalación fácil en donde quiera, el vapor principalmente. Ya no es cada útil manejado por un solo hombre; un solo motor pone en movimiento un número considerable de útiles, perfeccionados también prodigiosamente. El hombre se servía del útil; hoy sirve a la máquina. Los hombres productivos formaban otros tantos miembros de un mecanismo viviente; en la fábrica son agregados de un mecanismo muerto que existe con independencia de ellos. El trabajo muerto reemplaza, domina y absorbe el trabajo vivo. La función social de la producción, de función casi orgánica del hombre, tiende cada vez más a convertirse en función puramente automática. El hombre es reemplazado «por un monstruo mecánico que con su complicada y gigantesca armazón llena edificios enteros; su fuerza demoníaca, disimulada primero por un movimiento cadencioso y casi solemne, estará pronto en la danza febril y vertiginosa de sus innumerables órganos de operación».

Pero el maquinismo no aumenta sólo el exceso relativo de obreros multiplicando la potencia productiva del trabajo, concentrando cada vez más los asalariados necesarios alrededor de los automatismos de producción e intensificando su trabajo. Haciendo generalmente innecesario el esfuerzo muscular, atrae a la producción fuerzas suplementarias. Pone en explotación las mujeres y los niños. Multiplicando de un golpe la fuerza humana disponible, mantiene o rebaja la tasa general de los salarios a pesar de los incrementos productivos.

«La ley según la cual una masa siempre creciente de los elementos constituyentes de la riqueza, merced al desarrollo continuo de los poderes colectivos del trabajo, puede entrar en acción con un gasto de fuerza humana siempre decreciente; esta ley, que permite al hombre producir más con menos trabajo, conviértese en el régimen capitalista —donde los medios de producción no están al servicio del trabajador, sino el trabajador al servicio de los medios de producción—, conviértese en ley contraria, es decir, que cuanto más gana el trabajo en recursos y potencia, mayor es la fuerza y la condición de existencia del asalariado. El acrecentamiento de los medios automáticos y de las fuerzas colectivas de trabajo, más rápido que el de la

población, se expresa, pues, en la fórmula contraria, a saber: 'La población productiva crece siempre en razón más rápida que las necesidades del capital'.

«En el régimen capitalista, todos los métodos para multiplicar las potencias del trabajo productivo se realizan a expensas del obrero; todos los medios para desenvolver la producción se transforman en medios de dominar y explotar al trabajador; hacen de él un hombre truncado, fragmentario, o el apéndice de una máquina; le oponen como otros tantos poderes hostiles las potencias científicas de la producción, sustituyen al trabajo atractivo el trabajo forzado; hacen cada vez más anómalas las condiciones en que se trabaja, y someten al obrero durante su servicio a un despotismo tan ilimitado como mezquino; transforman su vida entera en tiempo de trabajo, y le arrebatan su mujer y sus hijos para arrojarlos bajo las ruedas del monstruo capitalista.»

De aquí la agravación notable de la lucha entre capitalistas y obreros desde la revolución industrial por el maquinismo; de aquí la guerra eterna y tremenda del trabajador contra la máquina, contra esta «encarnación técnica del capital», contra «este hombre de hierro» que le reemplaza en la obra de la producción, desvalorando su fuerza de trabajo y convirtiéndole en elemento social inútil. No es la incultura obrera la culpable de esta reacción de los asalariados contra el incremento de las potencias productivas; es la barbarie sobre la Naturaleza, toda conquistada de las ciencias que multiplique el poder del hombre sobre los obstáculos naturales, se convierte en una opresión mayor, en una depreciación social de los hombres de trabajo.

Estos cambios técnicos de la producción corresponden a modificaciones paralelas en la composición del capital¹. El capital variable aumenta en proporción menor que el capital constante. El elemento persona o subjetivo no sigue paralelamente los incrementos del elemento automático u objetivo. El número de obreros necesarios no es, por lo tanto, proporcional a la acumulación capitalista. Aumenta sólo con el aumento de la parte variable del capital. Luego cuando los incrementos del capital en conjunto no compensan la disminución progresiva del capital variable que acompaña a la acumulación capitalista, aunque la producción aumente, el

¹ El capital, desde el punto del valor, compónese de dos partes: capital constante, que representa los valores de los medios productivos (instrumentos de trabajo de todo orden) y capital variable, que representa los valores empleados en la compra de fuerzas de trabajo.

número de obreros necesarios disminuye. De esta suerte, el proceso de la acumulación capitalista asegura la creación de una masa inactiva de obreros. Y como todo incremento del capital obra determinando la perfección y desarrollo de los medios técnicos, la concentración y fecundidad de las potencias productivas y, por consiguiente, los incrementos del capital constante, a expensas del capital variable, la existencia permanente de un exceso de obreros sin trabajo está asegurada por el desenvolvimiento del capitalismo.

¡Qué desilusión la del obrero que al enriquecer al capitalista creyera trabajar para su propia emancipación! El obrero que, mediante su fuerza de trabajo, fue el instrumento activo de la acumulación capitalista es víctima de su propia obra, quedando reducido a la categoría de fuerza de trabajo innecesaria; el mismo obrero, con su aplicación al trabajo, se abre ingreso en las filas de los excedentes.

¿Y será preciso que notemos cuán desfavorablemente influye sobre la clase obrera la existencia de una masa inactiva? ¿Será preciso que hablemos de los que no trabajan, muriéndose laboriosamente cada día; de los que trabajan rendidos, sin condiciones, a la explotación capitalista, y de todos en medio de una civilización que poderosamente han contribuido a formar, arrastrando una existencia salvaje y miserable, albergados en zahurdas hediondas o en cuchitriles mezquinos, el estómago en bloqueo constante, lleno de dolores el presente, de temerosos sobresaltos el porvenir, ennegrecidos sus sentimientos por una lucha sin tregua, embotada su inteligencia por un trabajo cada vez más monótono y mecánico, trocados los goces de la familia en nuevo semillero de más crueles quebrantos, entregados, en fin, a la más inhumana devastación física y moral? Pues todo esto es lo que en el reparto de los bienes terrenos guarda el presente modo económico a los elementos sociales directamente productivos.

«La ley que mantiene el equilibrio entre el progreso de la acumulación capitalista y el de la sobrepoblación relativa establece una correlación fatal entre los incrementos del capital y de la miseria. El proceso evolutivo del capitalismo determina la acumulación de la riqueza en un polo, y en el polo opuesto una acumulación proporcional de pobreza, de sufrimiento, de ignorancia, de degradación moral, de esclavitud, tan incontrastablemente como una corriente eléctrica disocia los elementos del agua, reuniendo el oxígeno en un polo y el hidrógeno en el otro.»

Podrá no faltar esta condición miserable de la clase

obrero allí donde la producción esté atrasada; pero doquiera la acumulación capitalista haya alcanzado desarrollo medianamente notable, allí se verá cómo la extrema riqueza coincide con la pobreza extrema.

Pero esta miseria obrera es útil y necesaria al desenvolvimiento del capital. Es el abono que necesita para florecer y fructificar.

El excedente obrero que la ocasiona, y cuya existencia se demuestra indirectamente por la emigración constante a zonas menos explotadas, es una condición de desarrollo de la producción capitalista. Constituye un ejercicio industrial de reserva que pertenece al capital de una manera tan absoluta como si lo hubiera educado y disciplinado a sus expensas, siempre dispuesto a entrar en ejercicio en las condiciones que imponga el capital, sean las que fueren, cuando el proceso acumulativo puede experimentar una aceleración en su marcha. ¿Qué incremento de la producción sería posible si no existiera una reserva de hambrientos siempre dispuestos a vender su fuerza de trabajo a cualquier precio? ¿No prorrumpen los burgueses en declamaciones lastimeras cuando, escaseando la fuerza de trabajo, ven comprometida la acumulación capitalista por la tendencia al alza de los salarios? ¿No se ve el ansia del capitalista por la fuerza humana a bajo precio cuando, aprovechando la creciente división del trabajo y los progresos de la técnica, reemplaza en la obra de la producción al hombre por la mujer, al adulto por el niño, al nacional por el extranjero, al europeo o al americano por el chino, multiplicando así el remanente de fuerza de trabajo y acelerando su depreciación?

No hay duda, pues, que la evolución del capitalismo hace concordantes y armónicos los intereses obreros y burgueses hasta formar con ellos un acorde perfecto mayor.

Pero no es el antagonismo de clase el único germen de disolución que lleva en su esencia el régimen capitalista; lo es también la anarquía en la producción, influyendo mutuamente, combinándose y multiplicando sus efectos funestos, ambos resultados de la posesión individual de los medios productivos.

Que la producción bajo el imperio del capitalismo habría de ser anárquica era fácil de prever, en cuanto no está constituida como función social armónicamente encaminada hacia su objeto, que es la satisfacción de las necesidades humanas, sino que, fragmentada y en poder de los egoísmos individuales desenfrenados, sólo tiene para ellos por fin directo la acumulación capitalista. No produce el poseedor de los instrumentos la

acumulación capitalista. No produce el poseedor de los instrumentos de trabajo en vista de la satisfacción más fácil y completa de las necesidades humanas; produce para que el capital procree en su provecho. Nada suponen para él las mercancías, sino en cuanto son portavalores que vuelven a su mano bajo la forma de moneda con que aumentar el capital, y con él, su esfera de dominio y de explotación.

La condición necesaria para este retorno del capital aumentado a poder del capitalista es la venta de sus mercancías. El mercado es el campo de batalla donde los distintos capitales contienden sin tregua para vender. En él impera en absoluto el principio darwiniano de la lucha por la existencia. Allí toda consideración humanitaria cesa. Sólo triunfa y sobrevive el más fuerte, aquel cuyos medios productivos alcanzan mayor masa y perfección. La condición del triunfo es la baratura. La guerra se hace «a golpes de bajo precio», y los golpes más fuertes y repetidos puede darlos sólo la producción en grande escala. La producción individual desaparece en primer término, y tras ella, la producción mediante pequeños capitales. Son organismos productivos imperfectos. Una parte de los capitales vendidos es absorbida por los triunfadores, añadiéndose así la concentración capitalista; pero sumas enormes de valores son destruidas en esta pelea, ocasionada por la dirección no concordante de las distintas fracciones en que se halla el dividido capital.

Así como en la Naturaleza la lucha por la existencia determina el progreso orgánico, esa misma lucha en el terreno económico, donde toma el suave nombre de concurrencia, da por resultado el progreso técnico en la producción, la acumulación y concentración capitalista; en una palabra, el desarrollo del capitalismo.

Pero con este adelanto evolutivo del capitalismo debe coincidir, según lo expuesto, una acentuación mayor de su carácter antinómico y así ocurre, en efecto:

1.º Porque ocasionando la concurrencia la expropiación de los más débiles por los más fuertes, niega en la práctica el derecho de propiedad individual, que es su fundamento doctrinal.

2.º Porque el antagonismo de intereses entre obreros y capitalistas se agrava por la concurrencia entre los distintos capitales.

En primer término, el estado de guerra entre capitalista y capitalista los coloca en la imposibilidad de

transigir en lo más mínimo con el interés obrero. Todo beneficio para el obrero que no sea productivo para el capitalista es encarecimiento de la fuerza de trabajo y, por tanto, encarecimiento de la producción. La baratura en el mercado es la condición de la victoria; luego la depreciación de la fuerza de trabajo es la condición de existencia de cada capitalista en particular. El que afloja en esta tiranía sucumbe sin remedio. El apego a la vida ha de vencer toda consideración humanitaria. Y así como en las contiendas armadas es en ocasiones más sentida la pérdida de los animales de tiro o la de pertrechos militares que la pérdida de los hombres, que más fácilmente pueden reponerse, imponiéndose a los sentimientos las exigencias de la guerra, así los capitalistas, que no rigen el mercado, sino que son dominados por él, a despique de toda caridad, han de ver mayor desgracia en el deterioro de una máquina o en la mutilación de una bestia que en la muerte violenta o en el desfallecimiento gradual de los proletarios que los enriquecen.

Acentúase, además, ese antagonismo, porque aumenta la cantidad de fuerza de trabajo disponible: en primer lugar, por el hecho de la acumulación y concentración de los medios productivos y por su perfeccionamiento técnico, que multiplican la productividad del trabajo; en segundo lugar, porque los productores por su cuenta y los capitalistas débiles, derrotados en la guerra civil de los capitales, vienen a engrosar las filas del ejército proletario. Además, la destrucción continua de centros de producción parcial ocasiona un estado de crisis permanente, funesto para la clase obrera, dando lugar a frecuentes paros y a un trasiego no interrumpido de obreros, restableciéndose el equilibrio más o menos tarde, pero siempre de una manera incompleta.

Tal estado de crisis permanente es periódicamente agravado por las crisis generales que la historia del capitalismo nos presenta como consecuencia necesaria de sus propias condiciones de existencia.

Los capitalistas, lejos de dominar el movimiento productivo, son arrastrados por su facultad. Los capitales, constituidos por los medios de producción y la fuerza de trabajo comparada, son verdaderos organismos cuya condición de existencia, como la de todo organismo, es el movimiento. Cesa el movimiento, cesa la vida y perece el capital. Y como el movimiento de los organismos capitalistas es la producción, so pena de ruina han de producir, y producir siempre, y producir cada vez más. La concurrencia espolea a los organismos productores, haciéndoles marchar siempre al galope. Pero la am-

pliación de los mercados no sigue esta ampliación creciente con igual velocidad y cuando los valores lanzados por los centros de producción no retornan a manos del capitalista aumentados y convertidos en dinero, para continuar la producción en progresivo incremento, entonces sobreviene la crisis, la producción se detiene, el capital moneda se oculta como por encanto, la epidemia terrible de la falta de trabajo se desenvuelve en la masa proletaria, verificándose el hecho paradójico de que con una inmensa masa de mercancías estancadas coexiste una inmensa escasez; de que se ha producido lo excesivo y la muchedumbre carece de lo necesario; que hay una extrema riqueza y una extrema miseria polarizada por el sistema económico capitalista. La producción se ha limitado a sí misma. El exceso producido detiene la circulación de los valores. La plétora productiva determina un ataque apoplético.

Las hambres de los tiempos antiguos y medios debíanse a una escasez absoluta de productos; las no menos desoladoras de los tiempos modernos dependen, al contrario, de un exceso relativo de mercancías. ¡De esta suerte se beneficia el obrero del desarrollo y acrecentamiento del capital!

Sólo mediante una depreciación considerable de las mercancías, que equivale, en definitiva, a una pérdida absoluta de trabajo humano, puede irse reabsorbiendo el foco apoplético que paraliza el mecanismo económico, esto es, entrando en la circulación las mercancías estancadas, antes destruidas por sus dueños que entregadas a las apremiantes necesidades de la multitud. Así se restablece paulatinamente el equilibrio, hasta que, acelerándose el movimiento de la producción y convirtiéndose de nuevo en un vértigo invencible, reproduce por sí mismo las condiciones de otra crisis general. Este movimiento de contracción y dilatación, de diástole y sístole alternativos, es característico del capitalismo desde la revolución industrial.

Pero entiéndase que este exceso de producción a que periódicamente aboca el capitalismo es sólo relativo. Es exceso en cuanto supera a la masa de productos que pueden circular mediante el cambio; mas no alcanza, ni con mucho, los límites naturales de la producción.

Estos límites naturales son, respecto al objeto de la producción, la satisfacción, cada vez más espléndida, de las necesidades humanas de todos órdenes, sin cesar ampliadas; y respecto a sus causas, la fecundidad de las fuentes naturales de la producción y la productivi-

dad del trabajo humano, constantemente multiplicada por la perfección técnica de los métodos.

Examínese cualquier forma particular de producción y se verá cómo no alcanza, ni en cuanto a su objeto ni en cuanto a sus orígenes, el nivel de sus límites naturales. Y ¿cómo podría esto verificarse exigiendo el modo de producción capitalista la existencia de una considerable masa humana limitada a la insuficiente satisfacción de sus más elementales necesidades y la de una sobrepoblación obrera inactiva, carente de todo recurso, viviendo al acaso, pereciendo de continuo por la insuficiencia de todos los elementos de vida? ¿Cómo el mercado podrá seguir la creciente ampliación que exige el capitalismo, si la inmensa masa humana está reducida forzosamente por el mismo sistema capitalista a un limitadísimo consumo?

Las limitaciones de la producción no son, pues, limitaciones naturales: es que el mismo sistema artificioso de producción y de cambio forja las trabas que impiden su expansión hasta donde naturalmente puede y debe alcanzar. El molde de la producción capitalista es, pues, pequeño; no responde al objeto social que se propone realizar, puesto que él mismo constituye una barrera artificial para la producción y, por tanto, para la plenitud de la vida social.

He aquí cómo el proceso evolutivo del capitalismo pone de manifiesto la negación de sí propio. He aquí cómo no sólo *no debe existir*, sino que *no puede subsistir*. Fundado en el principio de la propiedad individual sagrada, es en su ejercicio la negación de esta propiedad, siendo su evolución una serie no interrumpida de despojos. Arrebata, en primer término, al productor individual sus medios de producción y lo arroja al campo proletario; expropia también al proletario de la mayor parte del producto de su trabajo, por un salario que sólo sirve para perpetuar la expropiación; despoja, finalmente, a los mismos capitalistas, a los que producen mediante el trabajo ajeno, en cuanto su aparato productor no alcanza el grado máximo de perfección que exige el triunfo en el terreno de la competencia.

A su proceso de crecimiento y desarrollo va indefectiblemente ligada una opresión y una miseria paralela a esta desolación de la fuerza viva del trabajo, que engendra la degeneración física y moral de la especie, una devastación de las fuentes naturales de riqueza por la acción propulsiva de los medios de producción sobre el capitalista, que le impele, so pena de derrota,

a producir sin medida por encima de todos los obstáculos; y siendo una necesidad para su existencia la expansión productiva, siempre en aumento, el mismo sistema, al crear la miseria social que necesita para fructificar, determina las condiciones que periódicamente la limitan y la ahogan, llegando a trances de muerte.

Es inútil pedir al capitalismo los términos finales de su desarrollo. Es inútil indagar teóricamente el límite que en la realidad podrá alcanzar la ley de la acumulación y concentración capitalista, el del incremento en la productividad del trabajo, que tiende a reducir al proletariado a la inacción y a la mendicidad forzosas; o bien las últimas manifestaciones de la producción capitalista, cuyos períodos de parálisis tienden a alcanzarse unos a otros por la proximidad, cada vez más frecuentes, de sus movimientos de diástole y de contracción; porque ninguna institución social que encierre gérmenes poderosos de disolución puede llegar a la realidad histórica al extremo límite de su desenvolvimiento. Basta haber demostrado que su proceso evolutivo no pone en juego mecanismo alguno que compense la guerra económica de clases, funesta a la mayoría social formada por los hombres de trabajo, y la anarquía productiva, funesta a la Humanidad entera. El instinto de conservación de los condenados sin recurso por el capitalismo a la opresión y a la muerte se encargará de concluir la demostración de que los necesarios desarrollos de la realidad no caben dentro del sistema capitalista, que no es un estado natural de relaciones sociales, sino una utopía triunfante, pero que pasará como pasaron otras concepciones sociales, religiosas y políticas que se creyeron perdurables.

VII

Pero si el capitalismo ha de desaparecer, ¿qué modo económico habrá de sucederle? ¿Qué camino queda abierto a la evolución económica?

Toda institución que haya encarnado en la Historia no ha podido hacerlo, seguramente, sin aportar algún factor positivo concordante con la evolución de la Humanidad; factor positivo que podrá modificarse, ampliarse y alcanzar perfección mayor, nunca negarse ni destruirse en la fase inmediata de la evolución.

Y ¿cuál ha sido el factor positivo aportado al progreso histórico por el sistema capitalista? Este factor positivo, innegable e indestructible es la producción colectiva, la organización colectiva del trabajo, la concentra-

ción, el desenvolvimiento y perfección de los medios productivos, merced a lo cual el poder del hombre sobre la Naturaleza se multiplica hasta el infinito y se hacen fáciles las gigantescas empresas que caracterizan nuestra edad; en tanto que el término antinómico, inconciliable, el término negativo, como resulta de los sumarios razonamientos precedentes, es la apropiación individual por los capitalistas de los frutos de la producción colectiva.

De esta suerte, son igualmente contrarias a la evolución económica la posesión por una clase de los medios de producción y la distribución de ellos entre todos los individuos de la sociedad. La primera imposibilita la evolución futura; la segunda niega la evolución ya realizada, implica la negación del factor positivo aportado a la vida social por el capitalismo.

La dispersión de los medios productivos sería un retroceso inconcebible. El régimen de pequeños productores independientes que trabajan por su cuenta, y que presupone la subdivisión del suelo en pequeños lotes y la diseminación de los instrumentos de trabajo, excluye la concentración y, por tanto, la cooperación en grande escala, la subdivisión de la tarea en el taller y en los campos, el maquinismo, el dominio sabio del hombre sobre los elementos naturales, el desarrollo de las potencias sociales del trabajo, el concierto y la unidad en los medios y los esfuerzos de la actividad colectiva. Sólo es compatible con un estado de estrecha limitación de la producción y de la sociedad.

Es, además, una situación en equilibrio inestable. Ese estado de la sociedad reproduciría el presente estado social. Los medios de producción pasarían al poco tiempo a manos de una minoría. De esos pequeños propietarios, unos, bien por su debilidad, por su desgracia o por su vicio, expropiados de sus medios de trabajo, quedarían reducidos a la categoría de proletarios, en tanto que otros, más afortunados o más hábiles, irían aglomerando los medios de producción que ampliarían mediante la explotación de los expropiados. Ese doble movimiento de expropiación y de explotación que transforma los medios de producción individuales y esparcidos en medios de producción socialmente concentrados; esa dolorosa, pero fatal expropiación del pueblo trabajador: he aquí uno de los orígenes del capital; he aquí su génesis, acompañada del más implacable vandalismo, los móviles más infames, las pasiones más sórdidas y más odiosas por su mezquindad.

Esto es lo que olvidan o aparentan olvidar los que dan como infalible solución al problema social «crear

pequeños propietarios». ¿Cómo habrá lugar para la transformación de los asalariados en pequeños propietarios, si los que de éstos existen van desapareciendo en medio de una agonía lastimosa, y los que persisten no deben a hallarse incrustados en zonas donde no se ha sentido medianamente el influjo del sistema?

El reparto de la tierra y de la riqueza no sólo no es *Socialismo*, como quieren hacer creer nuestros adversarios, ora ignorantes, ora malvados; es la negación del Socialismo y hasta la negación del progreso económico realizado.

Marchan, pues, contra la evolución económica, tanto los que intentan perpetuar la apropiación individual de la tierra y de los medios productivos como los que intentan destruir la producción colectiva; los primeros, manteniendo un hecho social perturbador de todo el orden económico; los segundos, intentando que la Humanidad camine hacia atrás, queriendo retrogradar a una forma de producción inferior, incompatible también con las necesidades sociales. Los primeros intentan hacer inmortal un organismo que no está en armonía con el medio social; los segundos procuran resucitar un organismo ya extinguido.

Y si la evolución económica condena de igual modo la posesión de los medios de producción por una clase y su dispersión entre todos los miembros de la sociedad, ¿qué término único queda para la solución del problema? ¿Qué camino queda abierto al progreso económico? *La propiedad social de todos los medios de producción; esto es, que sean de todos y no de cada uno o de unos pocos.*

Armonizar la forma de producción con la forma de apropiación, haciendo que a la producción colectiva aportada por el capitalismo corresponda a la apropiación también colectiva, lo que equivale a suprimir la función social del capitalista: esta es la solución científica del problema social, en cuanto es la única compatible con la realidad económica, tal como se presenta en su desarrollo natural.

Esta solución afirma el elemento positivo del sistema capitalista —acumulación y concentración de los medios productivos—; pero por la destrucción de su término negativo —apropiación individual de los frutos de producción colectiva— resuelve los antagonismos derivados de la contradicción implícita del capitalismo; da fin a los antagonismos obreros disputándose el trabajo; de los capitalistas contra capitalistas disputándose el mercado y, en definitiva, los medios de producción; a

los antagonismos de industria a industria en una misma nación, y a los antagonismos económicos de nación y nación; al formidable antagonismo entre capitalistas y obreros que engendra la lucha de clases; al estado de crisis permanente y a las crisis generales, consecuencias de una producción anárquica.

No sólo conserva el elemento positivo del capitalismo, sino que lo amplía, perfecciona y le abre una vía de progreso, sin obstáculos ni limitaciones artificiales. De los capitales fragmentarios, diseminados y en constante lucha hace un capital único de propiedad común, convirtiendo la producción en la función social por excelencia. Su perfección tiene por garantía el interés de todos. Sus límites no pueden ser otros que los del poder colectivo del hombre sobre la Naturaleza.

El incremento del capital social, en vista de las necesidades productivas, y la perfección tecnológica, no significarán una opresión mayor y más asegurada de los hombres de trabajo, sino una riqueza social mayor, obtenida con la economía de esfuerzo.

Cesan los antagonismos sociales, porque las clases desaparecen. La sociedad queda compuesta de trabajadores, diversos en sus aptitudes, todos libres, en igualdad de condiciones sociales para su desenvolvimiento y con intereses solidarios y armónicos. La mayor o menor riqueza de cada uno está en proporción de su trabajo personal, y la riqueza social crece paralelamente a la riqueza de los individuos.

No implica la organización colectiva¹ abolir la propiedad. Cada hombre es dueño del valor íntegro del producto de su trabajo y condueño de todos los medios de producción. Pero en tanto que ni un individuo ni una clase pueden alzarse con el dominio de esos medios productivos, es imposible la explotación del hombre por el hombre. Nadie puede apropiarse el trabajo ajeno.

Romper el molde capitalista es emancipar al hombre de la lucha darwiniana por la existencia en el orden económico. No será ya *homo homini lupus*. No terminará la lucha del individuo y de la especie contra los obstáculos que los elementos naturales oponen al perfeccionamiento de su vida; pero cesará el estado de guerra económica de individuo contra individuo, de grupo social contra grupo social, de clase contra clase. Hay en el hombre un elemento social que distingue la vida colectiva de su especie de la vida de las demás especies ani-

¹ Para nosotros, Socialismo, Colectivismo, Socialismo colectivista y Comunismo significan siempre un régimen económico que tenga por base la propiedad social, común o colectiva de los medios de producción y que niegue su apropiación individual o corporativa.

males. Por algo se dice «la familia humana». El predominio de las relaciones sociales de este espíritu colectivo universal humano sobre el espíritu individualista que exclusivamente informa la vida de los animales, tanto más feroces cuanto más individualistas, derivará inmediatamente de la cesación de los antagonismos económicos. Cuando el hombre no tenga que disputar al hombre ni la subsistencia ni los medios de producción, el imperio de la competencia cesa y se abre la era de la solidaridad. Solidarios los intereses, es ya posible la fraternidad en los sentimientos.

De esta suerte, el hombre, después de una dolorosa peregrinación histórica, logrará ver constituido el medio económico necesario para hacer de la sociedad un estado de derecho para ulteriores y no soñadas manifestaciones del progreso.

No espera el colectivismo un maná llovido del cielo. Toda riqueza tendrá sus fuentes en el *trabajo anterior*, fecundado por el *trabajo actual*. No mata tampoco el estímulo. Todo esfuerzo tendrá su recompensa. Cada cual cooperará a la obra social de la producción según su capacidad y voluntad. Cada cual recibirá el producto de su trabajo. El que no trabaje no comerá.

En suma, el colectivismo resuelve el problema de la producción y distribución de la riqueza según su modo natural.

VIII

Pero ¿y la clase capitalista? Terminada su misión histórica, que era llevar hasta cierto grado la acumulación y concentración de los medios productivos, está decretada su desaparición. La permanencia de su privilegio, en pugna con el derecho común, es imposible.

No se trata aquí, fácil es comprenderlo, de la destrucción de los individuos que componen la burguesía, de los soportes personales del privilegio capitalista; que éstos quedan, no supeditados, sino igualados con los trabajadores, en lo que moral y socialmente salen gananciosos, aunque su egoísmo sufra detrimento —distinguiendo este importante rasgo a la evolución proletaria de las demás transformaciones sociales, que sólo han tenido por objeto derribar a las clases privilegiadas para alzarse los triunfadores con el privilegio—; se trata sólo de la supresión de una función social innecesaria y perturbadora.

La revolución proletaria no supone, pues, la ruina de la sociedad cuyos sólidos fundamentos naturales desafiaban eternos el poder humano, sino la destrucción de

organismos sociales, de categorías puramente históricas, viejas, inservibles y perjudiciales ya.

Y no es esto, seguramente, una innovación en la Historia. ¿Acaso al apoderarse la burguesía del poder político no destruyó otros organismos históricos? Las clases privilegiadas vencidas, ¿no perdieron sus funciones sociales para convertirse en meros servidores del poder capitalista? ¿Acaso el poder real, como árbitro de los destinos nacionales y particulares, no pasó íntegro a manos del capital, quedando los reyes reducidos a la categoría de servidores asalariados? ¿Acaso la nobleza que había perdido gran parte de su representación histórica por las mutaciones del arte de la guerra y de la organización militar, no perdió entonces el resto de sus funciones sociales y, con los privilegios, el poder que conservaban aún, reduciéndose a una decoración más o menos repulsiva por su inutilidad? El clero, también privilegiado y también poder social, ¿no se ha convertido en una policía moral, con sueldo cada vez más regateado y quedándole por toda misión desviar la vista del pueblo de sus verdaderos intereses, haciéndole mirar al cielo para que se clave las espinas de la tierra?

Pues de igual suerte desaparecerá la burguesía como poder dueño del mundo. El capital, que, personificado en una clase, impera en las sociedades, cederá su poderío al trabajo. Los medios de producción dejarán de dominar al hombre productivo, para ser dominados y regidos por él. Convertidos en propiedad social, común o colectiva, que es lo mismo, dejarán de ser, como todo poder personificado en un individuo o en una clase, instrumentos de dominación y vasallaje.

Y la burguesía caerá sin despertar compasión su ruina; sin que ese afecto humano a lo tradicional, a lo viejo, al régimen pasado que modeló nuestra vida, se sobresalte ni acongoje; ningún género de falsa poesía envuelve y dignifica al régimen actual del tanto por ciento; no quedarán, no, enamorados del régimen burgués, como aún existen y existirán mucho tiempo imaginaciones románticas admiradoras de la vida caballeresca y cristiana del régimen antiguo. La clase capitalista desposeída de sus medios de producción, que monopoliza, nada es, nada vale, nada representa, para nada sirve. No encarna ninguna idea, ni religiosa, ni filosófica, ni científica. Su único lema es vivir de la explotación del prójimo. ¿Será, por lo tanto, atropello injusto oponer a ese egoísmo individual, descarnado y frío, el derecho social de todos? ¿Será insensatez anticiparse a lo que la evolución económica trae consigo y hacer

sociales los medios de producción por la expropiación de la clase capitalista?

¡Cómo!, dirán los privilegiados; expropiación, esto es, robo; ¿ese es el medio de realizar la justicia? Sí, expropiación, que no es robo, sino restitución. Restitución a todos de lo que vuestra clase ha robado a todos; restitución al trabajo de lo que vosotros habéis detentado al trabajo. Además, ¿quiénes sois vosotros para asustaros de una expropiación más? ¿Pues no nos habéis dado el ejemplo? ¿No habéis expropiado vosotros a la nobleza y al clero? ¿No nos habéis enseñado que la desaparición histórica de las clases sociales se inicia por la evolución, pero es forzoso concluir la por la revolución? ¿No se elevó el capitalismo sobre las ruinas sangrientas de la sociedad feudal? Pues nosotros levantaremos el régimen del trabajo sobre las ruinas del capitalismo.

Porque la burguesía no abandonará su privilegio por movimiento espontáneo. Revolucionaria mientras luchó contra el privilegio antiguo, se convierte hoy en conservadora del suyo, cayendo en el doctrinarismo y la reacción. Su defensa es la de los organismos condenados por el progreso social, la resistencia. Su único argumento, la fuerza. Irá cediendo el terreno palmo a palmo; nunca abandonará su baluarte sino bajo la presión de un poder mayor.

Prolongará su existencia la lentitud de las transformaciones sociales, el error general de creer definitivo el presente estado económico, la esperanza que alienta a muchos de que en él cabe la solución de todos los problemas humanos, la inconsciencia que aún domina en parte de los hombres de trabajo cultos e incultos, las dificultades de la educación social de las masas proletarias y de su organización para la lucha; pero el principal medio de resistencia de la burguesía es el poder político que tiene en sus manos.

¡Qué ilusión tan lamentable la de los que creen que los gobiernos, desde la revolución que derrocó al antiguo régimen, representan el derecho público, que su misión es velar por los derechos de todos! Y ¡qué ridículo sueño el de los gobernantes y legisladores que se atribuyen la representación de la sociedad entera y se fingen los directores de su vida dentro del derecho! Linguet repuso al *Espíritu de las Leyes*, de Montesquieu: «¿El espíritu de las leyes? Es la propiedad». Y ¿qué hemos visto que es la propiedad en el régimen capitalista traído por la revolución burguesa? La expoliación de la Humanidad por una clase mediante el monopolio de los medios productivos; pues ese es el espíritu de las leyes actuales, el privilegio capitalista y la misión

de los gobiernos guardadores de las leyes: velar por la conservación de sus privilegios.

Todos los gobiernos cuyo dogma económico sea el *statu quo* del sistema actual son, pues, gobiernos de clase, representación de los intereses fraccionarios y contradictorios de las distintas banderías burguesas. Cualesquiera que sean, por lo tanto, sus diferentes tendencias filosóficas y políticas y sus pareceres en cuestiones económicas subalternas, todos, desde el más avanzado hasta el más retrógrado, están unidos por un lazo común; todos tienen por función fundamental mantener el privilegio capitalista, que es el nervio de la sociedad presente, la sumisión de los proletarios y, en general, de los hombres de trabajo a los poseedores de los medios de producción.

La clase trabajadora debe ver, pues, en todos los gobiernos dentro del régimen capitalista, los Comités Centrales de la burguesía, las Agencias administrativas de sus intereses colectivos, y en todo el mecanismo gubernamental, un sistema complejo y más o menos perfecto de defensa del privilegio capitalista. Las bases del edificio social, los intereses permanentes de la sociedad, el sagrado principio de autoridad, representado por el Jefe del Estado, el Ministerio, las Cortes (hechura del Ministerio) y el Poder judicial (hechura del Ministerio también), todo esto no es otra cosa que el interés capitalista. Tal es el fondo de las cosas; lo demás es accesorio o apariencia pura, pura ficciones políticas o jurídicas.

No es necesario ampliar la demostración, que bien clara resulta de lo expuesto; mas bastaría para completarla considerar, ora los orígenes del poder político después de la revolución burguesa, ora el origen real de cada uno de los gobiernos que alternativamente nos dominan. Son simples criaturas del capital. Cuando el pueblo ha intervenido en su formación, lo ha hecho siguiendo las banderas de ciertos partidos políticos que ostentaban las mágicas palabras Libertad, Igualdad y Fraternidad, desconociendo cándidamente que estas palabras en boca burguesa sólo tienen valor relativo en oposición a la tiranía y a los privilegios del régimen antiguo; candidez que el pueblo ha pagado con desengaños sangrientos, y que será imposible cuando aprenda y no olvide que dentro del capitalismo sólo dos términos son posibles: o dominación o servidumbre.

IX

Pero la evolución económica no sólo engendra, al reflejarse en la inteligencia del hombre, la doctrina que ha de reemplazar a la que hoy se presenta informando las instituciones sociales; no sólo constituye la demostración viva del Socialismo colectivista —que pudo ser tachado de utópico cuando sólo derivaba de una crítica del estado social presente desde el punto de vista del derecho abstracto o de los principios absolutos, pero que hoy merece la calificación de científico o positivo, dictado literalmente, como está, por la evolución de los hechos—; ni este resultado sería bastante para el vencimiento de la burguesía, porque las transformaciones sociales, aun las más apremiantemente exigidas por el desenvolvimiento histórico, sólo acaecen bajo el impulso de una fuerza social que reacciona con creciente ímpetu contra el estado de cosas llamado a desaparecer.

De igual suerte que la burguesía, nacida de las necesidades mismas de la sociedad feudal, obró como elemento destructor de ella, unas veces con apariencias tranquilas, otras impulsadas por el furor revolucionario, así las necesidades del capitalismo, que representa el estado triunfante de la burguesía, engendran la fuerza social que ha de operar la transformación colectivista. Esta fuerza revolucionaria es la clase obrera, la clase que sufre las dolorosas consecuencias de la contradicción que el sistema capitalista lleva en sus entrañas. Ha nacido en el seno de la sociedad burguesa, ha crecido a sus expensas, y por el juego y evolución de esa misma sociedad ha aprendido de ella la virtud del principio colectivo, que si es fecundo para la explotación capitalista, no lo será menos para la emancipación obrera; el mismo desarrollo de la sociedad burguesa la constituye en clase aparte, con sus intereses contrarios al interés privilegiado; se ha disciplinado bajo la férrea presión del régimen de fábrica y del maquinismo; y, en fin, la misma sociedad que ha de caer bajo sus golpes le proporciona el elemento inteligente que ha de darle conciencia cada vez más clara de sus intereses, noción cada vez más exacta de lo que representa la evolución humana.

El elemento inteligente que ha de contribuir poderosamente a la difusión de la doctrina redentora del Socialismo entre la clase obrera está representado en gran parte por los hombres que se consagran al trabajo intelectual. La ilusión mentida de que los hombres científicos tienen intereses armónicos con los del capital no puede durar. En la gran lucha de clases, su puesto

está en las filas de los trabajadores. La clase capitalista no remunera a los hombres de ciencia con paga, con honores y con posiciones oficiales por amor a la ciencia, muy por encima de sus estrechos cerebros, ni por admiración a las inteligencias privilegiadas. Paga el trabajo intelectual, como todo trabajo, porque sirve a sus depredaciones. La burguesía ha tolerado la investigación libre de las ciencias físico-químicas porque el progreso de estas ciencias era la condición del perfeccionamiento de los medios técnicos, o, lo que es lo mismo, del auge de su dominación; pero respecto a aquellas otras ciencias no menos positivas que las llamadas naturales, las ciencias sociológicas, la economía, el derecho, la fisiología mental o psicología, la clase capitalista tiene sus dogmas, tiene su ciencia oficial, ni más ni menos que los siglos del dogmatismo, y la investigación de la verdad de que puede salir la crítica y condenación del poder burgués, es tan poco libre como ella puede conseguirse que sea.

Cierto que las relaciones económicas mantienen y mantendrán siempre al lado de la burguesía elementos científicos serviles; la clase obrera nada puede darles; la burguesía, al contrario, les paga cuando necesita su trabajo; les da reputación y medios de estudio; cátedras y comisiones, y los eleva hasta cimas donde cabe la ilusión de que rigen a la sociedad, si bien exige en cambio que sirvan sus intereses, que fomenten su obra de explotación, que defiendan sus dogmas conservadores, que no aborden, por lo menos en la investigación científica, ciertas cuestiones peligrosas. Sólo aquellos hombres amantes, sinceros de la verdad, animados del espíritu de justicia, podrán despreciar tales halagos, protestar contra esa esclavitud humillante de la ciencia, y pasándose al campo obrero, desafiar las iras de la clase explotadora.

Mas lo que no pueda para la generalidad el espíritu de independencia lo conseguirá la misma fatalidad de aquellas resoluciones económicas. La producción científica sigue, aunque de lejos, una marcha paralela a las demás formas de producción; cada vez excede en mayor grado a las necesidades de la clase capitalista; el número de los obreros intelectuales aumenta sin cesar; la posibilidad de trabajo se hace cada vez más infrecuente; la incontrastable ley de la necesidad ha de arrojar, por lo tanto, la masa de hombres de trabajo intelectual al campo revolucionario en busca de una producción científica más amplia, segura y siempre creciente en el régimen colectivista.

De esta suerte, si grande es la transformación social que ha de operar el proletariado, puesto que se trata de cerrar para siempre la historia de los privilegios, no es menos la fuerza revolucionaria que impulsa esa transformación. Todos los hombres de trabajo, menos los vendidos consciente o inconscientemente al enemigo, esto es, la inteligencia y la fuerza al servicio de la realidad de las cosas, habrán de contender contra una minoría de poseyentes, derrochadores y holgazanes, cuyo interés estriba en cerrar el paso al progreso económico de la Humanidad.

¿Será dudoso el éxito de la lucha?

X

Por grande que sea el poder capitalista, que es el poder del dinero, y por poderosos que sean los recursos que los gobiernos tienen a su servicio; aunque por un hábil abuso de los oprimidos consigan armar al pueblo contra el pueblo y mantener en guerra civil perpetua a los hombres de trabajo, es aún más poderosa la naturaleza de las cosas, cuyas leyes no admiten treguas ni excepciones. Por todas partes responden los hechos a preparar la disolución de la sociedad burguesa; por todas partes el antagonismo contenido en el fondo del sistema capitalista va saliendo cada vez más a la superficie bajo la forma de lucha social.

Las huelgas, fatal resultado del antagonismo económico, cada vez más extensas y frecuentes, son la primera respuesta de los hechos a las sinfonías de los economistas defensores del régimen actual. Se presentan primero como una reacción casi inconsciente de resistencia por parte de la clase obrera a la creciente opresión del capitalista. En ellas el proletariado no busca una organización social armónica, apenas tiene en cuenta el porvenir; son un acto de defensa, una protesta viva y espontánea contra la fatalidad de las relaciones económicas existentes; pero aunque confusamente consciente, y aun por esto mismo, por su misma espontaneidad, por su incremento progresivo, por su carácter universal, por su organización ulterior, cada vez más perfecta, revelan elocuentemente que de los mismos hechos surgen las fuerzas que han de destruir el sistema capitalista, y que las fuerzas de destrucción son tan intensas y poderosas como las resistencias que tienen que vencer.

La resistencia es igual y contraria a la acción. Allí es mayor el movimiento de resistencia donde el capitalismo alcanza superior grado de desarrollo. Así, aun cuan-

de en todas partes, con más o menos conciencia, saber y fortuna, buscan los obreros en la unión con sus hermanos, en el poderoso medio de asociación, defensa de sus condiciones de vida contra el poder avasallador del capital, es Inglaterra, la primera nación en la evolución económica, donde la resistencia presenta fuerza y organización más poderosa. ¡Oh, armonía de obreros y patronos! Dos mil trescientas cincuenta y dos huelgas cuenta Mr. Bevan desde 1870 hasta 1 de diciembre de 1879; huelgas que representan una pérdida de 54.162 días de trabajo, lo que corresponde a un valor de muchos cientos de millones de pesetas, puesto que el mismo M. Bevan ha calculado la pérdida correspondiente a 110 huelgas solamente en 112.723.000 pesetas. Unos 300.000 asociados contaban las Trade-Unions registradas en 1877; su ingreso anual, 6.366.000 pesetas, y su capital acumulado ascendía a 9.300.000.

Y los obreros ingleses perseveran en este movimiento de defensa porque toda mejora de sus condiciones de vida realizada en su país deriva de la lucha tenaz de la asociación obrera contra las Ligas de industriales y contra la Liga capitalista más poderosa, el Gobierno inglés, sea *whig* o *tory*.

Otro fenómeno espontáneo, naturalísimo, también universal y también en aumento, es la indiferencia notable de las masas proletarias hacia el movimiento político burgués, o revela esta indiferencia, como suponen los políticos de oficio y los idealistas estériles, que la clase trabajadora se preocupe sólo de las mejoras materiales, que desprecie la vida del derecho y las franquicias del hombre libre no; es que el pueblo, es que el proletario, va sabiendo, por la dolorosa enseñanza del desengaño, que el movimiento político burgués le es cosa extraña. No llega, seguramente, la indiferencia del proletariado por los cambios políticos que acaecen en el campo de la burguesía hasta el punto de no preferir, y aun en ciertos casos de favorecer, aquellas soluciones políticas más adecuadas para su organización y propaganda, ni dejará de aprovechar para sus fines el conflicto constante de las fracciones burguesas; mas ya pasaron aquellos tiempos en que los políticos de la clase media arrebatában al pueblo con cuatro conceptos abstractos, expresados con sonoras frases, ineficaces del todo para la emancipación del trabajo.

Pero a estos movimientos de la clase proletaria de todos los países se agrega otro de capital importancia y de altísima significación. Perfectamente, no sólo de la situación actual, sino de la tendencia y del fin histórico

de la evolución económica, es un argumento que llegará a ser contundente contra los sueños de los ilusos y contra las ficciones hipócritas de los pensadores pagados. Los obreros no se limitan ya a resistir a la avidez ansiosa del capitalista; no sólo se desligan del movimiento político burgués, negándose a ser sostén de sus propios enemigos y de los intereses contrarios: *se asocian como clase contra la clase que los domina y contra los Gobiernos que son los instrumentos activos de su opresión*. De esta suerte el antagonismo que late en el sistema social presente toma ya en la realidad la forma de lucha política de clase contra clase.

Y ¿qué representa esta organización obrera frente a la organización capitalista? Pues representa la encarnación en una clase de la tendencia evolutiva económica. Todos los partidos socialistas obreros en Europa y América oponen al principio capitalista «*producción colectiva, apropiación individual*», el principio colectivista «*producción colectiva, apropiación colectiva*»; todos oponen a la posesión de los medios productivos por una clase, la posesión social de los medios productivos; al salario, la distribución proporcional entre los hombres de trabajo del valor total de la producción colectiva.

No hay que esperar ya a que la siempre lenta sucesión de los hechos haga enteramente imposible el juego del mecanismo social existente; se trata de una lucha política, porque política es toda lucha de clases, en la cual la razón está de parte del obrero y la fuerza no tardará en estarlo.

Ya sabemos que los utopistas, que vosotros, los que creéis permanente este sistema económico que por todas partes y en todos los terrenos se niega a sí propio, consideráis todo este movimiento proletario como una pasajera agitación, como un estado morbos, debido a corrientes de ideas malsanas e irrealizables; pero ¿nada significa para vosotros la unidad de doctrina económica que preside a este movimiento, nada las relaciones fraternales, la estrecha solidaridad de los partidos obreros de todos los países, que dejando atrás a los santos y a los sabios han hecho efectivo el sentimiento de fraternidad, por encima de las preocupaciones históricas de nacionalidad y de raza? ¿No veis aquí una manifestación de la comunidad de los intereses humanos fundamentales? ¿No significa nada para vosotros esta concordia generosa, inalterable, pues se funda en la identidad de intereses y garantía de la paz futura, frente a los celos y rivalidades del capital de las distintas naciones, origen de hecatombes donde perecen millones de hombres; que en los momentos de tregua necesitan tener

sobre las armas e inactivos los más fecundos elementos de riqueza, que no pueden engendrar vida —aunque accidentada, convulsa, epiléptica— si no es apoyado en un ruinoso aparato de destrucción y de muerte? ¿No veis aquí el contraste entre el principio capitalista, que blandamente llamáis de la concurrencia, aunque sea lucha más feroz y despiadada que la de las fieras de los bosques, y el principio obrero de la cooperación, que emancipa al hombre del estado de guerra propio de la bestialidad?

¿Nada nos dice el paralelismo, nunca desmentido, entre el desarrollo económico de las naciones y el movimiento de resistencia? ¿El que los progresos del Socialismo sean la medida de la civilización de un país? ¿El consorcio íntimo de los obreros y de los pensadores de la Universidad y del taller, que hace del Socialismo en Alemania, donde la cultura alcanza más difusión y la conciencia social más lucidez, una fuerza que no sólo pesa en los confines del mundo civilizado? ¿Cabe, sin caer en la fatuidad, considerar como un extravío pasajero, como un estado patológico fugaz, el desarrollo de un partido que en un cuarto de siglo, luchando contra el gobierno más fuerte de Europa, en medio de persecuciones crueles, de asechanzas sin cuento y de provocaciones alevosas, se da a sí propio por doctrina la última palabra de la ciencia económica, y lleva a las urnas un millón de hombres, fuertes con su organización en el presente y seguros del porvenir?

Estáis en un terrible dilema: si consideráis el movimiento socialista como fenómeno natural traído por las antinomias económicas, como síntoma precursor de la transformación social futura, confesáis de antemano vuestra derrota, que no hay artificio humano que prevalezca contra la ley natural. Si persistís en considerarlo como una enfermedad más o menos grave, pero curable con los recursos de vuestra ridícula alquimia, vuestro error os imposibilita para oponer al Socialismo una resistencia sistemática y organizada; y fluctuando entre la represión a todo trance y la transacción momentánea, sucumbiréis ante un movimiento cuya grandeza no tendrá igual en la historia de las edades pasadas.

¡Despierte la clase obrera a la conciencia de sus intereses, y la emancipación del trabajo está hecha!

XI

Fácil será determinar, después de las consideraciones expuestas, cuál ha de ser el juicio del Partido Socialista

Obrero ante la información abierta por el decreto del señor Moret acerca del estado y necesidades de la clase obrera y las relaciones de capital y trabajo.

Si los gobiernos y su poderdante la burguesía, por una parte, y la clase trabajadora por otra, se alzan frente a frente como dos poderes rivales, como dos términos incompatibles en el terreno histórico, representando el poder burgués la conservación del capitalismo y representando el poder obrero la revolución colectivista, tan absurdo es en los poderes políticos ofrecer espontáneamente pactos, concesiones o mejoras, como sería insigne mentecatez en los trabajadores creer en su posibilidad.

Sólo aquellos que sirven en el mundo ideal de sus ilusiones, los que imaginan que el curso de los sucesos se deslizaría como arroyo entre flores si no fuera por las artes de cuatro malintencionados, los que creen de buena fe que bastaría un fácil acuerdo para dar fin a todas las disonancias sociales y establecer sobre bases inquebrantables el imperio de la armonía universal, sólo los inocentes perjudiciales de todos los tiempos y de todos los campos, y los que sin tener esta candidez, hipócritamente la fingen, pueden creer que los trabajos de la Comisión de Informe y los ulteriores desarrollos del pensamiento a que obedece, venciendo la fatalidad histórica, tendrán por resultado mermar en lo más mínimo el privilegio capitalista en beneficio de la clase obrera.

Pero los que creemos que para modificar la realidad hay que estudiarla no en las apariencias, sino en los latidos de sus entrañas; los que hemos visto en esta realidad fundamentales antagonismos, germen de inevitables contiendas, cómo los que militando en el campo contrario no se dejan llevar de un ilusionismo estéril, tenemos que considerar el propósito *ostensible* del señor Moret, puramente fantástico, y las tareas de la Comisión Informadora, infecundas.

Deplorable es, sí, la situación presente de la clase obrera en España; mas si se quiere hablar con verdad del porvenir, hay que confesar que sería esperanza vana confiar en días mejores, sino, muy al contrario, que su agravación habría de llegar al extremo, a no impedirlo la resistencia obrera, luchando cada vez con más fuerza contra la clase explotadora.

Ya hemos visto que el progreso del capitalismo es proporcional a la opresión económica de los hombres de trabajo, a la disminución progresiva de su valor social; pero en España esta ley fatal de la evolución capitalista

se agravará por diversas circunstancias. Hoy es causa de nuestras angustias el estado infantil de la producción nacional; mañana, cuando alcance su término necesario el relativo aislamiento que en la actualidad nos protege en cierto modo, cuando seamos envueltos por el torbellino de la producción universal, cuando nuestra producción tenga que medirse con la de las naciones que han alcanzado el mayor progreso en la acumulación y concentración capitalista, entonces será la hora de extremar la economía productiva, de forzar el trabajo y de abaratar la fuerza humana, se acentuará el estado permanente de crisis reveladora de una derrota no interrumpida en el campo de la concurrencia; entonces, sobre todo, se harán sentir los efectos pandémicos de las crisis universales, que habrán de sumir a la clase obrera española en el extremo del dolor y de la miseria.

Nos hemos retrasado en la evolución económica; entramos tarde y mal armados en la guerra civil de la competencia y sólo llevamos como remedio contra los desastres que nos amenazan la deficiencia y los vicios de nuestra educación técnica y social, la incapacidad notoria de nuestra burguesía y la supina ignorancia de nuestros gobernantes, más o menos habilidosos en la intriga política y muy expeditos de lengua, pero vacíos y nullos como administradores.

No se intente, pues, abusar de la credulidad del pueblo con la perspectiva de un paraíso incompatible con el sistema actual de concordia imposible. Dígasele que las causas de su opresión y de sus quebrantos aún están naciendo; pero que su desarrollo no se hará esperar y que entonces, si los obreros mismos no ponen remedio, tal vez recuerden la situación de hoy como un sueño venturoso.

Mas, por fortuna, al mismo tiempo que el crecimiento del capitalismo agrava la situación de la clase proletaria, el heroico remedio, que ya empieza a germinar, irá adquiriendo la necesaria potencia para darle fin.

¿Será este remedio la paternal intervención de los gobiernos?

A creer en palabras, diríase, en efecto, leyendo el preámbulo del Decreto del señor Moret, que los gobiernos son padres solícitos de la clase trabajadora, que se desviven por labrar su dicha, que se entristecen con sus pesares como gozan con sus alegrías. Pero ¿dónde están las pruebas de esa constante solicitud? Si la misma burguesía española no cesa en sus clamores contra la desdichada gestión de los gobiernos, siendo éstos los repre-

sentantes y defensores de sus privilegios y los agentes de sus intereses colectivos, ¿qué diremos nosotros, trabajadores, si nuestros intereses no les son ya indiferentes, sino contrarios y desprovistos como estamos de instrumentos legales que los sustenten? ¿No dice el señor Moret en el preámbulo citado que apenas ofrece nuestra legislación señales ciertas de aquella solicitud que los Poderes públicos deben a la condición del trabajador y a las relaciones entre el capital y el trabajo? ¿Qué importa que el señor Moret disculpe a los gobiernos anteriores de esta acusación que sería grave si no fuera puramente platónica, recordando las preocupaciones de orden político que han embargado la atención de los Poderes precedentes? Pues qué, ¿tal vez no acosan al Gobierno actual, y acosarán a los que puedan sucederle, las mismas urgencias políticas tan apremiantes y para ellos tan graves? ¿Acaso están ya acordes los intereses que traen dividida la burguesía en tantas fracciones, representadas en la lucha política por otros tantos grupos y partidos? ¿Acaso habéis resuelto ni la cuestión dinástica, ni la cuestión constitucional, ni la de soberanía, ni tantos otros falsos problemas planteados por esas rivalidades burguesas, y que sólo de muy lejos interesan a los trabajadores?

Tiene razón el señor Moret: Los gobiernos no han atendido hasta aquí a la condición del trabajador; pero lo que el señor Moret desconoce u omite es la verdadera razón de esta aparente negligencia. Es que no han querido ni han podido querer hacerlo. Es que la misión de los gobiernos burgueses no es ésa. Instrumentos de una clase social, como hemos demostrado, los gobiernos sirven a esa clase social, y preferentemente a la fracción de la burguesía que los eleva y los sostiene. Mal o bien, los gobiernos han respondido y responderán en lo sucesivo a su objeto, y no pueden desviarse de él un punto: defender el privilegio burgués, favorecer la evolución del capitalismo. La miseria proletaria es una consecuencia que ningún poder humano puede evitar. ¡Quién sabe si el señor Moret no se verá acusado de faltar a su deber de gobernante y legislador burgués por despertar en la clase trabajadora anhelos y esperanzas que han de agitarla sin satisfacerla! ¡Quién sabe si no le salvará ni la intención con que lo hace!

XII

Lastimosamente es engañado por las apariencias quien no ve que toda la actividad gubernamental gira sobre

este eje: favorecer la acumulación capitalista, aunque las formas de los problemas particulares a los gobiernos encomendados aparezcan sin relación con aquel supremo fin.

Verdad que se dirá que no es la acumulación capitalista, sino riqueza nacional lo que deben fomentar los gobiernos; pero en una sociedad fundada sobre la posesión individual de los medios de producción colectiva, ¿qué es la riqueza nacional sino la suma de los capitales, esto es, la suma de los valores en función productiva? Fomentar la riqueza nacional, fomentar la producción nacional, equivale, pues, exactamente a fomentar la suma de los capitales nacionales; y como el progreso productivo tiene por condición el aumento y concentración cada vez más considerable de los capitales, la misión económica de los gobiernos no es otra que favorecer la acumulación y concentración capitalista, impulsar el desarrollo del capitalismo hasta su plenitud.

Pero se dirá también: ¿acaso la fuerza de trabajo no constituye un elemento integrante de la riqueza nacional? En cuanto, comprada por el capitalista, entra a formar parte del capital, sí.

Ahora bien: mejorar la condición del trabajador, cualquiera que sea la forma en que intenta realizarse, siempre dará un resultado único: encarecer la fuerza de trabajo. Y si el desarrollo del capitalismo nacional exige por las imperiosas necesidades de la competencia, la baratura en la producción, ¿no es inconclusa la imposibilidad de mejorar la condición del trabajador para un Gobierno cuya misión es favorecer la acumulación capitalista? Si toda mejora positiva del trabajador, si todo aumento de su valor social se traduce por un encarecimiento en la producción nacional, el Gobierno burgués que mejora de veras la situación económica de la clase obrera, ¿no comprometería la riqueza nacional en la lucha de la concurrencia?

Los gobiernos burgueses, lógica y forzosamente, sólo se ocupan de la fuerza de trabajo con objeto de hacerla más productiva para el capital; y como el medio general para que concorra más intensamente a la evolución capitalista es depreciarla, abaratarla, de aquí el hecho demostrado por la experiencia, de que siempre que el Poder político interviene en las relaciones de patronos y obreros sea para someter a éstos a las condiciones de máxima explotación, si los peligros del orden público no lo impiden.

Harto saben los gobernantes cuán cierto es lo que dejamos expuesto; que la miseria obrera es el abono

fertilizante del capital; harto saben que para que la fuerza de trabajo coopere en el grado máximo al auge de la riqueza nacional, como decís en vuestro lenguaje, preñado de ficciones absurdas, es preciso que abunde, que exceda a las necesidades de la producción del momento presente. Sólo entonces, aunque por otra ficción jurídica cada obrero aparezca dueño de sí mismo, la fuerza de trabajo, la clase obrera en conjunto queda convertida en propiedad de la clase capitalista y reducida a servirla tan dócilmente como los medios automáticos de producción.

Los gobiernos, pues, no pueden proteger a la clase trabajadora, mejorar su condición. Lo que pueden hacer y hacen, cosa muy distinta, es cultivarla, acrecentarla (por ejemplo, impidiendo la emigración por todos los medios posibles, favoreciendo en muchos casos la inmigración), hacerla más productiva para el capital. Esto explica todas las medidas gubernativas aparentemente encaminadas a mejorar la condición del trabajador.

Para que la clase obrera pueda concurrir con su fuerza de trabajo a la obra de la acumulación capitalista, es necesario que su empobrecimiento, su atonía física e intelectual, no lleguen a tal grado que la hagan inservible, ni que su exarcebación por el exceso de sufrimiento amenace con agitaciones sangrientas. Por esto la burguesía aprieta, pero no ahoga. Mas es vano esperar de la clase dominadora o de sus agentes los gobiernos todo sacrificio en pro de los hombres de trabajo, porque todo gasto que no sea reproductivo para el capitalista, toda destrucción de valores en provecho del trabajo que no pueda aumentar su explotación, es, en el estado económico presente, encarecer la fuerza de trabajo, encarecer la producción; comprometerla, de consiguiente, en la lucha de la concurrencia.

Y como el perfeccionamiento de los medios automáticos de producción y la considerable división del trabajo hacen cada vez menos importante y más fácil la intervención del obrero en la obra productiva, la condición de la clase trabajadora pudiera empeorar gradualmente, sin que resulte compromiso alguno para la riqueza nacional, para la acumulación capitalista. A cada perfeccionamiento de los medios técnicos ha seguido siempre un grito de alegría de los dueños, porque los emancipa de la *tiranía* de los obreros hábiles. Para que la productividad de la fuerza de trabajo se mantenga y aun se multiplique infinitamente, la clase obrera en conjunto necesita cada vez menos fuerza muscular, menos habi-

lidad manual, menos instrucción técnica, menos cultivo, en una palabra.

XIII

Ya sabemos que los que nadan en la abundancia y los sabios a su servicio no vacilan en tachar estos razonamientos de mal intencionado pesimismo. Citan en seguida, como el señor Moret en su preámbulo, a Inglaterra y Alemania como las naciones que más han hecho por la mejora social de la clase trabajadora.

¡Qué! ¿Tendréis el valor de apelar a los hechos para que confirmen vuestros absurdos económicos y vuestros atentados no interrumpidos contra las nociones más elementales de justicia? ¿Olvidáis que los hechos son más difíciles de manejar que las palabras? Jamás en España, ni fuera de España, hemos visto los obreros defendidos nuestros intereses ni amparado nuestro derecho por el Poder político contra el egoísmo burgués. En las contiendas entre patronos y obreros, siempre hemos visto en la ingestión del Poder político una defensa inteligente o torpe, descarada o encubierta, del privilegio capitalista. ¡Si fuera dable en los límites de esta contestación, si no historiar, a lo menos dar muestras de las conclusiones del derecho que vosotros mismos habéis escrito, de los atropellos y vejámenes que individual y colectivamente sufren los hombres de trabajo! No, vuestras peroratas podrán encontrar asentamiento y aplauso en aquellos a quienes aprovechan; los obreros todos saben muy bien, no por largos estudios, sino por una dolorosa experiencia, que viven en un estado normal de injusticia.

No es esta ocasión oportuna para hacer la historia de las relaciones entre los Poderes públicos y los expropiados de todo medio productivo. Basta una somera ojeada retrospectiva para demostrar cómo esas relaciones han respondido implacablemente a las exigencias económicas.

Prescindiendo de la legislación sobre esclavos y siervos, que no por ser bárbara dejó de tener, y aún tiene, la sanción de los Poderes políticos, por cuatro fases ha pasado la actitud de los gobiernos ante los expropiados, ni esclavos ya, ni siervos.

¿Cómo fue tratada por los Poderes públicos, por aquellos reyes representantes de Dios en la Tierra, padres de sus súbditos y encarnación de todos los intereses nacionales, aquella inmensa masa de expropiados salidos de la disolución del régimen feudal y no absorbidos por los oficios, inaccesibles por el privilegio, ni por las manu-

facturas, entonces nacies, en razón del poco desenvolvimiento productivo? Desprovistos de medios individuales de producción y sin compradores para su fuerza de trabajo, su falta de medios de subsistencia fue definida por los Poderes políticos como un delito, como un crimen. No se los trató como a víctimas de una mutación histórica; no se les procuró medios y trabajo, ni asilos de refugio, ni se confesó tampoco la imposibilidad de ello. Los ascendientes de los actuales proletarios fueron perseguidos como delincuentes de su inactividad y de su pobreza forzosas, y los únicos socorros que debieron a la paternal solicitud de los Poderes públicos fueron inmundas pordioserías, las cárceles, las galeras, la marca y los azotes, la esclavitud y la horca. De esta legislación sanguinaria contra los expropiados aún quedan huellas en los Códigos actuales.

Pero cuando esta masa social inactiva fue absorbida poco a poco por la manufactura y por el maquinismo naciente, mediante el desarrollo de la producción, favorecido por la ruptura de trabas y privilegios y por el comercio intercontinental, ¿cuál fue la conducta del Poder político? Someter y disciplinar la masa de los expropiados bajo la opresión patronal. Rudas penas para los que rehusaban el trabajo; leyes que prolongaban la jornada; leyes que fijaban no el mínimo, sino el máximo de salario, con graves sanciones penales para los infractores; cuantos medios coercitivos fueron necesarios para que la fuerza de trabajo se plegase sin defensa a la evolución capitalista ya comenzada, al yugo de los poseedores de los medios de producción; he aquí, en resumen, los esfuerzos del Poder político en favor del proletariado.

Conseguida la sumisión de aquella masa, antes inquieta y rebelde, cuando el capital para dominar al trabajo no necesitó la constante intervención gubernamental; cuando, formada ya una población obrera inactiva, el hombre de trabajo se vio encerrado en el dilema de someterse o perecer, entonces aparecieron los redentores del pueblo, los revolucionarios burgueses, a predicar el principio de la no intervención de los gobiernos en las relaciones de capital y trabajo. Esta es la escuela liberal pura, la que cree que, siendo armónicos los intereses individuales y colectivos, todo se resuelve con esa fórmula: Libertad.

Pero aunque haya habido un período de relativa neutralidad, los gobiernos, no tanto debido a la doctrina del «dejad hacer, dejad pasar», como a la sumisión efectiva de los hombres de trabajo, por la virtualidad propia

de las relaciones económicas, el principio de la libertad en estas relaciones no se ha practicado jamás.

En primer término, no obstante la doctrina, donde los intereses capitalistas han peligrado, allí ha acudido el Poder político para defenderlos; pero, aparte de esto, no ha existido libertad en las relaciones de obreros y patronos, porque si bien se ha dejado a cada obrero que individualmente pacte con su patrón —concesión sarcástica, en cuanto el obrero aislado tiene que sucumbir—, *se le ha negado la libertad de asociarse con sus compañeros para pactar como clase con la clase capitalista las condiciones de trabajo; y frente a los Poderes públicos, para defender en el terreno político sus intereses y el estado de relaciones económicas conforme con ellos.*

De la asociación, derecho imprescriptible de los llamados demócratas, al ejercerlo los obreros para mejorar sus condiciones de existencia —y si para esto no sirven los derechos, no sirven para nada—, habéis hecho un delito; el de la coligación; y escrita tenéis en el Código la sanción penal que aplicáis cuando podéis, porque no siempre su aplicación os es conveniente; y a la defensa del trabajo la llamáis alternación del precio de las cosas.

Pero la doctrina en cuya virtud los Poderes políticos no debían intervenir en la producción y en el cambio, limitando su acción a garantizar a cada uno el uso de su derecho individual, fue desechada antes de convertirse en hecho. Desde luego se comprende que el movimiento de producción y de cambio sólo puede abandonarse a sí propio cuando todo artificio, todo privilegio, toda diferencia social haya desaparecido de las relaciones económicas. Pero sucediendo lo contrario con las actuales, artificiosas, basadas en el privilegio de unos y la opresión de otros, exigen necesariamente una intervención gubernativa continua que tienda a corregir los derechos cada vez más acentuados del sistema, a ocultar los antagonismos que encierra, en una palabra, a defender la producción de las fatales consecuencias del mismo modo de apropiación.

Todos los Gobiernos, aceptando este criterio, hacen un mérito de influir directamente en la vida económica de las naciones y, por tanto, en las relaciones de capital y trabajo, en las condiciones del obrero; pero, como siempre, representando los intereses colectivos de la burguesía, defendiéndolos a todo trance a través de las peripecias de la evolución económica. A este criterio ha obedecido la legislación inglesa, como la alemana, la

francesa y la de todas partes; en él se inspira también el conato de legislación intentado por el Sr. Moret.

En esta defensa de la acumulación capitalista, que, como hemos visto, es la medida de lo que llamáis riqueza nacional, los Gobiernos han tenido que luchar, por una parte, con las crecientes resistencias de la clase obrera; por otra, con los egoísmos individuales de los capitalistas.

A cada capitalista, en efecto, como particular, el proceso general de la acumulación y concentración de los medios productivos le importa poco. Triunfe él en su negocio presente, obtenga de su capital el mayor beneficio posible, que la destrucción de la fuerza de trabajo y la devastación de la tierra quedan fuera de toda consideración por su parte.

Pero ante las consecuencias de este egoísmo capitalista individual, prolongación desmesurada de la jornada de trabajo, disminución de los salarios por bajo del mínimo necesario para la subsistencia, las mujeres arrancadas al hogar, y de madres convertidas en acémilas; los niños, desde su tierna edad, destruidos por un trabajo incompatible con su desarrollo y hasta con su vida; ante la rápida desaparición de las generaciones obreras, más depauperadas cada vez, los Gobiernos no podían permanecer indiferentes, no por amor al obrero, sino porque los Gobiernos no representan el interés particular de cada industrial, sino los intereses capitalistas colectivos; porque esta destrucción de la fuerza de trabajo y el aniquilamiento de la fecundidad de la tierra habrían de comprometer, no ya el progreso del capitalismo, sino que también la vida de la sociedad, cegadas las fuentes de su subsistencia. Mas cuando la previsión de los Gobiernos burgueses ha dormido, allí ha estado la resistencia obrera para despertarla y para exigir límite a tan desenfrenada explotación.

Y es lo que ha ocurrido en la realidad. Toda legislación aparentemente encaminada a la protección del trabajo ha tenido por verdadero objeto la defensa de los intereses capitalistas colectivos; pero sólo se ha hecho efectiva cuando las reclamaciones obreras han amenazado graves compromisos para estos intereses, mereciendo, por tanto, considerarse todas las mejoras legales obtenidas para el trabajo como verdaderas conquistas de la clase obrera sobre la clase burguesa, nunca como concesiones humanitarias de ésta. Así, donde ha faltado la fuerza proletaria para sostenerlas, el desenfreno capitalista no ha tenido límite.

Otras veces la clase obrera ha obtenido estas ventajas,

siempre obra suya, conquista suya, como consecuencia del movimiento político.

No deslindados bien los campos, no formada del todo la conciencia obrera, la clase proletaria se ha movido hasta aquí, y aún se mueve en parte, en la lucha política a remolque de los partidos burgueses. Estos se han visto obligados con frecuencia a pagar el apoyo popular reconociendo a la fuerza proletaria parte de sus derechos y limitando el egoísmo burgués. Mas no tampoco por gratitud; sacrificando siempre lo menos a lo más, cediendo en parte a las pretensiones obreras, no por satisfacerlas, sino para limitarlas.

Tal es la explicación verdadera de que la situación legal de los obreros de hoy sea más favorable que a la introducción del maquinismo. A ellos mismos se lo deben. A su resistencia cada vez más solidaria; a su actitud cada vez más amenazadora, que haría hoy imposible la explotación sin tasa, la existencia desastrosa, inconcebible ahora, de los obreros ingleses, por ejemplo, en la primera mitad del siglo.

Así se explica también este hecho; las leyes y las instituciones que defienden la fuerza de trabajo contra el egoísmo burgués son proporcionales al grado de desenvolvimiento del capitalismo que las hace necesarias y al desarrollo de la resistencia obrera que las impone. Por eso, en Inglaterra y en Alemania alcanza esta legislación mayor progreso, no porque la monarquía tenga allí «*raíces más hondas y alcance existencia indiscutida*». Y resulta, además, la ineficacia de esa legislación para resolver el conflicto entre el capital y el trabajo, pues precisamente en esas naciones, más que en la Francia republicana, la cuestión social se presenta imponente y aterradora. ¡Con qué satisfacción los Poderes burgueses de esas naciones sangrarían al proletariado, como se ha hecho en Francia el 48 y el 71! Ni faltarán las provocaciones; pero no romperán la férrea prudencia de aquellos socialistas, aleccionados por la experiencia. Esas sangrías, disminuyendo la resistencia obrera, ahorrarían a los Gobiernos burgueses muchas de las concesiones que les impone el terror. El terror, sí, y hasta el mismo preámbulo del Decreto del señor Moret suministra la prueba. Para demostrar a los altos Poderes, a la clase dominante y a la opinión la necesidad de medidas legislativas que armonicen capital y trabajo y mejoren la condición proletaria, ¿invoca acaso el señor Moret el derecho obrero? ¿Habla de los efectos lamentables del egoísmo capitalista sobre la muchedumbre de los expropiados? No; invoca los peligros venideros; dice que tal situación «*no puede prolongarse*

sin detrimento de la paz pública»: que si los Poderes del Estado no estudian y resuelven, se expone la sociedad a «*dolorosas sorpresas*», a «*sangrientas represalias*». El mismo hecho de haberse fijado la atención de los Poderes políticos y del Gobierno burgués en la cuestión social después de la agitación de la gente del campo de Andalucía, ¿no prueba que es el temor de mayores males lo que os impulsa a preocuparos de la condición del trabajador? Y aun cuando tales peligros no amenacen por ahora en España, ¿acaso ha tenido el señor Moret argumento para demostrar la oportunidad de la información?

Vosotros, como nosotros, reconocemos, pues, que sólo la fuerza obrera es capaz de arrancar de la burguesía leyes protectoras para el trabajo; mas como en el momento presente, por desgracia, falta a esa fuerza obrera la cohesión necesaria para imponerse ni en todo ni en parte, tenéis que afirmar, como afirmamos nosotros, que ninguna ventaja hemos de conquistar en la actualidad; pues os guardaréis muy bien de dárnosla como concesión gratuita. Harto sabéis que toda mejora en la condición del trabajador da más fuerza a la clase obrera en su lucha contra la clase capitalista.

Resulta, por tanto, de las consideraciones expuestas:

Que la misión de los Gobiernos no es mejorar la condición del trabajador.

Que las ventajas obtenidas hasta aquí por los obreros son triunfos del trabajo sobre la burguesía y los Gobiernos que la representan.

Que no teniendo la clase obrera española la fuerza necesaria para imponer sus pretensiones, no debe esperar ventaja alguna de los trabajos de la Comisión informadora ni de los desarrollos del pensamiento a que su creación obedece.

XIV

Haremos notar ahora que la intervención gubernativa en las relaciones de capitalistas y obreros no sólo es contraria del todo al criterio de la libertad en materia económica, principio hasta aquí profesado por los partidos llamados democráticos, en que creíamos militaba el señor Moret, sino también la condenación del sistema actual de relaciones económicas y una demostración indirecta de la doctrina que profesamos y defendemos.

¿A qué queda reducida la sagrada libertad individual,

que vosotros decís, si en una u otra forma interviene el Poder público en los contratos de obreros y patronos? Si son armónicos sus intereses, ¿por qué viene el Poder político a mediar como amigable componedor? No menos vulnerado queda el principio, aunque intentéis justificar vuestra intervención con el propósito de favorecer al obrero. ¿Cómo, el obrero necesita el favor y auxilio de la acción gubernativa? Esa declaración vuestra terminante y categórica «es preciso mejorar la condición del trabajador», es el reconocimiento terminante y categórico de la opresión y dependencia económica y social del hombre de trabajo; es admitir implícitamente que la evolución capitalista arrolla al trabajador, le priva de sus medios de defensa, ahoga su libertad individual; que deja de ser persona cuyo derecho hay que garantizar, para convertirse en cosa que hay que proteger.

Y si abandonáis el criterio de la libertad para resolver el conflicto, no es por duda de su eficacia; es que la libertad del obrero no sólo para pactar individualmente con el patrón, sino para asociarse y hacer política de clase, curaría los males que le afligen al presente, pero acabaría también con el capitalista que vosotros defendéis. En realidad, la intervención gubernativa representa el peor de los socialismos del Estado, el cesarismo, con el cual intentáis contrarrestar el Socialismo científico, surgido de la evolución natural de las relaciones económicas.

Convicto de imposible propósito expreso del señor Moret y rechazando nosotros, obreros, la pretendida tutela de un Poder que encarna el interés enemigo, no hemos de detenernos un momento en demostrar la suma imperfección del procedimiento adoptado para realizarlo. Dejemos esta tarea a la ilustración de los estadistas burgueses.

Tampoco nos detendrá la crítica del *Cuestionario*. No demostraremos que unas preguntas son ociosas, otras pueriles, las más incontestables, algunas más propias de una de esas sociedades folklóricas hoy de moda. Le haremos, sin embargo, una objeción esencial. Por minucioso que parezca, y lo es tanto, para ser contestado en información oral bien exigiría un cuarto de siglo, sólo comprende una parte de la cuestión, y la menos importante. ¿Se trata de perfeccionar las relaciones de capital y trabajo? ¿Por qué entonces sólo se estudia uno de los elementos? ¿Por qué no se estudia también el capital? ¿Por qué no hacer también la vivisección económica, intelectual y moral de la clase pose-

yente? ¿Creéis acaso que no fuera más provechoso el interés obrero, y que no arrojaría más luz sobre la cuestión, estudiar la vida y milagros de capitalistas que el estudio del elemento social pasivo, que no es sino lo que el capital hace de él, y cuya condición no es modificable sin mutaciones en el elemento que lo domina y avasalla? Mantened en el secreto la clave de los males sociales, ocultad los vicios de la clase dominante, velad cuidadosamente los vergonzosos y criminales orígenes de los distintos capitales que con indecible descaro acostumbráis a presentar como frutos de la virtud y del trabajo del burgués, que así cumplís el compromiso que os impone vuestra complicidad; mas no creáis que la clase proletaria, sin informaciones y sin estadísticas, deja de conocerlos y dejará de hacerles justicia.

Pero si el propósito ostensible del señor Moret es nada práctico, el fin real de todo este movimiento es verdaderamente pueril. Si efectivamente se trata de atraer la clase trabajadora a determinadas instituciones y a determinadas tendencias políticas; como resulta de las promesas y de la seguridad que se les da de que dentro de la monarquía encontrarán toda defensa y apoyo, el señor Moret ha equivocado lastimosamente el camino.

Por fortuna, no hay que combatir entre los obreros la preocupación monárquica, porque hace mucho tiempo que no existe. Sabemos muy bien que la monarquía sólo sirve a fracciones privilegiadas de la burguesía. Pero aun cuando llegara a encarnar el interés burgués colectivo, en cuyo caso su existencia estaría unida a la existencia del capitalismo, como en Alemania e Inglaterra, nunca podrá representar el interés proletario.

Las ventajas que puede obtener el trabajo por la presión obrera dentro de la monarquía no se las podrá negar cualquiera otra forma de organización política. El pueblo sabe ya que los monarcas no son depositarios de todo bien y árbitros de derramarlo donde les plazca. Pero aun cuando fuera posible a la monarquía instituir alguna mejora, por necesidad limitada y transitoria, hipótesis irrealizable, como hemos visto, nosotros no cambiaríamos por limosnas, aunque fuesen regias, lo que consideramos como instrumentos de nuestra emancipación. *El derecho de asociarnos como clase para defender contra la clase capitalista y contra sus organismos políticos los derechos íntegros del trabajo.*

Queremos que las ventajas que obtengamos sean obra nuestra, no concesiones humillantes en cambio de nuestros derechos de hombres; porque si admitiéramos

en el Poder político burgués autoridad para legislar sobre nuestros intereses de hombres de trabajo, su intervención, que hoy nos podría ser favorable, mañana nos sería adversa.

Lógicamente se deduce de aquí que nosotros, con intereses económicos diametralmente opuestos a todos los partidos burgueses, preferiremos siempre dentro de la monarquía aquellas situaciones en que con más amplitud puedan ejercitarse los derechos políticos; la república a la monarquía, y dentro de la república los Gobiernos que cumplan mejor la obligación de mantener la igualdad política, pues aunque esta igualdad política sea de hecho imposible mientras subsista la dependencia económica, por imperfecta que ella sea, dará espacio a que la clase obrera, siempre penosamente y a costa de grandes esfuerzos, pueda organizarse, propagar sus ideas dentro de una legalidad sin limitación doctrinal, y preparar el camino para la final destrucción del capitalismo. De igual suerte favoreceremos aquellas soluciones intermedias, ya económicas, ya políticas, que, sin resolver de lleno el problema social, preparen o ayuden la evolución colectivista.

¿Queréis de buena fe favorecer a la clase trabajadora? Reconocedle los derechos políticos; permitidle la libre emisión de sus ideas, la asociación en defensa de sus intereses, la libre acción política, en una palabra. Reservaos, en buena hora, el derecho de mantener por la fuerza el orden público. Nosotros, que sabemos que toda revolución va precedida de una evolución más o menos rápida, pero siempre larga, cuidaremos de no daros el gusto de que resolváis por la fuerza lo que no podáis alcanzar con la razón. Quedaremos citados para la batalla final. Entre tanto, viviremos dentro de la legalidad, limitada sólo por la necesidad del orden público; lucharemos pacíficamente en la prensa, en los comicios, en las asambleas. Compararemos pacíficamente intereses con intereses, doctrina con doctrina. Veremos cuáles triunfan en la opinión pública, en la conciencia social. No pedimos, pues, más que lo que constituía vuestro criterio frente al régimen antiguo. Queremos sólo Libertad. Decimos ahora lo mismo que vosotros decíais: «*Que la Libertad resolverá toda contradicción y todo antagonismo, que es la válvula de seguridad contra las explosiones sociales.*» Dadnos sólo eso, Libertad, y habréis hecho por la muchedumbre proletaria lo que no podemos esperar de vuestra protección económica.

Pero si ese ambiente libre se niega a nuestras ideas, no os extrañe que se refugien a regiones sombrías y allí propaguen su indestructible esencia. Si se impide su expansión cadenciosa y suave, suscitándole brutales obstáculos, no os extrañe que su crecimiento se manifieste por sacudidas violentas, sin regla ni medida.

La lucha de clases es inevitable, puesto que existe. De vosotros depende que sea regida por la razón, una lucha civilizada, una contienda entre hombres del siglo XIX, o que sea envenenada por el odio y por instintos destructores.

Madrid, 1 diciembre de 1884.

MANIFIESTO DE LA AGRUPACION MADRILEÑA A LOS TRABAJADORES (*)

Compañeros:

Las luchas de los partidos burgueses por arrebatarse el Poder han devuelto a los trabajadores el derecho del sufragio, que nos fue quitado por la Restauración. Todo obrero en quien la opresión del salariado no haya embotado el sentimiento de su dignidad de hombre debe usar de ese derecho en pro de su emancipación. Ciertamente que la tiranía económica impide a la clase trabajadora la plena independencia del voto, y que las falsedades y supercherías del Poder público han de retorcer en su beneficio los resultados del sufragio mezquino y contrahecho a la debilidad de la Regencia arrancado; pero debemos hacer los obreros un esfuerzo supremo y acudir decididamente a las urnas, pues no pueden sufrir en estos momentos mayor quebranto los partidos burgueses de gobierno que ver convertido el Socialismo en una tendencia legal; ellos, que siempre nos presentaron a la opinión pública como elementos anárquicos, perturbadores e ingobernables.

Un hecho fundamental preside al movimiento político de España, como al de todas las sociedades modernas; y este hecho innegable, que resalta sobre todas las apariencias que encubren la realidad, es el desequilibrio, más aún, la contradicción entre las instituciones políticas y las relaciones creadas, sostenidas y cada vez más acentuadas por el actual régimen económico: la ley declara al trabajador política y jurídicamente

* El Socialista de 24 de enero de 1891.

igual al propietario, al burgués, al capitalista; y como la clase trabajadora es la más numerosa, y, en el sistema del sufragio universal, el poder reside en el mayor número, *legalmente* la clase trabajadora es la soberana. ¡Qué diferencia en el orden económico! El hombre de trabajo, el creador de toda riqueza, el que ha cubierto la superficie de la Tierra con las maravillas de la civilización, trofeo de su lucha victoriosa con la Naturaleza, cristalización de su forma viva; él, que la ley política proclama soberano, se halla hoy tan supeditado a los poseedores de los medios de producción como el siervo y el esclavo; él, el soberano, ha de buscar todos los días un amo, so pena de muerte por hambre, por frío, por desnudez; ha de vender su fuerza de trabajo como mercancía y sufrir las consecuencias de las mercancías depreciadas por la abundancia; porque la ley de la población del régimen capitalista tan inflexible como todas las leyes naturales, crea una reserva obrera, *un ejército de parados* que sostiene el salario en el *mínimum* y asegura la sumisión de la fuerza de trabajo al capital; él, el soberano, que rompió con su sangre la libertad... del capital, que rompió las cadenas del régimen feudal, que destronó y decapitó reyes, tiene que abdicar sus derechos en manos de un patrono, que exige a cambio del vil salario la fuerza de trabajo del obrero, y, además, su acción política, su voto, su conciencia y, muchas veces, hasta su honra. Y esta dependencia económica, que tanto merma la personalidad política del obrero manual, oprime también al que labora en la producción artística o científica, ambas sometidas al capital, a la clase dominante, a la burguesía; clase egoísta, mezquina, manchada con las degradaciones de los dominadores de todas las épocas y sin ninguna de sus grandezas y virtudes.

¿Cómo pretenden resolver los partidos políticos esta contradicción entre el estado político y el estado económico de la mayoría social, de la humanidad trabajadora?

Los partidos retrógrados y conservadores, los representantes de los restos feudales, del poder real, de la aristocracia antigua, del alto clero, de los mayores propietarios de la tierra, de los elementos capitalistas más refractarios al régimen inaugurado por el triunfo del tercer estado, consideran en grave riesgo los fundamentos de la sociedad. Tiemblan al pensar que la clase trabajadora se sirva del poder político, que la revolución puso en sus manos, como instrumento de su

emancipación económica; tienden a armonizar el orden político con el orden económico destruyendo de raíz el espíritu igualitario y las instituciones democráticas, y a volver a un régimen en que la ley aúne el poder con la riqueza; pretenden que a la dependencia económica del trabajador corresponda su dependencia política y jurídica; volver a las instituciones feudales, hereditarias, de casta. Y si sañudos enemigos de la libertad política y del sufragio universal lo aceptan a regañadientes, porque se les impone como condición del Poder, es que saben que la supeditación económica reduce hoy por hoy a palabras vanas los derechos y las libertades del pueblo; que el más inhábil ministro gana unas elecciones, y nada les importa vivir en falsedad y fraude políticos perpetuos. Su odio de raza al hombre de trabajo no obsta para que se muestren lastimados de los dolores del pueblo y prometan mejoras materiales eficaces, la protección por el Estado, la limosna oficial. Su programa social está en la frase: *Más pan y menos derechos*. Así ofrecen comprar la acción política del cuarto estado con una protección cesarística. Encaja también aquí el *socialismo cristiano*.

¿Pueden representar estos partidos el interés proletario? Si en la oprobiosa historia del trabajo a través de las edades la única ventaja aportada al trabajador por el progreso es la elevación de su nivel moral y político, ¿hemos de ver nuestros protectores en los que pretenden sumirnos en la abyección antigua, en los que quisieran reducirnos a la condición de casta inferior? ¿Qué protesta, qué defensa nos quedaría sin el derecho de reunión, sin el de asociación, sin el sufragio y sin los demás derechos políticos? ¡Nos prometen protección! Toda protección supone un coste. ¿De dónde ha de sacarle el Poder conservador? Que lo demande a la clase capitalista. Pero ésta ¿de quién lo saca? De la clase trabajadora. Prometéis, pues, protegernos con el producto de nuestra explotación. El obrero reproduce con su trabajo el valor del salario; produce para la creciente acumulación capitalista; produce para subvenir a todos los gastos del Estado; produce para el despilfarro burgués. Sólo el trabajo es fuente de riqueza. ¿Aumentáis los Presupuestos para protegerlos? Pues tendréis que explotarnos más para aumentar los Presupuestos. ¿Consentiría la clase capitalista la merma del capital acumulado para mejorar la condición del trabajador? Pues suponiendo posible este absurdo, mermaría proporcionalmente la producción, y los hombres de trabajo sufrirían los efectos de la

crisis. El capital es incoercible, y dentro del sistema económico vigente, domina, no sufre dominación. Toda protección obrera, costosísima aun siendo insignificante, supone un encarecimiento de la fuerza de trabajo; encarece, por tanto, la producción; encarecida la producción, el obrero tiene que reducir su consumo personal.

Harto sabemos que la protección obrera es artificial, contranatural, en el régimen capitalista; como hartamente sabemos nuestros contrarios que el obrero, cuanto más protegido más enemigo, y enemigo más temible; y que sólo la creciente amenaza de la fuerza obrera arrancará transacciones, que serán el prólogo de nuestro triunfo.

Si una protección obrera efectiva fuese fácilmente hacedera en el estado social presente, ¿no se hubieran apresurado los partidos burgueses a ensayarla, ya que no por humanidad, por granjearse el apoyo de la muchedumbre proletaria?

Los partidos liberales, los que usurpan el título de democráticos, sean republicanos o monárquicos, no ven, o proceden como si no vieran, aquella contradicción citada entre el estado político y el estado económico de la clase trabajadora. Su programa es incompleto, insuficiente; deja intacto el fondo de las relaciones económicas actuales. Sólo traen al orden político formas y procedimientos más racionales, más compatibles con la dignidad humana, más aparejados para el progreso; pero desentendiéndose de la realidad, mirando los individuos como unidades abstractas, persisten en desconocer que la desigualdad en las condiciones económicas es incompatible, hablando su lenguaje, con un perfecto estado de derecho. No ven que la dependencia económica de la mayoría social reduce la declaración de los derechos a una farsa indigna; que existe en el orden económico un factor, el privilegio capitalista, la apropiación individual de la tierra y de los medios de producción, que desequilibra el sistema de las fuerzas sociales y engendra la opresión de la mayoría que trabaja. Creen dirigirse aún a aquel crédulo pueblo que tantas veces los ha seguido en sus aventuras revolucionarias, sin encontrar su redención tantas veces prometida, y al ver que las masas trabajadoras les vuelven las espaldas, las tachan de reaccionarias, de aliadas con los conservadores contra el progreso. No; nos desconocen o nos calumnian; aspiramos a la más pura democracia. No renegamos de los derechos y de las libertades políticas con nuestra sangre conquista-

das; decimos, sí, que no son fines, sino medios, y, mientras subsista la dependencia económica, medios imperfectos e insuficientes para resistir la opresión del capital y para llegar a la definición del derecho.

Como conservadores del actual régimen económico, por radicales y revolucionarios que se llamen, quieran o no, son partidos burgueses; al interés capitalista tienen que servir desde las cimas del Poder. Delante de los ojos tenemos la suerte de la clase trabajadora de las repúblicas de ambos mundos, idéntica a la que les cabe en las monarquías, y ciegos están los que no ven que el capital transige con la *forma republicana* sólo cuando ésta garantiza, mejor que la monarquía o el imperio, su privilegio. Así, las repúblicas no son, o son conservadoras. Jefe republicano hay, sin embargo, que en su peregrinación electoral tiende una mano a las clases conservadoras y llama a los proletarios con la otra. Es el mismo que con más insistencia persigue la coalición electoral con los elementos obreros. Dejen seguir su camino a los obreros, no tan carentes de sentido práctico como creen, los que en el Poder sólo demostraron su incapacidad para el gobierno y en la oposición son ejemplo vivo de la impotencia por la desunión y la discordia.

Las crecientes angustias del proletariado han convencido a algunos de estos liberales y pseudo-demócratas de la necesidad de poner un dique a la explotación capitalista. Mas ¿cómo sin atentar a la libertad individual? ¿Cómo sin caer en el socialismo del Estado? No importa; se reducen a ser inconsecuentes y aceptan la protección del obrero por el Estado a la manera de los conservadores. Otros, fieles a su sistema, esperan que toda armonía ha de venir de la libertad, y miran, por ejemplo, la jornada legal de las ocho horas como un horrendo atentado al derecho, como un inaudito sacrilegio. Predican éstos la cooperación y el ahorro, ¡como si la posibilidad del ahorro no fuera la excepción, y miseria más miseria sumase riqueza!

No cabe el ideal de las clases trabajadoras en los estrechos y gastados moldes de los partidos políticos sustentantes de la opresión económica de la mayoría social. Sólo el Partido Socialista contiene en su programa el ideal de la clase trabajadora: concordar el orden económico con el político; establecer la igualdad económica, no complemento, sino condición esencial de la igualdad política y jurídica.

La organización de la propiedad, las relaciones económicas, son el alma de las sociedades y el espíritu de las leyes. La base de la libertad política del individuo, como de las corporaciones, como de las naciones mismas, es

la independencia económica. Por eso en España, con su fragio universal o sin él, como en aquellas naciones donde la libertad política alcanza mayor desenvolvimiento, no hay democracia, no manda el pueblo; existe una oligarquía repugnante; mandan cuantos gozan el privilegio capitalista; los gobernantes son sus instrumentos, y los partidos políticos son los cuadros de empleados de cada fracción burguesa.

El ideal de la clase trabajadora, que vincula en sí el ideal de la humanidad, es, pues, la emancipación del trabajo en todas sus formas, la abolición del salariado, última fase de su dependencia económica, manantial de todas sus angustias o quebrantos. Sustentamos esta aspiración los hombres de trabajo porque la ciencia económica positiva fundada en los hechos, no la economía burguesa, que hace del privilegio capitalista un principio metafísico absoluto, *una casi verdad revelada*, ha demostrado que no es nuestra aspiración utópica, sueño quimérico, pretensión insensata; que así como la evolución del medio económico determinó la transformación de la esclavitud en servidumbre y de la servidumbre en salariado, así la natural evolución de los diversos elementos del presente estado social ha de aportar la transformación de los asalariados en trabajadores propiamente libres, dueños del producto de su trabajo; y la transformación acaecerá porque la trae la fatalidad del desarrollo económico. ¿Es racional pensar definitiva y permanente la situación del trabajador moderno, sometido a la ley del salario, regulado por el valor de su estricta subsistencia; sujeto a las alternativas de los paros, desposeído de familia, pues la disocia el capital, que, sediento de suplementos baratos de fuerza de trabajo, arrastra a la faena de la producción a la mujer y al niño; imposibilitado de toda previsión y ahorro, y sin más arrimo en enfermedades, invalideces y vejez que una beneficencia pública tan insuficiente como humillante? ¿Qué estado social es ese en que el trabajo de cualquier orden, físico, artístico o científico, si es personal y directo, apenas basta para asegurar el sustento del individuo y la familia, y en que una minoría extraña a la producción, desprovista de toda función social, acapara cantidades incalculables con el despojo de los productores inmediatos? ¿No es repugnante a toda conciencia honrada no encontrar otro camino para la riqueza que la explotación del trabajo ajeno? La misma protección económica prometida para entretener sus esperanzas al trabajador, ¿no es la demostración palmaria de la insuficiencia del sistema? ¡Proteger al trabajador! Pues qué, ¿su trabajo no produce lo bastante para sustentarle? Es que en el

actual régimen el trabajador es despojado de la riqueza que crea; es que, como el esclavo y como el siervo, trabaja para otros, y cuanto más aumenta la fecundidad del trabajo, más depreciada es la fuerza humana productora. ¿Y son los creyentes en un gobierno providencial del mundo los que juzgan tal estado de la inmensa mayoría de los hombres definitivo y fundamentalmente irremediable? El salariado y todos los antagonismos sociales, los de nación a nación, los de industria a industria, los de capitalista a capitalista, disputándose el mercado y destruyéndose sangrientamente en la concurrencia; los de burgueses explotadores y trabajadores explotados; de los medios mecánicos de producción y los trabajadores que los ponen en movimiento; la devastación de las fuentes de riqueza y la degeneración de la especie humana, la de los obreros por exceso de trabajo y por miseria, por ocio y por vicio la de sus explotadores; todas las grandes calamidades sociales desaparecerán aquel día en que la apropiación quede limitada a los productos del trabajo personal directo; *cuando no sea lícita la apropiación individual de la tierra y de los medios de producción*, con lo que se hace imposible la explotación del hombre por el hombre; cuando a la forma de producción, que es colectiva, corresponda la apropiación colectiva, no la individual. Convertidos en propiedad social o común los medios de trabajo, la organización científica de la producción, que será la *función social por excelencia*, y las relaciones públicas basadas en los principios de la democracia federativa, estableciendo la solidaridad de intereses, abrirán la era de la fraternidad sobre la Tierra.

¿Por qué procedimientos lograremos la realización del ideal? Nuestro programa, reflejo de una doctrina rigurosamente científica, superior a toda apreciación personal, es, por esencia, fijo e inmutable. Los procedimientos están sujetos a lo contingente y circunstancial. La burguesía no renunciará su privilegio por el convencimiento de su injusticia. Parece ley fatal de la Historia que sean cruentas todas las grandes transformaciones sociales. Para la emancipación del proletariado será precisa la revolución. Un largo período de propaganda y de transformación en las conciencias ha de preceder, sin embargo, a la revolución en los hechos. La clase trabajadora triunfará cuando sea la más fuerte; pero la fuerza no está en el número, en la masa, sino en la organización, en la disciplina, en la tenacidad de los propósitos, la firmeza en las ideas, el derecho en las aspiraciones, la inteligencia en la lucha

política. De la clase trabajadora misma depende, pues, en gran parte la rapidez de su victoria. Hasta tanto, nuestra consigna es la paz; nuestra lucha será pacífica, legal.

No nos hundimos en el retraimiento porque es la renuncia práctica a los derechos políticos, porque el retraimiento de la clase trabajadora es la aspiración de nuestros enemigos más encarnizados: más temible es para la burguesía un obrero con la papeleta electoral en la mano que cien obreros armados de fusiles; hoy que la burguesía tiene la fuerza de su lado y en el terreno de la fuerza es donde ha de provocarnos una y mil veces. No daremos ocasión a que el poder burgués derrame sangre proletaria inútilmente. Hablar de revolución a todas horas cuando la fuerza y la ocasión faltan, más que insensato es ridículo.

Tampoco somos obcecados partidarios del *todo o nada*. Perseguimos la plenitud de nuestros derechos; mas en tanto llega lucharemos por conquistar las ventajas parciales posibles, económicas y políticas. Por limitadas que hayan de ser, en virtud de la inflexibilidad de las leyes que presiden al régimen capitalista, pueden mejorar nuestras condiciones de lucha y apresurar el triunfo definitivo. Por esto pide la clase trabajadora la jornada legal de las ocho horas, que no es un atentado a la libertad, sino una barrera que se pretende poner a la devastación de las fuerzas de trabajo.

Ejercitemos, pues, nuestros derechos políticos con entusiasmo, con constancia, con inteligencia; reivindicque todo trabajador tenazmente, en todo momento, su libre acción política. El sufragio, a despecho de todas las falsificaciones del Poder público, ha de llevar representantes de nuestra doctrina, defensores de nuestros intereses, al Parlamento. Allí reclamarán la plenitud de nuestro derecho; propagarán a la faz de la nación el ideal de la humanidad trabajadora; harán pesar en todas las decisiones legislativas el interés obrero, y, si quiera no sea atendido, mantendrán permanente protesta contra los que, llamándose representantes de la nación, son meros abogados de los intereses de una clase.

Trabajadores: Votad, pues, la candidatura del Partido Socialista Obrero. No importa que en este primer ensayo no triunfemos; basta con afirmar la personalidad política de nuestro partido; basta con que la clase trabajadora escuche nuestro llamamiento de hermanos e inaugure con ardimiento una lucha cuyo término será

su triunfo. Demostremos hoy que sabemos ejercitar nuestro derecho. Día llegará en que demostremos que sabemos imponerle.

Madrid, 24 de enero de 1891.—EL COMITÉ.

INTERVENCION EN EL MITIN DE LOS JARDINES DEL BUEN RETIRO *

Yo no soy un obrero manual, pero concurre con mi trabajo a la obra de la producción, y he sentido las rudas fatigas del forzado trabajo intelectual, tal vez más doloroso que el vuestro. Tengo, pues, derecho a llamarme trabajador, y estoy a vuestro lado con el corazón y con el cerebro. Las cariñosas manifestaciones con que me habéis recibido, demuestran que me consideráis como un obrero más, como uno que no comulga ni simpatiza con la inepta, prosaica e infame burguesía.

Si en esta Manifestación universal sólo se pidiese la jornada de ocho horas, aún me tendríais a vuestro lado; pero representa más, representa la tremenda, la pavorosa cuestión social, y en este pleito sólo pueden permanecer indiferentes los *tenderos*, no los hombres de razón y de inteligencia. Todos los que pensamos y sentimos estamos con vosotros.

El Socialismo dejó ya de ser una idea tan generosa como vaga para revestir los caracteres de un hecho tan ineludible como una ley física, y por vez primera se da en la historia el hecho de la confluencia de obreros manuales e intelectuales que buscan una redención común. Unidas la fuerza y la inteligencia, el triunfo es seguro, porque la burguesía sólo podrá oponernos fuerza comprada e inteligencias corrompidas.

Hay que arrasar el baluarte de las preocupaciones sociales que defiende aún a los burgueses, lo que se logrará con la propaganda; y hay que luchar contra los intereses, empleando para ello la fuerza, puesto que con la fuerza los defenderá. Y yo lamento que el Socialismo, que es todo humanidad y amor, tenga que apelar aún al derramamiento de sangre; mas ello parece imponerse fatalmente, y nosotros no podemos abandonar los derechos del cuarto estado, ni el afianzamiento de la civilización.

El triunfo no está tan lejano; no trabajamos —como por ahí se dice— para las generaciones venideras; trabajamos para la generación actual.

* *El Socialista*, 6 mayo 1892 (reproducido en «Morato-Vera», páginas 22-23).

Despertar en la clase trabajadora la conciencia de sus derechos es misión grande y generosa; pero es más esforzada obra *inspirarle el sentimiento de sus deberes*. El primero y superior a todos es el que tiene el obrero de ejercitar constantemente su inteligencia y su voluntad para convertirse de fuerza social pasiva, explotada en beneficio ajeno, en fuerza activa de su propia emancipación. A los primeros movimientos de este anhelo de redención sentirá el obrero la necesidad de asociarse a sus compañeros de trabajo y de miseria; y bien pronto aprenderá que la unión de los débiles y oprimidos puede retar y vencer a los poderosos de la tierra.

Al egoísmo individualista, antisocial y bárbaro del régimen burgués debe oponer la clase trabajadora el sentimiento profundamente humano de solidaridad. Todo obrero está en la realidad unido a sus compañeros por la comunidad de la opresión que sufren, por la identidad de su destino social, por la necesidad de mutuo y constante fraternal apoyo. La clase trabajadora debe llegar a la conciencia de esta unión y a sentirla hondamente, no sólo como lazo de comunes intereses, como vínculo de inteligencia, sino como una necesidad del corazón. Así será esta unión fecunda en el período de lucha y fundamento de formas sociales más perfectas.

¡Qué diferencia de fuerza, de acción, de porvenir entre el obrero aislado y la clase trabajadora organizada! Poco pesa en la balanza del mundo una gota de agua, y de gotas de agua se compone el mar inmenso y lleno de energías incontrastables. Fácilmente misérrimo burgués vence por hambre al obrero a quien piden pan sus hijos; pero la sociedad burguesa entera, con todas sus fuerzas de opresión y corrupción, será barrera frágil ante el esfuerzo concertado de los hombres de trabajo. El obrero aislado, entregado a sus propias fuerzas, es para la burguesía la pura expresión de la nada; mucho menos que una acémila, menos aún que una herramienta; mas hay algo que pone espanto en esa burguesía tan egoísta y despreocupada, y este algo es la masa trabajadora disciplinada para la lucha. Tiene la burguesía la oscura noción de que ése es el monstruo que ha de destruirla. Para los trabajadores, unión significa redención.

¡Y cuánto yerran los que creen que el movimiento socialista es un tanteo ciego, una amenaza lejana cuyo impulso agotarán las resistencias del tiempo! ¡Cuán ciegos los que creen permanentes las instituciones económicas

actuales y no ven la dirección en que la sociedad se transforma, como si en la sociedad, de igual manera que en la naturaleza, pudiera persistir indefinidamente un estado de desequilibrio! No. La vida social, como todo lo que existe, es movimiento y tiene su ley, y ley sin excepciones y sin réplicas. Ni las voluntades reunidas de todos los hombres podrían contrariarla. En el movimiento social, como en toda evolución natural, se siente algo más grande que el poder humano; se sienten las actividades esenciales y ocultas que mueven el mundo; se siente lo que por su sagrada grandeza y por idealización religiosa se ha llamado Providencia; se siente a Dios.

Pudiera decirse que las etapas del movimiento socialista están trazadas, completo el plan de su desenvolvimiento y perfección. Corresponde ahora a la actividad del hombre la realización de ese ineludible porvenir. A los privilegiados de hoy toca resistir; a los que sufren opresión, a todos los operarios de las industrias, artes y ciencias humanas compete la misión de hacer el progreso. La velocidad del movimiento, la rapidez del cambio, dependen de la educación, del esfuerzo, de la dirección de las fuerzas revolucionarias.

Por esto ha de sentirse como un deber por todo trabajador contribuir con toda su energía a la obra común; y el principio de la educación socialista del trabajador ha de consistir en inspirarle clara idea de la alta misión que le está encomendada y el sentimiento del deber de realizarla.

En sus manos tienen los trabajadores sus destinos y los de la Humanidad entera. Abdica de su dignidad de persona y se aproxima cuanto es posible a la bestia de carga el obrero que, mal aconsejado por una resignación estúpida o por un engañador egoísmo, se aviene a sufrir la esclavitud burguesa y lame mansamente la misma cadena que le oprime; cumple su deber y se alza a la dignidad de hombre con plena conciencia de sus derechos el trabajador que con los mismos hierros que intentan sujetarle labra las armas de su emancipación.

La clase trabajadora merecerá bien de la Humanidad si se eleva a la altura de sus destinos. Al emanciparse, abrirá a la civilización nuevos horizontes. El porvenir bendecirá la destrucción de la burguesía, que al detentar la propiedad común de todos los hombres sustenta en la sociedad moderna los elementos esenciales de opresión y de barbarie de las edades pasadas.

Trabajadores: la unión es vuestro deber, y es la fuerza y el triunfo.

Madrid, 26 abril 1893.

DR. JAIME VERA

* *El Socialista*, 1 de mayo de 1893.

EL COMPANERO LEON XIII *

Hay quien le llama el *Papa de los obreros*.

En el espíritu evangélico está la exaltación de los pobres, de los humildes; pero este protectorado moral que Cristo proclamó desde lo alto de la cruz y cercada de espinas la cabeza, pretende ejercerlo hoy el jefe de una jerarquía eclesiástica sentado en un trono y coronado con una corona de tres pisos. ¿Es extraño que su resplandor moral no pueda abrirse camino entre los destellos del oro y de la pedrería?

Nunca el Cristianismo pudo tener pretensiones económicas. Muy al contrario; ha fracasado por querer convertirlo de doctrina puramente moral en doctrina social. Toda la economía política del Cristianismo está en aquellas palabras que el evangelista pone en boca de Jesús: "No os congojéis por vuestra vida, que habéis de comer o que habéis de beber, ni por vuestro cuerpo que habéis de vestir..." "Las aves del cielo no siembran, ni siegan, ni allegan alfolíes, y vuestro padre celestial las alimenta". "Buscad el reino de Dios y su justicia; todo lo demás, dado os será por añadidura".

Por esta añadidura, precisamente, se afana la clase trabajadora, y se organiza en partido de clase. Que la espera, sí, de la justicia de Dios, pero mediante una revolución que destruya el privilegio burgués; que hasta la fecha, sólo los burgueses, como las aves del cielo, comen sin sembrar, ni segar, ni allegar alfolíes; que por ellos y para ellos sudan los trabajadores, sin que el ferviente amor del Papa por los que sufren le mueva a protestar evangélicamente contra esta explotación inicua.

Si Cristo hubiese dicho: "No os robéis los unos a los otros", hubiese asentado la gran base de toda la moral social. *Todo hombre debe producir cuanto consume. Si no lo produce, lo roba*. Y mientras unos hombres sean ladrones de otros hombres, aquel sublime "Amaos los unos a los otros" será una frase vana, consejo fácil de dar, no fundamento de la vida individual ni de la vida colectiva.

No hay moral, como no hay libertad ni derecho, sin la emancipación económica. Proclámela León XIII, y su nombre se pondrá en la sagrada lista de los redentores.

En tanto no lo haga, tenga todo trabajador por muy

cierto que el Papa y su Iglesia sirven a la burguesía, que para eso paga; a la misma burguesía que cercenó el poder de los papas y de la Iglesia y los escarneció.

Madrid, 25 de abril de 1894.

DR. J. VERA

CARTA AL MITIN DEL LICEO RIUS *

(elecciones 1896)

Queridos compañeros:

Mi mala salud y el peso de mis obligaciones profesionales, causas de mi renuncia a la designación de candidato con que me honrasteis, son también motivo de que no tenga el placer de saludaros de palabra.

Ya que esto no me es posible, os dirijo estas letras porque tengo que hacer dos manifestaciones.

La primera es de agradecimiento.

Hoy, que el pueblo trabajador, por los desengaños sufridos, se halla apartado de los políticos de todos los matices, es un título inestimable de honra merecer la confianza de aquellos trabajadores que, no esperando nada de la ayuda ajena, ponen la esperanza de su redención en el esfuerzo propio.

Si fuera título para merecer esa confianza vuestra el convencimiento cada vez más arraigado y profundo de la verdad y de la fecundidad salvadora la doctrina socialista que profesáis, yo tengo ese convencimiento. Yo creo, cada vez con más firmeza, hoy con más estudio y reflexión que hace veinte años, que el día en que termine el régimen del salariado; el día en que la inmensa mayoría social no trabaje para sostener a una minoría explotadora e inútil; el día en que unos hombres no estén supeditados a otros hombres que al darles o negarles trabajo pueden darles o quitarles la vida; el día en que la tierra, que la Naturaleza dio en propiedad a todos los hombres y que un régimen de privilegio ha puesto en manos de unos pocos, se socialice; en una palabra, el día en que se haga social la propiedad del suelo y de los medios productivos e impere la igualdad económica, aquel día se habrá asentado sobre bases indestructibles el derecho de todos; entonces la libertad individual será una realidad palpable y no una vana ficción jurídica; entonces, destruidos los antagonismos económicos de hombre a hombre, de clase a clase, de industria a industria,

* El Socialista, 1 de mayo de 1894.

* El Socialista, 17 de abril de 1896.

de nación a nación, habrá desaparecido de la haz de la tierra el imperio de la fuerza y quedará establecido el imperio del derecho; desaparecerán las instituciones bárbaras, que aún son vergüenza de la razón humana; serán vencidos los dos enemigos más fieros del hombre: *la miseria y la ignorancia*; la fraternidad no será un sueño irrealizable, y el esfuerzo del hombre podrá consagrarse a la obra más digna de su actividad: a la conquista completa de la Naturaleza, a la lucha contra las fatalidades naturales, únicos obstáculos que se alzarán contra la felicidad humana.

Táchasenos de idealistas por los hombres prácticos de nuestros tiempos para quienes luchar contra el dolor humano es, sin duda, tarea baldía; para quienes la última palabra de la cordura humana debe ser por lo visto comer, beber y gozar, indiferentes a las desdichas ajenas. Táchennos de idealistas en buen hora, que si la ley de la evolución humana no se desmiente y las leyes naturales no se burlan, como las que son hechura de los hombres, el ideal de hoy será la realidad de mañana; y dichosos, en todo caso, los que en medio de un presente tan mezquino, tan absurdo y tan injusto como el que nos agobia, llevan en la frente la luz de un ideal de verdad y de justicia.

Sí; correspondo hoy a vuestra confianza compartiendo con vosotros el convencimiento más profundo por el ideal socialista, que es nuestra religión. ¡Ojalá pueda mañana compartir con vosotros las fatigas de la campaña y las satisfacciones del triunfo!

Hecha esta manifestación de gratitud, he de hacer otra. Esta es de protesta.

He de protestar contra la acusación, tan monstruosa que ya es ridícula, de que somos corifeos de la Monarquía, instrumentos de la reacción, «VILES ENCASILLADOS».

¿Qué motivos de afinidad, de gratitud, de interés puede ligarnos a los partidos de la restauración? Nuestra afirmación económica nos hace adversarios de todos los partidos burgueses; ¿por qué habríamos de preferir los monárquicos a los republicanos?

No ya como socialistas, como ciudadanos españoles, que sufrimos todas las desdichas patrias a más de las propias de nuestra condición obrera, ¿qué debemos a los dos caducos personajes, apegados al mando con la terquedad de la senectud pueril, exhaustos de ideas, educados en una política anticuada y mezquina, que desde la restauración han conducido a España a los duros trances en que se halla empeñada, ignorante, miserable,

castradas sus energías morales, sumida en repugnante reacción clerical, tributaria del extranjero, del que es a la vez víctima y mofa; bajo la amenaza de ser negada como nación; próximos a desmembrarse de ella territorios que debieron ser fundamento incommovible de poderío y grandeza comercial inmensos; ofreciendo, en fin, el lastimosísimo espectáculo de un organismo social que se deshace, no por golpe extraño, sino por interna corrupción? Si en España existiera conciencia pública, sin distinción de partidos, se alzaría indignada y barrería para siempre del Poder a los Gobiernos que con su incapacidad y su desmoralización nos han traído un presente tan negro y nos preparan un porvenir aún más desdichado.

Y si como españoles les debemos la condenación más tremenda, ¿qué diremos como proletarios o como socialistas? ¿Acaso la restauración se ha preocupado nunca de que existe un pueblo trabajador? ¿Acaso no se muere cada cual de hambre cuando le llega el turno, sin que se vea ni el propósito de prevenir o paliar las crisis económicas? ¿Se han movido alguna vez los trabajadores en defensa de sus intereses hollados por los patronos, sin que el Poder público no haya atropellado brutalmente el derecho obrero?

Por recomendar prudencia, calma, disciplina a los obreros de Málaga, ¿no acaba Iglesias de sufrir cuatro meses de cárcel entre los ladrones y asesinos del presidio de Málaga? ¿Convida esto a tratos amistosos con los partidos monárquicos?

No; los socialistas son y serán siempre hombres de progreso. Lo hemos dicho siempre con claridad. Como partidarios de la propiedad colectiva, enfrente de todos los partidos que defienden la propiedad individual; pero entre Monarquía y República, la República; porque es forma de gobierno más racional, más conforme con la dignidad humana, más abierta al progreso; y la Monarquía es el odioso resto político de las instituciones de casta.

Y contrayéndonos a España, ¡ojalá los republicanos hubieran traído una República donde los derechos políticos se ejercitasen con la posible pureza, pues, además del progreso político realizado, verían claro los trabajadores cómo la República no modificaba su condición de asalariados, *cómo salariado y democracia son incompatibles*.

Pero estas verdades, ¿nos fuerzan al elogio de los republicanos o a nuestra fusión con ellos?

Detiéndose los republicanos en lo político; para nos-

otros lo esencial es la transformación económica. La diferencia, pues, es fundamental. No es posible confusión ninguna entre ellos y nosotros.

Pero aparte de esta división que establecen los respectivos programas, ¿cuándo los hemos combatido por ser republicanos? Los combatimos por no saberlo ser. Censuramos la incapacidad de sus jefes, lo desastroso de su política.

Merécenos la masa republicana consideración, simpatía y lástima por su consecuencia, por su resignación. Veinticinco años hace que sigue paciente y sufrida a jefes que sólo han sabido dividirla, fatigarla, desilusionarla.

¿Qué han hecho los republicanos de esa inmensa fuerza de progreso que han moldeado y dirigido como si fuera docilísima cera?

¿Qué destello de espíritu de buen gobierno han impuesto al Poder público desde la oposición?

¿Qué soluciones concretas han ofrecido nunca a los problemas nacionales? ¿Tantas bienandanzas goza la nación bajo los partidos monárquicos que no volvería los ojos hacia los republicanos si no ofrecieran el triste espectáculo de sus divisiones, de su esterilidad, de su falta total de sentido político?

No somos, pues, los socialistas los enemigos de los republicanos; lo es su mala política. No es culpa nuestra que la nación los mire, no como una esperanza, sino como un peligro. Y esta verdad no es nuestra: está en todos los labios, hasta en los labios de los republicanos sinceros. Por todas partes se oye en las filas de los republicanos que aman de verdad el progreso y disgustados de la esterilidad de tanto sacrificio por el republicanismo: *Acabaremos por ir al Partido Socialista*. Y tienen razón; el Socialismo es, en verdad, el sitio de los verdaderos amantes del pueblo, de los verdaderos amantes del progreso social.

La República parlamentaria o representativa podrá ser solución para la burguesía conservadora el día en que la Monarquía naufrague en la lucha contra los acontecimientos; para los que quieran la redención del pueblo que trabaja y sufre, no hay más república que *la social, la federación económica sobre las bases de la propiedad colectiva*.

Hice mi protesta de gratitud hacia vosotros.

He protestado del estigma de reaccionarios afirmando que antes que todo somos hombres de progreso y que somos la propia y genuina expresión del progreso; sólo me resta saludaros hasta que pueda combatir en vuestras

filas por nuestra santa causa, que no es odio a los republicanos, sino amor, amor a la justicia, amor a la verdad, amor al trabajo. Nosotros sólo odiamos a un régimen que oprime, esclaviza y degrada a la Humanidad entera que lo sufre.

Madrid, 10 de abril de 1896.

JAIME VERA

ACCION OBRERA *

En la confluencia de fuerzas que han de arrancar los medios productivos al egoísmo individual y devolverlos a la colectividad como propiedad social inenajenable, corresponde importancia capitalísima a la acción obrera, al esfuerzo de la clase trabajadora.

Hombres científicos, amantes desinteresados de la verdad, aplicando al estudio de los hechos económicos y sociales los métodos que han fecundado con tanto vigor las ciencias naturales, han dado al movimiento socialista una doctrina, tornándolo en científico y positivo de romántico e idealista que antes fuera; hombres que ponen el culto de la verdad y de la justicia encima de las ventajas que la servil adulación a la clase privilegiada acarrea, propagan con entusiasmo esta doctrina y la llevan triunfante en medio de todas las interesadas contradicciones; mas ¿creéis acaso que bastaría el demostrar la razón de las reclamaciones obreras para que el egoísmo de los privilegiados se desnudara del poderío y de los goces que su privilegio le reporta?

Los privilegios de clase sólo a la fuerza han sucumbido; sólo la fuerza obrera hará respetable ante los enemigos y dará autoridad a la palabra que se alce en defensa de la buena doctrina; sólo la fuerza obrera será argumento suficiente para convencer a la clase capitalista de que lo que *debe ser tiene que ser*.

¡Despertad, pues, trabajadores! ¡Uníos en la conciencia de vuestros intereses! Y los ya despiertos, los que véis con claridad cuáles son vuestros derechos y cuán grande es vuestra fuerza, sacudid con energía el letargo de los que lamentan su suerte y nada ponen por mejorarla; combatid la indiferencia obrera como más funesta que la opresión burguesa, pues la arraiga y la eterniza; y tened en cuenta siempre que si la doctrina socialista

* El Socialista, 1 de mayo de 1896.

triunfa en el campo de las ideas por la propia virtud de la verdad, sólo puede señorearse de la realidad social por la acción revolucionaria de la clase trabajadora.

30 de abril de 1896.

JAIME VERA

VERDADES AMARGAS *

Tremendas desgracias sufre nuestra pobre España y acaso otras aún mayores la amenazan; pero la que excede a todas en lo lamentable es la inconsciencia de su propia situación, el desconocimiento de las causas reales de tantos desastres.

La ley de evolución progresiva, la ley de perfeccionamiento, la ley de progreso, es condición de vida de todo organismo individual o colectivo, del individuo y de la especie, del hombre y de las naciones. Nación que no se mantiene en el punto de perfeccionamiento que la competencia internacional demanda, sucumbe o ve disminuida su personalidad e intervenida por extraños su existencia.

La autonomía, la independencia nacional, es una palabra hueca, si no está representada por un poder, por una fuerza efectiva que la sustente. La Humanidad, en su evolución progresiva, no respeta las fronteras de la nación que no marcha al compás de la civilización universal; y España, como nación, sus Gobiernos, sus partidos políticos, sus clases directoras han desconocido esta ley. Han confundido el movimiento político con el movimiento social. Han creído elevar a España al nivel de los pueblos cultos con sólo consignar en las leyes principios políticos progresivos sin eficacia práctica. Rusia, bajo el despotismo de los zares, ha progresado infinitamente más, en el último medio siglo, que España bajo sus Gobiernos seudodemocráticos. Alemania, bajo un régimen de imperio militar, es centro de civilización. No es, pues, todo el progreso social el progreso político, mucho menos el progreso político de España, miserablemente falsificado.

En el sistema capitalista que rige las sociedades, el progreso social consiste ante todo en el crecimiento de los capitales, en el aumento de la producción, y es su consecuencia próxima más importante el aumento relativo de población. La educación general y técnica es cau-

* El Socialista, 1 de mayo de 1898.

sa y efecto del incremento de la riqueza. Estos son los manantiales de la civilización, del poder, de la fuerza, y también de la libertad y de la felicidad de las naciones, en lo que cabe dentro del sistema capitalista.

España no ha sabido, por su desenvolvimiento gradual y metódico, entrar en la vida moderna y sacar de sí misma la fuerza necesaria para hacer respetar *su derecho*; las fuerzas progresivas que en sí contiene, dificultadas en su movimiento por la incultura y el atraso general, por el espíritu suspicaz fiscal y prohibitivo de las leyes y de los Gobiernos, por la podredumbre de la administración pública, por el inconcebible atraso intelectual de los elementos dominantes, por la selección de los incapaces e inmorales para el disfrute de los altos puestos, con mortal detrimento de las funciones del cuerpo social, no han podido ni por evolución ni por revolución sacudir de España la roña tradicional que nos sujeta al odioso pasado; y la ley natural, incontrastable e inexorable, ha de cumplirse en ella. Será desmembrada e intervenida. Y si el agudísimo dolor de la herida no provoca en ella un esfuerzo supremo por la propia regeneración, quedará condenada a perecer o a vivir a remolque de las ambiciones extranjeras.

Triste, tristísimo es que las culpas de los Gobiernos las paguen los pueblos; pero el pueblo que se empeña en tener un buen Gobierno, lo tiene.

¡Trabajadores! Formad bajo las banderas del Socialismo; acabad con el privilegio capitalista. Destruídos los antagonismos económicos, cesarán las guerras de clase a clase y las de nación a nación. Cerrada la era de las competencias sangrientas, empezará la historia de la cooperación y de la solidaridad humana.

JAIME VERA

EL BUEN CAMINO *

El abuso de la fuerza y del fraude por los partidos gobernantes, la notoria incapacidad y el estéril idealismo de los directores de la política republicana, retrajeron a la opinión pública y al pueblo, que es su alma, de la vida política.

Con el retraimiento de la opinión pública y del pueblo quedó sin su natural y único sostén el interés nacional. Aun cuando se definiere con la mayor nitidez en el pen-

* El Socialista, 1 de mayo de 1900.

samiento de los *regeneradores*, estéril todo esfuerzo para que este interés nacional se sobreponga a los intereses parciales, personales y de cuerpo que, como parásitos insaciables, han chupado y chupan todo el jugo de la patria.

A la inmensa resistencia de tanto abuso organizado hay que oponer una fuerza poderosa: ¿de dónde la sacaréis, hombres de gobierno, partidos políticos, o vosotros los comerciantes, industriales y propietarios agrícolas que os llamáis *productores* y os aplicáis el nombre de *Unión nacional*? Proclamáis la necesidad de una revolución desde arriba o desde abajo (y una revolución es precisa para aplastar bajo el interés nacional los egoísmos triunfantes que, formando nudo con una orientación política viciosa desde siglos, nos ha llevado a ser la irrisión del mundo), ¿y cuándo se han hecho revoluciones, desde abajo o desde arriba, sin el pueblo?

Sentís bien que la vida pública nacional es la de un organismo incompleto... ¿No véis que le falta el pueblo? ¡Y le increpáis porque os vuelve la espalda, cuando su cordura está en alejarse de vosotros! Aun con sus apasionamientos debisteis mantener en el pueblo aliento y esperanza, cultivarle, educarle; ¡no desangrarle, burlarle ni escarnecerle! Bajeza es adular al pueblo. Injusticia insigne cargarle culpas por los mismos que las cometieron y siguen cometiéndolas. ¡Hasta hay quien declara al pueblo español incapaz de remedio por condiciones étnicas y antropológicas, por su cráneo y por su cerebro!

Inculto, abandonado de todos, salvaje en sitios, no ha llegado nunca el pueblo español a la degradación que corroe a parte del proletariado en los países más cultos: Alemania, Inglaterra, Estados Unidos, por razón de raza y de origen, por el régimen industrial desenfrenado, por el alcoholismo hereditario, etc. El mundo, que ha vituperado la política consuetudinaria del Estado español, paladín de causas muertas, portaestandarte de todas las opresiones tradicionales, ha admirado siempre el esfuerzo, las energías, la virilidad del pueblo español. Detestable la dirección política, la acción histórica; digna de admiración la casta.

Abren los españoles, mejor aún, los castellanos, por su solo esfuerzo, las puertas a la vida moderna, trayendo a la civilización un mundo y fundando con su sangre y sus huesos más ciudades y naciones en medio siglo que todos los héroes de la antigüedad fabulosa; y, en aquel tiempo, el Estado español se niega para siempre a la vida moderna, afirmando como norma de vida la

opresión del pensamiento y la unidad de creencias, impuesta por la fuerza. ¡Qué no sería España si el ingenio, la constancia, el heroísmo que ha derrochado en Europa y en Africa, en América, en Asia, en todas partes, por mar y por tierra, por el triunfo de tesis religiosas o dinásticas, aún no agotadas, se hubiesen consagrado a la *pro y adelantamiento de los naturales y del cuerpo nacional, tesis única de los purgados de fanatismo!*

Hoy mismo, ¿no parece ignorar el Estado español que si las religiones dan comienzo a la civilización de todos los pueblos, la política religiosa acaba con todos los pueblos que no saben enfrenarla? ¿No desciende de las alturas un hábito de beatería, que se acepta como ley de buen tono por las clases altas y por los que las imitan y adulan, en tanto que el fraile huye ya del pueblo, al que teme, y toda crítica antirreligiosa por feroz que sea, se granjea el ruidoso aplauso de las multitudes?

Hundida la patria en simas más hondas que hoy, ha renacido por el vigor del pueblo. En él es donde han de buscarse vírgenes energías; por él, contra los errores y horrores de la política tradicional, está asegurada la perennidad de la familia española sobre la haz de la tierra.

Y el pueblo ha aprendido mucho. Os soporta y os soportará aún, pero en el pecho lleva airado la protesta.

Se ha sentido débil ante los *mausers* y *krupps* que no supieron dispararse contra el extranjero; pero sabe ya que es débil porque está desunido: sabe ya que en la organización está su fuerza; y por primera vez el pueblo, el verdadero pueblo, no el que llena las plazas de toros, sino el que trabaja a diario jornadas de 10 a 16 horas so pena de muerte, se eleva a la conciencia de su importancia social y se organiza para mejorarse por su propio esfuerzo; para lograr su legítima parte en la vida política nacional después; para conseguir su redención al fin.

El pueblo, que, por su natural atracción, arrastrará en su día a todos los hombres de trabajo, reducido por la fuerza bruta y la falsificación descarada y sistemática de las leyes a la nada, como el tercer estado en su día, quiere ser algo y mañana lo será todo. En su camino no olvidará el interés nacional, pero será en las ocasiones un asociado, no un inocente comparsa. No estamos ya en el 69 ni en el 73.

Hermoso espectáculo el que ofrece la porción consciente del proletariado español, recogido en sí mismo, organizándose a sí propio. ¡Satisfacción pura la de los que vimos el germen de este movimiento, admiramos

hoy su feliz desarrollo y nos recreamos en las perspectivas del porvenir que, si encierra luchas y lágrimas, guarda también triunfos! Clamen sin esperanza los regeneradores que no conocen la obra que a la llamada va realizando el pueblo; no es de extrañar que no entre por los ojos de los que no ven hondo, porque aún se trabaja en los cimientos del edificio; día llegará en que éste se yerga airoso sobre la tierra y entonces se creará obra del milagro lo que es creación del trabajo inteligente y perseverante.

Seguid vuestra obra, trabajadores. No hagáis caso de los que os juzgan inertes porque no os ven furiosos. La consigna es hoy: paz y organización. A todos llegará vuestra constancia.

DR. JAIME VERA

PAZ O GUERRA *

Que la fuerza en su expresión material es un argumento poderoso en las relaciones humanas, lo demuestra la Historia, lo ven nuestros ojos y ningún cuerdo lo desconoce. Que entre los adversarios de cualquier orden haya de ser la fuerza material el único modo de relación, es afirmación tan irracional como temeraria. El empleo de la fuerza repugna unas veces a la razón, otras a la conveniencia. Lo que puede lograrse sin violencia, ¿a qué confiarlo a la fuerza? ¿Cómo el débil podrá entablar competencias de fuerza con el poderoso?

En la lucha de clases, en la formidable contienda entre capitalistas y obreros, aquéllos defendiendo los medios productivos que les da el imperio del mundo, éstos procurando la socialización de los medios de producción para emanciparse de la tiranía del salario; *substratum* los unos hoy del espíritu conservador y los otros del espíritu de progreso, yerran igualmente los que quieren resistir siempre con la fuerza como los que con la fuerza quieren agredir constantemente.

Aunque el proletariado forma el mayor número, ¿no es hoy, en esta contienda, el más débil? Pudiendo aprovechar medios pacíficos para crecer, organizarse, lograr victorias parciales que le den mejores condiciones para campañas nuevas, ¿será cuerdo que, con actos de fuerza, provoque las del contrario y le dé pretexto para destruir, en un día, el fruto de la elaboración de muchos años? ¿No es criminal derramar o ser causa de que se

* La lucha de clases, 1 de mayo de 1901.

derrame sangre proletaria cuando aún esta sangre ha de caer sobre un terreno infecundo?

Suicídese el que quiera. No se lance a la muerte a los que viviendo pueden ser más útiles a la buena causa.

Hay quien sólo ve revolucionarios en los que predicán a toda hora sangre y exterminio. El radicalismo está en las ideas que se profesan y en la eficacia de los procedimientos, no en la violencia de la expresión ni en la provocación de sacrificios estériles.

La obra emprendida por la clase trabajadora es gigantesca. Las resistencias que ha de vencer formidables. Por mucho que los furiosos aprieten los dientes, la fortaleza capitalista no se ha de conmover lo más mínimo.

En las contiendas parciales económicas o políticas, el Socialismo logrará victorias siempre que emprenda campañas proporcionadas, no a su deseo o a su coraje, sino a sus fuerzas reales y efectivas. La gran victoria final, que precederán acontecimientos y mutaciones que el velo de lo por venir oculta, no podrá nunca realizarse hasta que las fuerzas socialistas organizadas y la clase trabajadora que la sirva de asiento, alcancen nivel moral e intelectual y fuerza positiva para apoderarse momentáneamente y por sorpresa, no ya del poder político, sino para fundar lo que es más importante y sostener una nueva sociedad en lo económico, en lo político, en lo moral; un nuevo modo de vida civil, una anatomía y una fisiología social nueva.

Lo cuerdo, puesto que el Socialismo es aún débil, es organizarse, vigorizarse, crecer, extender el movimiento y hacerlo sólido e intenso. Paz y organización es nuestra consigna, como se ha dicho. Nuestro entusiasmo, campo tiene en la propaganda, la organización y educación socialista para explayarse. Llevemos la paciencia y aun el sufrimiento hasta el límite, y sólo obligados y sin salida haremos, si otro remedio no nos queda.

Nos dicen que los golpes violentos logran por el terror lo que no conquista la razón. Verdad; pero cuestan tan caros que debemos dejar a los desequilibrados esa tarea, hasta que sólo la razón y el éxito nos muevan a la guerra si la guerra es necesaria.

La experiencia abona estas verdades. En breves años la fe, la constancia y el buen sentido han hecho del Socialismo en España una fuerza política eficaz. Con orgullo puede el Partido Socialista proclamar que para lograrlo no ha vertido ni hecho verter una gota de sangre.

¿Qué sería el Socialismo si cuando los socialistas se contaban con los dedos hubiéramos practicado la polí-

tica de destrucción? Algunos fusilados, algunos agarrotados más. ¿Qué fruto? Atrincherarse más y más los partidos de la reacción.

¿Es esto afirmar que siempre y en todo caso hemos de ser inofensivos? El Partido Socialista es un partido de hombres. Tiene instinto de conservación, pero sabe sus deberes. Nada menos resistente que los gases; y los gases, si la presión excede de ciertos límites, explotan con estrago rompiendo los obstáculos a su natural fuerza expansiva.

22 de abril de 1901.

DR. JAIME VERA

LOS TRABAJADORES INTELECTUALES Y EL MOVIMIENTO SOCIALISTA *

En la redentora obra de la emancipación del trabajo, los sabios y artistas, los obreros del trabajo intelectual, tienen deberes que cumplir.

El Socialismo vivo y militante es pensamiento y acción; y así como estas dos diferentes energías deben componerse e identificarse para engendrar el movimiento socialista, así, obreros manuales e intelectuales deben fraternizar y amalgamar sus esfuerzos, a fin de que las ideas no se esterilicen en las vaguedades de la disertación teórica ni la acción se extravíe por la pasión o por el error. Ideas y realidad son dos expresiones y una cosa sola. El mundo se rige por ideas; pero las ideas no surgen por generación espontánea en la mente humana, sino que la realidad exterior es quien las sugiere; así, pudiera decirse que la acción engendra las ideas, que a su vez dirigen y regulan la acción.

Sufre el obrero explotación, y protesta de la injusticia. Ni esta injusticia ni aquella protesta serían causa bastante para la redención del obrero. Más dura e infamante opresión sufrió el esclavo y sufrió el siervo, y nunca triunfaron las guerras de esclavos ni los levantamientos serviles, aun cuando esclavos y siervos formaban la mayoría social.

Para llegar a la emancipación del hombre adscrito al trabajo ha sido necesario que la realidad social haya engendrado en su evolución formas más perfectas de producción y que la inteligencia humana haya adquirido la conciencia de esas nuevas formas y de la evolución

* La Voz del Pueblo (Santander), 27 abril 1901.

económica. Así, si bien el Socialismo, como protesta contra la explotación del hombre por el hombre y como aspiración a la igualdad económica, es muy antiguo, el llamado Socialismo científico, el que la inteligencia humana ha aprendido por el estudio de la realidad exterior y por la percepción de su ley evolutiva, es muy moderno. Para existir ha sido precisa la condición de la realidad exterior (desarrollo del capitalismo, progreso de las ciencias aplicadas) y la impregnación del cerebro humano por esta realidad.

Es evidente que los obreros manuales, directamente oprimidos por la realidad económica, no habrían de ser los que hicieran el delicado análisis científico de ella. Esta tarea correspondía a los que disponían de tiempo y de la preparación necesaria.

La realidad económica fue maestra de los hombres científicos; éstos (Marx más concretamente) la demostraron a la clase trabajadora, suministrando la base positiva para sus reivindicaciones. La clase trabajadora reaccionará sobre la realidad económica para acelerar su evolución salvadora y para vencer la tremenda resistencia que han de oponer los privilegios del actual régimen y cuantos, a títulos diferentes y con diversas formas de paga, están a su servicio para defender el «statu quo» con latines y bendiciones, con sofismas o a balazo limpio.

Pues de igual modo que a la generación del Socialismo militante han concurrido pensamiento y acción, doctrina socialista y organización obrera, así en sus desenvolvimientos sucesivos, en sus campañas cada vez más importantes y empeñadas, y muchísimo más en el trazado de las grandes líneas de la organización social futura, acción y pensamiento han de ser inseparables, y obreros manuales e intelectuales, por lo tanto, han de mancomunar de tal suerte los trabajos, que no haya pensamiento que no sea inspirado por la acción y para la acción, ni movimiento que no derive de las ideas claras, bien contrastadas por el riguroso método científico. ¡Corazón, entusiasmo, sentimiento! Magníficos impulsores, poderosos estímulos. Dan calor a la acción, matiz, sabor humano; la hermosean, la hacen amable; pero sólo la verdad debe ser su guía.

El movimiento socialista actual en España ha tenido desde su principio carácter obrero muy marcado. Acaso ha sido un bien. No es ocasión de examinar las causas. Desde el principio ha contado, no obstante, con elementos intelectuales, siempre considerados con predilección cariñosa. Con los brazos abiertos recibe a cuan-

tos acuden a sus filas, y, ya en ellas, la diversidad de origen no infiere diferencia alguna. Todos compañeros, da cada cual lo que puede en la obra común, y sólo el Partido es soberano.

Acaso hay intelectuales avanzados que creen al movimiento socialista de España encerrado en el programa de las reformas obreras, sin más horizonte que lo económico. Grave error. En el movimiento socialista español no se ha sobrepuesto nunca la acción al pensamiento. Es acaso en España donde la doctrina socialista se profesa en su más completa integridad. Lo económico es el "sustratum". Es la vida vegetativa. Sobre lo económico surgirán las formas políticas más perfectas de la democracia del porvenir. La Ciencia y el Arte, emancipados, completarán la obra. Hasta las relaciones morales han de sublimarse en una sociedad más armónica.

Si los intelectuales verdaderamente amantes del progreso humano pudieran limpiarse para siempre de algo idealista y anticuado, que hasta en los radicales más furibundos se descubre; si con sinceridad y sano corazón estudiaran el movimiento socialista en su mismo seno, en contacto con los obreros, entre la agitación de sus campañas, es seguro que su sensibilidad y su inteligencia tocarían con gratas sorpresas viendo cuánta sublimidad hay en la labor, a veces tosca y ruda, de las agrupaciones de trabajadores, donde los cerebros casi infantiles y las entrañas del todo puras tanto abundan; que el "espíritu socialista", potente y creador, llegara a penetrarles y, poseídos de un "ideal" no fantástico, sino nacido de la realidad viva, dejarían de ser espectadores indiferentes, o "allegados hostiles", para consagrar su inteligencia y su corazón a su culto, a su propaganda y a su tiempo.

Los trabajadores científicos y artísticos bien saben que antes que a la Ciencia o al Arte han de servir a quien les paga; buena parte de la opresión económica y moral también les alcanza. ¿Esperarán que la emancipación del trabajo artístico y científico les sea dada por la merced y el sacrificio de los trabajadores del campo, de la mina o de la fábrica? Ni deben esperarla de ellos, ni pueden esperarla sin ellos. La emancipación del trabajo alcanza a todos y debe ser obra común de todos. Sólo el pensamiento y la acción reunidos pueden conquistarla.

DR. JAIME VERA

LA EDUCACION SOCIALISTA *

Sólo con injusticia podrá negarse al Partido Socialista Obrero el título glorioso de educador del pueblo y de haber dado a sus enseñanzas carácter concreto, positivo y real, purgándolas de conceptos metafísicos e idealistas.

Liberales, demócratas y hasta socialistas utópicos y románticos han conmovido muchas veces a las masas con las mágicas palabras de Libertad, Derecho, Justicia, Autonomía...; e inflamado su corazón generoso y entusiasta por anhelos tan honradamente sentidos como confusamente descifrados, el pueblo ha derramado su sangre por una libertad que nunca llegaba para él, por una justicia nunca alcanzada, por derechos que resultaban estériles, por una autonomía limitada a las estrecheces de un jornal insuficiente e inseguro. Proclamada cien veces la soberanía del pueblo, el pueblo se ha visto siempre soberano de burlas, explotado de veras. ¿Quién se atreverá a culparle porque cayera del exceso de ilusión y de esperanza al descreimiento más desalentado?

Las verdades que sirven de base al programa social y político del Partido Socialista no pueden ser impuestos al mundo por sorpresa, por el asalto convulsivo de un pelotón de sectarios. Como sustentáculo en la realidad viva, exigen una buena parte de la clase trabajadora conformada intelectual y moralmente para adaptarse a la fisiología social del porvenir; y por esto, por necesidad imprescindible, el Partido Socialista ha consagrado y consagrará lo mejor de su actividad a esta educación de ideas, de sentimientos y de conducta de la muchedumbre proletaria.

Tarea apenas perceptible para los que sólo atienden a los ruidos de la calle, a las agitaciones fugaces de cada día; obra de construcción callada, de generación silenciosa, pero en cuyo íntimo y escondido trabajo late la vida del porvenir con exuberancia no sospechada por cuantos olvidan que en la germinación de los grandes movimientos sociales laboran fuerzas gigantes, más poderosas aún que las que encienden los volcanes y agitan convulsivamente el planeta.

Para reanimar la fe perdida, para devolver a la política nacional y al progreso social cosmopolita los que, cruelmente defraudados, de todos y de todo desconfiaban, el Partido Socialista no ha exaltado el cerebro de los desheredados con ilusiones irrealizables, ni adulado sus pasiones generosas o egoístas. Los ha llamado a la rea-

* El Socialista, 1 de mayo de 1901.

lidad seca y desnuda, ha profesado ante ellos la verdad entera, sin equívocos ni envolturas falaces.

«Está en la ley de la evolución económica la socialización de la tierra y de todos los medios de producción. La fuerza que ha de impulsar e imponer esta transformación económica, de la que derivan las armonías sociales del porvenir, es la clase trabajadora. Su triunfo está en sus manos. Depende de su elevación intelectual y moral, de su organización y disciplina, del exacto estudio de la realidad social, de la feliz aplicación de sus esfuerzos a cada momento de la lucha, de su brío, de su fe, de su perseverancia.»

Tal es, en fórmula, la enseñanza socialista.

La consideración de los resultados obtenidos en breves años con medios escasos, contra dificultades infinitas, muestran que los tenaces esfuerzos del Partido Socialista van por el sentido de la *marcha natural de las cosas*; que ha entrado en escena en la vida política de nuestro país una fuerza social nueva, poderosa por la solidez de su organización y por la conciencia de sí misma, de sus deberes y de su destino; que esta fuerza política, engendrada en el seno de la clase trabajadora y creciendo sin cesar de su sustancia, no será ya la *masa* por momentos agitada con fugaces paroxismos, casi siempre pasiva e indiferente, materia perenne de provecho ajeno y a veces instrumento inocente de perturbación para la vida nacional y para el progreso. No; será la pura y genuina representación de los derechos y aspiraciones del proletariado en toda su integridad; será el más vigoroso motor del adelantamiento político y social de la nación española; el celador de las *libertades públicas*, de los *derechos individuales*, custodiados ya por la clase trabajadora, que ve en ellos *medios racionales, aunque imperfectos*, de su actividad en la contienda política y económica; el mejor representante del *interés nacional*, de la *opinión pública*, que no han sabido crear ni educar los partidos avanzados, fundadores naturales de la España nueva; el freno y la espuela, el censor incorruptible, el juez severo y, en ocasiones, el ejecutor implacable de la burguesía y de los partidos burgueses, que, obligados por la presión socialista, habrán de vivir sí, según su naturaleza burguesa, pero a la moderna, como viven en los países civilizados, poniendo coto a su ignorancia, a su desvergüenza y a su cinismo, cumpliendo su misión social en tanto suene la hora de su desaparición; será, en fin, el ejército de primera línea del cuarto estado, a cuya emancipación está ligado el progreso social; y no dejará de

esgrimir las armas hasta que no implante, sobre las ruinas del régimen capitalista, la soberanía del Trabajo.

A estos fines tiende la educación socialista. ¡Bien hayan cuantos la consagran sus desvelos!

DR. JAIME VERA

DISCURSO EN EL LICEO RIUS *

(Para las elecciones de 1901)

Estoy al lado de los obreros, como siempre, con la inteligencia y con el corazón.

Envío vuestro aplauso a Iglesias, al infatigable, al apóstol, al mártir Iglesias, que está en Bilbao en un puesto de peligro y de honor, allí donde la lucha es más clara, más precisa, rescatando un acta que siempre compraron los burgueses, pero que jamás han ganado.

Si mis ocupaciones profesionales y mi mal estado de salud me mantienen con frecuencia separado de vosotros, con vosotros estoy siempre, en comunión de ideas y de sentimientos, porque el Socialismo fue y es para mí una expansión de mi hogar y de mi familia.

Diré cómo vine yo al Socialismo, porque quizá en ello se encuentren enseñanzas.

En 1873 y sobre la misma mesa de disección en que estudiaba anatomía, leía el *Manifiesto Comunista*, donde tan bien se hace la disección de la sociedad. Diómelo, como también *El Capital*, Alejandro Ocina, condiscipulo y socialista de grandes facultades reflexivas, muerto prematuramente. Él me puso en relaciones con el grupo, con el microscópico grupo de los Iglesias, los Mora, los Calleja, los Quejido, los Matías Gómez y otros pocos, muy pocos, germen del partido.

No di desde luego mi adhesión; estudié las nuevas ideas, estudié también los programas y las doctrinas de los partidos, en efervescencia entonces, convertida España en aquella época en laboratorio de política experimental; medité, observé y cuatro años más tarde, después de un largo viaje en que toqué en cuatro de las cinco partes del mundo, más madurado mi juicio, ingresé en el grupo insignificante en la apariencia.

Juzgóse por mis amigos de la otra banda que mi filiación socialista era un suicidio político consagrar la labor de mi inteligencia a obra infecunda y oscura.

* *El Socialista*, 24 mayo de 1901.

Mas fue suyo el error; aquel grupo insignificante, formado, acaso, por docena y media de hombres, ha crecido y hoy llena el mundo, si no con el número, con la idea. Y es que los partidos no son grandes por el número; son grandes por la idea. En tanto otros partidos que con su nombre han llenado España toda, han caído destrozados por sus errores.

La guerra social, negada por los idealistas de la escuela armónica (armonía de capital y trabajo, etc.), existe y tiene la primacía sobre todas las cuestiones, que León XIII dice de ella que "no se habla ya cuestión ninguna, por grande que sea, que con más fuerza que ésta preocupe los ánimos de los hombres".

No entré yo en el Socialismo por odio a la sociedad. He cumplido mis deberes con los de abajo y con los de arriba. Y, personalmente, sólo gratitud puedo tener para con la sociedad.

No entré tampoco por sentimentalismo. Por mi profesión de médico veía la miseria, veía también que en los cuerpos de los proletarios se estudian las verdades científicas que en último término aprovechan a los de arriba; tengo corazón, sentimientos...; aun así, no fueron ellos quienes me decidieron.

No entré tampoco por romanticismo, por odio a las injusticias e iniquidades sociales, que no es el odio fundamento de doctrina; estoy en el Socialismo, y a él vine, por plena convicción científica, como deberían estar cuantos sincera y seriamente buscan la verdad. Mi tarea profesional es buscarla; la he visto en el Socialismo y a él he ido. He aquí por qué yo soy socialista: por plena y absoluta convicción científica.

Y la verdad está con los obreros, porque el interés y la causa de éstos es el interés y la causa de la Sociedad, de todos. Está con ellos la verdad, dada por la observación de las cosas y de los hechos.

Procedía la verdad en lo antiguo de la autoridad. Galeno tenía más razón que las disecciones de Vesalio, que los mismos hechos; hoy en las ciencias naturales no hay opiniones; no hay sino verdades demostradas.

En las ciencias políticas y morales aún no predomina el método de la observación, el método positivo; pero a ese estudio debe llevarse y le lleva desde luego el Socialismo.

Pasó la época en la que se entendía que las leyes morales eran conceptos formulados por la Razón; por el contrario, las leyes sociales son naturales, están dadas e impuestas por el medio.

De tal modo es cierto, que el mismo hombre, su in-

teligencia, por vasta que sea, es producto del medio. Y así se ve que habiendo dominado en la sociedad un grupo de privilegiados poseedores de todo, con las multitudes a su servicio y por ellos explotadas, tal estado de cosas ha sido por todos aceptado como natural. Aristóteles creía natural la esclavitud, y natural lo creía también el gran Epicteto, un esclavo.

El cerebro no tiene, no puede tener otras ideas que las que le vienen de fuera. Los conservadores del modo social presente tienen su cerebro adaptado a las condiciones del medio actual, que estiman definitivo y natural; los socialistas van adaptando el suyo a las condiciones de la evolución que conduce al porvenir; pero siempre viniendo las ideas de fuera, del medio social.

Y ocurre y ocurrirá lo que está en la realidad de las cosas —realidad es verdad—, teniendo el hombre acción sobre la marcha de las sociedades, si bien esa acción para ser eficaz ha de ir concorde con el sentido que la realidad de las cosas se desenvuelve.

Lo que hoy se llaman fundamentos sociales —la propiedad, la familia, la religión, la moral, las leyes, etc.— son contingentes, variables, los verdaderos fundamentos son la naturaleza del hombre y las relaciones de éste con el medio.

En nuestra sociedad de familia monogámica nace próximamente igual número de varones que de hembras; si cambiase la ley de esta proporción, la actual forma de la familia sería monstruosa, y necesaria y naturalmente habría de ser variada. Con esto se demuestra que hasta la obra de los legisladores, aun sin éstos pretenderlo, se deriva de las condiciones biológicas.

Las relaciones del trabajo con el capital se derivan de la necesidad de vivir del obrero, que le obliga a ponerse al servicio de quien a cambio de su fuerza de trabajo le entrega los medios de adquirir sustancias alimenticias, si bien la fuerza de trabajo crea siempre más valor que aquel con que es remunerado. Que las sustancias requeridas para la subsistencia del individuo se obtengan químicamente y a poco coste —y para ello se trabaja—, e inmediatamente cambiará el problema social, serán otras las relaciones entre obreros y patronos.

El conocimiento de estas verdades y del sentido de la evolución social es la fuerza intelectual del Socialismo. Quien de ello se percató es socialista.

Es la evolución idea moderna, casi de nuestro siglo. En las sociedades la evolución aparece clara y distinta cuando el mundo social deja de transformarse por ca-

taclismos históricos; nace cuando los bárbaros se funden con la raza romana y las aborígenes de las comarcas invadidas, fusión que, después de infinitas transformaciones internas, no debidas a fuerza exterior, produce las modernas nacionalidades, las actuales sociedades.

La esclavitud terminó por una fuerza exterior: la invasión de los bárbaros; la servidumbre desapareció por evolución. La evolución no es algo que se inventa; se verifica cada día, se ve, se palpa.

No puede el hombre vivir fuera de la sociedad, es célula del organismo social, que necesita de las demás células como éstas de él, del mismo modo que un miembro del cuerpo humano no puede vivir separado e independiente del resto del organismo. El hombre, desprovisto de defensas naturales, como la abeja, la hormiga y otros muchos animales, se asocia para la lucha contra el medio natural y contra otros grupos orgánicos, de tal manera que por infame e inicua que sea una sociedad siempre es un bien para el hombre. Ahora bien; dentro de la sociedad cada cual pelea por recabar para sí y para los suyos la mayor suma de bienestar, aun con perjuicio de los demás, lo cual no es otra cosa que la lucha por la vida.

La evolución transformó a los siervos en burgueses y en asalariados, acabó con los privilegios, mas dejó subsistente uno: la propiedad privada de los medios de producir, dando origen a la sociedad capitalista, dando colosal expansión a las fuerzas productivas, engendrando el proletariado, variando las condiciones de la lucha por la vida al conservar restos de esta lucha.

Al evolucionar el capitalismo engendró, engendra y engendrará las condiciones necesarias para su desaparición, para la socialización de la sociedad. La evolución, aun antes de ser descubierta y estudiada por los socialistas, que de ella han sacado toda su doctrina, ha concentrado a los obreros, es decir, que se ha dado la acción antes que la idea, el hecho antes que el pensamiento.

La acumulación de la propiedad por la competencia que despoja a los débiles negando en la práctica el principio teórico de la propiedad individual; su transformación en impersonal por la creación de sociedades por acciones; la disminución del rédito; el crecimiento del *capital fijo* y su acción coercitiva sobre la iniciativa capitalista; la presión del capital sobre el Poder público; su dirección no siempre concordante con la suma de los intereses colectivos; el despojo por el capital-crédito de

los capitalistas inmediatamente productores, y la tiranía del agio; la amenaza del exceso relativo permanente de producción y la constante necesidad de mercados nuevos aun abiertos a sangre y fuego, van siendo hechos cada vez más visibles y de pesadumbre más intolerable para el interés social en masa, y que la función social de la producción en manos del interés privado se va haciendo incompatible con este mismo interés social.

Así se va formando conciencia de la sociedad nueva, al mismo tiempo que se crean las condiciones que la engendran.

Así la socialización de los medios de producción, que es la condición práctica de la emancipación económica del hombre de trabajo, viene a coincidir con las tendencias de la evolución económica y con los resultados a que conduce esta misma evolución.

La misma evolución social plantea claramente los términos del problema de nuestros tiempos: minoría capitalista dividida por la competencia, con un cuerpo de leyes que sanciona sus privilegios, con un Poder político que los defiende, un estado de conciencia en sus defensores, en cuyos cerebros está la idea de que lo actual es permanente e indestructible; los obreros agrupados, organizándose, aunque en guerra también por la competencia; los socialistas con conciencia clara de su misión histórica, con conocimiento del sentido de la evolución económica.

Los elementos que tienen conciencia de la evolución pelean; pero no apelan a la fuerza ni deberán apelar a ella más que cuando sea útil, y lo es únicamente cuando, después de empleada, se puede aprovechar la victoria.

La defensa del actual estado social está en la inconsciencia de la masa; por esto la fuerza más revolucionaria es la idea de que así como todo se ha transformado en lo pasado y se transforma en lo presente puede transformarse en lo futuro, porque quien así piense y se haga consciente de la realidad de esta transformación progresiva, acabará por ser, si no lo es ya, socialista.

La actual sociedad caerá a los golpes de los revolucionarios, pero sólo cuando *los más de los mejores* tengan conciencia de la evolución.

Suprimida la minoría social inútil, que es el soporte del elemento social antinómico que engendra todos los antagonismos: la propiedad individual de los medios productivos; fundada una sociedad sobre la base de la solidaridad, desaparecerán de ella los restos de la lucha por la vida en desigualdad de condición social.

Se ha identificado el salariado con la esclavitud: error.

El obrero de hoy tiene sobre el esclavo una personalidad jurídica y política igual a la del patrono. Tiene iguales derechos que él y, por ello, puede llegar el Poder político a sus manos sólo con usar de los derechos. Son los obreros los más; pueden sólo con querer, derrotar a los menos, pero ¡qué difícil es querer reflexivamente y qué fácil desear sólo por instinto! Hay que trabajar por que una numerosa minoría adquiriera la total conciencia de la evolución y de la sociedad más perfecta que tiende a engendrar; y que impulse a los más elevados grupos de la clase trabajadora al ejercicio y defensa de sus derechos, para llegar a hacerse capaz de vivir en una sociedad donde su función social exige mayor nivel intelectual y moral.

La muchedumbre ignorante y sin personalidad consciente correría el riesgo de caer bajo una organización económica por el Estado muy distinta de las formas de la democracia pura a que el Socialismo aspira.

Cierto que el derecho se falsea; pero se falsea porque son pocos quienes le ejercitan: de ser muchos o no se le falsearía, o de falsearle se volvería por él con la fuerza.

Por esto la labor del obrero es capacitarse, y capacitarse mediante la práctica de los derechos políticos.

Porque es preciso comprender, ver que la lucha económica, entendiéndola por tal la directa entre patronos y obreros, pues toda acción que se dirija contra el Poder público es acción política, por recomendable que sea, por ventajas de orden moral y material que con ella se hayan logrado y se logren luchando con perseverancia, organizándose vigorosamente, no puede destruir dos obstáculos esenciales en el régimen: el excedente obrero y la condición incoercible* del capital. La acción económica no podrá jamás hacer que el salariado deje de tener las condiciones de salariado; logrará que estas condiciones sean mejores, pero siempre conservarán su carácter fundamental.

No; la cuestión social se plantea en el terreno económico; pero como todas las de carácter general, se ha de disputar y resolver en el terreno político; las mejoras generales, los avances generales sólo en la política se logran; por esto el obrero debe tomar parte en la política.

Es de todos los derechos políticos el de mayor valor el de sufragio, pues por mínima que sea, representa una

* El Socialista, número 796, p. 2 indica que debe sustituirse «miserable» por «incoercible», escrito por error.

porción de soberanía. La acción política debe ejercerse también en vista de la resonancia enorme de la tribuna parlamentaria; lo que allí se dice puede llegar al mundo entero, a los más apartados rincones, a los palacios, a las escondidas chozas, al fondo de las minas, y es necesario que las ideas socialistas se conozcan por todos, porque si el obrero español es tardo en atender, es rápido en comprender, y hablando desde el Parlamento no es imposible que las ondas de la agitación política le alcancen y muevan a prestar atención.

Allí, en el Parlamento, es necesario que resuenen verdades no oídas; que a los representantes del capitalismo se les pregunte por la razón de sus privilegios...

Y basta ya.

El arte, la ciencia, la producción no se realiza hoy para el bien de todos, sino para satisfacer a la clase privilegiada. El trabajo no se ejerce sino para crear riquezas, mercancías, no para la satisfacción de las necesidades sociales.

Hoy la honradez, la sensibilidad, la delicadeza son un mal para luchar por la vida.

Pensemos que, en la sociedad del porvenir, tan hermosas cualidades serán un bien; que la solidaridad en que se basa la sociedad socialista acabará con el egoísmo homicida engendrado por la competencia, haciendo desaparecer el factor negativo de la lucha por la vida dentro de la sociedad. La competencia se cambiará en emulación. Pensemos que habrá más verdad, más justicia, más belleza; pensemos que el aumento de la producción, no limitado ya por la competencia y por la miseria de la muchedumbre, engendrará el bienestar material; una expansión enorme y hermosa de la ciencia y del arte, pensemos que el bienestar dará mayor moralidad.

No es el Socialismo peste, como ha dicho León XIII, es, por el contrario, fumigación, desinfección, que nos libraré de todos los parásitos sociales.

La moral del Socialismo es aún más hermosa que la moral de Cristo. Este decía: «Ama a tu prójimo como a ti mismo», pero no le daba los medios para ello; el Socialismo, con la comunidad de producción, evitando que nadie viva a expensas de otro, da el medio de que el amor al prójimo sea una hermosa realidad.

Trabajan los socialistas por el porvenir; trabajan hoy en España más y mejor que nadie por el presente; no al modo de los partidos progresivos —que por sólo llamárselo he de respetar en este momento—, que no han trabajado desde la Restauración acá ni por el porvenir

ni por el presente, y no han trabajado porque sólo han predicado abstracciones, no realidades.

La fuerza social creada por el Partido Obrero no sirve en modo alguno a la reacción, su simple existencia es dique contra ella, y hasta tal punto trabaja el Socialismo por el presente, que si hubiera tenido la fuerza que el Federalismo en 1869, ni hubiese ocurrido la catástrofe de Cuba, ni el clericalismo se hubiese desarrollado en España como piojera en cabeza de mendigo, ni seríamos un pueblo en que el elemento director parece caminar en sentido inverso a la civilización universal.

Cuanto sea mejorar el cuerpo de las leyes, en cualquier orden, en el sentido de la evolución socialista es trabajo para el presente y para el porvenir: por esto debe hacerse política siempre.

Obreros: Tenéis en vuestras manos el instrumento de vuestra redención; usad de él.

Compañeros: Hoy la lucha está en los comicios; ¡a votar!

FRASE CELEBRE *

«La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos.»—Marx.

Si no se quiere dar a este *apotegma* de la propaganda socialista sentido distinto del que quiso darle su autor, hay que tener presentes las ideas de Marx, que son las de la Ciencia, acerca de las transformaciones históricas. No son obra de los hombres, que ni pueden caprichosamente producirlas ni abortarlas. Así, la transformación socialista va implicada en el movimiento evolutivo económico, y la acción humana, puesta a su servicio, cumplirá la ley de evolución; pero según la sirva, de modo inteligente o ciego, con conciencia de la evolución histórica o con la torpeza del que no percibe la ley de evolución, tal resultarán los accidentes, lo secundario, lo que cae bajo la acción directa del hombre. De igual modo que las leyes naturales se cumplen siempre sobre un campo, que la inteligencia del hombre convierte en jardín florido o su ignorancia en ciénaga mortífera.

Habrà en la socialización de la tierra y de los medios productivos condiciones para que la muchedumbre proletaria asuma en sí la sociedad entera, quedando una

* El Socialista, 1 de mayo de 1902.

clase sola de hombres, todos trabajadores, todos iguales ante la ley económica, política y moral. La emancipación de los trabajadores no es promesa fantástica de la doctrina socialista, es posible. ¿Se verificará? De los mismos trabajadores depende. «Obra suya ha de ser», dice con razón Marx. Obra suya, entenderlo bien. No le será esa emancipación regalada, sino que ellos habrán de merecerla y conquistarla; y su conquista supone adquirir conciencia, elevación intelectual y moral bastante para regirse y regir la sociedad entera por sí mismos en la organización económica y política del porvenir.

No se les pide que se hagan sabios; pero es necesario que tengan clara conciencia de las relaciones que les ligan con el medio social de hoy y las que tendrán con el de mañana, y dirijan su acción según esta conciencia.

Porque si la socialización de la propiedad, impuesta por el fatalismo económico, se hiciera por un poder extraño a la clase trabajadora; si ésta siguiera inconsciente de su interés de hoy y de mañana y, como clase, no hubiese alcanzado nivel intelectual y moral suficiente para bastarse a sí misma, la hora de su emancipación no habría sonado y seguiría viviendo bajo la tutela. Y la tutela en las relaciones económicas es explotación, y en las políticas, tiranía.

La emancipación de los trabajadores supone capacidad de la clase trabajadora para regirse por sí y no necesitar que otro poder la rijan. De la capacidad de la clase trabajadora dependerá que el Socialismo llegue a ser en la realidad una organización económica y política puramente democrática, o que el régimen de la propiedad colectiva pueda ser, aunque transitoriamente, un régimen de tutela y de opresión.

Esto quiere decir la frase de Marx.

Trabajadores, la transformación de la propiedad es indefectible; vuestra emancipación sólo de vosotros depende.

DR. JAIME VERA

EL AMO *

A quien quiera que, dándose aire de redentor solicite vuestro concurso prometiándoos felicidad, preguntadle si ha de seguir o ha de terminar el régimen del salario.

Si os responde que seguirá el régimen del salario, pero

* El Trommel (Astillero), número 41, 23 noviembre 1907.

que seréis libres y felices, llamadle a boca llena embustero. Y si no es embustero es mentecato.

Mientras impere el régimen del salario, existirá el amo, y el amo es un hombre que no tiene más entrañas (ni puede tener otras) que su interés.

A su interés conviene que trabajéis para él; os ocupará, comprará vuestra fuerza como compra bestias de carga; y os pagará atendiendo a sus intereses, y no a vuestras necesidades ni al valor de vuestro trabajo, y como aún cree haceros merced al daros trabajo, y como sabe que ese trabajo que os da es vuestro pan y el de vuestra familia, abusará de vosotros de todas formas y modos, pues sabe que os tiene sujetos por el estómago..., sabe que es el amo.

No necesita vuestro trabajo; encuentra obreros más dóciles, más domesticados por el hambre, aprovecha la fuerza del trabajo más barata, la de los niños, la de las mujeres..., os arrojará indiferentemente a la calle y tranquilamente os dejará morir de hambre.

Nada importa que seáis jóvenes, robustos, ansiosos de trabajar. Si el amo no necesita vuestros brazos, ¿qué le importa? ¿Qué le importa que os pidan pan vuestra mujer y vuestros hijos? ¿Acaso tiene obligación de manteneros?

Se os habla de un gobierno del pueblo por el pueblo, que establecerá sobre las bases de razón y de justicia las relaciones de amos y asalariados, que armonizará capital y trabajo... ¡Armonía entre el gato y el ratón!

Responded que mientras haya amos, el gobierno será hechura de los amos y servidor de ellos; que los amos tienen qué dar y vosotros no.

Se os dirá que sois los más; que si os entendéis y organizáis, todos los amos son nada frente a vuestro empuje... y entonces sí os dirán la verdad; pero necios seréis si empleáis vuestra acción en buscar armonías imposibles entre vuestro interés y el de vuestros amos; la acción obrera omnipotente, si es unida y solidaria, debe tener más digno y positivo empleo: *suprimir los amos, dar fin al régimen del salario, acabar con la última forma de esclavitud humana.*

Trabajadores, grabad en vuestro corazón estas verdades.

El hombre no será hombre libre, ni aun merecerá el título de hombre, mientras sea asalariado.

La redención obrera, la emancipación del trabajo, la realidad del derecho social, está en manos de los obreros mismos. Hágase la unión, la solidaridad, la frater-

nidad de los hombres de trabajo y el odioso nombre de «el amo» no sonará más en los oídos humanos.

DR. JAIME VERA

EVOLUCION MORAL *

Don Cayo Mendivil y Mandonio es un perfecto caballero, llano y afable sin humildad y digno sin altanería. Cumple sus deberes, es sensible al dolor ajeno y simpatiza con el pueblo trabajador, que conoce de cerca y cuyos defectos se explica, aunque no los disculpe.

Con su trabajo, que es artístico, ha hecho una fortuna, aumentada con nuevas obras. Un amigo entendido le aconsejó que comprara papel seguro, que le rentaba el cuatro por ciento. Hay que tener en cuenta que su orgullo era poderse llamar trabajador y le molestaba que le llamasen burgués o rentista. Naturalmente, era deditivo y hacía mucho bien.

Su buen juicio empezó a intranquilizarle.

—Mi capital, se decía, no crece por sí solo. ¿De dónde viene mi renta?

Para dar contestación a su pregunta estudió y meditó; e inteligente como era, supo bien pronto que toda renta o interés y el capital que se forma por su acúmulo es trabajo ajeno no pagado. Que sólo la fuerza de trabajo, al ser consumida o empleada en la producción (trabajando el obrero), produce más valor que su coste, que es el salario. Porque el obrero reproduce con una parte de su trabajo el valor del salario, y con el resto produce más valor, que el capitalista se apropia. El buen entendimiento de don Cayo percibió clarísimamente el origen de su renta.

—Hay alguien que trabaja para mí. No sé quién es; pero del trabajo de quien sea como y vivo. A ese que trabaja para mí, le exploto, le robo. Cierto que con mi trabajo personal directo gané mi capital; mas la renta no me viene del cielo: es trabajo ajeno no pagado. ¡Soy un ladrón!

Decidió, en consecuencia, vender el papel y gastar el dinero en sus necesidades. Su ánimo, no obstante, continuaba inquieto. Comprendió que tal vez tendría inconvenientes retirar su capital de la circulación. —Yo, se decía, robaba antes a alguien que trabajaba para mí produciéndome una renta. Pero, ¿v si ese alguien ahora

* *El Socialista*, 12 marzo 1910 (número extra, 25 aniversario).

no trabaja? Yo no le exploto, no le robo; mas si él no trabaja (retirado mi capital), él no come; le privo del sustento, le mato de hambre. Si se retiraran todos los capitales, ¿no sería el primer efecto la dispersión y la miseria de la muchedumbre trabajadora?

Siguió estudiando, y su entendimiento vio clara la ley de población en el sistema capitalista. La población obrera de una comarca sometida al sistema es proporcional a la *masa de salarios*, esto es, a la parte de capital destinada a pagar la fuerza de trabajo, o, lo que es lo mismo, la subsistencia obrera. ¿Disminuye el capital destinado a esta subsistencia? El número de obreros ocupados disminuye. O emigran o perecen. La miseria aumentada determina aumento de mortalidad, sobre todo en los pequeñuelos. Al contrario, un aflujo de capitales que aumente la producción en la comarca, aumentando la masa de salarios, determina al pronto el bienestar de la población trabajadora y disminuye la mortalidad: la inmigración obrera restablece el equilibrio.

El conflicto moral en que se vio entonces don Cayo fue tremendo. Si pongo mi dinero a renta, soy ladrón; y si no lo pongo, soy asesino; por lo menos fomento la miseria y la mortalidad de las gentes laboriosas. Y tenía razón don Cayo: siendo benéfico, socorriendo con su dinero y con sus palabras de amor a muchos necesitados, sin humillarlos; con un sentido moral y exquisito y con inteligencia y voluntad bastantes para alcanzar la relativa perfección permitida al hombre; dueño de una riqueza adquirida con la más estricta moralidad, por el hecho de ser rico se veía dentro de un dilema: tenía que ser ladrón o asesino, sin escape posible. Y esto mismo ocurre, dentro del sistema económico actual, a todos los poseedores de riquezas. Personalmente pueden ser morales y hasta admirables. La fatalidad económica les obliga a ser ladrones o asesinos sin medios de eludirlo por ningún camino. En los tiempos de la esclavitud, o en los de la servidumbre, los hombres ricos de más sentido moral habían de tener esclavos o siervos; lo que hoy, levanta protestas en todo corazón sensible. Hoy, en el régimen del salariado, tanto más bien hace el capitalista cuantos más trabajadores sostiene con sus jornales; esto es, cuanto más explota, cuanto más roba. Más aún; cualquier aumento en los salarios que perjudicara la acumulación capitalista resultaría homicida para la clase trabajadora.

¿Qué hizo don Cayo para cumplir con su conciencia?

Puso su dinero en una explotación industrial floreciente para favorecer la producción y a la clase trabajadora, porque alguna parte de su riqueza habría de emplearse en subsistencias para los obreros. Otra cosa hizo también, lo que del todo tranquilizó su conciencia: se hizo socialista. Dedicó su valor personal y mucho dinero a fomentar un movimiento que conducirá a relaciones económicas en las cuales el hombre no será ni explotador ni explotado.

«Socializados los medios de trabajo, esto es, siendo de propiedad social o común los medios de producción, y ésta organizada científicamente, cada trabajador recibirá íntegro el producto de su trabajo», y si el trabajo científico, artístico o el manual calificado o la retribución de servicios sociales eminentes permiten la riqueza individual (que muy probablemente subsistirá siempre), el poseedor de ella podrá disfrutarla con la conciencia tranquila: es producto de su trabajo o de su mérito; y ni tiene el deber social de emplearla en la explotación ajena (lo cual, además, es imposible por ser de dominio social los medios productivos) ni a nadie perjudica su disfrute.

Por fortuna, estas verdades van penetrando en la conciencia de muchos; y uno de los más bellos atractivos del Socialismo es elevar la humanidad a una moral más perfecta. En la sociedad del porvenir que sucederá a la presente, y de una manera necesaria, pues por ella es engendrada, no habrá entre la moral individual y la moral social la pugna que es hoy el más infame estigma del capitalismo.

9 de marzo de 1910.

DR. JAIME VERA

¡ADELANTE! *

La Revolución política en España quedó incompleta.

La crisis perdura un siglo. Las causas, ¿quién las ignora? Los efectos, ¿quién no los lamenta? España, que duplicó el mundo, madre de naciones, da tales muestras de su postración que pueden tenerla por muerta o moribunda cuantos nos midan su vitalidad por su resistencia a los agentes de destrucción cebados en ella.

También la acción socialista hubo de resentirse por la derivación de las fuerzas políticas hacia el problema

* *El Socialista*, 6 mayo 1910.

constituyente, nunca resuelto. De pocas ha dispuesto para su obra de educación y redención. A toda la vida nacional alcanzó el daño. Hasta la aptitud de España para la vida moderna se ha puesto en duda.

¿Y el remedio? El mismo mal lo ha dado.

Los abusos del Poder y las leyes de excepción han hecho imposible la acción política y hasta la vida normal de cuantos resisten a la acción regresiva del Estado o de los parásitos retrógrados privilegiados. Se ha demostrado, con asombro del mundo, que la profesión y enseñanza legal de ideas, por doquier luz de las inteligencias, puede en España acarrear la muerte. De esta manera, agredidos todos por el Estado, todos se unen contra él. Y la alianza del Partido Socialista con la gran masa republicana perseverante y abnegada, representación de lo más sano, ilustrado y patriótico de la clase media, ha iniciado un hecho trascendental, formidable, que no tardará en llegar a su plenitud. El Pueblo entra en la contienda. ¡El Pueblo!, que todo lo ennoblece y que lo puede todo.

La Revolución política será complementada y quedará abierto el camino a la Revolución social.

Al genio político corresponde la dirección. ¡Qué gloria y qué responsabilidad para los organizadores de este movimiento grandioso!

Madrid, 28 de abril de 1910.

DR. JAIME VERA

LA VERDAD SOCIAL Y LA ACCION *

Se me ha honrado invitándome a concurrir a este acto y a dictar algunas líneas que sirvan como de prefacio al curso que se inaugura.

* Conferencia leída en la Escuela Nueva el 19 de abril de 1912. Imprenta de Felipe Peña, 1912, 1918.

«Jaime Vera ha muerto».

Hace unos años, van para nueve, un grupo de muchachos, casi todos universitarios, se aproximó al Partido Obrero, fundando la Escuela Nueva, y al comenzar su labor socialista quiso que las primeras palabras de aquel curso fueran de Jaime Vera. Con ello pretendió significar que le consideraba como el único maestro.

Y así fue siempre. Constantemente, en los Congresos del Partido Socialista representó a la Escuela Nueva. A la cabeza de las publicaciones de la Escuela apareció este folleto, rápidamente agotado: *La verdad social y la acción*. Como muestra de cariño y admiración, sólo a él se le nombró profesor honorario.

En todo momento se hizo pública nuestra absoluta adhesión. Siempre quisimos reconocerle como el más alto ejemplo que seguir, por-

Yo he obedecido. Y he obedecido porque en el pensar nunca he admitido más férula que el método científico. Esta libertad es condición indispensable para que la inteligencia dé sus frutos. Y así, ser socialista no me obliga intelectualmente más que a pensar bien. Yo entiendo que por pensar bien (aunque sea inmodestia), soy socialista y buen socialista.

Pero si en cuestión de pensar el hombre no debe sujetarse a lo que otros hayan pensado, si no es por vía de convencimiento, en cuestión de obrar es distinto. La disciplina es útil y necesaria. La acción individual, buscando lo perfecto, resultaría estéril, como una pequeña corriente que se pierde en la arena, mientras que la más pequeña corriente puede aumentar el caudal de la gran corriente, en la misma dirección. El pensamiento de un hombre solo, puede mover el mundo. La acción individual más poderosa nada puede contra las grandes corrientes humanas, que siempre son grandes movimientos naturales.

Por eso yo soy soldado de fila disciplinado; practico la disciplina, y como viejo amigo os la recomiendo. Y pidiéndoseme algunas cuartillas para el acto de hoy, cumplo obedeciendo y dictándolas, aunque sea improvisando, porque no hay tiempo para otra cosa.

Profesionales de la cátedra, hombres competentes en estudios sociales, van a exponeros el desarrollo ideal del socialismo. La primera conferencia tendrá por tema «Los orígenes». Los demás llevan por título cada una el nombre de una celebridad socialista. Al nombre de

que supo en su vida y en sus obras representar el más elevado tipo de bondad y de inteligencia.

Entregado a sus estudios técnicos, en los que alcanzó enorme prestigio, cumplió el deber socialista de amar la profesión.

En su intervención política acertó a dar en los albores de su Partido un programa acabado de teoría marxista con su informe ante la Comisión de Reformas Sociales; más tarde, con sus artículos, con este folleto, con sus cartas, supo abarcar los grandes problemas modernos del Socialismo y afirmar como eje de todo la fe en la ciencia y en la acción.

Por la fuerza y la finura de su inteligencia, por su enorme cultura, por su amplia tolerancia, por su pasión de la justicia y su enorme amor a los desamparados, quedará como una de las más nobles figuras del socialismo universal.

Por el cariño con que siguió todos los esfuerzos de la Escuela Nueva, por la emoción con que nos acogió al ir a buscarle en su aislamiento, por el deseo de que nuestra labor fuera fecunda y por su confianza en nosotros, el grupo aquel de muchachos que fundó la Escuela y que se acerca ya a la mitad del camino de la vida, no podrá olvidarle, y en todo momento, su recuerdo será guía espiritual, que no sólo indique el sendero, sino que preste fortaleza para seguirle hasta el fin. (Nota a la edición de 1918.)

Owen siguen Fourier, Saint-Simon, Luis Blanc, Proudhon, Lassalle y Carlos Marx.

Yo creo que el primer acierto de estas conferencias es su denominación por un nombre célebre. Esto denota clarísimamente el propósito de los conferenciantes de suavizar la aridez de las doctrinas con las galas y atractivos de la historia.

Mas como algo he de decir, y no es esta ocasión oportuna para dirigiros una proclama sino para hablar algo a las inteligencias que lo necesiten, me voy a permitir hacer os una indicación. La misma que haría particularmente a los trabajadores no enterados y que esvieran alrededor mío, si yo me encontrara, no aquí en esta tribuna, sino entre vosotros, haciendo comentarios sobre las conferencias en proyecto.

La indicación, es, sencillamente, ésta: aparte de su diversa significación personal, histórica y teórica, los nombres de Owen, Fourier, Saint-Simon, Luis Blanc, Proudhon, Lassalle y Carlos Marx pueden ser una serie histórica, pero no son ni representan una serie ideal y científica.

Aunque algunos compartieron el mismo tiempo, su acción fue sucesiva en el tiempo. Sucediéndose en el tiempo, esos nombres sucesivos no representan una continuidad científica ideal. No representan un proceso teórico o doctrinal que pasa de uno en otro creciendo, desarrollándose, perfeccionándose, como un ser viviente en sus diferentes edades. Nada de eso. Cada autor no presupone la existencia del precedente, ni implica la del que le ha de seguir. Pudiérase decir que cada uno pudo existir independiente, o no existir, sin que por eso quedase rota cadena alguna; porque no se eslabonan, sino que sencillamente vienen unos después de otros sin conexión doctrinal, no obstante tales o cuales semejanzas de contenido, explicables enteramente fuera de toda relación recíproca.

Importa mucho más todavía marcar una heterogeneidad esencial. Owen, Fourier, Saint-Simon, Luis Blanc, Proudhon, aunque desemejantes, forman un grupo. Carlos Marx y el mismo Lassalle, aunque de jerarquías muy diferentes, son opuestas.

Owen, filántropo práctico; Fourier, filántropo teórico; Saint-Simon, economista aristócrata; Luis Blanc, literato, historiador y político; Proudhon, ingenio embrollista y brillante paradójico, corrosivo y terrorista de la frase (¿Qué es la propiedad? Es el robo), no son serie científica, pero son grupo, familia natural. Aunque no sean homólogos, de modo que puedan superponerse,

coinciden en el procedimiento y en el propósito. La familia a que pertenecen es numerosísima. A lo largo de la historia tienen sus similares, unos anteriores, otros más modernos; unos, personalidades relevantes cuyos nombres se conservan; otros, anónimos u olvidados.

Por otra parte, Carlos Marx, aunque singular o excepcional, no es único. Tiene su filiación histórica y científica. Pertenece a la familia de investigadores, tan antigua como el mundo, y que no se extinguirá. Lassalle corresponde más bien a esta filiación que a la anterior. Su arma teórica la tomó en las ideas de Marx. Su acción política fue personalísima. Arrastraba, encantaba, fascinaba. Su trágica muerte no cortó esta derivación marxista que le sobrevivió algún tiempo.

Y ahora voy a llamar vuestra atención sobre algo que a primera vista puede parecer la cosa más natural del mundo.

Mientras se han estudiado los males sociales con sentido práctico, los empeños más inteligentes y generosos de los hombres consagrados a fin tan útil y tan alto como remediarlos, han fracasado siempre. Resalta el contraste, entre el ingenio mostrado en el análisis de la organización social y de su movimiento de donde los males sociales derivan, el vigor certero de la crítica, con la esterilidad del esfuerzo cuando llega el momento de pasar del diagnóstico al tratamiento, y la misérrima inventiva al imaginar los efectos del remedio y del modo social resultante de su aplicación.

¿Y cómo explicar este fracaso, constantemente repetido? ¿No parecía natural garantía del acierto el sentido práctico del esfuerzo y su consagración al fin útil, apartando toda lucubración teórica que nos desviase del terreno positivo en el que el problema se planteaba?

Pues precisamente ésta es la causa del fracaso eterno. El problema está mal planteado. El propósito utilitario, por noble que sea, imprime orientaciones forzadas a la investigación y reduce su campo, porque se desdía cuanto se aleja del fin práctico, que es inmediato.

Al contrario; cuando el conocimiento de la fenomenología social se ha buscado desinteresadamente, científicamente, como problema intelectual puro, con el mismo desinterés y espíritu científico con que se estudian hoy los movimientos celestes, el conocimiento por el conocimiento, la verdad por la verdad misma, sin preocuparse de las consecuencias ni de las actitudes prácticas ulteriores, cuando así se ha procedido, sin detenerse por ninguna limitación extracientífica, al término

de la investigación *la verdad social* ha sido encontrada y el provecho ha sobrevenido por añadidura.

En cierto punto del desarrollo de la humanidad, cuando ha empezado a poseerse, ha necesitado el conocimiento de sí misma e indagar y conocer, colocándose la investigación humana frente al mundo social en la misma posición que respecto de la naturaleza. Naturaleza y sociedad resisten al hombre mecánicamente, pero también como misterio. Roto el misterio, dominado el mecanismo. Buscábamos sólo la verdad; dentro de ella ha encontrado siempre el hombre la pepita de oro de la utilidad.

Y así como la verdad física nos da un creciente poder de transformación sobre las sustancias y las energías naturales, que mirando al porvenir parece ilimitado, la verdad social pone en nuestras manos el máximo poder de propulsión y de coordinación accesible a la actuación deliberada.

Conocerse es poseerse. Sabedora de sí misma la sociedad, será dueña de sí misma. La posibilidad de conocerse es la que da a la humanidad la posibilidad de dominarse dejando de ser dominada.

Todavía más. Dentro de la verdad social ha encontrado el hombre lo que en vano buscó dentro de su razón y fuera de ella: la ley moral, el principio universal de acción para la voluntad. Tesis más alta que otra alguna y que ya se tratará entre nosotros.

Resumiendo estas consideraciones: con dos sentidos y con dos propósitos se ha estudiado el desenvolvimiento social.

Primero. Con sentido práctico y con propósito humanitario.

Segundo. Con espíritu científico y con propósito neutral de conocer, resulte humanitario o inhumano el conocimiento.

A la indagación analítica de la realidad social empírica o sistemática y metódica, fecunda conforme a las circunstancias, debemos: la verdad general, esto es, la doctrina científica del desenvolvimiento humano; y la verdad concreta o particular, esto es, el conocimiento de la *necesidad* social presente que implica el paso de la sociedad humana de dominación a solidaridad, de ganado humano a comunidad dueña de sí. En este conocimiento va implícita la norma intelectual de nuestra conducta, y la clara noción de los límites del poder coordinador de nuestra acción sobre el movimiento social.

En cambio, los esfuerzos de inteligencias poderosas y almas henchidas de amor a la humanidad, directa-

mente encaminados a remediar los males sociales por acciones directas de nuestra voluntad, a modelar por nuestra acción voluntaria un sistema social más perfecto, nunca dieron engendros viables.

Hay muchos caminos por donde la inteligencia del hombre, buscando remedio para los males que el movimiento social engendra, no lo encuentra jamás.

Hay un camino en el cual se busca nada más que la verdad. La verdad se encuentra, y en ella la revelación de los procedimientos naturales por los que la sociedad humana elimina los males de origen, que, bajo formas nuevas, parecen nuevos males engendrados por la progresión social, y el conocimiento de nuestra actuación posible.

Recordad ahora la diferencia y hasta la oposición entre la filiación histórica y científica de Owen, Fourier, Saint-Simon, Luis Blanc y Proudhon, por una parte, y la de Carlos Marx y Lassalle (dependencia marxista), por otra.

Los primeros, cuyas excelencias personales quedan a salvo por el sentido práctico de sus esfuerzos, por el fin utilitario —aunque altamente humano— perseguido, descuellan como celebridades entre aquellos hombres que buscaron y buscarán crear una sociedad nueva, asegurada contra el mal social, mediante un artificio accesible a la voluntad humana. Todos clamaron con elocuencia generosa por la fraternidad humana y la armonía social, o cerraron incisivos o airados contra los egoísmos humanos. Algunos de ellos son los héroes típicos del Socialismo utópico.

¡Cuán impotente se muestra el hombre, aun el más genial, cuando trata de sacar de su cabeza un mundo social nuevo y el medio de lograrlo! ¿Quién triunfaría en el propósito de imaginar un hombre perfeccionado y distinto del que han labrado las fuerzas naturales en siglos incontables? ¿Quién podría imaginar un orden universal diferente y superior al que nos envuelve?

Y, no obstante esto, ¡cuántos hombres tuvieron aquel ensueño! ¡Cuántos tuvieron la visión (y la tendrán) de un Socialismo o Comunismo que libertara a la humanidad de las dolorosas consecuencias que siempre dio hasta aquí la propiedad privada! ¿Cómo suprimir o neutralizar el egoísmo humano?

Soñó Platón hace veinticuatro siglos. Con puros siglos de cambio, Law intentó resolver el problema del incremento y de la distribución de las riquezas, como si el crédito fuera un valor potencial ilimitado. Soñaron Campanella y Moro. Pensaron los fisiócratas haber ha-

llado el sistema económico natural de las sociedades con el impuesto único sobre la renta de la tierra. Soñaron Morelly y Mably; y ¡cuántos soñaron y soñaron! Cayo Graco Babeuf, pasando de la idea comunista a la acción, entrega la cabeza. Y ahora mismo, ¿no se hace intensa y costosa propaganda del heroico específico de Enrique George, hombre con el corazón colocado más alto que la cabeza, que, remozando ideas de Quesnay y sus discípulos, promete a los que sufren un mundo de armonía y bienestar por medio de simplicísimo artificio, del impuesto sobre el valor del suelo?

La idea comunista parece encarnada en lo íntimo de la naturaleza humana, como reminiscencia de formas sociales primitivas, y resurge siempre en el curso de la historia, en el pensamiento y en los hechos. También parece natural, aunque sea viciosa, la tendencia a saltar, sea como quiera, *de lo que es* a lo que en la idea de cada uno *debe ser*.

Los que os hablarán como maestros, os mostrarán que sólo hay un modo de bien pensar, y que los modos de errar son infinitos. De aquí la diversidad y, muchas veces, la originalidad de los utopistas. Es propio de cada modo particular de errar, formar escuelas. Las ideas científicas, aunque se conserve el nombre de quienes la enunciaron, no forman escuela; pasan al acervo común como ideas universales.

La filiación de Marx es esta evolución científica universal de todos los tiempos y de todos los países. Sus predecesores son cuantos ocasionalmente o de continuo, con más o menos fortuna, se consagraron a la observación, al análisis, al conocimiento de la realidad social, prolongación del mundo físico, envoltura de la que el hombre no puede salirse, como no puede salirse de su piel ni de la envoltura física o mundo natural.

Los hombres se cobijaron, antes de tener arquitectos; hablaron con elocuencia, antes de enseñarse la Retórica. Y así como digirieron perfectamente sin conocer la fisiología de la digestión, asimismo pensaron, y pensaron bien, sin saber lo que era Lógica. Del mismo modo se gobernaron y se administraron e hicieron imperios y civilizaciones antes de que existiese la Economía política y la Sociología.

¿Qué de conocimientos económicos no poseyeron los judíos, en lo antiguo y en lo moderno, los primeros economistas del mundo? El estudio de las relaciones económicas no tuvo nombre hasta Saint-Crestien de Watville, que creó la expresión *Economía política*, en 1615. El comunismo moderno se llamó *Socialismo* desde Pe-

dro Leroux (1832) y Owen (1835). Dio nombre a la *Sociología* Augusto Comte.

Las cosas, viejas como los hombres: los nombres, puntos menos que contemporáneos. Y es que por las conexiones de la evolución social con la evolución ideal, la sistematización de los conocimientos relativos a la economía social habría de ser cronológicamente la última construcción científica.

¡Con qué afición, con qué entusiasmo generoso se estudiaban las relaciones económicas en los siglos XVII y XVIII, buscando la verdad con el mismo espíritu que en las Ciencias naturales, para hacer después las aplicaciones a que se prestan los conocimientos útiles, en contraposición a las divagaciones teológicas o metafísicas!

No viéndose, desde luego, el enlace entre los hechos económicos y las formas políticas, no sólo los hombres de estudio, los hombres de negocios, los hacendistas profesionales, sino también aristócratas y hombres de mundo investigaban, disertaban sobre temas de Economía política. Parece que Luis XV corrigió pruebas de imprenta de escritos de Quesnay, médico de la Pompadour. ¡Tan ajena estaba la opinión, en grandes y en pequeños, a la sospecha de la fuerza explosiva de las verdades económicas! Todo se analizaba, todo se discutía, ninguna opinión nacida de la investigación se tachaba de heterodoxa. Como las ventajas del fomento del comercio, de la agricultura y de la industria eran visibles y los obstáculos no menos palpables, bien pronto el grito universal de: «¡Abajo las restricciones, abajo las trabas, abajo los monopolios!» fue universal. La tesis fundamental del informe de Jovellanos sobre la ley Agraria es ésta: «¿Qué es necesario para fomentar la agricultura? Destruir los obstáculos. El interés de los propietarios hará lo demás.»

Todo prepara el triunfo de la libertad de los cambios. De la libre concurrencia deriva rápido el capitalismo, con sus grandezas y sus miserias, con sus esplendores y hediondeces, con la libertad en la superficie, con la tiranía más cruel, devastadora y corruptora del género humano, en el fondo.

Y ¿qué hizo la Economía clásica, construcción científica muy adelantada en comparación con sus primeros esbozos, cuando advirtió que la relación elemental del sistema económico juzgado natural y definitivo era el despojo del productor inmediato y sus resultados de conjunto, la prolongación y agravación de los vicios radicales y de los males inveterados de las civilizaciones anteriores? Pues lo que hizo la ciencia económica universitaria, académica, oficial, la libre de exageraciones,

cuando hubo de escaldarse con la verdad, que en su inocencia infantil juzgara inofensiva, fue pararse en firme; y, en vez de continuar su dirección científica primitiva hacia la verdad, comenzó a dar vueltas alrededor de sí misma, como animal de noria que anda y anda, pero no progresa.

Vano empeño detener el movimiento de las ideas cuando los hechos se precipitaban con velocidad creciente jamás conocida; cuando la propulsión irresistible de la libre concurrencia desenvolvía furiosamente el capitalismo y empezaba ya su acción reactiva sobre la muchedumbre trabajadora.

El modo social anterior había tenido sus investigadores que procuraron describir la realidad social tal como se la mostraba el análisis científico, tan penetrante como pudieron hacerlo. El gigantesco automatismo capitalista necesitaba un investigador de proporcionada grandeza. En la historia del pensamiento humano, Marx es el continuador de la ciencia económica desinteresada de todo otro fin que no sea la verdad por la verdad. La ciencia no es proletaria ni burguesa. Es profundamente revolucionaria, porque es creadora. Transforma, revoluciona la realidad social, cualquiera que sea, porque crea nuevas condiciones de existencia que la sociedad con la libertad de movimientos de que disponga, se esfuerza por aprovechar.

Marx tomó la construcción científica y la construcción social donde estaba y restableció su paralelismo. No degradó a la ciencia haciéndola instrumento defensivo u ofensivo de un estado social determinado. Fue, en Marx, la ciencia social lo que la ciencia es, ha sido y será: la percepción, tan penetrante como sea dable, de la realidad social, cómo es, cómo se mueve, cómo se transforma y hasta dónde se alcanza la previsión de los términos necesarios de su desarrollo.

La inteligencia humana, en su labor científica, es crítica y constructiva. Así, Marx empezó por la revisión de la economía clásica, analizando de nuevo las categorías económicas fundamentales, primarias, sin cuyo conocimiento sólo es perceptible la realidad económica en sus gruesas manifestaciones, sin descifrarlas jamás.

El poder de abstracción de Marx, trabajando en el análisis del valor sobre la obra de sus predecesores, dióle el triunfo, porque lo interno, lo invisible en las relaciones económicas, es *relación de valor*. Bien definido lo que hay dentro del concepto de valor, se tiene la clave de los fenómenos económicos. Todo lo demás es externo, más fácilmente accesible; pudiéramos decir

que es la economía política descriptiva, en tanto que las relaciones elementales forman la textura microscópica, sólo visible para la abstracción, medio de análisis, microscopio, pudiéramos decir, para la trama de las relaciones económicas.

Marx, pues, hizo crítica y construyó ciencia. Su doctrina del valor es ciencia definitiva, aunque sea amplificable en algunas direcciones de su realidad. Y el que había sabido sorprender el misterio del concepto de *valor*, de cuya indefinición o definición imperfecta se resentía toda la ciencia económica, ¿cómo no había de advertir todo lo demás del modo económico visible y tangible que le envolvía?

Los economistas del siglo XVIII percibieron la tendencia progresiva del movimiento económico. Erraron al creer que, destruidos los obstáculos, el movimiento abocaba *ipso facto* al modo económico natural y definitivo. T. Godwin no cayó en este error. En el siglo siguiente, ¿cómo los observadores y cómo un Marx habían de desconocer que ese modo económico era una fase nada más del desenvolvimiento humano? Marx, como ninguno, comprendió y describió la realidad económica contemporánea, no sólo en sus movimientos de conjunto, sino en los íntimos, moleculares, que engendran y explican los visibles para todos y la manera cómo un automatismo que contiene dentro de sí sistemas de fuerzas antagónicas, se transforma a sí mismo, desecha de sí lo que estorba a su desarrollo y eleva cuanto le favorece a las condiciones apropiadas a formas funcionales armónicas.

El genio de Marx fructificó por el método; porque buscó la verdad con espíritu científico en aquellos territorios al parecer más apartados de todo aprovechamiento práctico; elaborando ciencia por medio de la abstracción. Porque como operaba *por la abstracción sobre realidades*, sorprendió la verdad donde la observación de lo puramente externo no ve nada. ¿No hubiera resultado estéril todo su genio si se diera a la invención de un mundo nuevo y de un escamoteo, giro, artificio o procedimiento para transformar en él este viejo, imperfecto y averiado mundo en que vivimos? Carlos Marx es de otra cepa, de otra filiación, de otra casta. Al entrar en el campo donde se hace ciencia, deja fuera su inmenso amor al pueblo, su espíritu revolucionario y toda tendencia utilitaria inmediata. No va a salvar a la humanidad prácticamente, inmediatamente, como un Owen o un Fourier, o a suprimir la cuesta arriba de la historia con un golpe revolucionario como un Blanqui, en quien el espíritu revolucionario contrapesaba al eco-

nomista y al hombre de ciencia. Marx revisó la evolución ideal desde el principio; revisó las afirmaciones científicas y luego, operando sobre la realidad viva, en el país más adelantado económicamente en su tiempo, en Inglaterra, buscó y encontró la verdad social de nuestro tiempo. Le interesan más Aristóteles, el viejo Barbón del siglo xvii, Adan Smith, David Ricardo, Sísmondi..., que Fourier, Luis Blanc y los de esta filiación. Se ocupa de Proudhon para oponer al libro de éste *Filosofía de la Miseria*, la *Miseria de la Filosofía*, porque el error con pretensiones de verdad superior sublevaba a Marx.

Poseído del sentido de la evolución que en su tiempo lo dominaba todo: de igual modo los hechos, que el campo filosófico con Hegel, que el campo de las ciencias naturales con Darwin y Wallace, había de encontrarlo en la realidad económica. Marx fue un evolucionista científico. Acaso, primero un hegeliano; después, por la derrota definitiva del llamado método filosófico y el triunfo definitivo de la inducción y del cálculo, fue Marx un hegeliano al revés, un evolucionista científico, como decimos; él se complacía en llamarse materialista, y a la construcción científica, materialismo económico. Ciertamente en cuanto a realidad; pero no hay idealismo más alto para el hombre que el evolucionismo científico, como no sea un idealismo absurdo.

Marx se nos presenta, pues, en la historia, ante todo, como un inmenso colaborador de la ciencia. La ciencia no empieza en él ni termina en él. No hay cabeza humana, por grande que sea, donde toda la verdad social quepa; porque la verdad social es la proyección de todo el desenvolvimiento social sobre la mente humana. La verdad total se construye con la superposición de todas las proyecciones individuales de valor científico, unas más extensas, otras más penetrantes, pero todas coincidentes en su zona central. El contingente aportado por Marx a la verdad total, esto es, la proyección de la realidad social sobre la mente de Marx, como penetración y como amplitud en un momento dado, pudiera decirse que ocupa todo el campo de los conocimientos económicos.

Pero ya hemos dicho que buscándose sólo la verdad, la utilidad había sobrevenido como añadidura. La verdad, obligatoria para la inteligencia, resultó el continente de la norma de conducta obligatoria moralmente para la voluntad.

La ciencia social dice a quien quiera oírla: he ahí el evolucionismo social; ved cómo el automatismo económico se transforma a sí mismo formando parte de este

automatismo las acciones y reacciones automáticas del elemento humano. Este evolucionismo es inaccesible inmediatamente a nuestra voluntad; pero resulta de nuestra actividad que voluntariamente, dentro de ciertos límites, podemos orientar: sea en el sentido de favorecer el desenvolvimiento humano, bien en el sentido de contrariarlo. La ciencia dice más. Dice que el desenvolvimiento social conduce al bien social. Y esto lo dice con la máxima evidencia científica. Así, pues, quien contraría el desenvolvimiento humano sacrifica el interés general a intereses particulares históricos.

Piense como quiera cada cual. Proceda cada cual como le convenga. Niegue quien quiera la verdad social y créese a su gusto una norma de conducta. No serán menos ciertas dos cosas: primera, que hay una verdad social que es obligatorio indagar y conocer, y que, conocida, marca a la voluntad concretamente la orientación moral; segunda, que todas las fuerzas activas de construcción social, de perfeccionamiento social, aun las que aparecen como más adversas, el capital en sus movimientos, por ejemplo, son acciones propulsoras naturales, incoercibles, de la evolución progresiva.

Marx completó su obra de coloso en la colaboración científica con una colaboración proporcionada en el movimiento social. Como hombre de ciencia, contribuyó a formar la conciencia social. Como hombre de sentimiento y de acción, se sumó a las fuerzas de transformación social para hacerlas conscientes del fin social, de su reacción automática contra el capitalismo y para acomodarlas directamente con su poderosa acción personal a este fin. Acomodó su voluntad a su pensamiento; y la conmoción que su vigoroso empuje imprimió a la evolución ideal y a la evolución de la realidad de su tiempo fue tan intensa que sus vibraciones perduran en las ideas y en los hechos.

No caben ídolos entre nosotros. De la enseñanza de Marx lo primero que se saca es que no debemos ser marxistas. Porque la producción científica es producción social. La doctrina científica no es obra de un hombre ni de un tiempo. Se elabora en una evolución ideal paralela a la evolución social, y sólo tendrá fin cuando, agotado el impulso evolutivo natural en el cerebro del hombre, la evolución social termine.

Y si la verdad jamás se desmiente a sí misma, no permanece estacionaria, se simplifica, crece, ofrece nuevos aspectos a la inteligencia del hombre por un trabajo constante de elaboración interior, todas las inteligencias, las eminentes como las de talla común, pueden

contribuir a la obra de la construcción científica; y quien quiera que añada la observación de un hecho nuevo, quien sorprenda una relación nueva entre los hechos, quien quiera que analice y que medite, puede contribuir a ensanchar el cimiento inductivo sobre el cual se levantan las doctrinas que tienen derecho al asentimiento de la inteligencia humana; no, claro está, por coacción externa, sino por la fuerza irresistible del convencimiento interior.

Mi deseo de complaceros, mi propósito de indicaros la diferente filiación de Owen, Fourier, Saint-Simon, Luis Blanc, Proudhon, de un lado, y Carlos Marx, de otro, del cual la saliente personalidad de Lassalle es una derivación política, me ha llevado más allá de los límites a que yo hubiera querido reducirme; no he sabido vencer el poder de asociación de las ideas.

Era imposible que al establecer aquella diferencia y oposición de las dos filiaciones de aquellas grandes figuras de la historia del Socialismo que buscaron la verdad por caminos diferentes, no fuera conducido por la necesidad lógica a las naturales consecuencias, que, en resumen, son:

1.º Los caminos de errar son infinitos. El camino de la verdad, el método, el bien pensar es sólo uno.

2.º Grande es el valor de la verdad; pero vale más el conocimiento del método que a ella conduce. Por el método podemos encontrarla nosotros mismos. Por el método se amplifica, se legitima y se comprueba. Por el método se establece la concordia entre las inteligencias que, siguiendo el mismo camino, han de llegar al mismo punto.

3.º La verdad es contraria al régimen económico actual y está con vosotros. Poseída la verdad, lo demás vendrá por añadidura.

Ahora os voy a decir lo que de ninguna manera puede sacarse de lo que os he dicho. Entendería al revés, tomaría el rábano por las hojas, como vulgarmente se dice, quien dedujese de lo precedente que mi consejo y mi propósito son convertirnos a vosotros, trabajadores, en unos muchachos juiciosos y consagrados al estudio, en espera de que la cultura del proletariado aporte como don llovido del cielo vuestra redención. Todo lo contrario.

Yo me atrevo, entre vosotros, a proferir lo que parecerá una blasfemia dicho desde esta cátedra. La civilización y la transformación social, que es su continuidad, no se engendra por la cultura. ¡Cultural! ¡Cultural! Ese es el clamor general, y yo os digo: La transfor-

mación social no se engendra directamente por la cultura. *Se engendra por la aplicación de la cultura.* Y la aplicación de la cultura es *acción, acción inteligente*, pero acción. Y esa acción es, trabajadores, vuestra función específica y el objeto de nuestros afanes.

¿Qué importa la cultura que se tiene y no se aplica? En España abundan los hombres inteligentes; no escasean los hombres cultos y cultísimos, y cultura de mejor o peor ley han tenido y tienen muchos de nuestros políticos y gobernantes. Pero ¿qué aprovecha al pueblo, a la muchedumbre que trabaja y sufre, toda la sabiduría de los intelectuales, de los políticos y de los gobernantes, si les vemos transigir cobardemente con los errores comunes más desacreditados, con poderes que toda inteligencia noble debe rechazar y no aplicar jamás una molécula de esa sabiduría en pro de la porción de humanidad que es la patria, y de los intereses universales de la humanidad? ¿Qué importa que las frentes toquen el porvenir, si los corazones, los estómagos y las manos están dentro del presente miserable, esclavo de un pasado muerto?

El hombre no es sólo inteligencia. Es sensación e impulso. La inteligencia convierte los impulsos naturales en propósitos racionales y guía la acción para hacerlos triunfar.

Os he dicho que la verdad está con vosotros. Y como la verdad tiene por equivalente externo la realidad, yo os dije que la realidad está con vosotros, que el desenvolvimiento social que *la marcha natural de las cosas* os es favorable. Pero vuestra misión y vuestro deber no se limitan al papel de espectadores y de persona paciente. Debemos conocer la marcha natural de las cosas para propulsarla con la acción.

La verdad, expresión mental de la realidad, fue adversa a los esclavos y a los siervos, a toda vuestra ascendencia histórica. Hoy, la verdad es la punta de diamante de la fuerza obrera. Por ella penetrará hasta las entrañas del organismo capitalista para transformarlas, pasando, invulnerable, entre fusiles y cañones. Por ella (y los hechos ya lo demuestran), el proletariado ganará las grandes batallas incruentas que en nuestra edad van a decidir del porvenir del mundo. La fuerza no es siempre violencia material; sirve para evitarla.

Triunfaréis por la unión, por la asociación siempre creciente, por la organización, por la disciplina. Es menester que el espíritu de asociación cunda por la clase trabajadora española como un benéfico contagio.

Mi consejo de viejo amigo es la acción inteligente,

pero siempre y en todos los momentos la acción. Incumbe a vuestra acción acelerar el advenimiento, ya próximo, del régimen propicio, a las satisfacciones del espíritu: al cumplimiento de la ley moral.

Y aquí he concluido. Maestros van a hablaros. Ellos van a presentaros el escenario de la historia; y en él veréis revividas moverse figuras cada una de las cuales contiene un mundo de enseñanzas.

Mis palabras no tienen más valor que una sencilla advertencia preliminar.

Mejor hubiera querido hablaros. Así hubiera podido apreciar por mí mismo el momento en que empezaba a molestaros para no seguir abusando de vuestra benevolencia conmigo.

Pero yo estoy seguro de que todo me lo perdonaréis, porque os he molestado sólo por el gusto de complaceros.

CIENCIA Y PROLETARIADO. PRODUCTIVIDAD POTENCIAL E INVERSION DE FUERZAS *

Dos expresiones de la vida en nuestra época, a la par grandes, a la par hermosas, admirables por la magnitud y armonía de sus formas, consoladoras por la sustancia social y moral que llevan dentro, son la invención científica y el movimiento proletario.

* *El Liberal* de 1 de mayo de 1912. Nota del periódico: «Con viva satisfacción publicamos el siguiente artículo, obra de un pensador ilustre, que, movido por el apremio de las crisis modernas, vuelve al combate.

»Durante los primeros años, subsiguientes al de 1889, en que el Partido Socialista Obrero de España se organizó y se difundió por toda la Península, fue el doctor Jaime Vera el compañero constante de Pablo Iglesias en los meetings y en las manifestaciones. Ambos llevaron a cabo la sementera que ha dado tan copiosos frutos.

Achaques y tristezas le habían inducido a callar en los últimos tiempos.

Hoy habla de nuevo, y es grato para *El Liberal* que lo haga desde sus columnas.»

El Socialista reprodujo el artículo con la siguiente nota previa de Vera:

«Como de mis cosas propias no acostumbro a hablar, cada cual puede referirlos según su impresión. Así lo han hecho cariñosamente queridísimos amigos de toda la vida al publicar en *El Liberal* este artículo escrito para el 1 de mayo.

He procurado profesar doctrinas científicas acerca de la economía social, y mi acción socialista y obrera ha consistido sencillamente en

¡Los progresos científicos!... Poned aquí una oda a la ciencia. Yo sólo voy a fijar un momento la atención sobre su poder revolucionario o sobre su poder transformador, que tanto monta, pues en el hecho y en la idea lo que importa en la revolución son las nueces y no el ruido.

Bien entiendo que podéis dudar de ese poder transformador o revolucionario de la ciencia vosotros a quienes sólo han llegado las ventajas gratuitas de la civilización. Pero vuestra hora es llegada. Bien pronto veréis que no hay explosivo tan destructor como la verdad científica, ni potencia creadora que pueda alzarse ante ella como semejante.

Es la ciencia producto acumulado de las rebeldías de la inteligencia contra todo lo que se nos opone como misterio. Por su obra ya realizada se podrá raer de las relaciones humanas la inmensa tajada de barbarie originaria a ellas apegada todavía.

Fue al principio tan suave, tan atrayente, tan productivo el trabajo, que los hombres se juntaron no para aumentar el efecto útil con el esfuerzo colectivo, sino para no trabajar. Con valor y estratagema cayeron sobre el grupo humano extraño, y con estrago despojaron a sus semejantes; y viendo mayor utilidad en su esclavitud que en su exterminio, los redujeron a trabajar para siempre en provecho ajeno.

¡Cuánto más fructifera la lucha contra los hombres que contra las fieras o contra las resistencias de la Naturaleza, cuyos dones gratuitos se acaban pronto y sólo a cambio del afán rudo del trabajo nos sustenta y nos cobija! La misma fuerza que despojó y esclavizó a los hombres sirvió para perpetuar el despojo y la esclavitud en su descendencia.

De este modo se hizo relación social fundamental la esclavitud y el despojo perdurable de los vencidos. ¡Qué esfuerzos los de los hombres para emanciparse del trabajo, esto es, para vivir del trabajo ajeno! La necesidad primero, el ansia de más y de mejor vida y, ya entablada la lucha, los peligros de toda inferioridad de poder, lanzaron a unos hombres sobre otros y establecieron entre los hombres las relaciones de fuerza, la dominación política y la explotación económica. Identifica

estar, tal como yo he sido, dentro del movimiento y con los compañeros siempre en cuerpo y alma.

Mis deberes de médico, deberes que no permiten ser pospuestos a capricho, y las crisis de mi salud, han impuesto e imponen límites a mi actividad en el cumplimiento de lo que yo considero obligación común a todos los hombres, y más especialmente a los profesionales del trabajo mental.»

al hombre con las bestias la pasiva acomodación a las condiciones económicas preexistentes. Caracteriza al hombre y le define su rebeldía y el triunfo de un esfuerzo inteligente sobre ellas. Pocos hombres lograron así disponer de lo superfluo, sujetándose la muchedumbre a carecer de lo necesario. En vez de sujetarse a las asperezas y escaseces que imponía la mezquina productividad del trabajo primitivo, los hombres no se detuvieron, buscando la vida integral, ante el robo, ante el asesinato, ante las formas más crueles y brutales de la dominación. Y la naturaleza humana no ha cambiado. Sólo renuncia al despojo, a la violencia, ante un poder que equilibre el suyo. Los pueblos glorificaron a los conquistadores. Ellos traen riquezas, traen tierras, traen esclavos, traen gloria a la comunidad. Gloria fueron el asesinato y el robo colectivo, y la ley y la fuerza los erigieron en institución fundamental que aún perdura. Por su mayor parte, las necesidades privadas y públicas de la sociedad libre se satisficieron en lo antiguo con la diferencia entre el producto del trabajo esclavo y el miserable consumo de los sometidos a la esclavitud. No de otro modo en nuestros días las necesidades individuales y colectivas se satisfacen, acumulándose en las manos de la clase capitalista las diferencias entre lo producido y lo consumido por la muchedumbre trabajadora. La explotación, la devastación, la forzada sumisión de la inmensa mayoría social a un esfuerzo productivo máximo y a un consumo mínimo insuficiente para su sostenimiento como clase, es la condición de existencia, la relación primordial, la institución fundamental de la sociedad en que vivimos.

Propia fue de su tiempo esta relación fundamental mecánicamente determinada: primero, por la improductividad del trabajo; segundo, por la desigualdad de poder entre los grupos humanos. Improductivo el trabajo y desigual la fuerza, muchos habrían de trabajar para pocos.

Dentro de la civilización moderna, aquella relación fundamental es *heterócrona*, fuera del tiempo, fuera de las condiciones del tiempo, y para quien así la perciba es inmoral, es criminal; y es crimen social e inmoralidad privada no hacer propósito racional de eliminarla y no poner al servicio de este propósito toda la voluntad disponible.

Hoy, prácticamente ilimitada la productividad del trabajo, el trabajo libre de pocos (relativamente) en cada forma de producción bastaría para todos; y la inversión necesaria de las intensidades de las fuerzas sociales

impondrá la concordia de los esfuerzos, en la que hallarán los hombres lo que nunca pudieron prometerse de la violencia y del despojo.

La ciencia aporta los incrementos ilimitados de la productividad.

El movimiento proletario expresa la inversión de fuerzas que aportará, con el desplazamiento total de los poderes económicos, la concordia social.

No ha cambiado la naturaleza humana en tan breve tiempo. Operando en condiciones opuestas, los resultados se invierten.

Es siempre el hombre, que, rebelde a las condiciones económicas preexistentes, se esfuerza en perfeccionarlas en su beneficio, en acomodarlas a sus necesidades y pasiones. El equilibrio vendrá, no por la renunciación, sino por la inteligencia de los egoísmos.

El programa de la humanidad no está en los menugados de los gobernantes y políticos, histriones, los más, de la historia, sin colaboración en su argumento. Es problema práctico de la ciencia, siempre planteado, el de eximir al hombre de las penalidades del trabajo físico y aun del trabajo físico, sustituyendo su pobre fuerza muscular por las poderosas energías de la naturaleza, y su habilidad manual por mecanismos más precisos, más rápidos, más exactamente coordinados que las manos mejor ejercitadas, relegando al hombre a la dirección inteligente de estos portentos de fuerza, delicadeza y precisión.

Ciertamente, no ha conseguido la ciencia eximir al hombre del trabajo manual; pero de tal manera ha aumentado su poder transformador (en cantidad y calidad) sobre las sustancias y las energías de la naturaleza que la productividad del trabajo humano (en valores de uso) pudiera tenerse prácticamente por ilimitado. Y como la producción máxima de cosas útiles hace posible la máxima satisfacción de las necesidades humanas, "el interés social práctico inmediato es la conversión de los potenciales de productividad que la ciencia pone al alcance de los hombres en productividad actual".

Estos incrementos de productividad son la condición de tránsito del trabajo asalariado al trabajo emancipado; de la transformación del trabajo, de condenación verdadera, en función normal fisiológica del hombre; de la transmutación del explotado de hoy, en un cooperador libre de la producción y copartícipe de lo producido. Por los aumentos subsiguientes de productividad un número de hombres relativamente decreciente bastaría

para una producción absolutamente creciente. La productividad artística y la científica, manantial de la humana prosperidad, no tendrían más límites que los del ingenio.

Pero se dirá: si la relación de desposeídos y poseyentes, fundamento del régimen, es "heterócrona" con respecto a la evolución científica, no lo es respecto a la evolución social. Hay posibilidad científica, esto es, posibilidad natural y posibilidad virtual en productividad actual, pero no hay posibilidad histórica. Sería menester para ello invertir todo el sentido de la correlación social. Y la sociedad no es picadillo que pueda acomodarse a un molde ideal prefijado, como se infunde en una tripa para fabricar embutido.

Efectivamente, es el régimen social, es la correlación social que deriva de aquella relación fundamental el obstáculo a la conversión de la productividad potencial disponible en productividad actual, que es, evidentemente, el interés social. Así, efectivamente, aquella relación y aquel régimen son científicamente antisociales; y el interés social consiste, no en la persistencia, sino en la transformación del régimen. En el régimen actual, el mismo obstáculo que limita los incrementos productivos obstruye el acceso de los beneficios de los incrementos productivos posibles a la clase productora.

Bien, se dirá: pero esa transformación, ¿cómo se hace? Y respondemos: "cómo se hace la transformación social", no es conocimiento inmediato. La percepción del argumento histórico y de su mecanismo no es percepción vulgar. Es percepción científica, es ciencia social, es "verdad social", tan obligatoria por la fuerza interior del propio convencimiento como la verdad física más demostrable.

La transformación de la productividad potencial en actual exigirá primero, la asunción de los poderes económicos por las fuerzas activas de la producción, no para depositarlos en manos del Estado, patrón moral y técnicamente incapaz de administrarlos, sino para poseerlos las mismas fuerzas productivas, para ejercitarlos, para coordinarlos y propulsarlos por sí misma; segundo, la organización científica de los poderes automáticos o impersonales de la producción, y tercero, la coordinación de los elementos personales de la producción sobre la base física de los poderes automáticos organizados.

Y bien: ¿cómo se hace esa asunción y esa organización de los poderes productivos? Lo que equivale a repetir la pregunta anterior: ¿cómo se transforma el régimen?

No se trata de proponer un artificio, un escamoteo, un procedimiento que tenga la virtud de transformar el régimen económico. No soñamos con Platón, ni preconizamos panaceas ni específicos, ni siquiera el heroico del buen Enrique George, fisiócrata tan de moda. El desenvolvimiento histórico se fragua en la continuidad del vivir, por cuantas acciones y reacciones hacen obra de creación, de eliminación, de renovación social. No cabe en el cuadro modesto de este artículo exponer este automatismo admirable, incluso en el automatismo universal, que, llegando a hacerse consciente en la inteligencia humana, provoca en ella reacciones deliberadas con las cuales tiende a regirse y coordinarse a sí mismo.

¡Ah! ¡Si la sociedad fuera sabedora de sí! Dichosa edad y a la vez miserable la nuestra, que no se atreve a tener por ideal remoto lo que es ya realidad viva y palpitante; realidad que puede conocerse si se mira, que puede dominarse si se conoce, y realidad tal que, si el elemento humano no se previene y la previene para las acomodaciones recíprocas, será arrollado por su desenvolvimiento incontrastable. Si la sociedad conociese sus propias obras, sus fuerzas, sus movimientos, los obstáculos y los resultados de vencerlos y sus fuerzas no fueran contrapuestos, el progreso sería función racionalmente regida. No tardará en serlo.

Mientras tanto, la progresión social sigue la resultante, que se inclina hacia la fuerza más intensa.

Breves palabras nada más sobre la inversión de las fuerzas sociales que delante de nuestros ojos se opera, y suministrará la posibilidad histórica de la transformación económica.

Debe fijarse la atención sobre el hecho más grande de la actualidad social (si no es el movimiento científico). El mismo que hasta aquí fue el culminante en la historia moderna, la competencia internacional en todas sus formas, queda relegada a secundario lugar. Dicho está que se habla del movimiento proletario.

Su desenvolvimiento externo es más que un cuadro hermoso y conmovedor. es digno objeto de un estudio concienzudo, parte interesante de la realidad social, que no puede desconocerse sin condenarse a andar a tientas. Más importante es todavía su movimiento interno, los cambios que se operan dentro de él, en su alma; porque por ellos es algo más que una masa humana que desea y se mueve; porque en la medida que su alma, su inteligencia y su voluntad van penetrándose del espíritu de la verdad social, así su significación cambia, convirtiéndose de movimiento instintivo en representación del

interés social íntegro, de la sociedad entera, sabedora de sí misma que va a tomar posesión de sí misma.

Por tres fases pasa el movimiento proletario. En cada una de ellas su significación es diferente, su acción diferente, su conexión con el dinamismo social distinta, diverso el objeto de sus esfuerzos, ¡cosa extraña!, más accesible cuanto más grande, más cerca del éxito cuando aspira a todo que cuando reduce su pretensión a poco.

El ala de la verdad rozó a los humildes, a los que tienen poco, pueden poco, saben poco. Primero, los hizo fuertes; mañana, triunfadores. Nadie tema su triunfo. Con ellos triunfa, por primera vez, el interés social en su plenitud, la ley moral, y lo que importa más, la práctica de la ley moral, asequible a todos.

Jamás la fuerza, el fraude, la corrupción, la abyección misma del propio miserable estado sometió del todo a los desposeídos, a los explotados. La naturaleza humana se ha rebelado siempre en ellos y más en los más hombres. En esta primera fase los proletarios no difieren de los esclavos y los siervos. El dolor, el odio legítimo, el alzamiento de la naturaleza humana contra la "necesidad" social es algo muy grande, muy generoso, muy conmovedor; pero no tiene virtud para crear condiciones sociales que permitan variar esencialmente las relaciones de clase, y, en general, las relaciones humanas. Han de haber cambiado las condiciones de existencia para que puedan ser aprovechadas en acomodaciones más favorables. Por eso, jamás triunfaron las guerras serviles. Aquí surge la sombra de Espartaco, con gloria bastante para evocar con su recuerdo el heroísmo de todos los oprimidos luchando por su libertad. Por desgracia, ni la libertad física, la libertad sin derecho, la libertad de las fieras era posible, como hecho general, en un mundo que tenía por cimiento, por condición esencial de existencia, la esclavitud del trabajador. Sacudir el yugo del esclavo, del siervo, del asalariado, conservando el régimen social, que vive porque hay esclavos, porque hay siervos, porque hay asalariados, y no sabe y no puede vivir de otra manera, es inaccesible a todo poder. La sociedad entera se defiende ferozmente contra quien la ataca en la relación económica, cimiento de su existencia. La unión en el odio contra la tiranía por el interés de clase suena en el campo contrario como rebeldía contra el interés social, y esclavos, siervos y proletarios son tratados como rebeldes por el exterminio. Hasta puede sentirse ganancioso el interés social con la rebeldía, que, al provocar la represión sangrienta,

afirma y consolida la disciplina necesaria. En cambio, sin esfuerzo y por cambios históricos que modifican las condiciones de la existencia social, toda la correlación social puede cambiar. Al sustituir al poseedor de esclavos el señor feudal, pequeño soberano de la tierra, deja a la tierra el cuidado de alimentar a los hombres a quienes adquirió con ella, y la esclavitud se convierte en servidumbre sin insurrección, sin rebeldía, por la pasiva acomodación a un tipo nuevo de correlación social.

En su segunda fase, el movimiento proletario adquiere una significación suya propia, aunque recuerde alguna vez la elaboración del estado llano. La unión de los proletarios, su asociación dentro del oficio y entre los oficios, dentro de la nación y fuera de la nación con el sentimiento y la idea de la solidaridad con el propósito racional de la mejora, el espíritu de clase y la clara noción del interés de clase, y como instrumentos de lucha todas las fuerzas de la cooperación, la resistencia, el ejercicio de los derechos políticos debe considerarse, si se mira dentro del mismo movimiento proletario y en relación con el objeto que intencionalmente se propone, como una tendencia al propio perfeccionamiento. La fuerza obrera, fuerza natural primero, instintiva, automática, emocional, se convierte en reflexiva, se hace capaz de convertir sus impulsos naturales en propósitos racionales, poniendo en juego todos los medios a su alcance para conseguirlos. La común defensa, el mutuo auxilio, el esfuerzo combinado, todos los procedimientos de la táctica obrera tienden a los mismos fines: disminución de la jornada, aumento del salario absoluto, protección de la propia dignidad y del propio derecho, y, como se dice, el mejoramiento material, intelectual y moral de la clase trabajadora. La comparación entre la inmensa fuerza que manda la acción solidaria y la positiva modestia de los objetivos a que se consagra, mantiene constante la ilusión de un progresivo e indefinido mejoramiento de la clase trabajadora dentro del régimen capitalista, sin atacar "los fundamentos sociales", y realizando la armonía ensalzada y cantada por los teóricos, seguros de no ser cogidos y triturados entre los rodajes inflexibles del sistema económico. Ilusión que pudiera ser realidad en ciertos límites, puesto que "en abstracto" son posibles y hasta de utilidad social todas las mejoras de los grupos obreros, que son reproductivas para el capital, y, para la sociedad, fomento de las fuerzas productivas.

Si esta fase del movimiento proletario se considera desde fuera de él, y en relación con el conjunto del

automatismo capitalista y como parte de él con su función propia, representa entonces algo que está fuera del campo de las intenciones proletarias. Aparece como "un mecanismo compensador" de los que el automatismo capitalista crea y desarrolla dentro de sí para defenderse de sí propio, pues al mismo tiempo que en su desenvolvimiento, el automatismo capitalista simplifica y acentúa las contradicciones irreductibles que en sí contiene, concilia todos los elementos susceptibles de acomodamiento provisional y crea correlaciones definitivas, que son las formas embrionarias del régimen que ha de sucederle. Estas formas, imperfectamente desarrolladas dentro del capitalismo, alcanzarán todo su desenvolvimiento, llegando a ser órganos perfectos fuera de él, roto el organismo donde son formación endógena.

Se indica aquí la teoría de estos mecanismos compensadores y su importancia, porque sólo conociendo su fisiología es como puede medirse exactamente el resultado útil máximo de su función. Aquí, como en muchas partes ocurre, falla el "sentido práctico". Sólo el conocimiento total del sistema, la doctrina, la realidad científica, puede ser principio de acción y de previsión.

Siendo lo que socialmente se capitaliza en manos de la clase poseedora (el capital social en la forma en que la sociedad puede poseerlo, dentro del sistema capitalista) la diferencia entre lo que la clase trabajadora produce y lo que consume, el interés de cada capitalista, sin límite alguno, es aumentar todo lo posible esta diferencia. El interés social es también elevar esta diferencia a su máximo, con un límite "racional": que las fuerzas productoras no se mermen por el exceso de explotación. Y todos, obreros, capitalistas y sociedad en general, tienen un interés "racional" común: el de aumentar el consumo obrero, en tanto que este consumo sea en cualquier forma reproductivo: esto es, un aumento absoluto de lo que la clase trabajadora rinde a la sociedad en manos de los capitalistas. Los gobiernos, en su papel de representantes del interés nacional, y hasta de protectores de la clase trabajadora con la legislación llamada de protección obrera, actuando sobre los aranceles y por medio de los impuestos, alguna parte de ellos destinada a auxilios obreros, han insistido mucho en esta función que se ha llamado intervencionismo del Estado (mucho más antiguo que el capitalismo y con más poder de acción antes de ser su órgano), fomentando esperanzas absolutamente fala-

ces o equivocadas. Más antigua que el capitalismo es la protesta obrera. No mucho menos de un siglo tiene de fecha el comienzo de la legislación obrera, y bien puede afirmarse que no ya la clase trabajadora en conjunto, cuya inmensa mayoría sufre indefensa, ni siquiera los grupos obreros más protegidos, han podido conseguir aquellas mejoras que, atendiendo sólo a su interés, es "racional" se otorgaran espontáneamente por capitalistas y Gobiernos: las que aumentan el rendimiento obrero.

¿La causa de esto? Son razones políticas las de esta resistencia, porque toda conquista obrera tiene un valor político: aumenta la intensidad de una fuerza que ha de triunfar, porque, sabiéndolo o sin saberlo, encarna el interés social y es amenaza constante de cada capitalista y del régimen. Se la ha halagado para desarmarla. Los esfuerzos y los ardides para debilitar la organización proletaria son infinitos. Pocos son los obreros cándidos que pueden creer en una mejora progresiva, dentro de un régimen que les pondría a dieta de aire, si fuere susceptible de apropiación y de venderse por partes.

En fin, toda la estática y toda la dinámica obrera presenta otra fase y tiene otra significación.

Prescindiendo de lo consciente y de lo intencional, todo el esfuerzo obrero por su propia mejora, todo lo que hay en él de real y de ideal, dirigido hacia su propio auge y perfección, considerado en sus relaciones con el total desenvolvimiento humano, es un inmenso trabajo de ascensión y de acomodación a las altas esferas, que ha empezado a ejercer en la transformación social que a nuestros ojos se efectúa, y a las más altas que ejercerá en el mundo social de su emancipación.

El movimiento proletario representa una corriente central automática, poderosa, incontrastable. Con ella van las fuerzas que fraguan la historia. Dentro de ella, en torno de ella, en direcciones paralelas y convergentes, se enlazan y combinan todos los agentes de propulsión social. Las inteligencias ilustradas con la doctrina científica del actual desarrollo histórico, dentro de la gran corriente, dan a esta corriente la conciencia de sí misma, el conocimiento de su función, y la acomodan idealmente al porvenir.

La fuerza es una parte del poder. Unida a la inteligencia ha hecho y hará maravillas. La fuerza contrarresta a la fuerza contraria; la inmoviliza, la hace ineficaz, y, en caso supremo, destruye los obstáculos que opone la fuerza contraria. Pero la función de esta in-

mensa corriente, cuyo caudal central es movimiento proletario, no es de fuerza. Su acción ha de ser mover la inteligencia y la voluntad social, sobre todo con los grandes hechos, con los grandes episodios de la lucha. Los hechos sacuden la modorra de la sensibilidad, hacen pensar y convencen o sugestionan, y la voluntad pasa de hostil a indecisa y de indecisa a activa. Movilizar la sociedad; eso no se hace a la fuerza. No tiene que luchar esta corriente en lucha directa contra los armamentos de mar y tierra, contra la fuerza material de los gobiernos ni contra los poderes económicos. Todos éstos son poderes nacionales, que ora acompañan a la conciencia social en la errada presunción de la utilidad del actual régimen, ora acompañarán a la clara conciencia del interés social. Los actuales poseedores no tienen personal soberanía, ni sobre la fuerza de trabajo ni sobre los medios de producción. Defiéndense los Poderes públicos, nacionales, sociales, con alma y conciencia capaces de percibir el interés social, que últimamente es el suyo. El fondo de defensa del actual régimen es fuerza proletaria. Los poseedores han sido despojados por su misma situación privilegiada de toda representación social y moral y de toda fuerza propia. Todos los valores y poderes sociales han cambiado de lugar; *sólo falta que se den cuenta de sí mismos.*

Concretamente, prácticamente, la corriente de transformación social ha de asumir con los poderes económicos todos los poderes sociales. Todo el mundo se pregunta: ¿Cuándo? Y se habla de un ideal lejano.

No. La gran corriente asumirá los poderes económicos cuando sea capaz, no de dominarlos un momento, sino de poseerlos, de organizarlos y de coordinarse sobre la base física de esta organización. Y adquirir esa capacidad depende, en su mayor parte, del esfuerzo propio.

Las dificultades naturales están vencidas, no las hay; dificultades técnicas, tampoco.

Es cuestión de poder, y el poder es fuerza e inteligencia.

Y, de este modo, la reacción defensiva de una clase se convierte en esfuerzo social eliminador de la "heterocronía" económica, de la barbarie originaria, de lo que resta, en la correlación social, de lucha del hombre contra el hombre.

1 de mayo de 1912.

JAIME VERA

EL ESPECIFICO DE ENRIQUE GEORGE *

El espíritu humano, ávido del milagro, se regocija infantilmente cuando cree encontrarlo todavía. Ante lo que obra la naturaleza, bien en sus acciones ciegas, bien tomando conciencia a través de la mente de los hombres, el milagro apenas osa ya representar lo sobrenatural y a ser lo contranatural ha de reducir sus pretensiones. El milagro es el atajo sin escabrosidades ni pendientes. Es el resultado sin el esfuerzo. Es la invitación a desear, a pedir, a no hacer. ¿A qué bueno nuestra labor humilde? ¿A qué el afanoso bregar de las generaciones en los siglos acumulando medios para realizar fines, si el milagro puede ponernos de un salto en el ápice mismo de la pirámide de nuestros deseos?

Estas reflexiones viejas como el pensar a derechas, nunca envejecidas y aplicables a cada momento con la lamentable oportunidad, saltan en el pensamiento de quien quiera lo fije en las opiniones económicas adscritas al nombre de Enrique George, a menos que una excesiva facilidad para admirar no turbe la serenidad del ánimo inadvertido.

En efecto; con algo así como de cosa milagrosa se hace caer la significación de Enrique George en el campo de la ciencia social; no por lo atrevida o subversiva; milagrosa, por ingenuamente anticientífica; milagrosa por la enorme y característica desproporción entre los fines y los medios, dentro de su teoría. (San Marcos, VII, 33 y 35; VIII, 23, 24 y 25, etc.).

Y si no, júzguese. Acabar con los grandes males sociales compañeros de la Humanidad a lo largo de la Historia, destructores de las civilizaciones antiguas cuando parecían llegar a su apogeo, llagas vergonzosas y amenaza de ruina para la civilización presente... ya sería hacer algo. Pero cumplir tan altos fines por medio de una reforma tributaria, sencillísimamente gravando los Gobiernos, la tierra con un impuesto que podría elevarse hasta la incautación total de la renta en beneficio de la comunidad... si no es un milagro, y de los de mayor cuantía, venga Dios y véalo. Y esto y no otra cosa se promete Enrique George con el *impuesto único*. A fuerza de milagro, ¿cómo había de faltarle un séquito de entusiastas?

Desplegadas a nuestros ojos las virtudes del específico mágico, del impuesto único, ante la visión de las dolencias sociales que puede sanar, de los peligros que des-

* El Socialista, 27 septiembre de 1912.

vanecerá, de los bienes que engendrará, el impulso inmediato es lamentar el tiempo perdido y que se pierde.

¡Qué de tormentos y de catástrofes hubiera economizado al mísero linaje humano la idea del impuesto único sobre la tierra si encajara en la cabeza de alguno de aquellos grandes dominadores de los imperios asiáticos de leyenda; en la que aquel rey Asuero "que reinó, desde la India hasta la Etiopía, sobre ciento veintisiete provincias"; en la de alguno de los Faraones de aquel Egipto tan religioso y tan agrario; en la de un Trajano o un Adriano, tan admirables administradores; y no decimos en la de un Marco Aurelio por no llevar el imposible hasta su colmo! Sabía el emperador y filósofo cuán triste figura hace, así la mera idea y el bloque de todas las filosofías, como el Poder político entero, aunque este Poder se llame imperio y sea este imperio nada menos que el de Roma, enfrente de "la causa universal, torrente que todas las cosas arrastra". "Conténtate con pequeñas mejoras; y si logras lo que te propones, no creas que esto es poca cosa". Hoy debe aprender todo niño desde la escuela que por el acumulo de pequeños perfeccionamientos se transforma el mundo.

No faltó soberano en Europa (si nuestra memoria no falla) que procurase para sus súbditos las ventajas del impuesto único sobre la tierra, implantándolo en sus dominios mucho antes de venir al mundo Enrique George y en momentos en que las ideas adheridas después a su nombre se difundían con predominio contagioso. Pongamos que se debió el fracaso a la ignorancia de los tiempos o a la torpe y descuidada aplicación de los principios.

En nuestros días, hecha la luz, explicado por Enrique George durante toda una vida el principio de la succión del rédito de la tierra por el Estado para hacer efectivo el derecho natural de todos los hombres a la propiedad de la tierra; vivo y transportado a todas partes el fuego sagrado de la propaganda, y mejor o peor conocidas estas ideas por gobernantes, políticos y cuantos de economía se interesan por afición u obligación; siendo tan acerbos, universales y apremiantes los males necesitados de remedio, y estando el remedio tan a la mano, los que preconizan el heroico de Enrique George no aciertan a explicarse por qué se cruzan de brazos los Gobiernos, ni la indiferencia de las muchedumbres proletarias hacia una doctrina redentora sin esfuerzo ni sacrificios revolucionarios.

Sin duda, algún obstáculo inmoviliza masas y Gobiernos en aquella dirección felicísima. El obstáculo exis-

te. Está en la naturaleza de las cosas; en la doctrina misma. Parcial o incompleta doctrina que afronta el problema de la tierra y deja intacto el magno problema del industrialismo; doctrina híbrida de su singular socialismo agrario del Estado, erigido en único, inmenso rentista de la tierra, inmensa vaca lechera a cuyas ubres se agarrarían todos los hábiles, y de un individualismo industrial libre campo para toda explotación e iniquidad.

Un análisis medianamente atento de la teoría del impuesto único exigiría la remoción de los más importantes materiales del edificio económico, gentil amenaza de aburrimiento para el lector. Y, no obstante, ese análisis debe hacerse. La dosis de comunismo y las galanas promesas del específico de George pueden seducir y arrastrar a errores de juicio y de procedimiento. Se hará pues, su análisis; pero a pequeñas jornadas, tan sencillamente como se pueda, según y cuando atenciones más urgentes lo vayan permitiendo.

Claro está que rechazar en su integridad la solución de George al problema social, no implica error en todas y en cada una de sus ideas, algunas de ellas las siempre simpáticas del comunismo tradicional; así como descreer de las propiedades miríficas del impuesto único no significa oposición a todo tributo, en el régimen actual, sobre terrenos sin uso y sin explotación aparente.

No de la crítica y menos de la polémica; del juicio espontáneo de los estudiosos resultará el movimiento de reacción que ha de reducir a sus justos términos lo que Enrique George y su obra representan.

Inducir a estudiar, este es nuestro objetivo.

Septiembre, 22 de 1912.

JAIMÉ VERA

LOS INADAPTADOS *

Sobre los elementos políticos y sociales activos, hostiles a los dos partidos que turnan en el poder y más hostiles al sentido de gobierno a que liberales y conservadores de buen o mal grado han de servir; desde arriba y de boca culta, como descalificación definitiva se ha desprendido la tacha de inadaptados.

Inadaptados.

* *Vida Socialista* núm. 138, 29 de septiembre de 1912, pp. 2 y 3.

¿A qué?

Tal sea la respuesta a esta pregunta, los inadaptados podrán ser el enemigo interior, el obstáculo vivo al auge nacional, o la preza y la gala de la patria, el fermento renovador de los sentimientos, de las ideas y de los impulsos, espíritu de más y mejor vida para esta porción de humanidad en que vivimos y laboramos, donde moriremos y quedarán nuestros hijos.

La función total del cerebro es función de acomodación; y al del hombre, donde la evolución orgánica esfuerza sus perfecciones, corresponde la máxima potencia y la máxima complejidad de adaptación. Los seres irracionales están sujetos a la fijeza e inmovilidad de adaptaciones inconscientes a las condiciones que les rodean, decayendo si éstas son desfavorables, vivificándose si le son propicias. El hombre se redimió de la bestialidad por no acomodarse a las condiciones primarias de existencia. Es el ser rebelde y por su rebeldía fecunda es hombre.

Porque en lucha con las resistencias anteriores, contra las causas de deterioro y destrucción, viven y sucumben bravamente animales y vegetales. Pero sólo el hombre reacciona contra lo exterior desfavorable con esfuerzo inteligente; vence las resistencias exteriores; crea condiciones de vida mejor y, por el cúmulo de sus triunfos sobre el presente, inferior a sus ansias, fragua el porvenir, que es así para la humanidad la esperanza, la razón más poderosa de vivir.

De este modo, enfrente de la acomodación pasiva a lo actual, del conformismo, que, en política, llamaban nuestros abuelos *pancismo*, existe una inadaptación al presente, que, si se mira a derechas dentro de lo fisiológico, es o debe ser acomodación ideal a una futura realidad accesible.

No importa, pues, a éstas o a las otras fuerzas sociales, a estos o aquellos hombres, sean cuales fueren, ser tildados de inadaptados o rebeldes. Pero deben saber, al mismo tiempo, que el descontento, el no conformismo, la rebeldía y aun el sacrificio de la vida en sus aras no son títulos suficientes a la gratitud y al homenaje colectivo. Es menester que esta inadaptación lo sea por superioridad efectiva con respecto al medio, y que este ideal no es un sueño, juego de fantasmas, sino la realidad futura asequible. Y es menester además el esfuerzo creador de las condiciones que hagan viable el porvenir por el cual se lucha.

Siéndolo así, la calificación de inadaptados es gloriosa, y los inadaptados son esperanza de la patria y honra del linaje humano.

23 de septiembre de 1912.

J. VERA

A LOS JOVENES SOCIALISTAS *

¡Juventud! ¡Juventud! Primavera eterna de la vida humana, sonrisa del mundo, ¡tú eres el mañana de más belleza y de más verdad siempre ansiado!

Vamos dejando tras nosotros, los que os precedemos, lo más de nuestra vida, cuyo recuerdo es a la vez nuestro dolor y nuestro consuelo: nuestro dolor, porque vida pasada es bien perdido; nuestro consuelo, porque la perdimos luchando por un porvenir mejor, frente al cual el presente es bárbaro y odioso.

Los llegados ahora tenéis delante un vacío de límites imprecisos, luminoso y encantado, que habréis de llenar con vuestras vidas. El corazón se estremece ante la duda de si se colmará con vuestra ignominia o vuestra gloria. Porque la edad de las almas no se cuenta siempre por los años. Anidan en jóvenes cuerpos almas viejas, y en viejos cuerpos almas de renaciente juventud, siempre abiertas a la renovación ideal, rebosantes de efusivo amor, que se derrama hacia afuera en actividades bienhechoras. Se recibe con la vida la semilla de tan excelsos dones, y con el cultivo se perfecciona en cada hombre su condición natural.

De jóvenes almas está necesitada España, y la carrera de vuestra vida será gloriosa si sois y sabéis ser jóvenes, si os resistís a haceros para siempre desgraciados vendiéndoos al diablo, abdicando por la satisfacción de los bajos egoísmos y de las pueriles vanidades los altos timbres de espíritu y la independencia del carácter; el poder de profesar la verdad liberadora frente a los errores consagrados, encubridores del sordido interés, cimiento de dominaciones seculares; el derecho a salir en defensa del humilde, abatido contra la opresión del poderoso.

Mas no os sugiera vuestro ardor la ilusión juvenil de que el mundo empieza con vosotros. Uno es el mun-

* *Vida Socialista*, 27 octubre 1912 (tomado de *Renovación* y reproducido en numerosos periódicos: *Heraldo de Madrid*, *Liberal de Bilbao*, *El País*, *España Nueva*..., incluso de América —*Vida Soc.*, 12 enero 1913—. También *El Socialista*, 19 agosto 1918 y revista *España*, 22 agosto 1918).

do, y todo en él es continuación. La savia circulante asciende en el árbol desde las raíces hasta las yemas y florece y fructifica; pero a cada floración, por capas concéntricas, aumenta sus diámetros el tronco, y cuanto más añosa, más se robustece y más se eleva la fuerte columna que sostiene las magnificencias de la copa. Así, el pasado es la base del presente, y en las entrañas del presente cuaja, florece y fructifica el porvenir en renovación eterna.

Vosotros, los jóvenes españoles que ya os llamáis socialistas y pretendéis ser la vanguardia de vuestra generación, y habéis luchado y algunos habéis sufrido, estáis obligados a dos cosas.

La primera, que al profesar de socialistas, lejos de haberos metido en las estrecheces de un dogma, habéis roto las adherencias de vuestro pensar a las anquilosis de una forma social perecedera y saltado al ambiente libre, donde todo conocimiento físico o social es buena nueva que se organiza en la ciencia viva, siempre en período constituyente, en perenne elaboración.

La segunda cosa que habéis de demostrar, jóvenes socialistas, es que sabéis mejor que nadie ser patriotas. Porque trabajando en España, laborando vida española y conciencias españolas, y en beneficio más próximo de la porción de Humanidad que es España, vais a consagrar lo más puro de vuestros impulsos a resolver problemas humanos, universales, con localización nacional, pero con solución fundamentalmente idéntica en toda la Humanidad civilizada, porque son resultado de un común modo de vivir social, de un desenvolvimiento histórico fundamentalmente el mismo. Y tomar así los problemas nacionales es practicar la forma más alta del patriotismo racional, y así, como socialistas, podéis reivindicar para vosotros el título de los mejores patriotas. De esta manera, trabajando en la patria y para la porción de Humanidad que es la patria, se vive en la Humanidad y se sirve a la civilización. Y vuestro será el homenaje de España y de la Humanidad civilizada si vuestra potencia creadora hace presión más allá de las fronteras sobre las resistencias al progreso y añadís vuestra parte al perfeccionamiento de la vida universal.

Osad a todo, jóvenes españoles. Nada de lo humano os es vedado. Sea vuestra ansia reconquistar la estimación y el respeto del mundo por la colaboración en su progreso, por vuestro esfuerzo ascensional hacia la civilización armónica, en que los brutales antagonismos, malhadada herencia de la Historia, sean elimi-

nados y sean los objetos sagrados del culto común la justicia y la libertad.

¿No sería indigno de vuestro espíritu generoso limitar vuestro ideal práctico al desenvolvimiento del capitalismo nacional, cuando las naciones más adelantadas nos muestran cómo el capitalismo corrompe la civilización que la Ciencia engendra y que es fase histórica que urge precipitar y eliminar? Sea nuestra aspiración, no lo que las naciones más adelantadas son, sino lo que la parte más civilizada de las naciones aspira a ser.

Este debe ser el axioma fundamental de la actuación española: *Ninguna fatalidad natural nos condena a perpetua inferioridad histórica.*

Históricas, adventicias, transitorias, aunque tremendas y harto durables son, en nuestra patria, las resistencias activas al progreso humano y, de rechazo, al auge nacional. Todavía se yerguen prepotentes, todavía dominan las costumbres y, por su mayor parte, los poderes nacionales, labrando y sustentando tenaces las inferioridades nacionales, por las que, a contrapelo del tiempo, sobreviven. Pero no son invencibles. Ellas sucumbirán, por fin, a aquella estrategia que consiste en el cultivo, la coordinación y el empuje solidario de todas las fuerzas progresivas españolas. El impulso civilizador de fuera coadyuvará a nuestro esfuerzo.

Esa estrategia, jóvenes españoles, es vuestro deber.

La superioridad que conduce a la victoria se alcanza trabajando. Ponga en la obra común, quién el pensamiento, quién la acción, y juntemonos todos para la acción inteligente, que cuanto más inteligente será más eficaz.

Hay que investigar la verdad en todos los órdenes y profesarla, difundirla y aplicarla.

Yo os juro que para alcanzar la verdad, no impulso, pero sí luz de la revolución, que gigantesca avanza, no os podré dar mejor consejo que el siguiente:

Analizad, estudiad por partes. *Tomad un territorio circunscrito de lo que como realidad física o social se nos aparece, y estudiadle a fondo en los hechos mismos, no en las opiniones ajenas.* Después, con la disciplina que da la adquisición de un personal saber, podéis asomarnos al mundo sin desorientaros ante las cuestiones actuales o los problemas eternos, imán constante de la inteligencia humana. Porque en cada fragmento, por pequeño que sea, del Universo, corpóreo o incorpóreo, están las normas constantes conforme a las cuales es

todo y sucede todo. A esta costa el saber guiará y co-ordinará la acción.

No imitéis a la porción más brillante, más agasajada y más inútil de nuestra intelectualidad de ayer como de hoy, que se cierne siempre en las alturas de la generalidad y de la abstracción, haciendo teología y mística sin saberlo, leyendo a otros y pretendiendo decidir de todo sin conocer nada bien a buena cuenta.

No seré yo quien os halague asegurándoos el triunfo. Victoria tras victoria, sí. Los mejores de vosotros nunca se creerán triunfantes. Quien se siente triunfador se para. Y el que se para, ese es el derrotado, es el que se hace viejo, es el estorbo, sólo útil por su desaparición.

¡Jóvenes: sabedlo ser y procurad conservaros jóvenes, esto es, capaces de amar hasta que vuestro cuerpo se derrumbe y vuestra vida se extinga!

¡Si sois así, cuando veáis la mayor parte de vuestra vida ya pasada y os pidáis cuenta a vosotros mismos de su empleo, podréis decir, henchida el alma de melancolía, pero también de satisfacción más pura: he vivido y he sido útil. Corona más alta no la hay en el mundo.

23 de octubre de 1912.

DR. JAIME VERA

LAS DOS LOGICAS *

Un desdichado suicida no quiso morir sin aureola, y se la ciñó de asesino. Sobre la magnitud de la víctima está su condición de ser humano. Ante el infortunio de una vida exuberante tan irracionalmente machacada descubrimos nuestra cabeza, tan sinceros en nuestro homenaje como lo fuimos al contradecir al hombre de gobierno en vida, como lo hubiéramos sido aplaudiendo y sosteniendo la política que sus propandas prometían.

Aquí pondría punto nuestra prudencia al honrado comentario, no parando mientes en los extravíos de la pasión, si un cortejo de interesadas plañideras, con escarnio de la muerte, no pretendiera explotarla políticamente.

El hecho, en sí mismo, es de una simplicísima vulgaridad.

Es la verificación de un riesgo, en todos los tiempos

* *El Socialista*, 22 de noviembre de 1912 (frente a la acusación hecha a P. Iglesias de haber incitado al asesinato de Canalejas).

y en todos los sitios, peculiar a las más altas personalificaciones sociales; como lo es la picadura anatómica, a veces mortal, para los que hacemos autopsias y disecciones. Hecho anómalo, imposible absoluto para la voluntad sana, pudo tener dirección incondicionalmente política, tiene influjo político más en la relación de las personas que en la de las cosas; pero su explicación no está en la lógica política, sino en la lógica de la naturaleza física.

¿Qué mentecato podrá ligar en su cabeza este crimen y las ideas de reforma, de progreso, de libertad, de más verdad, más belleza, más armonía y más amor? Los que reputamos barbarie la imposición de la pena de muerte por el Estado o por la sociedad, en juicio regular, a sus agresores, ¿haríamos al individuo árbitro de la vida y la muerte de todos y de cada uno?

Los que no admitimos otra infalibilidad que la demostración científica, ni más autoridad que el concierto de las voluntades bajo el reconocimiento de la necesidad natural y social, ¿supondríamos en cada individuo toda la sabiduría y depositaríamos en sus manos todo poder para ejercitar la justicia social y decidir de los destinos comunes?

En el lenguaje corriente, donde se contiene una psicología que todos profesamos, se llaman avanzadas las ideas progresivas y de liberación. Al llamarlas así, no las condena, las califica. Avanzadas, con relación al tiempo; avanzadas, respecto a las ideas de la generalidad, por interés o por hábito de no pensar, acomodadas a las cosas como son y como si no hubieran de cambiar. Avanzadas, esto es, anticipadas a lo que somos y merecemos. Modo de ver que, si disputa a las ideas avanzadas el presente, les consagra el porvenir. Y si vamos de la ignorancia a la ciencia, de los conflictos de pura fuerza a las relaciones de moralidad, de la dominación a la libre solidaridad, en el ideario liberal y de consciente coordinación de los esfuerzos no tiene sitio el crimen, que es regresión a inferioridades orgánicas y mentales incompatibles con las armonías primarias, cimiento de la correlación social. El crimen no es instrumento lógico del progreso. Lo ha sido y lo puede ser de la política de dominación. El crimen es, por su esencia, reaccionario. El criminal es, abajo o arriba, un tirano. Y el crimen, doquiera se fragüe, tiranía.

Ahondando un poco. Los que percibimos y comprendemos el desenvolvimiento social (inclusas las reacciones humanas sobre él) como fundamentalmente mecá-

nico y hasta matemático, *numera regunt*, menos que nadie podemos hacer responsables a las personas de las relaciones que no crean a voluntad.

No es el crimen derivación dialéctica de las ideas (se concede); es, se dice, el efecto de ciertas propagandas y de ciertas frases sobre cabezas predisuestas. Y tomando el procedimiento mental de estas cabezas se pretende suprimir las propagandas y los propagandistas.

El P. Mariana responderá por nosotros: Doctriné del tiranicidio no para hacer asesinos, sino para quitarles hasta el pretexto de serlo.

Lo que es previsión, pronóstico, aviso y advertencia en la doctrina, lo tomáis por inducción y amenaza.

En el caso concreto el supuesto es falso. El que aborreciendo la vida determinó despedirse de ella con una hombrada (¡hombrada!, ¡qué absurdo!), todo lo llevaba dentro, propósito e impulso. De fuera sólo tomó la materia. Así, lógico dentro de la cabeza anormal, es de absurdidad política absoluta.

Es vieja teoría. Os asusta, ¡hipócritas!, la cosa, aparentando horror a los supuestos riesgos eventuales de la cosa. Es la propaganda, la enseñanza, la que llena y fortalece a las cabezas, la que os es intolerable.

Por otra parte, ¿qué fuerza tendrían las palabras si no correspondieran a los hechos? Si la pintura de las injusticias sociales y la exhortación al esfuerzo y sacrificio para suavizarlas se tienen por bastantes para disparar un cerebro sin frenos internos e insensible a las coerciones externas, ¿qué falange de impulsivos no lanzaría contra los hombres públicos la realidad de esas injusticias, verlas sufrir por todas partes y sufrirlas en todas sus formas como infierno de torturas sin fin y sin esperanza?

La esperanza de mejora y la posibilidad de moverse para ir la realizando es paz y propulsión del mismo. Alentadla y pacificaréis. Tapad las bocas, meted los movimientos preparadores del porvenir en el cauce que convenga a vuestra comodidad, tratad a los hombres como a locos peligrosos, criminales presuntos o inductores efectivos, y ellos os responderán como cuerdos y tendrán por pequeño el sacrificio de sus vidas por el rescate de la bendita esperanza de una existencia mejor.

Aun esta lucha, en sus fases más violentas y enconadas, repugna el crimen. Es orden de hechos distinto y hasta opuesto. Y es sublime abnegación de los hombres-guías asumir la responsabilidad de la sangre de-

rramada resistiendo al mal o triunfando de las resistencias al bien.

No se confunda a Jacobo Clemente con Hermodia, ni Caserio ni Pardina con el Esteban que libertó al mundo de la fiera imperial llamada Domiciano.

La lógica amorala y sin entrañas de la naturaleza física no es la lógica de nuestras ideas y sentimientos humanos. El peñasco que se desgaja respeta al facineroso cobijado en una concavidad y aplasta al corrillo de niños que juguetea en la ladera. La pululación vital de gérmenes infimos destruye miríadas y miríadas de seres superiores. Y en lo humano, organizaciones aberrantes expresan su vida por reacciones, en el racional sentir y pensar, monstruosas.

Pero no vale dar coces contra el aguijón. La defensa ha de ser inteligente para ser adecuada y eficaz.

La existencia de anormales en los que se invierte el sentido de la evolución natural y engendra la destrucción, plantea un magno problema: el de la selección sexual. Porque la genealogía es el terreno donde la progresión y la regresión orgánica se hacen.

Sobre esta y otras cosas, las más importantes para el linaje humano, la sociedad sabe poco y puede poco. La mayor riqueza es todavía privada. La pública no basta para armar ejércitos y escuadras colosales que han de despedazarse unos a otros científicamente o contrapesar los antagonismos económicos de los que son medida.

Y lo poco que se puede, no se hace. Y un algo de este poco es sacar los casos de aberración mental de la política y colocarlos en el de la patología. Magnificarlos de algún modo, asignarles trascendencia política, es fomentarlos.

La persecución hizo epidémico el suicidio por martirio. El tormento era cebo. Los cristianos prudentes cohibieron el mal descalificándolo. Teniendo por infamante el sacrificio por delectación.

Mientras sea un valor, en vida y en muerte, el arrojo para la atrocidad, la inferioridad tiene a la mano su desquite. Ser primero un momento, aunque sea para merecer execración. Porque "gran personaje es el nombre de primero".

Nosotros, no. Los que buscáis finalidad en los movimientos ciegos de la naturaleza podríais pensar si la degeneración humana no castiga la negligencia de la sociedad hiriéndola en sus representaciones más aparentes.

Y demos fin al comentario, alargado contra nuestro

deseo y hartó breve para las cuestiones que toca, con estas palabras:

¡Paz a los muertos! Y puesto que es ineludible la contienda entre los vivos, sea inteligente.

18 de noviembre de 1912.

DR. JAIME VERA

CARTA A «EL LIBERAL» *

Aunque la esperaba, he leído con asombro la sentencia. Sí, la esperaba. Era muy de temer la agresión contra la Prensa; contra la odiosa Prensa, por parte de gentes que ven escaparse de sus manos el que siempre tuvieron para defender un estancamiento de ideas y de cosas, tan cómodo para ellas.

Nuestra pequeña, lenta e incompleta revolución (así está después de un siglo) sólo ha tocado lo más somero de nuestra sociedad: algunas formas de la relación política.

La sustancia de las clases permanece intacta. Las fuerzas retardatarias, tradicionales, conservan todos los poderes del Estado, y por la continuidad de la posesión, el de la costumbre. El soplo renovador sólo ha movido las hojas. Quedan los troncos y las raíces. No ha entrado en la Universidad; menos en los tribunales.

En fin, ¿qué he de decir a *EL LIBERAL*? acaso conviene que todos sintamos un poco la necesidad de ser revolucionarios.

No es necesario que pondere mis sentimientos por el perjuicio personal que causa la sentencia y por el daño y el agravio de la Prensa en general; de la Prensa, que es de lo poco que en España alienta con espíritu de liberación.

JAIME VERA

LAS CLASES *

Una inteligencia nuestra que tratará debidamente de las clases, y, en concreto, de las españolas no se recluiría en el puro obrerismo, por poderosa que sea su impulsión transformadora. Tampoco se cernería siempre en las alturas de lo social abstracto. Revelándonos el

* *El Liberal* de 9 de diciembre de 1912. Reproducida en *El Socialista* como opinión del periódico.

* *El Socialista*, 20 diciembre 1912.

mecanismo de la vida nacional, nos daría la recta interpretación de nuestro pasado. Nos mostraría los problemas actuales, los grandes y los pequeños, los de conjunto y los de detalle, planteados como naturalmente lo están. Y señalaría fines prácticos inmediatos al esfuerzo normal de cada uno y de cuantos ansían triunfar de las inferioridades nacionales presentes con acomodación ideal al porvenir.

Porque si las naciones juegan en la Historia como unidades políticas y económicas, el secreto de su vida, de su peculiar modalidad nacional, de sus resultados hacia afuera y hacia adentro, de su engrandecimiento y prosperidad o de su decadencia, degeneración y ruina, está en su mecanismo; y habremos de entender por tal, sobre la formal relación de sus componentes, la apetencia de los componentes y la sustancia de sus relaciones. Y sus componentes naturales son las clases.

Todas las acciones físicas o sociales, todas las actividades de cualquier orden y en cualquiera dirección, individuales o asociadas, y cualquiera que sea su valor intrínseco, o son sin influencia sobre la vida nacional y universal o la ejercen sobre las clases y sobre las relaciones de las clases.

Y así obraron, en bien o en mal, todas las políticas; así D. Juan II y los Reyes Católicos, la católica de España y la luterana de Holanda; así Enrique IV, Richelieu, Colbert y la Revolución francesa; así el resurgimiento italiano y la restauración borbónica en España.

Tratar de las clases no es disociar y contraponer unos a otros los hombres. Es unirlos por sus afinidades naturales para fines nacionales y universales. Y en la creciente conciencia de estas afinidades está (en lo que pende de las actividades voluntarias) el porvenir de las clases, el de la patria y el de la comunidad civilizada.

No habiendo de doctrinar como maestros, aprenderemos a lo estudiante; pero investigando, esto es, por observación y por análisis.

* * *

La observación inmediata sólo nos da conjuntos o bien cuerpos, seres o hechos dispersos o entremezclados. Y sólo lo superficial o epidérmico.

Por el análisis disgregamos los conjuntos en sus componentes naturales. Mediante el análisis, en cuerpos, seres o hechos diseminados o confluentes, advertimos afinidades o facetas de articulación que nos muestran las unidades aparentes como partes o elementos de unidades superiores o de naturales conjuntos. La intelligen-

cia humana fracasa cuando busca la explicación de los conjuntos fuera de su composición elemental.

No es toda división análisis. Sea cualquiera el medio analítico, desde el escalpelo del anatómico hasta el poder de abstracción, único escalpelo para la disección de lo real incorpóreo, es menester (si la expresión es permitida) que su filo se insinúe por las líneas y superficies de las juntas naturales, a fin de que resulte no efracción o rotura, sino disyunción de los componentes intactos.

No cabiendo en el campo de la atención distinta, para mejor estudiar su composición, ¿dividiríamos una locomotora por planos verticales en zonas o rodajas paralelas?

Burdo es el ejemplo; pero no obstruiría tanto la investigación como dividir los procesos naturales en causas y efectos, el ser viviente en organización y principio vital, el hombre en cuerpo y alma; como la separación de la fuerza y la materia, de lo real y lo ideal...

Asimismo no basta una sobresaliente afinidad común para formar un conjunto natural. Predominante carácter es el vuelo en las aves, y sólo sería confuso conglomerado la reunión de todos los animales organizados para el vuelo. Forman grupo natural los hematermos ovíparos: todas las aves entran en él, y no entra ningún ser que no sea ave, pueda o no volar.

* * *

Ante la observación inmediata no se aparece la masa social de cada nación de tipo capitalista, amorfa u homogénea, sino de muy varias maneras diferenciada. Se destacan distintos conglomerados o conjuntos considerables y entran en cada uno de ellos o son excluidos para entrar en otro los individuos o unidades elementales, según su condición económica común o diferente.

En lo social, lo económico prepondera y define. Son los hombres talentados o modorros, cultivados o a medio cepillar, áticos o beocios, mansos o corajudos, robes o cañas, altos o bajos, rubios o morenos; y tal o cual puede ser arzobispo u organillero, general o empleado de la Vicaría, gobernante, catedrático o traspunte, ministro o ministril, persona de verdad o personaje de farándula.

Mas lo económico no engaña. Tanto tienes, tanto vales. Por ahora, el valor económico suple todo otro valor y lo adscribe a la persona o a su servicio: sabiduría e inspiración, belleza o fuerza, vicio o virtud, vidas y honras.

Clase social casi equivale a posición social. Y como los grados de fortuna o de penuria son innumerables, pueden considerarse dispuestos en una serie lineal o escala ascendente o descendente; con la suma riqueza en un extremo, la máxima miseria en el opuesto, y entre ambos un número de gradaciones infinito.

Y, evidentemente, pueden considerarse en esa escala la porción superior, la porción inferior y la intermedia (muy diferente del *áurea mediócritas* tan apetecida), o sean las clases altas, baja y media, que todo el mundo distingue.

No dejarían de ser estas clases conjuntos naturales por ser sus límites confusos y no líneas o superficies matemáticas. Penetra la clase media por arriba, y por abajo en la clase superior y en la inferior, formándose dos zonas donde los caracteres se mezclan y difunden.

No de otra manera en numerosos procesos o series naturales los tránsitos no son bruscos, sino suaves, mezclándose y diluyéndose los matices.

* * *

Pero el análisis nos muestra que junta o separa a los individuos más hondamente el modo económico que el *quantum* económico. Sobre la cantidad predomina la modalidad. Así, el fundamento de la clasificación es dinámico: la función.

No trasciende tanto lo que se adquiere, se posee y se consume, como la manera de adquirir, poseer y consumir. E importa sobre todo la manera de adquirir, poseer y consumir en relación con los demás.

La relación de cambio es el eje social. A ella estamos universalmente sujetos en cuanto ninguno practicamos específicamente todas y cada una de las formas de trabajo con que satisfacemos las propias necesidades de cuerpo y de espíritu.

El estado social presente crea en esta relación de cambio de posiciones necesarias, ineludibles, que se completan y se excluyen, y automáticamente coloca a un inmenso conjunto social en una de estas posiciones y a otro conjunto en la contraria. Tratándose de funciones de clases y no de castas, pudiera el individuo, en distintos casos de relación, ocupar una posición o la contraria; pero dentro de la relación constituida ha de ocupar forzosamente una de las dos posiciones y no la otra.

Y así, a estas dos posiciones, en la actual relación de cambio sólo pueden corresponder dos funciones o categorías económicas primarias, las dos grandes clases sociales, que son:

- A. vendedores de trabajo;
- B. compradores de trabajo.

Inmediatamente se saltará diciendo: todos somos compradores de trabajo. Por lo mismo que producimos cada uno específicamente cada especie de las que consumimos, habremos de comprarlas. No poder comprar es no poder vivir. Todos compramos, es cierto, más con esta diferencia esencial:

Unos, braceros, operarios, profesionales del trabajo manual en todos sus formas, técnicos, profesionales del trabajo intelectual, artistas, escritores..., cuantos poseemos únicamente cualquier manera de energía productiva capaz de engendrar un valor, pagamos con nuestro trabajo lo que compramos. Al usar o consumir lo que compramos, usamos o consumimos nuestro trabajo en otras formas. Dice nuestro Fígaro (no en idénticas palabras): "...estas monedas podrían parecer onzas de oro... no son sino artículos de periódico...". Y también; "...doy a mi criado dos duros que seguramente se beberá...; única manera de meter mis artículos en el cuerpo de ciertas gentes". Bebe el criado de su salario o propina, esto es, su trabajo que Larra le paga con el producto del suyo.

Los que pagamos con el producto de nuestro trabajo lo que compramos, dejamos de comprar cuando no tenemos producto de nuestro trabajo con que pagar. Y habremos de vender nueva cantidad de nuestro trabajo para poder seguir comprando.

Otros, inversamente, pagan con el producto del trabajo ajeno lo que compran. Y, ¡oh, maravilla! Comprando el trabajo ajeno y acumulando las diferencias entre lo que cuesta y lo que produce, realizan el portento de aumentar incesantemente su riqueza consumiendo de ella sin cesar. Prodigio de la riqueza cuando funciona como capital.

Y este el punto de partida del estudio de las clases con fines nacionales o universales.

Diciembre de 1912.

JAIME VERA

PABLO IGLESIAS *

«Pensamos, me dicen los jóvenes socialistas, que en el número próximo de nuestra *Renovación* se publique el retrato del abuelo, pues tenemos interés en ofrecer este modesto homenaje al hombre que ha pensado más en

* El Socialista, 1 de mayo de 1917.

su prójimo que en sí mismo. Y al pie de ese retrato queremos insertar una semblanza, y que esa semblanza nos la escriba usted.»

Aplaudo el acuerdo y acepto como honorífico el encargo, aunque quede imperfectamente cumplido.

* * *

Una semblanza no es una biografía, ni un retrato, ni un estudio psicológico. Algo ha de tener de todo eso. Puede ser un esbozo, hecho con algunos sencillos trazos, que den la impresión de la figura moral: como la imagen fotográfica, reproducida por la estampa, la de la figura física.

Ved ese hombre de barba y cabellos de plata, que no ha muchos años eran de un pálido dorado; tras esa frente amplia, serena y despejada, corona de su faz austera, hay un cerebro poderoso y firme; y la función de ese cerebro, su alma, no parece un alma individual, sino el mismo espíritu del pueblo, de generaciones incontables de oprimidos con el recuerdo de todos los dolores sufridos, y despierto, por fin, a la conciencia plena de sus derechos y de sus destinos, grandes e ineludibles. Tal es ese hombre. En él parece encarnada el alma de la clase trabajadora, no de una época, sino la de todos los pueblos y de todos los siglos, en sucesión histórica nunca interrumpida como la cadena de sus sufrimientos, pero próxima ya a la plenitud de los tiempos. Iluminada por un ideal accesible de justicia.

Ese hombre hubiera sido, en la antigüedad, Espartaco; en Israel, un Profeta o un Redentor, y siendo un Pedro Dasmariñas a la cabeza de los plebeyos hermandinos de Galicia, tanto como a la realeza hubiese combatido contra la opresión feudal de nobles y de clérigos.

En nuestros tiempos de pantalón y americana es mayor su grandeza, y sólo dejarán de percibirla los desgraciados que no sienten el fuerte y alto idealismo de las luchas de nuestros días.

* * *

Si quisiéramos definir en breves términos la personalidad de Pablo Iglesias, podríamos decir: es, ante todo y sobre todo, una pasión. Pasión intensa, vehementísima. Un entrañable amor a los que trabajan y sufren injusticia. A los que se afanan, se agitan y padecen en el estrato inferior, sufriendo toda la pesadumbre social, produciendo siempre, viviendo para trabajar, porque lo que

importa es que trabajen, no que vivan ni cómo vivan, en tanto que los grupos de la clase dominadora, como bombas aspirantes, absorben para su consumo improductivo y corruptor la máxima parte y todo lo selecto y exquisito de lo que es producto del trabajo ajeno y del esfuerzo social.

No como espectador sensible conoce Iglesias las privaciones, las angustias, los tormentos físicos y morales del pueblo trabajador. Como trabajador los ha sufrido él mismo en toda su fuerza y agudeza. Y su mérito insigne consiste en no haber pensado jamás en sacudirse de ellos. Pudiendo ascender de clase, emanciparse individualmente y lograr posición y fortuna con una centésima parte del esfuerzo que tan generosamente ha prodigado, prefirió siempre seguir siendo pueblo, formando parte del pueblo, para mejorar y emanciparse con él, o con él y por él perderse al ser vencido.

Ese es, se dirá, el fanático. El poseído por una pasión violenta, absorbente y exclusiva que le cierra el horizonte por todas partes si no es en la dirección rectilínea por que le impulsa su pasión. Así, para Iglesias no hay más que obreros y obrerismo.

¡Grande y lamentable error! En Iglesias la pasión, la afeción inmensa por la clase trabajadora, emoción que le hace vibrar de ira contra la tremenda y secular injusticia, puede absorber, si no toda, la parte más considerable de su sensibilidad; mas no nubla su inteligencia, ni subyuga, sujeta e impulsa automática y maquinalmente su voluntad.

Su pasión no vive para sí misma, ni termina en sí misma, ni se exhala en ayes lastimeros infecundos, ni se consume en la rebusca de formas artísticas para manifestarse y conmover. La emoción cumple su función. Es el motor. Ella provoca la reacción que ha de desahogarla y satisfacerla. Y como esta reacción de actividad es, en Iglesias, inteligente, Iglesias no es un fanático. Es el hombre que siente hondamente, que quiere fuerte y siempre y que alumbrada con su inteligencia enamorada de la verdad sus esfuerzos de acomodación conforme siempre a la razón y a la naturaleza.

Es, pues, Iglesias un hombre digno de este título excelso en época en que los más de los seres humanos son muñecos.

Y es hombre de una pieza; esto es, constantemente idéntico a sí mismo, dando esta férrea unidad a su persona la firmeza y perennidad del propósito a que consagró su vida.

Tampoco es la consecuencia de Iglesias la inmovilidad de la estatua de sal. Es, sí, siempre el mismo, porque es siempre la continuación lógica de sí mismo. En los treinta y tantos años que le conozco y trato, siempre Iglesias fue Iglesias; pero creciendo, desarrollándose y perfeccionándose, en evolución constante por los términos mismos que se engrandecía, desarrollaba y evolucionaba, hasta hacerse gigante el movimiento a cuya impulsión y coordinación se consagró.

Paralelamente crecieron el hombre y su labor; y la labor y el hombre se hicieron grandes.

La obra es el despertar de la clase trabajadora a la noción de sus derechos y de su destino; es su organización como fuerza económica y política consciente; es la entrada del cuarto estado en el campo donde se lucha por el Poder político, por el predominio social, por la conquista de la riqueza social, fruto del esfuerzo de las manos y de la mente de las generaciones, y que no debe caer bajo el dominio de una clase, obstáculo vivo al progreso ideal y moral del mundo.

Esta organización de la clase trabajadora y su entrada en batalla con bandera propia, que es la de la Humanidad, es la única creación política en España desde la Revolución de septiembre.

Muchas veces lo hemos de decir. Y este hecho transcendental, que inicia una edad nueva y que implica el planteamiento en nuevos términos de todos los problemas nacionales y sociales, no fue advertido por nuestros políticos ni por nuestros sabios, por Silvela ni por Costa, para quienes la inercia ideal de la clase alta y de la intelectualidad a su servicio significó el letargo del pueblo, precisamente cuando el pueblo adquiría conciencia de sí y preparaba e iniciaba el movimiento propulsor que ha de incorporar la patria a la comunidad civilizada, de la cual parecía desprenderse, e instaurar el derecho humano en su plenitud.

Equivaldría a perder el sentido atribuir tal empresa, tal obra, a un hombre. La trae la acción de los tiempos, la convergencia de todas las fuerzas de creación social. Muchas influencias y muchos hombres la prepararon y la llevan adelante. Mas en este mundo que nace, destaca Iglesias con fuerte y luminoso relieve por la clarividencia con que lo percibió desde los albores de su juventud, por la consagración de su persona y de su vida entera a moldearlo, a perfeccionarlo, por haber sabido hacerse esclavo de su obra para mejor servirla; por el cariño, por la paciencia y fortaleza con que la cultivó y por el

acierto y la fortuna con que siempre logró representarla y defenderla.

Iglesias ha sabido hacer lo que más puede enaltecer a un hombre: ser grande en las cosas pequeñas y poner en ellas toda el alma, único modo de llegar a las cosas grandes y de hacer cosas grandes, no contentándose con los livianos éxitos teatrales aparatosos, pero sin sustancia. Estos pueden granjear el aplauso y la admiración efímera de amigos y adversarios; pero sólo el sacrificio de todos los momentos, el ejemplo de abnegación incansable en los trabajos de detalle, de la educación y de la organización obrera, cimiento de toda acción de conjunto, disciplina necesaria para el triunfo, pudieron ir sembrando en los corazones los sentimientos de simpatía y de amor que el nombre y la persona de Iglesias inspiran y levantan entre los trabajadores españoles, doquiera el nombre se pronuncie o la persona se presente. El abuelo le llaman, como si fueran de su misma sangre, criaturas suyas o pedazos de su alma.

* * *

Por rígido y por áspero es tenido Iglesias por quienes se detienen en las apariencias. ¿Cómo se nos creará si encarecemos su transigencia y su flexibilidad?

Intransigente y rígido consigo mismo, es con los demás tan dúctil y condescendiente cuanto permita la necesidad política y moral tal como la percibe. El mérito de su flexibilidad y transigencia es tanto mayor cuanto que por su naturaleza sería tan severo para los demás como para sí propio.

Iglesias, como los hombres verdaderamente superiores, se siente dentro de un orden superior de relaciones en lo moral y en lo social. Mantiénese, en afectos, en ideas y en actos, acomodado a este orden, no menos real por no ser visible ni estar escrito sino en la propia conciencia. A este orden se esfuerza por atraer y por acomodar los sentimientos, las ideas y la conducta del prójimo; y los límites de su tolerancia con los demás no los establece caprichosamente, sino que son aquellos que permite la elasticidad del régimen ideal que concibe como ley de las conciencias y de los actos. Sin condeñación y sin protesta, tan eficaz como en su poder esté que sea; no aguantará, ni de los de dentro ni de los de fuera, transgresión que quebrante el sistema de relaciones fuera del cual está el abuso. Comprende y se explica todas las imperfecciones y debilidades humanas; pero las que lo sean, como tales las calificará, y no las fo-

mentará, poniéndolas en la misma línea que el esfuerzo y el sacrificio por el perfeccionamiento.

Así entendida, la inflexibilidad de Iglesias no existe, y así, sabe imponerse a las circunstancias, como acomodarse a ellas, cuando son, por su naturaleza, invencibles.

Hasta podría decirse que su personalidad tiene dos caras.

¡Qué diferencia entre el Iglesias combatiente, frente al enemigo, y el Iglesias educador y organizador, entre los suyos!

Vedle en la tribuna, clamando con espontánea y masculina elocuencia por el derecho obrero, que es derecho humano, y os parecerá oír la iracunda protesta de los eternamente desposeídos, irreductible, inconciliable, desahaciendo a golpes de verdad todos los artificios amparadores de las injusticias y privilegios, que sostiene, en realidad, la fuerza. Su incompatibilidad con todo absurdo y toda farsa es absoluta. Todo acomodo es imposible. No pide gracia. Justificado por la fuerza de la razón, invoca el día en que al servicio de la razón estará la fuerza. No quiere todo o nada. Pero no se detiene por la parcial ventaja conquistada hoy, sino que la convierte en arma para la victoria de mañana.

No es extraño que en el campo contrario cunda la misma voz: «Ese es el enemigo; con ese hombre la lucha será menos brutal, pero será incesante y hasta sucumbir.» Aunque no manchó su boca con el insulto, y respetó en las personas todo lo que no fuera error o perversidad transcendente a la vida pública, ha sido sañudamente denostado, infamado y calumniado. Sobre su cabeza descargó con rabia la sinrazón enemiga. La antigua cárcel de Madrid, el Saladero, y la nueva, *El abanico*, el presidio de Málaga, le han tenido por huésped... Y el odio monárquico y el odio burgués han hecho gritar a intelectuales de incalificable intelectualidad: «¡Muera Iglesias!» Para ellos, Iglesias es el colmo de la aspereza, de la agresividad, de la obstinación irracional. ¿Quién no lo ha oído? «No asesina, pero induce... Habría que fusilarlo por la espalda» (frase auténtica).

¡Cuán otra cara para propios y a fines!

Imaginaos al maestro ideal, consagrando tesoros de ternura y de paciencia a la formación de inteligencias y corazones apenas abiertos a la luz y a los sentimientos de Humanidad. No de otro modo ha procedido y procede Iglesias manejando y moldeando masa obrera, materia generosa, pero difícil, humanidad desdichada, abatida sobre la tierra por siglos de sumisión, cuya frente

ha de alzarse por encima de sus opresores y cuyos ojos han de mirar de hito en hito al sol sin deslumbrarse.

¡Poca carga de ciencia universitaria y académica encontraría el pedante en las pláticas y conversaciones de Iglesias con los trabajadores no iniciados o con sus mujeres, en todos los grados y en todas las formas de incultura y de preocupaciones rutinarias! Mas ¿qué sabio podría inventar métodos tan sencillos y, a la par, tan profundos y eficaces para llegar a los corazones apenados y a las inteligencias adormecidas de seres agobiados por el trabajo y sumidos en las angustias del afanoso vivir diario, vencidos sin haber luchado y rebeldes hasta la esperanza de redención?

Y después de toda una vida con tanta pureza a tan altos fines dedicada, ¿cómo no ha de ser para los suyos Iglesias el bueno, el maestro, el apóstol, el padre de los trabajadores, y hoy que la blancura de las canas orla su rostro el abuelo, según la expresión cordial con que por todas partes se le aclama?

Con los afines jamás por él se romperá sin proporcionado motivo una concordia; tan respetuoso con la libertad de los demás, fuera del compromiso contraído sobre los puntos de interés común, como leal guardador del pacto convenido, sin que fuerza humana le tape la boca al proferir verdad ni le lleve a traicionar a quien le presta ayuda a cambio de la suya.

Contra las leyes de la óptica física suele disminuir el tamaño moral de los hombres cuanto más de cerca se les ve. Cuando de ellos nos separa el tiempo o la distancia, muchos hombres nos parecen grandes. Error de perspectiva o confusión entre lo que el hombre representa y lo que es. Hay en muchos hombres gran parte de efecto escenográfico. Hasta pueden ser manchas lo que de lejos se toman por bellezas. Otros hombres, al contrario, cuanto más de cerca se contemplan y más al detalle se examinan, más crecen en nuestro aprecio y admiración. Son de verdad y no de alquimio. No hay en ellos nada de pura apariencia o falsificación. No son dioses, ni lo pretenden; pero nos muestran cuántas y qué bellas formas de energía actual o potencial radican en la naturaleza humana, imperfecta y limitada, pero en evolución de perfectibilidad, y también cuán otra será la humanidad en un medio social que cultive esas energías, en vez de aplastarlas, deformarlas y pervertirlas.

¡Cuántos errores y falsos conceptos acerca de su persona, de su carácter y sus ideas ha desvanecido Iglesias

con sólo acercarse a los que, viéndole de lejos, le desconocían y difamaban! No es ya el declamador de mitín, explotador de obreros, ignorante, duro y espinoso. Es el educador, el político y el parlamentario, no contaminado de parlamentarismo, cuya opinión se escucha y no puede desdeñarse. Y como el efecto ha empezado a producirse, bien se podría pronosticar que si la política española se racionalizara, por una mayor conciencia de sí misma en las fuerzas políticas contendientes, Iglesias llegaría a conquistar el respeto de sus adversarios, tan seguramente como ha de hacerle justicia la posteridad.

* * *

Mas, aun así comprendido, Iglesias ¿no representaría el exclusivismo o particularismo obrero, y no quedaría fuera de los problemas políticos actuales, puesto que la total satisfacción de las aspiraciones obreras no se halla a la vuelta de la esquina?

Ni particularista, ni exclusivista, ni extraño a los problemas de actualidad.

Afirmarlo equivaldría a desconocer el carácter y tendencias del movimiento socialista español; y, en cuanto a la persona, suponer a Iglesias carente de toda educación política y cerrar los ojos a su historia.

No ha estudiado Iglesias la política en los tratados ni filosofando sobre la Filosofía de la Historia. Tiene más cultura política de la que le es posible aplicar. Conoce la doctrina y está dentro de ella, porque vive en los hechos de cuya sustancia la doctrina ha sido elaborada y se elabora. Abierto tiene siempre ante los ojos el gran libro que más ha de estudiar el político: el libro de la vida y de los hombres. Y sabe Iglesias y saben los socialistas, y en este sentido ha de perfeccionarse nuestra educación, que los fines próximos y remotos que perseguimos y las mismas reformas proletarias no pueden conseguirse por la clase trabajadora dentro de sí misma, sino en la relación con la clase social opuesta y con las demás fuerzas sociales y en la relación con el conjunto nacional. ¡Qué vasto campo para el estudio y para la acción!

El movimiento socialista y la organización de la clase trabajadora, progreso nacional en sí mismos, tienen que actuar como potentes propulsores del progreso nacional. Con una clase capitalista ignara y Gobiernos supeditados a intereses particulares dominantes; en una nación escasa en la riqueza, pobre en capitales, y los existentes alejados de la verdadera producción, de la movilización

y transformación de las materias y fuerzas naturales; en una nación, en fin, atrasada económicamente y de baja cultura y moralidad, ¿quién podrá imaginar un proletariado floreciente?

El Socialismo y las fuerzas obreras organizadas deben ser los aliados naturales de todas las acciones progresivas. Todo paso hacia adelante, todo acto de creación social, es un avance hacia el día de la verdad y de la justicia. No se olvide nunca que el Socialismo es fase ineludible del desarrollo histórico.

Nunca fue la perturbación sistemática procedimiento de la política socialista. A ello se opone el espíritu de conservación y de perfeccionamiento, que sólo puede faltar en los enfermos de la mente. Y en la historia política de Iglesias, inseparable de la del movimiento socialista y del proletariado español, ni ráfagas de política perturbadora han existido. Todo ha sido construir, educar, organizar, insistir y resistir.

Adolescente Iglesias, vivamente habría de impresionarle la revolución del 68. Más atento a la sustancia que a la forma, en él prendió la semilla de la Internacional. Y cuando anarquistas y marxistas o autoritarios se disgregaron, Iglesias comprendió bien que la clase trabajadora ni sería emancipada por merced, ni siendo masa coral de los partidos burgueses. Debería actuar como una fuerza con fines propios. Mas ¿qué poder alcanzaría la clase trabajadora en la disociación y en la incoordinada acción individual autónoma del anarquismo? Iglesias se consagró con toda el alma al fomento de la organización societaria y socialista. ¡Gloria a Iglesias y a los primeros socialistas, porque ellos pusieron los cimientos del edificio!

¿Quién trabajaría bajo tierra asentando los pilares de una construcción sin la seguridad de que su obra, primero invisible, se alzaría después gallarda a la admiración universal?

Penoso fue el trabajo primero de diferenciación. El peligro de la confusión obligaba al aislamiento. Y el Socialismo se desarrolló dentro de su huevo hasta que, llegado el día de romper el cascarón, nadie pudo confundir su personalidad ni con los matices del republicanismo avanzado ni con el acratismo.

En un segundo período empieza nuestra vida de relación, y no el capricho de los hombres, sino la fuerza de las cosas nos llevó a la conjunción con los republicanos para los fines comunes de la común defensa: para la defensa de las libertades conquistadas, para servir a la civilización en nuestro suelo, para someter la Monarquía

al interés nacional o eliminarla. Y de aquí en adelante, en primer término, atentos a nuestro propio crecimiento, habremos de actuar en dirección paralela o convergente con todas las fuerzas impulsoras de la evolución progresiva y contraponiéndonos y atacando de frente a todos los elementos y factores de resistencia o de retrogradación.

Esa es la política que Iglesias representa, política que la necesidad social impone, a la que todos servimos y serviremos con entusiasmo y en la que el Socialismo logra considerable y creciente influjo sobre la conciencia nacional, proporcionado a la verdad de nuestra causa, pero fuera de relación con nuestras fuerzas económicas y materiales. ¡Ah! Si pudiéramos...

En Iglesias, espejo para nosotros y para quienquiera de aplicación inteligente y constante, de abnegación y de sacrificio de íntima y cordial fusión del fin personal con un fin colectivo sublime, no debe ver la nación española un particularismo peligroso, un elemento de perturbación y destrucción. Muy al contrario, representa una política de pura y desinteresada colaboración al auge nacional, a la elevación de la humanidad española a un nivel de vida mejor, más noble y más perfecta, a la preparación de España para la internacionalización del trabajo, base física de la fraternidad humana.

Para juzgar a Iglesias, y a quien personifique un esfuerzo eficiente en la misma dirección, hay que tener en cuenta que la política socialista es naturalmente dolorosa. Cuchillo bajo cuyo filo brotan flores, aunque se maneje con amor, arrancará aullidos de protesta a los intereses heridos.

La actividad de Iglesias se conserva prodigiosa. No es él solo. El movimiento socialista que se ve y el que no se ve se agrandan prodigiosamente también. El tiempo está con nosotros, como se dice. No nos anticipemos a él. Aprovechémosle. Es el mejor programa.

* * *

No terminaré sin felicitar a los jóvenes socialistas por el testimonio de admiración y de cariño que ofrecen al abuelo en este número, sólo deslucido por mi intervención.

La ética superior de una colectividad, de un partido, se prueba practicándola. Nada más inmoral y también nada más impolítico que la ingratitude.

Hay ocasiones de justicia en que es lícito abrir de par en par las compuertas a los elogios merecidos,

sin riesgo de caer en el vil culto del personalismo. No contando con las sanciones divinas, la tierra debe ser campo de justicia. Bástale a todo hombre de alto sentido moral la propia racional aprobación para hacerse superior a la adversidad de los juicios ajenos. Pero ¿no es un goce legítimo del hombre que con pureza de alma hizo el bien de sus semejantes ver cómo sus servicios son reconocidos y su nombre respetado y venerado?

Buscad el mérito entre vosotros y en torno de vosotros y honradlo y galardonarlo. Hasta en el enemigo tiene el mérito derecho a reverencia. Como todo lo hermoso y útil, el mérito debe ser cultivado. Los partidos, grandes por sus ideas, se hacen poderosos por el mérito de sus hombres. Cuando los hombres son portaideas, hablar de los hombres es hacer y difundir doctrina.

Día llegará en que la estimación o desestimación social supla al sistema de *premios y castigos*. Y este día será aquel en que el aprecio social dé la medida de lo que cada uno haya de tener y de poder, inversamente a lo que hoy pasa: tanto se tiene o se puede, tanta es la consideración social con que se cuenta.

¡Luchador incansable, orgullo y gloria de los trabajadores españoles, en camino de viejo por los años, la mente lozana y juvenil: al general homenaje, añado el mío!

24 de marzo de 1913.

DR. JAIME VERA

LA PAZ POR INTIMIDACION *

¿Serán sangrientos los funerales del capitalismo? ¿Atará las corrientes de verdad, de paz y de solidaridad, lo únicamente hermoso de nuestra civilización, la guerra que encrespa los odios entre los hombres y los divide a la par que los domestica para la servidumbre? ¿O los pueblos, avergonzados de ser rebaños en la paz y manadas de fieras que convertirá en piltrafas sangrientas en la guerra la metralla, enlazarán sus almas por encima de las fronteras para concertar, conforme a Naturaleza y a Razón, sus intereses?

De todas suertes, ¡cuán feo como espectáculo y cuán irracional y dañino como hecho se nos ofrece el capitalismo en sus postrimerías!

Quienquiera, sin ahondar en las causas, puede observar

* El Socialista, 4 mayo 1913.

que las economías nacionales, al desarrollarse en sus diferentes direcciones, se encuentran y chocan unas contra otras en relaciones de antagonismo; de tal suerte que las ventajas para cada una son perjuicios para otras, y todo lo que para unas es incremento de poder es para las otras amenazas. Y los conflictos sangrientos serían continuos si los peligros de la conflagración a la vista del poder contrario no inmovilizaran los intentos agresivos. Que las naciones más débiles son buena presa de las fuertes, si no aciertan a componer sus intereses y sus fuerzas dentro de alguno de los grandes sistemas o grupos internacionales contrapuestos.

Puestas así las cosas, los armamentos y las alianzas son necesarias a la paz. Son los mecanismos compensadores de los antagonismos internacionales y la medida de estos antagonismos. Cueste lo que cueste, cada nación, si no quiere ser despojada o desmembrada, ha de elevar su poder militar, no conforme a su voluntad o a las conveniencias de su interior economía, sino en la medida que lo exija la compensación necesaria en el total sistema de fuerzas internacionales.

El metro y el compás de los grandes armamentos lo imponen las grandes potencias más amenazadas o amenazantes: Inglaterra, por mar; Alemania, por tierra. Cuadro cómico, si no costara lágrimas, el de las naciones echando «dreaguouts» al mar o acuartelando más Cuerpos de ejército, contando por los dedos los acorazados o regimientos de los adversarios posibles.

Esto es lo que el capitalismo en su apogeo promete al mundo: o los estragos de una guerra formidable cuyos horrores avergonzarían al sol de darnos su luz, o la paz por intimidación. La paz al precio de convertir cada nación en un cuartel inmenso, sosteniendo a la mitad de la población útil, armada e improductiva, el afanoso trabajar de la otra media población, alistada en las reservas.

He aquí a la humanidad fugitiva de la belleza y de la libertad, de la verdad, de la justicia, de los ideales de vida, sudando y bregando para agigantar y perfeccionar un aparato colosal de destrucción que, inactivo, es prueba deshonorosa de que sólo el terror gobierna al mundo, y en movimiento o en funciones, mostraría al cabo de los siglos a los hombres despedazándose, en grande escala abnegada y científicamente de vez en cuando, para volver después de la matanza al afanoso trabajar para el cuartel y para el consumo improductivo y corruptor de los parasitismos privilegiados flotantes sobre esta barbarie incrustada en nuestra civilización, de donde a todo trance hay que eliminarla.

¡Alemania! El ideal de la intelectualidad nacionalista. Mil gracias. Su grandeza y poderío inspiran respeto; sus Artes, su Filosofía, su Ciencia, robustas y maduras, aunque menos galanas, graciosas y elegantes que las griegas, admiración. ¿Y sus frutos? La disciplina del cuartel, la disciplina de la Universidad, la disciplina de la fábrica, la opresión de una burocracia férrea que empieza en el polizonte y acaba en el emperador, providencia con casco y botas de montar. Alemania, con su actividad inteligente, lo ha creado todo. Su industria y su trabajo no han necesitado de Indias Orientales u Occidentales, como España o Inglaterra, para sacar de su suelo y de los cambios cataratas de riqueza. No ha sabido darse a sí misma algo que embellece y hace risueña la vida y llevaderos los afanes y las penas: la libertad o la ilusión de libertad. Allí el Estado releva a la nación de pensar y decidir de sus destinos. El proveerá a la grandeza y felicidad común. Reglamentada y por voluntad ajena, hasta la felicidad es desabrida. Hinchará el orgullo de la necia patriotería, la posesión de la maquinación guerrera más potente que vieron los siglos; pero no debe ser grato esperar a cada momento el clamor de los clarines para cargar las armas y acudir a las fronteras, o donde se disponga, a despedazarse con quienquiera, pues para el poderoso todos los pueblos de la tierra son enemigos.

A los españoles, no de distinto modo que a los otros pueblos, se nos pone una pistola al pecho. O el despojo impune de lo que nos queda más allá del mar, nuestros puertos o nuestras rías, bajo la mano extranjera, o los armamentos de mar y tierra, *sin que haya de sentirse cuanto en tales menesteres se consuma*, y la alianza, según las afinidades naturales, con quienes más daño o más favor pueden hacernos: Inglaterra y Francia. En dos palabras y por ahora: o malos patriotas o el dinero para la segunda escuadra, llamémosla así.

No nos asusta el dilema. ¡Malos patriotas! Hay que atreverse a arrostrar ese dicterio sirviendo a la Patria.

Con el pensamiento puesto en el porvenir viviremos en el presente que lo engendra.

Conforme a la necesidad presente proclamamos que antes hay que hacer Patria que armamentos.

Conforme a la necesidad de un futuro inmediato, combatimos la guerra, no con sensiblerías, reflexiones filosóficas, Ligas pacifistas o Congresos de la paz, sin poder que sancione sus acuerdos, sino organizando una fuerza internacional incontrastable que, identificada con el interés universal humano, imponga la paz, necesidad social primera. Esa fuerza eliminará el hecho económico

que mantiene la guerra social dentro de las fronteras, contraponen unas a otras las naciones y las arrastra a la contienda sangrienta o a la paz ruinosa de los armamentos. Habiendo de advertirse que los armamentos con objeto de intimidación pueden así ser la paz como el despojo frío e impune de los pequeños por los grandes.

En el ejército de la paz por la concordia tienen su puesto todos los hombres que piensan y trabajan de toda raza, de todo pueblo, de toda creencia, de toda fe.

Pero se nos dirá: soñadores ilusos, ¿y si mientras ese ejército de la paz se organiza y triunfa nos amargara la agresión injusta o la guerra fuese necesaria a la conservación y evolución de la economía nacional?

Nosotros, empeñados en la destrucción de un régimen social que tales obsequios nos depara, hablando como patriotas, os diremos: la derrota nos aguarda si al enemigo oponéis sólo el ejército. Nuestra victoria material es posible, y nuestra victoria moral es segura si al enemigo acertáis a oponer la Patria.

Hagamos Patria para tener ejército.

Es verdad que en nuestros días las naciones se alzan unas frente a otras como poderes militares que se amagan; pero subyacente al poder militar está el económico, del cual el militar es el resultado e instrumento. El que provoca, sostiene la lucha y vence es el poder económico.

En nuestros tiempos las que acometen son las naciones, si no más civilizadas, las que mejor saben aplicar la inteligencia y la fuerza a la creación de la riqueza. No hay otra defensa sino oponer civilización a civilización. Crear civilización es hacer Ciencia, es indagar en todas las direcciones los secretos del mundo físico y de la naturaleza humana, y aplicar los conocimientos adquiridos a todas las formas de la actividad, aumentando sin cesar la productividad del trabajo, la inagotable fuente de riqueza que tenemos dentro de nosotros mismos.

Un ejército no es hoy un aglomerado de hombres valerosos artísticamente dirigidos, sino un complejísimo aparato instrumental fijo y movable, servido por el valor y la inteligencia de los hombres y aparato costosísimo. Un ejército es pura apariencia teatral, o multitud anímica que puedo afrontar el máximo sacrificio, la derrota prevista; pero sin eficiencia para la agresión y para la defensa si no tiene tras sí Ciencia y Trabajo, Enseñanza, Industria: Agricultura y Comercio que le sustenten, una nación que sienta y perciba el interés común, que lo haga suyo, que lo vea defendido y se decida a su defensa, que dé, en fin, al ejército el cuerpo y el alma.

Haced la Patria madre y no madrastra del pueblo y los hijos defenderán a la madre. Nadie deja de ser patriota porque quiere. El corazón más ardiente se enfría por el desengaño, el abandono y la desconfianza. Nadie ama ni está propicio a la defensa de lo que le desatiende, lo hace víctima de injusticia, le sonroja y le corrompe la vida. Cread riqueza como la riqueza se crea, con menos catecismo y mucha Química y Mecánica, enviado al Museo los venerables hábitos de las Ordenes militares, y adonde se quiera otros muchos hábitos inútiles o funestos, e imponiéndose hábitos de trabajo y de moralidad, aunque sea para enriquecerse explotando el trabajo ajeno; porque la riqueza es fuerza y el bienestar posible dentro del régimen, y en el duro trance a que el régimen obliga de armarse para defenderse, y en el más doloroso de sufrir la guerra, la riqueza se defenderá a sí misma: del poder económico saldrá el poder militar, y del vigor del espíritu nacional, el del ejército.

En la obra de hacer civilización en la Patria, conforme a nuestras fuerzas, entramos los primeros. Ese es el patriotismo racional, el eficaz, el que pide a gritos la dolorida España. Así entrará mañana con alta personalidad, y no como cuerpo de ripio, en la concordia económica internacional, seguro de la paz.

A la derrota irá un ejército que sea burocracia consumidora, y más de cierto en España, que no levanta cabeza bajo tantos parasitismos chupadores de la savia nacional antes que llegue adonde debiera florecer y fructificar.

Más que *el brazo armado de la Patria* ha de ser el ejército. Ya que no la nación entera en armas y preparada desde la escuela a la *defensa del derecho*, debe ser el ejército *una parte de la Patria*, de su cerebro, de su corazón, de sus músculos, de sus nervios, como lo es de su sangre, para pensar con la Patria, sentir con ella, gloriarse en su dicha, sin que poder alguno ose separarle de la Patria ni sobreponerle a la Patria.

Creo que se atribuye a Septimio Severo esta expresión: «Contenta al ejército y riete de lo demás.» Y más de uno en las alturas habrá repetido la frase *in pectore*: ejército mimado por el Poder, manda, no obedece. No sería un tal ejército el que cerrase el paso a la invasión de los bárbaros. Y cuenta que los bárbaros que amenazan hoy son más sabios y ricos que nosotros.

También, viviendo en el presente, os decimos como patriotas: *haced el ejército amable al pueblo.*

Maldita ley de Jurisdicciones. Al castigar bárbaramente por opiniones y por palabras a los que el pueblo mira

como sus defensores contraponéis pueblo y ejército. Contribuís a aislar de la nación al ejército. Esa ley prohíbe el elogio al ejército, porque castiga las censuras, las críticas al ejército y hasta el libre análisis y el imparcial estudio de las cosas del ejército. Y sería adulación miserable el elogio más justo a quien no se sienta grande para tolerar la censura más apasionada.

No hay pueblo que no ame o que no desee amar a su ejército. Y el amor del pueblo es tan indispensable al ejército en los ásperos trances a que su deber le obliga, que por merecerlo y conservarlo ha de respetar en el pueblo la sagrada libertad de equivocarse y ser injusto. Sólo así el pueblo verá en el ejército, alimentado con su sangre y con el oro que es su trabajo pasado por el cuño, una cosa suya que le defiende y que le sirve. Y le asistirá en paz y en guerra y le exaltará en los triunfos y le consolará y reanimará en las derrotas, y con apasionamiento generoso rendirá su admiración a los valientes y a los buenos, si puede, sin temer señalar al flojo o al inepto, sí que escaló el puesto inmerecido con influencias o servicios inconfesables. No escatimará sus aplausos fervorosos por los aciertos, sí puede dolerse de los fracasos y condenar errores y torpezas. Allá solos los infalibles, porque su trato es peligroso.

¡Qué ingrato debe ser luchar y cuán difícil vencer sintiendo tras sí la frialdad de la nación a que se sirve!

Ultimamente al pueblo se debe el mayor respeto, porque el pueblo es el único que cumple siempre con su deber. En la paz trabaja de sol a sol, dando lo que tiene, su fuerza de trabajo y su habilidad, que nunca falta, y en la guerra su sangre. Caigan todas las culpas de las decadencias sobre los que saben y sobre los que tienen y no aprovechan tesoros tan generosamente ofrecidos.

Nosotros tenemos también nuestro dilema. Frente al hecho que no puede escamotearse, el de la guerra, sólo dos posiciones del espíritu son lógicas.

Los que creen la guerra positivamente derivada de la Naturaleza humana, necesidad natural providencial de los grupos humanos, grandes o pequeños, función necesaria ayer como hoy, como mañana, en todas las fases del desenvolvimiento de la especie, inseparable de la economía de la humanidad, éstos, tomándola como condición inherente a la existencia, serán lógicos al educar y organizar la nación para la guerra, para la defensa en los malos tiempos, para la agresión en los buenos, para la conquista, porque la guerra es función activa y el oficio de los ejércitos no es amenazar, es sacar de la victoria despojos y trofeos, riquezas y territorios que hagan

olvidar los gastos y sacrificios de la campaña y recordarla con orgullo, aspirando al mayor poder y ejercitándolo con máxima prudencia y máxima eficacia.

Esta es la tradición en todos los pueblos; el sueño de cuantos quisieran hacer las del pasado normas eternas de la vida; la aspiración de los reaccionarios de todos los pelos y matices, por liberales que se crean ellos; y también la de no pocos científicos que, amputando la parte más noble de la fisiología del hombre, tómanle por el cuadrúpedo que acaba de ponerse en dos pies, consideran la guerra como forma ineludible y típica de la lucha por la existencia, como mecanismo providente de la selección natural, como lo es la pena de muerte, la mortalidad obligatoria de la población obrera no ocupada y tantos otros males e imperfecciones sociales, «temas eternos para la declamación de los redentores ilusos».

Suelen ser aquellos científicos naturalistas de buena fe, para quienes el inmenso Darwin justifica a Malthus el infimo. Otros son retrógrados o conservadores que se autorizan con Darwin, pero profesando de cristianos o católicos. ¡Con qué razón pudiera decirse el hombre es un animal inconsecuente!

Los que hemos aprendido en el estudio del hombre y de sus hechos que las relaciones naturales necesarias y perdurables entre los hombres son las de solidaridad y de competencia, las cuales aseguran la conservación y el perfeccionamiento de la especie, y que las relaciones de antagonismos, violentas para el sentido moral del hombre derivan, no primitiva ni directamente de su naturaleza, sino de las condiciones en que esta naturaleza se ha desenvuelto en el espacio y en el tiempo, condiciones superiores a su voluntad vencidas por su actividad al cabo de los siglos; los que contemplamos creados ya y en vías de coordinación todos los factores o componentes sociales que establecen la posibilidad e impondrán la necesidad de una relación social, de donde las causas de la lucha del hombre contra el hombre sean dominadas, nosotros debemos todos nuestros esfuerzos a la obra de la paz, a la de disipar la inconsciencia, que no permite ver una hermosa realidad ya existente, que será aprovechada en cuanto sea percibida, y a la de combatir con la fuerza, si es preciso, la fuerza que mantiene en pie los antagonismos sociales funestos para la humanidad, aprovechados por sus dominadores. Porque nuestra naturaleza es la humana, ansiosa de paz y de amor; pero pronta a la guerra para vencer las resistencias que obstruyen el camino hacia el mayor bien.

Cómo la guerra deriva del régimen económico, cómo puede ser eliminada en la fase inmediata de la civilización, cómo arribará, por fin, el hombre a las relaciones de moralidad y fraternidad, cómo será satisfecha el ansia eterna de los mejores, cosas son sabidas de muchos; que muchos más no deberían ignorar y que ha de procurarse sean sabidas de todos.

Mas no caben en este artículo, cuyo objeto apenas es otro que honrar mi firma poniéndola por primera vez en las columnas de *El Socialista* diario y saludar efusivamente a su público.

DR. JAIME VERA

UN VOTO EN PRO DE LA CONJUNCION REPUBLICANO-SOCIALISTA *

Compañero presidente de la junta general de la Agrupación Socialista Madrileña:

Contra toda mi voluntad no puedo concurrir hoy a vuestros trabajos. Pensaba, en plática amistosa, razonar mi voto, favorable a la persistencia en la Conjunción con los republicanos que la deseen. Supla este breve nota mi ausencia.

No se trata de un incidente político. Vais a decidir sobre la metodología del Partido.

Nuestra función específica de socialistas es la propaganda, la organización, la lucha por la transformación económica: ésta se engendra en la continuidad del vivir. Nosotros la propulsamos con acción consciente. Su fase triunfal será la conquista para la sociedad de la riqueza social y de los medios de producirla.

Pero si es económico el proceso central de la evolución progresiva, paralelamente, alrededor de él y en conexiones íntimas con él, van los demás procesos de la evolución humana: el proceso político, el cultural, el de la formación de la conciencia social... el progreso, en fin, en todas sus formas y manifestaciones.

Ni siquiera estamos solos en nuestra acción propulsiva sobre el proceso económico. Factores conscientes más o menos orgánicos y poderosas acciones dirigidas a otros objetos obran poderosamente en el sentido de perfeccionar y transformar el aparato socialista de la producción, acomodándolo a su objeto. Así, aun en lo puramente económico, deberemos tener en cuenta los ele-

* *El Socialista*, 12 agosto 1913.

mentos convergentes con nuestra propia dirección, y llegado el caso, concordarnos con ellos de las maneras posibles. Hay que saber que se hace el máximo progreso económico fuera del Partido Socialista.

¿Y qué diremos de los demás componentes de la evolución progresiva, cada uno de cuyos pasos nos aproxima a la civilización socialista?

No creo que haya socialistas tan obcecados que crean posible nuestra reclusión en el terreno económico. Sería eso un particularismo, una especialización contraria a la naturaleza de las cosas.

Partido político es y se llama el Partido Socialista porque lo político es todo cuanto afecta al interés general, hasta lo más singular y concreto. En política no cabe encerrarse en una casilla determinada sin segregarse del movimiento universal, condenándose a una vida parcial y limitada.

Los grandes partidos políticos, reflejos de escuelas e instrumentos de las grandes fuerzas sociales, no pueden mirar a una cara sola de la vida social. Han de conocerlas todas y penetrar en todas. Porque no existe asunto, suceso o problema de interés general que no afecte al interés de la fuerza social de que es el Partido representante consciente. La lucha social no es una batalla campal. Es una serie de acciones y escaramuzas que se dan sobre todos los terrenos con argumentos diferentes, pero con sustancia esencialmente la misma, y es ésta: *En todos los momentos políticos se resiste al progreso por unos y se propulsa el progreso por otros.*

Y como el triunfo de la civilización socialista, de la democracia socialista, implica una determinada plenitud del progreso en todos los órdenes de la vida social, resulta evidente que el Partido Socialista ha de ser, por su naturaleza, el auxiliar de todas las acciones progresivas, cuando no su factor predominante.

Y resulta también que siendo el progreso, dentro de la nacionalidad, auge, prosperidad, satisfacción de los intereses nacionales permanentes, al actuar el Socialismo como propulsión progresiva en todos los órdenes se constituye en un componente fecundo de la vida nacional; y que tendrá frente a sí los elementos *resistentes* a la socialización de la propiedad en el terreno económico; pero en el terreno político, en el cultural, en la defensa del progreso y de los grandes intereses nacionales, podrá lograr las simpatías de cuantos ansían elevar la vida de la humanidad española a niveles más altos, contender en concierto con ellos y hasta ser soli-

citado como colaborador eficaz por cuantos no viven de las imperfecciones de la Patria.

Loquere ut te videaut: habla para que te conozca. Esto ha hecho el Socialismo cuando Moret, Canalejas, Azcárate, juntos con Iglesias, coincidieron en la necesidad de poner límite a los excesos conservadores y se dirigieron a Maura para ello.

Cuantos oyen y entienden han podido advertir que el Socialismo no es un erizo que hace la bola y sólo ofrece sus púas a quienes intentan aproximarsele.

El aislamiento y la acritud con todos de los primeros tiempos del Partido Socialista se debieron a la necesidad de diferenciarse afirmando su personalidad, y a que no podía responder con caricias al mal trato con que le distinguieron todos, especialmente los republicanos, por el temor de perder las masas y por creerle pronto a sacrificar el progreso político por las ventajas económicas aún recibidas de los reaccionarios, y así los republicanos simpatizaban con los ácratas, y aún hay republicanos unidos en este error o en este vicio.

Mas el Socialismo ha hablado ya. España sabe que el Socialismo busca sus soluciones del presente y del porvenir en el perfeccionamiento del orden social: revolucionándolo, no destruyéndolo.

En consecuencia, el método general de nuestro Partido deberá ser éste:

Limitar el terreno de cada lucha, y, en cada lucha parcial, reducir los adversarios al mínimo y aumentar al máximo el número de los afines.

Esto es doctrinalmente posible, porque, aun creyéndonos en posesión de la verdad total, no hay fuerza política, como no sea una banda donde no puedan encontrarse fragmentos de la verdad política o social.

Ahora, en el caso concreto de continuar o no la Conjunción, diré que no podría encontrarse un momento más inoportuno para romperla.

¿Por qué?

Porque romper la Conjunción con los honrados republicanos que no siguen a Melquíades Alvarez en su defección es debilitar las izquierdas españolas en beneficio de nuestros naturales y constantes enemigos; es romperla en favor de los conservadores, en favor de Maura, en favor de los gobernantes monárquicos, en favor de la política melquiadista, responsable ante la Historia de haber dado una puñalada alevosa a un fuerte núcleo de fuerzas progresivas en el camino de los triunfos, y en favor, en fin, del caudillaje de Lerroux, caído, y no del lado de la libertad, cuando la Conjunción era robusta,

y que revivirá y crecerá con el cultivo de las benevolencias de los contrarios en la medida que mengue la fuerza de la Conjunción.

Esto es tan claro que no puede ocultarse a los leales socialistas que pueden pedir el magnífico y austero aislamiento de nuestro Partido, esquivando todo contacto burgués por creer al Partido fuerte para luchar contra todos; para contener las extralimitaciones del Poder; para defender el derecho obrero; para infundir en los adversarios el temor y en la Nación y en el extranjero las simpatías que las izquierdas conjuntas lograron inspirar.

No. Fuertes habremos de ser. Solos, aún somos débiles para luchar contra todos. Y más aún en el momento presente. Porque nuestra fuerza está en las ideas; y vedlo, compañeros, vedlo: Desde la grandiosa lucha de las ideas, en la que nosotros, con gran parte del republicanismo español éramos fuertes, se ha descendido a la lucha miserable de las ambiciones personales, y en este terreno el puro Socialismo español es un cuerpo extraño, estorba a todos y a todos tendremos por enemigos.

Eso sí, es el momento a propósito para que quien busque en la política española no el bien del país ni el cumplimiento de nobles ansias por el derecho, sino la satisfacción de interiores apetitos, tome puesto en la competencia por satisfacerlos.

Porque yo quisiera que se me respondiese limpiamente, claramente, nítidamente, a esta pregunta:

¿Vamos a buscar por la derecha, en los partidos gobernantes o aspirantes a gobernar, las fuerzas, el auxilio real y efectivo y la simpatía que perdemos por el lado de la izquierda?

Yo estoy curado de espanto, y esta monstruosidad me caería en gracia.

Lo digo, correligionarios, porque aún estamos conjuncionados con los republicanos consecuentes, y he oído de labios socialistas, para que se oyeran en todas partes, los juicios más depresivos, las calificaciones más ominosas, reventando pasión o injusticia, sobre ellos. ¡Que no dan los republicanos sensación de moralidad y de capacidad, ni siquiera la de una fuerza política actuante! ¡Que están fuera de las corrientes modernas los cerebros de sus hombres!...

Incapaces, infecundos, inmorales...

¿Y de quién se dice esto? ¿Y en provecho de quién se dice esto?

Esto se dice del noble, grande y generoso republica-

nismo español; de una corriente política de cientos de miles de hombres repartidos por todas las zonas de la nación española: en el ejército y en el clero; en las artes y en las ciencias; en la industria; en el comercio y en la banca; en la clase poseyente y en la muchedumbre proletaria; en la Universidad, en el Ministerio y en el mismo alcázar de los reyes, con grandes figuras, honra de España y del linaje humano. Esto se dice de las admirables y únicas fuerzas políticas que han tenido en jaque a la reacción durante cuarenta años, y a las que se debe la dosis de liberalismo y democracia infiltrada en las leyes y en la realidad de la vida española. ¡Inmorales! ¿En qué multitud no hay hombres inmorales? Pero las congregadas por un objetivo ideal nunca lo son. El republicanismo español, como el mar, puede tener muchos focos de corrupción en su seno, y, sin embargo, él permanece incorruptible.

Acusad al republicanismo español de inmetódico, romántico y metafísico. Reprochad a sus hombres no haber percibido bien la necesidad política de nuestro tiempo en nuestro país o de no haber sabido servirla y tendréis razón y es muy posible que ellos lo reconozcan. Pero de eso a declarar putrefacta una fuerza semejante y soplar injusticias con la pretensión de aventar sus cenizas, olvidando que el republicanismo español cae y se levanta, media un abismo de error y de pasión.

¿Y a quienes sino a nuestros adversarios de siempre puede aprovechar esta pasión, este error, esta injusticia?

¿Es acaso un servicio que queremos prestarles y por el cual esperamos correspondencia?

Esto sería imitar de lejos las posturas y las gesticulaciones de Melquíades Alvarez.

No ha podido arrastrar consigo las masas republicanas a la ventaja del Poder: prueba como una pirámide de Egipto de la moralidad política de estas masas. Y no pudiendo arrastrarlas a la convivencia en el régimen que siempre combatieron, ¿qué hace? Dice al régimen: «No traigo masas, pero ofrezco, en cambio, la ruptura de la Conjunción.»

Es evidente que seguimos la política melquiadista si en la parte que nos toca realizamos obra de disociación.

Inversamente contrarrestamos los efectos disolventes de la deserción melquiadista si demostramos a España y al mundo que el alma de la Conjunción no se va con Melquíades; que esa alma, que no cabe en el cuerpo de un hombre, reside en las masas; en las masas socialistas y en las masas republicanas depuradas por la fuga de sus jefes, tal como las deseaba Fabra Ribas.

¡Benevolencias, concomitancias, inteligencias con el régimen!... ¡Adiós toda fuerza moral, que es, sobre todo, nuestra fuerza!

Mejor sentido mostró el joven monarca, si fue suya, de madrileño sin pelo de tonto, la frase que se dice dirigida a Azcárate: «Ustedes pueden servir a la Patria sin dejar de ser republicanos.» Lo mismo hubiera dicho a Iglesias: «Ustedes pueden servir a la Patria siendo socialistas.»

«Esto es, fuera de la cazuela del presupuesto, de la que sobran abonados; esto es, en la oposición en toda su pureza; porque en ella les acompaña la masa y constituyen ustedes fuerza nacional suficiente para que el régimen, que tiene sensibilidad política, se incline automáticamente en el sentido del progreso.»

El crimen político de Alvarez no consiste en haberse aproximado al Poder, sino en su golpe contra las izquierdas, sin cuyo apoyo progresivamente habrá de inteligenciarse con Maura.

Dentro del régimen las derechas predominan porque las izquierdas se dividen, y sin fuerza propia cada fracción, sólo pueden obtener el Poder en puja de servilismo.

Claro es que el régimen, por feudal y privilegiado, tiende hacia las derechas, aun en la hipótesis de los mejores propósitos.

Es la Historia de España, que se repite sin que aprendamos nada. Seis veces, durante el siglo XIX, la España progresiva se vio en posesión del Poder por la revolución. Seis veces lo perdió por la desunión, sin resolver, sino sobre el papel, nuestro problema político, que consiste esencialmente en asegurar por las leyes y la renovación incesante de la vida nacional, y a paso de carga, porque quien se detiene sucumbe.

La suerte se ha repetido ahora. Unidas las izquierdas pudieron imponerse al régimen, o hablando respetuosamente, facilitar las tendencias progresivas de quien lo personifica. Desunidas las izquierdas, las derechas recobran su apenas interrumpidas preponderancias.

Consecuencia para nosotros de la desunión de las fuerzas progresivas: una debilitación real no compensada.

Si se buscara una compensación por el lado del régimen, la traición a la doctrina, el abandono de todas las esencias socialistas por una protección imposible, ocasionaría una debilitación mayor. Seca y podrida caería al suelo la rama del Partido Socialista que quisiera vivir con esa savia.

La inconsecuencia con la doctrina es ir contra la na-

turalidad de las cosas. Y ningún humano triunfaría en la empresa.

Parte del Socialismo francés tuvo contubernio con Napoleón III y juzgó preferible el Imperio de aquel socialista de mojiganga a la República. Lassalle y Bismarck pensaron en un Socialismo nacionalista, cada uno a su modo. Ni los mismos liberales ingleses tienen poder para hacer Socialismo, sino el que quepa en la inflexible trabazón del régimen y bajo la presión del obrerismo y del Socialismo organizado para la lucha política.

En cambio, fuertes los Partidos Socialistas con la confianza de la clase trabajadora y con la acción inteligentemente mancomunada con las fuerzas progresivas en cada nación, antes o después han de ir participando del Poder por la virtud propia, y hasta han de ser llamados desde el Poder para colaborar en la solución de los problemas nacionales más importantes, acelerando el advenimiento de la civilización armónica.

Desunámonos las fuerzas progresivas españolas, esto es, debilitémonos. Eso esperan los conservadores de toda laya para batirnos al detall.

Nuestros adversarios no están muertos, y menos enterrados. Achantados, desconcertados bajo la acción poderosa de nuestros esfuerzos unidos, esperan la hora de nuestra desunión, que es su hora, la hora de su desquite.

No hay temor de duradero vencimiento. Nuestra vida es la del fénix fabuloso. No tardaríamos en recrecer, como no tardaríamos en sentir la necesidad de la concordia con los afines bajo los latigazos de un Maura, que nunca falta.

¿Por qué dejaremos hoy la obra que repetiremos mañana bajo la zarpa del enemigo?

Sólo he tocado la superficie de la materia, pero es necesario concluir.

Concreto mi convicción en los términos siguientes:

De la consideración de lo que es la realidad dinámica llamada Socialismo deriva la necesidad de la máxima concordia del Partido Socialista, que es su instrumento político con todas las fuerzas progresivas nacionales, y en la medida de lo posible, con las internacionales.

La consideración del momento actual de la política española muestra la inoportunidad absoluta de romper nuestra Conjunción con cuantos republicanos la deseen, y la conveniencia de ampliarla para hacer frente a la política antinacional y regresiva que sufre la desgraciada España bajo el predominio mal disimulado y menos contenido de las derechas.

Todo, con el alma puesta en la muchedumbre que trabaja y sufre. Todo, para vencer las fatalidades sociales más dolorosas: la miseria, la ignorancia, las luchas feroces entre hermanos...

10 de agosto de 1913.

DR. JAIME VERA

POR AUGUSTO BEBEL *

Mi modesta representación personal, con la que sirvo a nuestro movimiento lo mejor que sé y puedo, cumpliendo así obligaciones sociales comunes a todos los hombres, es debida, en su mayor parte, al trabajo científico y profesional, con el que he procurado cumplir la otra mitad de mis deberes con la sociedad. Trabajos profesionales y científicos, alguno de ellos no carente de importancia social, fijan mi atención y consumen mis fuerzas y mi tiempo. Pero, ¿cómo no hacer lo que pueda en obediencia a nuestra simpática Agrupación Socialista Femenina, deseosa de rendir el homenaje de su culto al gran Bebel, a quien tanto preocupó el presente y el porvenir de la mujer, de la mitad del género humano, que ayer como hoy y como hoy mañana, antes que para la propia felicidad parece organizada para labrar la ajena?

Os remito las líneas que me pide para esta solemnidad la Agrupación Socialista Femenina. Y como para haceros sentir es suficiente la contemplación con vuestro espíritu del noble objeto que os congrega, y que no es otro que el de expresar vuestra admiración y vuestra profunda íntima afección por un hombre que nació y vivió lejos de nosotros, pero que sintió como nosotros, pensó como nosotros y luchó por un ideal de justicia y de amor que es el nuestro, mis palabras no se dirigen a vuestra sensibilidad pura y generosamente exaltada. El objeto que nos congrega hace también pensar. Y cuando la sensibilidad se halla exaltada por motivos puros y sublimes, parece la inteligencia mejor dispuesta para engendrar ideas altas, nobles y limpias, fuera del alcance de los sedimentos impuros que el batallar diario revuelve con peligro de salpicarnos.

Los hombres que son guías y maestros nos enseñan

* Trabajo leído en la velada que se celebró el día 21 de septiembre de 1913, en honor de Bebel, en la Casa del Pueblo de Madrid.
Publicado en *El Socialista*, 23 y 24 de septiembre de 1913.

con lo que hablan, con lo que escriben, con lo que hacen. Nos dan, además, una lección no incluida en el programa de sus enseñanzas voluntarias, y no por eso menos elocuente y provechosa. Y esta lección consiste en los ejemplos de su propia vida.

Imposible resumir en el brevísimo espacio de que aquí disponemos cuanto con su propia vida el insigne Bebel nos enseña. Yo os invito a reflexionar sobre alguno de los puntos de su fecunda historia.

La vida de Bebel nos muestra a la naturaleza humana abriéndose paso a través de las resistencias sociales hacia su posición de equilibrio moral; esto es, creándose a sí mismo el ambiente propio para su expansión hasta el infinito. La naturaleza humana recorre en Bebel como individuo el mismo ciclo que recorrerá en el proletariado como clase, y en el linaje humano como especie.

Hermosa tesis que sólo muy someramente se puede tratar en el momento y que entrego a vuestras reflexiones.

Fue hijo de un mayor, de una cosa así como un sargento del ejército alemán. Es acaso esa la categoría más odiosa en aquel ejército, en el cual la separación de las clases es tan honda como si la oficialidad y los soldados fuesen de raza diferente. Entre los soldados y los jefes están estos mayores o sargentos, que no pueden ascender, que no pueden mezclarse con la aristocracia militar alemana, tan despótica como grosera en general, y tan inculca y bárbara como esclava de lo técnico y de lo burocrático. Estos mayores o sargentos se vengan del desprecio de sus superiores, de su condena perpetua a la inferioridad, en el soldado infeliz, que, aislado de sus jefes por un abismo, no tiene muchas veces otra salida de su martirio que el suicidio.

Nuestro ejército es una institución democrática al lado del ejército alemán: me refiero a la aproximación y trato entre las clases militares. Por exigencias de su propia naturaleza, el ejército ha de ser un mecanismo de adaptación forzosa de los hombres a la obediencia y a la destrucción. Pero entre nosotros no están lejanos los días en que los caudillos de más renombre salieron del pueblo, y ahora mismo, predominante en nuestro ejército el carácter profesional, un general, con sus dorados y sus plumas, sólo tiene las atribuciones que le dan las ordenanzas y las leyes, sin más derecho a particular estimación que la debida a su talento, virtudes y servicios. En Alemania, no obstante el servicio obligatorio, el espíritu feudal domina en el ejército. ¿Cómo ha de extra-

ñarnos, si todavía no lo ha sacudido de sí la sociedad civil?

¿Fue el padre de Bebel una excepción? ¿Odió su profesión por conocerla?

También la influencia materna nos es desconocida. Lo cierto es que en el mundo militar alemán retoñó nuestro hombre, uno de los pacificadores del mundo.

Cuatro años fue aprendiz de tornero. Recorrió parte de Alemania, incluso el Austria, como oficial o compañero, y muy joven todavía, asociado a Isleib, se estableció como maestro cerca de Dresde. La razón social del taller de tornero era Bebel e Isleib. Podríamos decir que la categoría social con que Bebel entra en el mundo es la de patrono en pequeño. La de maestro que trabaja, dirige el trabajo y el negocio, y explota al mismo tiempo el trabajo de los aprendices y de los oficiales asalariados.

El interés de esta categoría de pequeños burgueses les inspira a la vez ideas liberales y reaccionarias, libertad para sus movimientos y su explotación, protección, esto es, privilegio, contra toda competencia extraña; inmovilización de las formas económicas y de las formas técnicas, y resistencia al desenvolvimiento de la grande industria, que a golpes de baratura destruye y absorbe la pequeña producción manual, que ni desenvuelve las potencias productivas ni satisface las crecientes necesidades del consumo. A los pequeños patronos y negociantes que por las circunstancias ambientales o adventicias van en camino de capitalizar, inspirales su interés las ideas de la burguesía grande. La libertad del capital, se quiere decir, la libertad de su capital, éste es su lema: libertad, que quiere decir libre explotación de los productores y de los consumidores.

Cuando en vez de capitalizar el pequeño patrono, se arruina por la competencia, destruido como organismo imperfecto por el capital que le roba el mercado, su ambiente de vida, entonces absorbido por el proletariado, sólo piensa en la destrucción de un régimen que pagó su laboriosidad con la miseria.

Pero no se impuso a Bebel su condición económica. Sin otra cultura que la elemental, el espíritu de Bebel evolucionó por las enseñanzas de la vida real hacia la verdad, hasta percibirla entera para profesarla, propagarla, defenderla e imponerla en lucha con todas las resistencias históricas. Sintió con igual fuerza la necesidad del perfeccionamiento social y la necesidad de su propio perfeccionamiento. La necesidad del perfeccionamiento social para hacer posibles las relaciones de moralidad, de derecho y de justicia, que no deben ser co-

sas diferentes; el ansia de su propio perfeccionamiento, porque sólo en este fin encuentra el hombre la felicidad accesible.

No de un golpe por el estudio de la teoría, sino torneado el tornero por la fuerza de los hechos, el aprendiz, el oficial, el maestro establecido en compañía, se convirtió en un fuerte intelectual que en la soledad de la cárcel, por sus diferentes condenas, ilustró su espíritu con la lectura y la reflexión propia, completándose con la doctrina el hombre de acción; y habiendo entrado en el movimiento obrero alemán con limitadas ideas de clase y en dirección política sin salida, fue uno de los hombres que consiguieron acomodar la rebeldía política y económica de la nación alemana contra la burguesía y contra el Imperio a los moldes de las ideas marxistas, o lo que es igual: dar al proletariado de su país la conciencia de la evolución progresiva y de sí mismo.

Las cosas pasaron así, como todos sabéis; Bebel ingresó en la Asociación general de los trabajadores alemanes que Lassalle quería convertir en fuerza política nacionalista. El movimiento socialista internacional, que en Alemania recorrió las mismas fases que en el resto de Europa, absorbió el movimiento lassallista, adquiriendo la unidad y la grandeza que admira el mundo.

Fue Bebel en este inmenso desarrollo político uno de los grandes maestros y adalides, y en los postreros años de su vida, el primero.

Son dos puntos sobre los cuales vuestra reflexión puede profundizar con aprovechamiento grande.

El trabajador manual se convirtió en fortísimo intelectual; el pequeño burgués establecido se elevó a coordinador y guía del movimiento socialista.

Veis, en primer lugar, que si el interés actual e inmediato divide a los hombres y contrapone a las clases, siendo la lucha de clases un hecho y no una teoría, las inteligencias de los hombres colocados en las opuestas clases pueden unirse, elevándose a las alturas de la verdad.

Esto quiere decir que así el burgués como el obrero pueden percibir la posibilidad y la proximidad de un estado social donde los antagonismos se resuelvan porque las categorías contrapuestas de obrero y de burgués desaparezcan; esto quiere decir que nosotros luchamos, no contra una clase o contra los hombres de una clase, sino contra el modo de relación de clase a clase, contra los poderes que sustentan esta forma de relación y contra nuestra propia impotencia para conquistar la forma de la relación armónica a que aspiramos; esto quiere

decir que si es el pueblo, el proletariado, la cantera de donde hemos de sacar los materiales para nuestros triunfos y las formas de la sociedad del porvenir, no debemos considerar el título de socialistas como un privilegio nuestro, sino que debemos esforzarnos por llevar la conciencia de la transformación social que se verifica y que no tardará en completarse, a todas las inteligencias, sea cualquiera el grupo social a que corresponda. Y esto es necesario, porque no lograremos movilizar la sociedad sin que la sociedad adquiera previamente la noción del movimiento que de ella se exige y la posición a que ha de acomodarse.

Segundo punto que se ofrece a la reflexión es éste. Para servir Bebel al Socialismo, como lo sirvió, fue necesario que dejase de ser obrero manual. Todos lo sabéis: El trabajo humano no se perfecciona si no se especifica; el trabajo de la propaganda exige saber lo que se proponga; el trabajo de coordinación y propulsión de una fuerza política, la acción política en todas sus formas, en un trabajo intelectual específico cuya perfección exige la total consagración de la persona.

No basta para ser intelectual el no trabajar manualmente ni el ostentar títulos universitarios. Verdadero intelectual es quien tiene inteligencia y eficazmente la aplica, ora venga de las escuelas, ora de los talleres o de dondequiera. Queremos para todo trabajador el descanso que necesita para adquirir la acción de sí mismo y de sus conexiones sociales. Pero no basta el ocio de que dispone el trabajador manual para que su labor intelectual dé los rendimientos necesarios. La doble vida, el trabajo manual y el trabajo intelectual sobreañadido, agota al hombre más fuerte y le condena a mediocridad irremediable.

A la vista lo tenéis: para servir mejor al partido, para consagrarle la esencia de vuestro ser, o tenéis que disminuir vuestro trabajo manual o robar el tiempo a vuestro necesario reposo. Todo hombre puede ser completo con su labor propia; pero el trabajo intelectual, absorbiendo todo el ser de quien lo ejercita, es un elemento esencial de nuestra organización de clase y de partido hoy, y esencialmente en la coordinación social futura. ¿Qué idea tendrá de la civilización social quien la conciba como una mera aglomeración de Sindicatos de trabajadores manuales? Es muy fácil decir: *Cada colaborador en la producción recibirá íntegros los valores que engendre con su trabajo.* Mas, ¿sabéis la inmensa suma de problemas científicos, constantemente renova-

dos, que supone la doble satisfacción teórica y práctica de aquella exigencia?

Yo entrego a vuestras reflexiones el trabajo de intentar la contestación a esa pregunta. Por mi parte os digo que si la fuerza tiene hoy funciones esenciales que cumplir en el mundo, es porque la inteligencia de los hombres no sabe todavía suplirla. Sin duda que el movimiento muscular, acomodado a fines útiles, será actividad vital de la sociedad del porvenir; pero el problema humano, en su conjunto y sus partes, es intelectual.

Figuraos cómo hubiera podido Bebel llevar en la cabeza y coordinar con su acción la vida del Partido Socialista, la función colectiva de una masa de cuatro o cinco millones de seres humanos, siguiendo al frente de su establecimiento de tornería y atendiendo con igual cuidado al trabajo y a la parroquia.

* * *

A propósito de Bebel y del Partido Socialista alemán, tan numeroso, tan disciplinado, tan imponente, una idea surge en el entendimiento de muchos y una pregunta se formula por muchos labios. Esta pregunta y esta idea resumen el juicio sobre la obra personal de Bebel, sobre la obra colectiva del Socialismo germánico.

Pensamos lo que en Francia o en nuestra España hubiera hecho una masa igual en organización y poder, aun proporcionada a una menor población; y sentimos la impresión de que allá, en Alemania, la eficacia no ha correspondido a la perfección del instrumento. Esta impresión es engañosa: primero, porque no sentimos con la misma viveza la impresión de los efectos reales del Socialismo alemán; después, porque muchos de estos efectos son latentes, y, por último, porque no se tienen en cuenta sus colosales resistencias que limitan sus movimientos, como una vetusta férrea armadura los de un joven encerrado en ella.

Dentro del Imperio y de las rígidas organizaciones de los Estados, la obra del Socialismo alemán es magna y admirable.

El auge capitalista cogió a los pueblos en fases muy diferentes de su desarrollo político y de su interna construcción nacional. En todas partes la burguesía hizo liga con los Poderes históricos constituidos para resistir al formidable enemigo, al proletariado con la ciencia social por bandera. Y en Alemania, un Imperio militar engendrado por tres guerras triunfantes es la férrea trabazón, dentro de la cual la nación, que siente sed de

libertad, pugna difícilmente contra la opresión económica, doblada con la opresión política.

Obra magna y obra admirable es la de Bebel y la de los grandes socialistas alemanes, organizadores de ese inmenso ejército civil de media docena de millones de hombres, sin cuyo formidable contrapeso, ¿quién sería capaz de calcular los excesos y los estragos que dentro y fuera de Alemania hubiese podido producir un imperalismo triunfador y desbocado, sin el menor respeto para el derecho humano?

El Imperio limita los movimientos del Socialismo. El Socialismo inmoviliza el Imperio. El inmenso aparato militar alemán ha permanecido inmóvil cerca de medio siglo, con el peligro de oxidarse, abrumando y corrompiendo a la Patria, que es el militarismo detestable forma de corrupción. ¡Y quién si no el Partido Socialista es la causa de que las grandes maniobras suplan a las mortíferas batallas, y de que el kaiser se haya de contentar con amenazar, tirando de espada sólo para saludar a sus propias banderas!

Peligrosísima sería la guerra para Alemania. Su victoria armaría a todo el mundo contra ella. ¡Ay de Alemania! Su derrota sería la revolución social. La misma burguesía abandonarían al Imperio en derrota, como abandonó a Napoleón.

A los que crean indiferente el progreso político y lo que se llama formas de gobierno, y que son en realidad los métodos de vida nacional, les invitamos a imaginar cuál hubiera sido la obra de la ciencia alemana y la del Socialismo alemán desarrollándose dentro de una gran República alemana, ¡hermosa federación libre de pueblos!

Se me objetará que República es Francia, y que es militarista con todas las restricciones que imponen a la democracia capitalismo y militarismo.

Pero yo les respondería: ¿Y por qué es militarista Francia? ¿Por qué puede serlo? ¿Por qué tiene que serlo?

La subversión del derecho se propaga a lo lejos por contragolpe. La unidad alemana, obra de dominación, no de concordia, se hizo contra Dinamarca, contra Austria y, sobre todo, contra Francia. Y la amenaza persiste. La expansión alemana amenaza ser guerrera. Así, el militarismo alemán hace obligatorio el militarismo a toda Europa. Francia es la más amenazada, y lo mejor de su actividad ha de consagrarse a perfeccionar su ejército. Amenazada se ve Inglaterra, y los millones que había de consagrar para combatir la miseria, los arroja al mar en forma de *dreagnouths*.

Así es imposible el progreso político, la democratización de las naciones; se obstruye el paso al Socialismo, se retarda el advenimiento de la paz interior y la concordia entre los pueblos. Figuraos, al contrario, el espectáculo del mundo dando la norma Alemania, Inglaterra y Francia, convertidas en Repúblicas pacíficas, forzosamente pacíficas, porque en nuestros tiempos no son las naciones, sino el Estado, la dominación, quien lleva la guerra.

Yerran los que creen que las monarquías, los Poderes históricos, persisten porque se han acomodado al derecho moderno y no son rémoras del progreso. Grave error, útil a los posibilistas prácticos y que los socialistas no debemos compartir. No hay tal: los Poderes históricos, el Poder político imperialista, monárquico o republicano, como lo que resta del Poder eclesiástico y de Poderes inferiores o subalternos, subsisten porque la dominación capitalista y todos los intereses resistentes al progreso se amparan de ellos y, en cambio, lo sustentan. De este modo, para nosotros los socialistas, Imperios, Monarquías y Repúblicas son, en general, maneras de la dominación burguesa; pero no pueden sernos indiferentes estas maneras de dominación, porque ellas, en grado muy diverso, conservan la sustancia de la barbarie antigua, y también en grado y en forma muy diversos resisten al avance y el triunfo de la civilización armónica, de la que somos campeones.

Cuanto más difundidos por la nación se hallan los diversos poderes, el intelectual, el económico, el político y los restantes, más dueña es la nación de sí misma, más libre es de su movimiento y tanto más pacífica será; porque ya, por fortuna, la condición universal de vida es la paz, es el concierto de los esfuerzos para la ayuda mutua, y no la guerra, la recíproca destrucción.

Los poderes que creen serlo por encargo providencial, hereditarios, irresponsables, perdurables en la nación, mientras todo a su alrededor es pasajero y renovable, tienden a convertir la nación en un patrimonio y a las instituciones públicas en instrumentos de su dominación.

En el caso más favorable identifican su interés no con los intereses de cada uno de los nacionales, sino con el interés nacional abstracto, no vacilando en sacrificar la felicidad de todos a la grandeza y gloria del cuerpo nacional, como si el fin humano fuese el crear prepotentes nacionalidades, cuando inversamente los hombres se agrupan en la sociedad civil para la mejor realización de su fin individual, que es el desenvolvimiento máximo

de sus facultades y su máxima satisfacción, siendo esencial elemento en el fin humano la libertad.

Cuanto más se acentúa el carácter patrimonial de los Estados, tanto menos se pertenece la nación a sí misma, tanto más fácilmente es llevada contra su voluntad a la guerra. Hasta los desposeídos y los que ninguna parte tienen en el patrimonio nacional serán arrastrados en las relaciones de antagonismo, tanto más predomine en ellos el sentimiento de nacionales sobre el sentimiento de hombres. Los que trabajan y cuantos piensan en todas las naciones son quienes, sintiéndose hombres, deben imponer la paz y el concierto de los intereses por la organización del trabajo, poniendo fin al carácter patrimonial de los Estados, como al carácter patrimonial de la propiedad privada.

¡Qué grande se nos presenta Bebel hablando como hombre, hablando como socialista y no hablando como alemán, cuando en la embriaguez del triunfo de sus compatriotas condenaba la anexión de la Alsacia y de la Lorena, el aumento de un patrimonio nacional a expensas del de otra nación, sujetando a la Humanidad al régimen de los armamentos y de la guerra, que es la negación de todo progreso humano, la perpetración de la barbarie entre los hombres, barbarie inútil cuando la productividad del trabajo asegura la subsistencia de todos los hombres en relaciones de solidaridad!

* * *

Para ejemplo se evoca la historia de los grandes hombres. Pero sería aberración hacer de nuestra vida una repetición de las suyas por la razón de que fueron los más perfectos.

Procuremos imitarlos en su originalidad. Todos es continuación, pero todo cambia, y la renovación de la vida exige la renovación de los hombres. La gran revolucionaria es la muerte.

Ni la ciencia social ni la economía política empiezan ni terminan con Marx. Babel, fiel discípulo de Marx en la teoría, brilló sobre todo en la acción; y en la acción, en la aplicación de la teoría a los momentos políticos, brilló su originalidad. El espíritu de la Internacional anima a los partidos políticos de todos los países, mas no son la Internacional. Son organizaciones independientes laborando con fin común en terrenos distintos, y sus éxitos no se deberán a la repetición servil de lo que otras hicie-

ron, sino a la exacta y feliz apreciación de las circunstancias.

El Socialismo, proceso de evolución, pudiera considerarse como un ser vivo que se desarrolla y que recorre sucesivamente sus edades. La teoría es la proyección en la mente humana de la realidad social y del sentido de su evolución. Así, la doctrina crece paralelamente a los hechos, permitiendo su previsión porque ha sorprendido la ley que rige su desenvolvimiento. Es el Socialismo el conjunto de las aplicaciones posibles de toda la ciencia humana a la vida social. Por lo tanto, el Socialismo como la ciencia, está siempre en período constituyente. El buen socialista, el penetrado de su espíritu científico, se halla ansioso siempre de verdades nuevas o de nuevas perspectivas para la aplicación de las ya conquistadas.

¿Y de quién sino de la juventud entusiasta y ardorosa esperaremos los esfuerzos más fecundos de renovación?

No creo que de distinto modo os hablara el viejo Bebel. Ansiosos estamos de ver y de aplaudir las aportaciones de la nueva generación de socialistas a la doctrina o a la acción. Los cimientos son sólidos e inmovibles, y las líneas generales del edificio están trazadas. Traed, jóvenes, nuevos materiales y elevad la construcción buscando lo infinito. Tanto más fecundos serán vuestros esfuerzos cuanto mejor conozcáis lo ya edificado, porque sobre ello, y no en el aire, habréis de construir. Ni os hagáis la ilusión de que está en el poder de los hombres el levantar a capricho un edificio nuevo.

Por fortuna, el pasado y el presente garantizan el porvenir. En el Socialismo español, esencialmente obrero para honra vuestra, han existido y existen hombres, guardadas todas las proporciones y consideradas todas las circunstancias, no menos dignos de admiración que Bebel y los guías del Socialismo internacional, aun cuando por sernos próximos y familiares no advirtamos todo su mérito y grandeza. Ellos, venidos del taller, de la mina, del infierno del trabajo manual, se han hecho oradores, publicistas, hábiles políticos e intelectuales en la recta y fecunda acepción de la palabra. Hombres inteligentes que han cultivado su inteligencia y con generoso corazón la aplican a los más altos fines de la intelectualidad. Ellos han llegado con esfuerzo sublime allí adonde lo han exigido la propaganda, la organización y la lucha. Su labor cunde por todo el haz de la tierra española. Todos los conocéis y no he de nombrarlos, porque son muchos y me sería doloroso omitir el nombre de alguno. Con el auge del movimiento socialista, la tarea se complica; pero acaso se hace menos espinosa, y el juicio público

es menos hostil cada vez. Adelante, seguros de que la obra comenzada se engrandecerá en las manos que la vayan recogiendo.

Como guía para la acción basta la teoría general, según Marx la formuló. Son problemas prácticos inmediatos los que la realidad suscita y los que deben atraer nuestra atención y nuestro esfuerzo. Pero como el Socialismo es hecho y es idea, es realidad y conocimiento de esta realidad y de sus leyes, el campo para el trabajo eficaz es ilimitado, y cuantos hombres de pensamiento y de acción acudan a la liza tienen sobrado espacio y sobradas ocasiones para el beneficio del partido y para su gloria personal.

* * *

El tema es inagotable. He de concluir. Sólo me resta felicitar a la Agrupación Socialista Femenina y a las Juventudes por su buen acuerdo de rendir a Bebel este homenaje de admiración y simpatía.

Particularmente la Agrupación Femenina cumple un deber de gratitud con el viejo socialista. Yo lo conocí en el Congreso de Londres el año 96. Vi allí al hombre convencido, enérgico y perseverante, consagrado en cuerpo y alma a la causa de la Humanidad. Razonaba briosamente y parecía remachar sus afirmaciones con su brazo derecho, movido a modo de martillo. Su obra acerca de la mujer, su preocupación sobre el destino de la mujer, me revelaron que en aquel corazón fuerte anidaba la ternura. Estos sentimientos de amor en los grandes luchadores humanizan la lucha. Son una de las suavidades que hacen tolerable la vida.

Las mujeres españolas, representadas por vosotras, las que más trabajan y sufren, realizan acto de justa correspondencia al consagrar momentos de su afección al gran socialista que, enfrascado en las rudezas del combate entre los hombres, pensó en la mujer y en su problema presente y futuro con el ansia de verla digna compañera del hombre y no esclava.

Nosotros, los socialistas, deberemos tomar la lección que Bebel nos da, y con nuestra tolerancia, con nuestro amor y, si es necesario, con nuestro sacrificio, compensar la inferioridad a que la barbarie de las leyes y de las costumbres y la supeditación económica condenan a la mujer, en tanto que luce el hermoso día de su liberación.

He dicho.

JAIMÉ VERA

FARMACIA Y COOPERACION OBRERA*

Sr. D. Francisco Largo Caballero.

Muy señor mío y amigo: Haciendo alto honor a mi opinión me pide usted la que yo pueda tener sobre el pleito pendiente entre muchos farmacéuticos, no sé si todos, y la Cooperativa de trabajadores denominada La Mutualidad.

En casos como éste se tiene por cauto al que se excusa y por listo al que se aprovecha. Pero siempre he creído que a quienes la sociedad honra y paga por creernos consagrados a la verdad, a indagarla, a profesarla, no nos es lícito abstenernos de declararla cuando autorizadamente se nos pide. Afronto, pues, el compromiso, y Cristo con todos.

Condición de imparcialidad. En la balanza de mis afectos se equilibran los que me ligan a las partes contendientes.

Los farmacéuticos y los estudiantes son compañeros y amigos míos. En no pocos reverencio el saber, gloria y provecho de todos; en los más, la labor útil, oscura y honrada; de muchos me aflige la remuneración miserable y las estrecheces, por ocultas no menos angustiosas que las propias de los trabajadores manuales. Hay un proletariado farmacéutico, como un proletariado médico y todo un proletariado intelectual cuya suerte va ligada al destino universal del trabajo humano.

Por el otro lado mi corazón está, hace muchos años, con los trabajadores. Me afecta, sobre todo, el porvenir de sus pequeñuelos, más desnudos que «el lirio de los valles» y menos protegidos que los pajarillos en libertad. Por más débiles, hacia ellos declinaría mi simpatía. Pero la verdad está sobre ellos, sobre los otros y sobre mí.

Por fortuna, hay un criterio de certeza, del cual deriva

* *El Socialista*, 1, 10 y 22 de mayo de 1914. El artículo aparece precedido del texto siguiente: «Mi artículo de Primero de Mayo.» Amigo García Cortés: Defiriendo a la petición de usted, tenía ya compuesto en la cabeza mi artículo para *El Socialista*, faltando solamente dictarlo. Le diré a usted su título: «Religión y Socialismo».—«De vera religione disquisitio». Pero en esto llegó la carta de Largo Caballero, y no alcanzándome el tiempo para contestarla y trasladar mi artículo al papel, antepongo el político práctico al sociólogo de gabinete, y ahí le mando el original adjunto. A usted le toca darle destino. Suyo afectísimo amigo, doctor Jaime Vera. «En esta campaña [contra la Mutualidad Obrera] se emplearon todos los procedimientos: la interpelación en el Parlamento; una serie de artículos, bien pagados, en los periódicos; el mitin, la injuria y la calumnia, no sólo contra la entidad, sino contra los individuos que la dirigen» (F. Largo Caballero «La M. O. en 1914», artículo aparecido en *Acción Socialista*). García Venero (op. cit. Tomo II, p. 104) hace un gran elogio de esta Mutualidad Obrera Socialista.

claramente la solución de verdad y de justicia, obligatoria para todas las inteligencias, aun con la protesta de los intereses particulares heridos.

Porque si nos elevamos hasta la percepción exacta del interés público, en la materia, habremos de tener por bien venido todo cuanto con el interés público se armonice; y toda pretensión individual o corporativa, viniere de los farmacéuticos o viniere de los obreros, contraria al interés público, habrá de ser inexorablemente eliminada.

Por fortuna, también en el interés público confluyen armonizándose el interés de los que contienden. Porque el interés público o general consiste: primero, en el progreso científico y en el perfeccionamiento de los servicios farmacéuticos, y segundo, en la extensión de los servicios perfeccionados al mayor número. Este es el progreso de la farmacia, perfeccionarse y extenderse. Este es el interés social respecto a toda forma de producción.

Es evidente que el interés de los mutualistas coincide con el interés público, se identifica con él, es una parte de él. No buscan otra cosa sino que les alcance los servicios farmacéuticos perfeccionados, extendiéndolos. Cooperando muchos, pretenden procurar servicios farmacéuticos perfeccionados a los enfermos relativamente pocos, y que individualmente no podrían procurárselos.

El derecho a defender la vida por el esfuerzo colectivo cuando el individuo no basta es un derecho absoluto, y ante él debe ceder toda restricción legal, histórica, contra las necesidades de los tiempos prolongada. Este derecho sólo tiene por límite el derecho ajeno, común o específico. Y el derecho específico de los farmacéuticos, absolutamente concordante con el interés público e instituido para defender este interés, tiene por fórmula: todo producto farmacéutico y todo medio curativo afin ha de llegar al enfermo o consumidor con la intervención y bajo la responsabilidad del farmacéutico. Todo texto legal que extienda o restrinja el derecho específico del farmacéutico va contra el interés general, contra el desenvolvimiento natural de las instituciones farmacéuticas, contra los farmacéuticos mismos. Deberá anularse y se anulará.

No quisiera yo discurrir por el lector, ni pretendo demostrar que aproveche a cada farmacéutico en particular la institución y desenvolvimiento de las Mutualidades Obreras. Pero, ¿quién dirá que vaya contra la clase farmacéutica, considerada en su conjunto, el perfeccionamiento de los prácticos de farmacia y su exten-

sión a verdaderas multitudes que no es otro el propósito del movimiento cooperativista?

Es evidente lo contrario. La estimación y representación social de una profesión y su retribución en el orden económico crece paralelamente a la importancia específica de sus servicios y a la extensión de sus servicios. Más claro: la ganancia legítima moral y material de una clase crece en la misma proporción que la calidad de sus servicios mejora y su cantidad aumenta, sin otro límite que el que introduce la competencia interior de los profesionales del mismo oficio.

No huyen los obreros mutualistas de los farmacéuticos. Ansian sus servicios y se asocian para hacerlos posibles, retribuyéndoles decorosamente, si no espléndidamente. Inmediatamente renunciarían a cotizar los obreros sanos para tener farmacias cuando enfermos, si los obreros enfermos tuvieran acceso más ventajoso a una asistencia farmacéutica tolerable.

Las siguientes, son verdades como puños:

Los medios curativos no son artículos de primera necesidad, sino de necesidad apremiante. El hambre y la sed admiten espera. La falta de medicamento, en la oportunidad, puede costar la vida.

Hablar de la asistencia individual de los enfermos proletarios sería describir un infierno social.

Los obreros, carentes de recursos para ser asistidos uno a uno, pueden constituir comunidades con potencia económica sobrada para retribuir ampliamente a sus médicos y farmacéuticos y proporcionarles medios de ejercer en condiciones de la más alta dignidad profesional.

A un incremento progresivo del movimiento mutualista, bien dirigido, correspondería una demanda también creciente de trabajo médico y farmacéutico, y, por lo tanto, bastante a dar ocupación honrosa y bien retribuida a número también creciente de médicos y farmacéuticos inteligentes, estudiosos, dignos hombres de ciencia que ahora viven trabajosamente tras los céntimos del obrero y del más pobre todavía.

De estas verdades derivan, sin discusión, los resultados siguientes:

Es inicuo empeñarse en perpetuar la actual asistencia médica y farmacéutica de la clase proletaria.

Toda elevación contranatural de los precios, que disminuye automáticamente el consumo de productos farmacéuticos, es, sencillamente, homicida.

Hay que barrer las preocupaciones, todos los intereses, todos los obstáculos opuestos a que el proletariado mé-

dico y farmacéutico y el proletariado del trabajo manual confluyan, se sostengan mutuamente por un cambio de servicios y se rediman por la asociación.

Una carta debe tener sus límites. En la siguiente, que fecharé mañana, terminaré lo que debo decir sobre este asunto, que no por ser concreto deja de contener doctrina.

Suyo afectísimo y buen amigo,

DR. JAIME VERA

II

Sr. D. Francisco Largo Caballero, presidente del Consejo administrativo de La Mutualidad Obrera.

Muy señor mío y amigo: La perenne reacción humana contra el dolor de las necesidades no satisfechas y que, si se satisfacen, se irritan y acrecientan, engendra actividades creadoras de nuevos modos de vivir.

¡La evolución de la Farmacia! Gran tema para un hermoso libro.

En esta carta yo he de aludirla, invocarla. Porque esa evolución nos manda. Obra de nuestra actividad, es superior a nuestra voluntad. Ella dicta o impone las soluciones. A ella hemos de acomodarnos. Crea, además, las dos únicas posiciones en que podemos colocarnos con relación a ella. En pro o en contra. Para propulsarla o para resistirla.

¿He de mostrar yo la evolución de la Farmacia a sus profesionales? ¿Les diré en qué posición les coloca con relación a los progresos de la Farmacia su espíritu científico y su interés de clase? Porque jamás podré persuadirme de que la evolución progresiva de una profesión sea contraria a los intereses de los que la ejercen. Todos debemos confiar en la alta inteligencia de nuestras glorias farmacéuticas y en el espíritu generoso de la juventud.

Los farmacéuticos protestantes no ven la transformación de la Farmacia porque no la miran.

Si hacemos converger ambos ejes visuales sobre un objeto muy próximo, nosotros mismos nos obstruimos el horizonte y no percibimos lo que hay en torno nuestro y más allá de aquel objeto.

Los farmacéuticos protestantes perciben bien en el movimiento mutualista un hecho inmediato de competencia comercial; pero, así reducido su ángulo visual, no caben en él la evolución de la Farmacia en su conjunto, ni su acción incontrastable sobre el elemento per-

sonal, ni lo que representa en esa evolución el movimiento de mutualidad.

Se habla de crisis farmacéutica. Si por crisis se quiere dar a entender «momento peligroso», podría hablarse de crisis de algunos farmacéuticos. La de la Farmacia sería, en todo caso, crisis de portentoso crecimiento. Y ningún hombre de ciencia extrañará que tan aguda intensificación de desarrollo haya de extinguir las formas de función más imperfectas y los órganos no adoptables a mayor amplitud, complejidad y perfeccionamiento funcional.

¡Adiós, tradicional y venerada botica, con tus cacharros y anaqueles suntuarios; con tu rebotica, tertulia y ateneo, foco de ideas; con tu laboratorio exiguo! Como en los zaquizamíes de los antiguos herboristas y apotecarios; como en las buhardas y camaranchones de los alquimistas, en la clásica botica se elaboró la evolución de la química. Y desde que los aprendimos en nuestros tiempos de estudiantes, rendimos culto a los nombres gloriosos de quienes, en campo de trabajo tan humilde, encendieron los luces más vivas de la civilización. ¡A la manera de capillas de las ciencias, fueron las boticas la única institución científica arraigada, con el respeto de las gentes en las ciudades, villas y lugares morando entre la barbarie! Venciste a las zumbas de los satíricos, mortales sólo para lo que no merece vivir. ¡La magia del progreso te transforma en magnas instituciones, templos suntuosos donde sigue trabajando Minerva y se alza Mercurio con la ganancia!

Yo oí decir a un arzobispo inaugurando solemnemente el curso académico en la Imperial y Pontificia Universidad de Manila (esos eran sus títulos, si no recuerdo mal), al repasar las distintas Facultades: «La misión del farmacéutico es buscar los medicamentos por los escondrijos en que los diseminó la Divina Providencia; porque si le plugo crear los remedios de nuestras enfermedades, quiso imponernos el trabajo de buscarlos.» Y, en verdad, ante algunos prodigios terapéuticos parece que las enfermedades y ciertas sustancias medicinales son cosas hechas unas para otras. Este es el fundamento de esa simplicísima terapéutica finalista. Siempre fue el problema farmacológico más complejo y mucho más racional.

En nuestros días, la Farmacia, como enciclopedia científica, que lo es al modo de la Medicina, la Ingeniería, la Política y todos los conglomerados de conocimientos y prácticas con la unidad fundamental de su objeto, asombrosamente se ha acrecentado, elevado, ennoblecido.

Paralelamente ha crecido el valor social de la Farmacia como profesión; esto es, como conjunto de actividades destinadas a satisfacer necesidades universales y de primer orden.

Yo me deleitaría intentando bosquejar los dominios científicos y profesionales en que la Farmacia debe tener indisputable soberanía. «Sed nunc non erat hie locus», no encajaría aquí.

Sólo diré que corresponden al espíritu de investigación de nuestros días, a la recta aplicación de los métodos, al adelanto de las ciencias auxiliares o fundamentales, a las exigencias de la Medicina; en fin, al progreso general de la ciencia que vuela a la conquista de la supremacía en la dirección de las cosas humanas perdida por la autocracia religiosa y retenida todavía por la pura fuerza al servicio de las ignorancias y de los intereses históricos.

Pero todas estas influencias juntas no hubieran hecho a la Farmacia lo que es, con tránsito a lo que debe ser, si hubiera faltado otra influencia preponderante: la necesidad y la pasión de adquirir en el régimen capitalista.

Cuanto necesitamos y apetecemos, si no lo recibimos como don gratuito de la naturaleza o de la sociedad, hemos de adquirirlo. La lucha por vivir se convierte así, para los individuos, grupos y naciones, en lucha por adquirir, por la aprehensión, por la posesión del valor económico equivalente universal de todos los valores.

Además de construcción científica y de profesión, la Farmacia es industria y comercio. Compra, transforma y vende mercancías.

El antiguo boticario, que a veces hervorizaba por sí mismo, adquiría en el comercio de drogas las indígenas y las exóticas en pequeñas cantidades; elaboraba productos farmacéuticos y confeccionaba las fórmulas oficiales y magistrales y las expendía. Era pequeño comerciante y pequeño industrial. Trabajaba en su laboratorio como en su taller el artífice dueño del instrumento de su trabajo. A lo más, colaboraban en su obra practicantes o discípulos, siendo a la vez maestro y operario; en sus manos mágicas adquirían virtud y precio el «aqua fontis» y la «mica panis».

La acción absorbente y propulsiva del capital transforma esta pequeña industria y este pequeño comercio en industria y comercio en grande escala. El capital, haciendo a la Farmacia campo de sus operaciones, produce los grandes bienes y los inevitables males que la riqueza, bajo el dominio del egoísmo individual, ocasiona, doquiera atrae así al trabajo para hacerle inmen-

samente productivo, al mismo tiempo que para explotarle.

Estos efectos antinómicos, contradictorios, del capital, se operan tanto sobre la producción misma y sobre los elementos materiales y mecánicos de la producción y del cambio, como sobre el elemento humano o personal productivo.

Efectos sobre la producción y el cambio se han multiplicado, perfeccionado, abaratado y difundido maravillosamente los productos farmacéuticos y hasta los medicamentos ya dosificados y acondicionados para su uso. Hasta el último rincón del mundo podrían llegar los elementos curativos en condiciones de máxima perfección y de ínfima baratura si no lo impidieran los monopolios, la competencia intercapitalista y la miseria del mercado; quiero decir la miseria de las multitudes, que consumirían si pudieran. Los medicamentos nuevos y los medios curativos afines se descubren por series, y no hay memoria que los recuerde ni catálogo que los contenga. Se buscan propiedades definidas en los cuerpos mediante modificaciones de composición. La experimentación clínica los selecciona, y mientras infinidad de ellos caen en el olvido, algunos se colocan al lado de los remedios tradicionales heroicos, dádiva de los dioses para nuestro alivio y nuestro consuelo.

Se desarrolla toda una terapia nueva (no sin antecedentes), organizada, biológica, viviente. Y de ella ha derivado una industria ya grande: la de los jugos, sueros y vacunas... Médicos y farmacéuticos han de juntarse para cultivarla y también para defenderla del mercantilismo, que la haría ineficaz si no homicida.

El contraste de estas maravillas está en las crisis de producción, en la limitación artificial de la producción, en el fraude y maleamiento sistemático de la producción. Males inseparables del capitalismo, sea cualquiera el campo en que extiende sus tentáculos chupadores.

El límite de producción lo determina el flujo eferente del mercado. Si el flujo eferente es excesivo se produce el estancamiento, la crisis más o menos extensa. La producción no llega, ni de lejos, a satisfacer las necesidades efectivas y excede a lo que se puede comprar. Hay mercancías farmacéuticas sin salida en el mercado, y hay necesidades sin satisfacer por falta de medios para comprar. Puede hacerlos inaccesibles a muchos un precio artificial, cientos de veces superior al coste de producción.

Un aparato económico racional produciría en vista y en proporción de las necesidades sociales susceptibles

de medida. En el capitalismo se produce en vista del mercado. Si no se vende, el circuito queda cortado y no se revierten al punto de partida los valores adelantados, más el beneficio.

Esta necesidad vital de triunfar en el mercado fuerza a perfeccionar y a abaratar los productos. Pero si la perfección del producto fuese un obstáculo a la venta, a la venta se sacrifica la perfección del producto. Triunfa lo barato con apariencias de perfección. Y como el beneficio puede ser mayor paralelamente a la ciencia aplicada a la perfección y abaratamiento de los productos farmacéuticos se desarrolla una ciencia de falsificación y de fraude. Una farmacia fiscal debiera preservarnos de la farmacia fraudulenta. Porque el capital en producción tiene el crecimiento por ley de vida, y son meros instrumentos de esta fisiología del capital todos los elementos de la producción, así materiales como personales, el público consumidor y el capitalista mismo. Y la materia y la forma de producción no son sino el punto de apoyo sobre el que gira el capital en su incesante movimiento circular de acumulación.

Los límites de la producción capitalista no son los naturales de las formas productivas y las necesidades mensurables, sino los medios de pago de los consumidores. El mismo régimen limita estos medios de pago cuanto puede. El se esfuerza en mantener sujetos a un máximo esfuerzo productivo y a un mínimo consumo a los productores puros de todo orden, intelectuales y manuales, masa de consumidores. Así el régimen se ahoga a sí mismo.

Los bienes y los males de producción, la farmacéutica capitalista, derivan de este axioma: los perfeccionamientos de la producción farmacéutica son en ella un derivado; el objeto directo, la ganancia.

A tales desarrollos y a tan profundos cambios funcionales corresponden formas orgánicas adecuadas.

Las fábricas de productos químicos y farmacéuticos, bajo la autoridad de la competencia científica, y los grandes laboratorios en que se reúnen todos los elementos científicos de investigación y aplicación y donde la complejidad y delicadeza de las operaciones exigen la diversificación metódica de los trabajos, son las formas orgánicas de la Farmacia moderna capaces de satisfacer plenamente cuanto exige la defensa de la salud privada y pública, dondequiera que predominen los factores más fuertes de la civilización: la cultura y la riqueza. La botica científica y honrada dará su floración natural. Las formas antiguas, con todos los grados de la imper-

fección habrán de irse refugiendo en las zonas o islotes, dominio todavía de la penuria y de la ignorancia. Una y otra, ignorancia y penuria, mantienen las condiciones de la vida rezagada de otros tiempos y permiten la supervivencia de lo anticuado, de lo imperfecto, de lo que debe desaparecer.

Pero siento crecer la materia bajo la pluma.

En mi próxima trataré de la influencia de la transformación de la Farmacia sobre el elemento humano o personal; esto es, sobre sus profesionales. Y así estaremos en el eje de la cuestión.

Suyo atentísimo atento amigo seguro servidor, que besa su mano,

DR. JAIME VERA

Madrid, 7 de mayo de 1914.

y III

Sr. D. Francisco Largo Caballero, presidente del Consejo Administrativo de La Mutualidad Obrera.

Muy señor mío y amigo: Mi impaciencia por satisfacer la del lector (si alguno la tuviere) me coloca de un salto en el centro de la cuestión. Y he aquí cómo la plantean y la resuelven los hechos, más fuertes que nuestro deseo, más poderosos que nuestro interés.

El florecimiento científico profesional tecnológico y económico de la Farmacia ha cambiado las relaciones de los farmacéuticos unos con otros. Ha cambiado las relaciones de los farmacéuticos y de la Farmacia con el cuerpo social, del que son un órgano. Ha cambiado el tipo mínimo del farmacéutico, depurándole, concretándole en personalidades diferentes bien definidas. Han cambiado también las necesidades de multitudes de consumidores o, por lo menos, ha cambiado la manera de ser sentidas esas necesidades y la reacción inteligente para satisfacerlas.

En suma, con relación a la Farmacia se ha producido un nuevo estado social.

Y una de dos: o la legislación actual se aplica razonablemente a la nueva realidad o francamente se legisla con acomodación a la nueva realidad. Porque la ley es la porción obligatoria en las normas de la relación social variable con las épocas.

Acaece un hecho.

Núcleos de trabajadores, en busca de asistencia farmacéutica para ellos y para sus hermanos en escasez, hacen un fondo y acuden a los farmacéuticos para que

instalen farmacias, y encargándoles absolutamente de todos los aspectos científicos de la empresa, pretenden reservarse absolutamente la administración del fondo social.

No se trata de una cuestión pueril de palabras. De si abren las farmacias los mutualistas que encargan de instalarlas, regirlas y servir las a farmacéuticos autorizados por su título, o si las abren los farmacéuticos que de hecho las instalan y han de regirlas y servir las a expensas de los fondos mutualistas. El hecho es absolutamente idéntico.

De lo que verdaderamente se trata es de esto: de si un fondo social mutualista, un caudal honrado, fruto directo del sudor y de la sangre, pueden o no entrar en la producción farmacéutica con los mismos derechos y con la misma libertad de movimientos que cualquier capital individual o colectivo innominado.

Hecho tan sencillo, tan natural, tan humano, tan progresivo y tan dentro de la justicia no puede estar fuera de la ley. Siempre se distinguió entre la prestación de servicios farmacéuticos y la administración de los servicios farmacéuticos. Y constantemente se sucedieron, con carácter universal, ejemplos prácticos de ello. Lo único cierto es que en la infantilidad de la Farmacia como industria, el aporte de caudal extraprofesional fue la excepción. Y en nuestra época del gran industrialismo farmacéutico el aporte de capital extraño es el hecho normal y sobresaliente. La garantía del público y del Estado es el título del farmacéutico que, bajo prescripción facultativa, expende medicamentos. Este es el elemento constante en la ley. Las relaciones íntimas entre el farmacéutico y la representación del capital son convenciones libres y, seguramente, no serán las menos dignas las publicables.

Sólo una excepción inicua podía restringir los derechos del caudal obrero, ya como riqueza para ser consumido, ya como capital para producir beneficios. En busca de beneficios se asocia todo capital a la producción farmacéutica, grande o chica.

Todo esto es claro. Veámoslo más de cerca, desde el lado de los farmacéuticos.

En los tiempos de la producción farmacéutica individual la sencillez y poco coste relativo de la botica, normal instrumento de trabajo del farmacéutico, hacía racional la presunción de que su propiedad fuese accesible a cuantos llevasen sus estudios a buen término. «Tener botica» era el modo normal de ejercer la profesión. En la pequeña botica no cabían el farmacéutico

y el empresario sino fundidos en una misma persona. La prohibición absoluta de abrir y explotar boticas a los extraños a la profesión equivalía exactamente a consignar el exclusivo derecho de ejercer la Farmacia sus licenciados y doctores de la Facultad. Así defendía la ley al farmacéutico y al público del intrusismo, el enemigo común.

La sujeción de los noveles a la dependencia de los farmacéuticos establecidos no duraba más que el disciplinado a aprendizaje. No se limitaba el número de farmacias porque no se limitaba el de boticarios; antes bien, se favorecía su aumento. La ley no establecía esta realidad, la consagraba; no quiso ni pudo impedir sus desenvolvimientos. Rotos los gremios y no obligatorios los aranceles farmacéuticos se desató la competencia comercial y el abaratamiento de los productos se hizo automático.

No hubiera bastado el peculio personal de los boticarios para revolucionar la Farmacia. Fue el capital extraño el que inundó la producción farmacéutica rompiendo diques, trastornando relaciones y convirtiéndola en producción y cambio en grande escala.

La acción polarizante del sistema se hizo y su ley de población se cumplió.

Mientras de un lado industriales y farmacéuticos amasan fortunas colosales y el movimiento farmacéutico de dos o tres grandes ciudades supera al del mundo de no hace mucho tiempo, se producen, entre otros, dos hechos enormes, que no se pueden escamotear:

1.º La formación de un excedente farmacéutico en relación, no con las necesidades por satisfacer, sino con los medios de trabajo accesibles y con los medios de pago.

2.º Se ha hecho inaccesible para la mayoría de los farmacéuticos la propiedad de los grandes medios de producción, grandes fábricas, grandes instalaciones industriales de manufactura y maquinismo y grandes laboratorios; se ha hecho inaccesible para muchos farmacéuticos que pudiéramos llamar de tipo tolerable.

Y ante este desnivel entre las necesidades de la farmacia actual y el poder económico de muchos jóvenes inteligentes y estudiosos que buscan en la profesión farmacéutica una posición de que carecen, ¿en qué cabeza de hombre de Gobierno cabría la monstruosidad económica y jurídica de poner fuera de la ley, fuera de las ordenanzas de Farmacia el derecho natural y consuetudinario de los farmacéuticos a acudir al caudal extra-

profesional para establecer «sus farmacias» o ampliar las establecidas?

Equivaldría esa prohibición a vincular la profesión farmacéutica como privilegio y monopolio en los farmacéuticos doblados de capitalistas, que no lo necesitan, porque ellos son de todos modos los triunfadores en la competencia comercial.

Equivaldría esa prohibición a una sentencia de eliminación para los farmacéuticos carentes de capital personal para establecerse.

¡Valiente privilegio el de abrir boticas los farmacéuticos si hubiera de ser exclusivamente con su fortuna personal!

Tal monstruosidad económica y jurídica podrá caber en gobernantes sin cabeza; en los hombres de la ley, no.

Aun sin trabas legales para recurrir al caudal extraprofesional, ¿cuál es la suerte de los farmacéuticos que sin caudal propio no consiguen el concurso del ajeno?

Si no logran el acceso al profesorado, a los cargos públicos o al de técnico en instituciones médico-farmacéuticas particulares, habrán de maldecir su ciencia y su título como instrumentos odiosos por inútiles: habrán de asalararse de los farmacéuticos adinerados, acaso muy a la zaga de ellos en las aulas, o habrán de apenjar de modo ominoso con la botica insuficiente: insuficiente para toda expansión científica, para un servicio público aceptable, para el sustento decoroso de un hombre de título y su familia. ¡Duro conflicto entre la necesidad propia y la ajena!

Y predominante en la farmacia la competencia económica y del espíritu industrial sobre la de aptitud, pudieran muy bien ser los vencidos los mejores.

Hoy, en la práctica y dentro de la ley, abre su botica el farmacéutico que puede con capital propio o ajeno, heredado o adquirido, del farmacéutico o de su mujer, de parientes, amigos, prestamistas generosos o usureros, sea este capital individual o asociado.

Cuando la evolución económica separa trabajo y medios de trabajo en la posesión, ellos se buscan, porque se necesitan, para la producción. El trabajo busca medios para su actividad. El capital busca el rédito.

En lo más sensible heriría el interés farmacéutico la ley que cerrase las puertas de la farmacia al capital extraprofesional cuando son los farmacéuticos quienes se las abren para disponer de instrumentos de trabajo o mejorar sus instrumentos de trabajo.

Este hecho sencillísimo, normal, la penetración del capital extraprofesional en la producción farmacéutica en pequeño, en la botica, tiene alta significación, porque modifica esencialmente la botica, esta institución tradicional. «En su botica» ya no está sólo el farmacéutico. Aunque invisible para los que no ven con la inteligencia, allí ha entrado y está la representación del capital. Y está allí para llevarse su parte. Para especular por medio del farmacéutico con el público.

Por antieconómica, por inútil, no se hace la indagación del grado y forma de la propiedad del farmacéutico en «su» farmacia. Hasta para las solvencias legales sería inútil. El primero en resistirse a ella sería el farmacéutico.

El contrato entre farmacéutico y capitalista es un acto de derecho privado que ha de ajustarse a las leyes nacionales inspiradas en el principio de libertad de contratación y de crédito. De ordinario, el capital sólo busca garantías para su seguridad y la de su rédito, abandonando la dirección del negocio al boticario. En la realidad de las cosas, la botica en todo su valor podría ser del capitalista y, sobre esto, ser el boticario su deudor. En este caso, absolutamente legal, el boticario no sería el dueño de «su» botica. Ejercería su profesión con ajeno instrumento de trabajo. «En botica ajena.» Y trabajando, en primer término, para el capitalista para asegurarle su rédito. Con ganancia o ruina propia.

Aun en el caso descrito, se confunden en el boticario la función técnica y la administrativa. La función capitalista, la de absorber intereses corresponde a otra u otras personas. Pero también dentro de la ley puede desprenderse el farmacéutico, por libérrimo contrato, de la función administrativa.

La representación del capital puede reservarse la administración de lo que es suyo, de lo económico, de lo financiero y administrativo. Ninguna ley española lo prohíbe.

Sólo hay un límite legal para las libres convenciones entre farmacéutico aportador de trabajo profesional y el capitalista. Ni el farmacéutico puede hacer abandono de la menor parte de su función científica o técnica ni el capitalista invadirla. Todos, absolutamente todos los actos y operaciones profesionales de la vida interior y de la vida de relación de la botica con el público y con el Estado, están vinculados en el licenciado o doctor en Farmacia, se hacen bajo su responsabilidad, y como funciones públicas son inalienables. Al contrario, las funciones administrativas siguen todavía adscritas de

ordinario al farmacéutico por la costumbre y por el lento desarrollo del negocio farmacéutico en pequeño.

Pero el negocio en grande no convierte prácticamente la confusión de las funciones técnicas y administrativas. Es imperfección que ha de eliminarse y se está eliminando a ojos vistas.

La función económica no es materia que se enseñe en la Facultad de Farmacia, y el título de licenciado o doctor no garantiza la competencia en ella.

Por un lado, el capitalista o su representación reclama como propia la administración del negocio. Por otro lado, el farmacéutico se eleva en la jerarquía social, se define como categoría más alta e inspira confianza infinitamente mayor cuando se le admira en su actividad científica y profesional, desprendido de las preocupaciones de empresario y comerciante. Su ciencia es lo que ha de administrar, no mercancías, aunque sean farmacéuticas. Por su ciencia se le debe estimación social y retribución proporcionada.

Las aptitudes creativas y financieras son muy estimables. Nadie discute el derecho del farmacéutico a ser, si puede, capitalista, administrador y técnico en un negocio farmacéutico, grande o chico. Pero atentaría a su derecho si se impusiera a su personalidad de farmacéutico la de empresario y comerciante.

Es farmacéutico puro en el profesorado, en los hospitales, en las farmacias y laboratorios oficiales, en el ejército, en la armada, cuando regenta farmacias ajenas, cuando actúa en la producción farmacéutica en grande o en las grandes farmacias, donde la amplitud y la intensidad del negocio imponen la división y subdivisión de funciones. No se diferencia del arquitecto que construye, del ingeniero que tiende puentes o dirige trabajos mineros, del médico que visita, de cualquier científico o técnico que puede trabajar por cuenta propia o en servicios de propiedad y de administración ajena.

En suma, como dijimos al principio, se ha creado una realidad farmacéutica nueva. Vista esta realidad desde el lado farmacéutico, se caracteriza:

1.º Por el derecho de los farmacéuticos a asociarse con el capital extraprofesional para poder ejercitar sus actividades científicas y profesionales o para desdoblárlas y ampliarlas en su campo normal, la Farmacia.

2.º Por el derecho de los farmacéuticos a contratar libremente con la representación del capital para establecer las farmacias donde han de ejercer su profesión.

3.º Por el derecho de los farmacéuticos a despren-

derse de las funciones de administración que no son específicas de su facultad, para las cuales su título no es garantía de aptitud, y adscritas sólo al farmacéutico en la farmacia embrionaria o por propia conveniencia.

Toda disposición gubernativa que no consagre estos derechos es contraria a la ley, contraria al interés de la clase farmacéutica y al desenvolvimiento progresivo de las instituciones farmacéuticas, que es el interés de la sociedad y del Estado.

Es natural que se revuelvan y protesten los establecidos farmacéuticos contra la instalación de farmacias organizadas y regidas por licenciados y doctores en Farmacia, en condiciones de plena autoridad y responsabilidad y que puedan representar un progreso, un perfeccionamiento en los servicios farmacéuticos. Los farmacéuticos protestantes representan, efectivamente, un interés, el suyo, y el «statu quo» que pudiera definirse: el derecho a vender más caro. Los farmacéuticos instaladores, organizadores y servidores de las farmacias mutualistas, depurados de toda marcha de empresario y comerciante, representan su propio interés, el de la clase farmacéutica y el del progreso económico de plena autoridad y responsabilidad y que puedan representar un progreso, un perfeccionamiento en los servicios farmacéuticos. Los farmacéuticos protestantes representan, efectivamente, un interés, el suyo, y el «statu quo» que pudiera definirse: el derecho a vender más caro. Los farmacéuticos instaladores, organizadores y servidores de las farmacias mutualistas, depurados de toda mezcla de empresario y comerciante, representan su propio interés, el de la clase farmacéutica y el del progreso de la farmacia.

Vista la realidad farmacéutica actual desde el lado de los trabajadores mutualistas, genuina representación del público menos pudiente, el absurdo de una ley o de una interpretación legal que quiera yugular el progresivo desenvolvimiento de los hechos, ya veremos cómo aparece todavía más patente.

No podrán ser atropellados, además del derecho farmacéutico, los del caudal mutualista, que a título de riqueza y de capital deben de ser defendidos a todo trance por un Gobierno burgués y conservador.

Suyo afectísimo, s. s. q. b. s. m.,

DR. JAIME VERA

Madrid, 20 de mayo de 1914.

LOS MINEROS *

(IMPRESION)

Cierro los ojos y con los del pensamiento veo una muchedumbre caminando en hileras sin fin, en grupos formidables. Son de todas las zonas, de todos los climas, de todos los países, de todas las razas.

De nuestro suelo de España los hay de todas las comarcas, del Norte, del Centro y del Mediodía: que desde que hay memoria, nuestra Península fue, por infinitas partes, horadada en busca de «los tesoros que abriga en cada entraña». Van, entre los hombres, mujeres y niños. Yo las he visto portear el mineral en la boca de la mina violentamente inclinadas hacia atrás, comprimiendo con el pesado cesto el vientre abultado por la avanzada gestación. Algunos jóvenes cantan. Los más caminan sombríos, porque el dolor injusto y en exceso ha entenebrecido sus almas. Son los mineros. En junto, millones de seres humanos.

Son la descendencia histórica de aquellas manadas de esclavos, de cuya acerbísima vida nos traen el recuerdo los historiadores de la antigüedad clásica; de aquellas multitudes que en las minas de Egipto y de España, bajo el látigo del capataz, esclavo como ellos, exhalaban el último aliento de una existencia gastada en cebar la insaciable avidez de los adueñados de la tierra. Son la descendencia histórica de aquellos miserables que laboran las minas hispánicas de cinabrio y de bermellón, de las romanas tan estimado, y que cubrían sus rostros con vejigas empapadas de agua a fin de evitar los letales vapores del azogue. Son los mineros.

Hoy no son esclavos ni tampoco siervos. Son hombres libres, asalariados. Consiste su famosa libertad en su voluntaria opción entre la muerte por hambre o la sumisión a las mismas fatigas, a los mismos peligros, a idénticas crueles enfermedades, a idéntica vida de martirio que sus ascendientes históricos los esclavos y los siervos. Por eso en el ejército del trabajo, que con los ojos del pensamiento veo desfilar ante mí, abundan los mutilados por accidente y los enfermos, éstos temblorosos, aquéllos semiparalizados, muchos con la sangre viciada y las entrañas corroídas por las emanaciones y los polvos deletéreos. Son los mineros.

En Andalucía se canta con la amargura de un lamento:

* *El Socialista*, 24 de mayo de 1914.

*Pobrecitos los mineros.
¡Qué lástima y qué dolor!
Trabajan bajo la tierra.
«Y mueren sin confesión».*

No es, sin duda, la falta del sacramento lo que se lamenta en el canto popular, sino la horrible muerte en las profundidades del suelo sin posibilidad de socorro humano. No necesitarían de confesión quienes, ante una suprema justicia, quedarían redimidos de sus culpas por su vida de esfuerzos y sufrimientos sobrehumanos. ¿Cómo podrían redimirse ante la suprema justicia, de su insensibilidad, los accionistas?

Hasta para las bestias el trabajo de las minas es cruel. Yo he visto estos horrores en una laboriosísima ciudad francesa, célebre por sus minas y sus cuitas. Yo he visto a los infelices caballos extenuados, apenas capaces de tenerse en pie y, lo que es más horrible, ciegos a causa de algunos años de trabajo en las oscuridades de la mina. Y esto mismo que no pueden resistir las bestias han de aguantarlo humanas criaturas. En verdad, el trabajo minero a lo largo de la historia puede contarse como uno de los grandes dolores de la humanidad.

Pero entre tantas negruras no puede ocultarse una verdad luminosa y de poder incontrastable. El minero, como todo trabajador, ha de vender bajo pena de muerte en la miseria su fuerza de trabajo, su actividad productiva. Al que le asalaria lo que le interesa es el empleo en su provecho de esa fuerza de trabajo, de esa productiva actividad. El resto no le importa. Y el resto es nada menos que la persona del obrero.

Esta es la diferencia esencial entre el esclavo o el siervo y el asalariado. El obrero moderno es una persona que, si ha de enajenar su fuerza de trabajo para rescatarse cada día, fuera del trabajo se pertenece a sí misma. ¿Quién impide al trabajador emplearla en la obra de su emancipación?

En esta obra los mineros del mundo son potentísimo factor. La naturaleza de su trabajo los congrega y los alecciona. La asociación de los esfuerzos del mismo modo hace de los mineros una inmensa fuerza de producción que un poderoso brazo para la revolución. Hemos visto, por cruzarse de brazos una sola parte de los mineros de la hulla, amenazada de parálisis la actividad del mundo. Esos mismos brazos levantados por el furor revolucionario bastarían para estrangular a la vieja sociedad. El movimiento cunde.

Y allá van los mineros, animados por el sentimiento

y la idea de solidaridad, en masas crecientes, por el camino de su propia liberación, de la liberación de sus hermanos, de la liberación del mundo.

DR. JAIME VERA

CARTA DE VERA A «ACCION SOCIALISTA» *

Querido amigo Darriba: Por honrosas tengo las peticiones de colaboración que ustedes suelen dirigirme. Mi disgusto consiste en no poder complacerles en todos los casos.

En el presente, el tiempo me ha faltado en absoluto. Deseaban ustedes, conmemorando la Internacional, que yo escribiese algo acerca del Manifiesto comunista del 48 por Marx y Engels. Por sumario y elemental que yo quisiera ser, el asunto me parece exorbitante. ¡Cuán inmenso campo para la admiración, para el estudio, para la reflexión y para la crítica, que es cosa distinta de la contradicción y de la censura, hallará quien quiera considerar el inmortal documento político! Yo creo preferible a consignar algunas lucubraciones panegíricas el recomendar el estudio del Manifiesto del 48 a cuantos echan sobre sí la tarea difícil y gloriosa de educar al pueblo para su emancipación, a cuantos acometan el empeño sin igual de dar a la Humanidad el conocimiento de sí misma, para que pueda poseerse y dirigirse y deje algún día de ser víctima de su propia inconsciencia y brutalidad.

Por el Manifiesto del 48 vemos cómo la evolución social va adquiriendo estado consciente en el cerebro de algunos hombres. Pero el Manifiesto del 48, o la parte de realidad social de que es reflejo, ¡cuán lentamente va penetrando la conciencia de los trabajadores, a quienes primariamente se dirigió, y la conciencia social, que sólo iluminada dejará de evolucionar dolorosamente y de tumbo en tumbo! ¿Por qué esta lentitud?

Aun en aquellos mismos discípulos casi directos de los autores del Manifiesto, en los representantes y directores del gran Partido Socialista alemán, la posesión de la verdad social no ha tenido eficacia suficiente para resistir a los impulsos de dominación nacionalista. Ha faltado en Alemania una voz que por amor a la misma patria alemana, e inspirada por los ideales humanos comunes a todos los pueblos, haya clamado por la paz y resistido valerosamente a que se jugase en los

* (Respondiendo a la invitación de escribir sobre el «Manifiesto», *Acción Socialista*, 3 octubre 1914.

azares de la más bárbara contienda guerrera los destinos de la nación alemana y las conquistas morales de la civilización.

Yo me complazco en creer que en Alemania hay una minoría que piensa y siente bien. En las grandes gestiones colectivas los que conservan el equilibrio intelectual y moral son siempre minoría. Esta minoría, sin poder para oponerse al arrebató nacional, seguramente piensa y siente que la fuerza puede estar o no con la razón, y que los problemas que el desenvolvimiento histórico plantea a la razón, con la razón y no con la fuerza han de ser resueltos. La obra del progreso ha sido y será siempre ir poniendo la fuerza al servicio de la razón.

Con esta minoría que en Alemania existe, sin duda, aunque no se sienta su resuello, está el sentido moral de la Humanidad, y, a lo que parece, por fortuna, la fuerza.

Esa minoría alemana triunfará al fin. Su destino es convertir a la Alemania, curada de su delirio de dominación por el dolor de la derrota, en una democracia libre maestra de las naciones e intangible...

Perdóneme si me salgo del margen del asunto. Però ¿qué hombre de pensamiento podría consagrar la parte que de él le queda libre a otra cosa que a la guerra? Todos tenemos que estudiarla, no dentro de nosotros mismos barajando nuestras propias ideas, sino en los hechos. Y no añado más.

Tan profundo y cordial respeto me inspiran las publicaciones como *Acción Socialista*, escritas con tanta fe, tanto amor y tanto acierto inteligente, que mi pluma vacila y se detiene por el temor de romper la armonía constante que sabéis componer con las vuestras. Advirtiéndome que nada me importaría el desentonar de las ideas más queridas de todos, siempre que yo tuviese fundamentos para creerme más a tono con la verdad; modo el mejor de servir a nuestra causa, que es la nuestra y la de nuestros contrarios. ¡Pronto arrojarían el hierro los millones de hombres que se despedazan en los campos de batalla si pudiéramos sustraer de sus cerebros las telarañas a cuyo través se ven como enemigos quienes, en el esfuerzo solidario por el bienestar de todos, encontrarían más botín y más glorias que triunfando sangrientos sobre los despojos de los vencidos.

Suyo y de los compañeros,

JAIME VERA

Madrid, septiembre del 14.

¿QUE FRACASA AQUI? *

¿El alma humana sacrificando su hoy en ansias de un mañana mejor para las almas que vendrán? No. ¿Su obra, que es la vida dilatándose espléndida y triunfadora del dolor, del mal y de la muerte? No. ¿Su ley, que es la continuidad ascendente de la creación natural en nuestro cerebro, en nuestra personalidad, en la vida y en la historia? No.

Tampoco fracasan los formas progresivas de la vida, los elementos activos de la civilización: la ciencia, el arte, las conquistas del derecho y de la moral. *Ni siquiera* el sentimiento religioso. Impulso a la integración con la divinidad. Infinitamente menos, los anhelos y los esfuerzos por la máxima integración social y moral.

Pero no es engañosa la general sensación de que algo muy grande fracasa y se derrumba. Para júbilo del linaje humano se precipita el derrumbamiento de un pedazo inmenso de barbarie incrustado aún en las almas y en la vida como roña hereditaria. Fracasan y se derrumban las formas bárbaras de la vida: maneras de vida y de relación creadas cuando la vida era bárbara porque la adversidad externa era cruelísima. Dentro de ellas la Humanidad lloró y rió; se esforzó y se ensangrentó; y dentro de esas formas, y a pesar de ellas, se ha desarrollado con tal exuberancia y brio, que ya no cabe en ellas.

* * *

Esta guerra es una bomba que hacen estallar bajo los cimientos del régimen social sus fanáticos y abnegados defensores. Esta virtud tendrá. Ella hará la propaganda del hecho; la única capaz de sacudir bastantemente las inteligencias en modorra y las conciencias embotadas. Y ella, como hecho, será un formidable y doloroso latigazo que precipitará la marcha de los hechos.

Como esta guerra lacera a todos, ella mostrará a todos lo que es la guerra. Rueda grande que gira y aplasta y crea cuando el resto del mecanismo la pone en movimiento, no puede ser desmontada y arrinconada sin rehacer todo el mecanismo. Es inconciencia o inconsecuencia asombrarse y maldecir de la guerra y no ver, no querer ver que esa y mucha más barbarie latente o silenciosa persiste y persiste en la paz, violencia triunfante. Y que esa barbarie menos aparatosa, pero

* El Socialista, 1 mayo 1916.

más destructora y acerba, se sustenta y se cultiva por los sabios y por los poderosos rectores de los pueblos. Ellos, con el poder soberano del hombre sobre la naturaleza, sólo han sabido hacer en lo social reproducciones de imperios a la romana, como Alemania y Rusia; monarquías y repúblicas a la cartaginesa, como Inglaterra, los Estados Unidos y la misma Francia. De esa misérrima realidad social es sustancia la guerra.

¿Queréis hacer algo más eficaz contra la guerra que la agitación y el vocerío sin idea directriz? Seguidla hasta sus raíces por donde se nutre y arrancadla y esterilizada la corrupción de que se alimenta.

La relación social, cimiento que se dice de la civilización y lo es sólo del régimen, es la que resultó, en las sociedades primitivas, de la guerra, la conquista y el reparto. La guerra deriva del reparto y de la continuidad histórica del reparto. La guerra y la conquista tienen repartida la tierra en solares nacionales. Y la guerra internacional es la revisión de ese reparto. Y la revisión se hace cuando se rompe el equilibrio inestable de las fuerzas que instituyeron y reforman el reparto. Y las naciones con poder de agredir lo hacen porque el agujón las hiere siempre. Este agujón es la insuficiente satisfacción de las necesidades por el régimen de las vidas nacionales, consecuencia del reparto dentro de los solares nacionales. Fue el trabajo en el origen complemento de la guerra en la satisfacción de las necesidades humanas. En nuestros días aparece la guerra como suplemento del trabajo. El trabajo que es esfuerzo para arrancar a la naturaleza sus secretos, sus frutos y tesoros no basta, dentro del régimen y por el régimen, para satisfacer las necesidades de nutrición y crecimiento nacionales. Insuficiencia de nutrición es hambre. Así ocurre en las naciones en atonía como en aquellas que intensifican y coordinan con más inteligencia los esfuerzos productivos. Y se buscan en la expansión territorial, en las ventajas geográficas y en la debilitación o aniquilamiento de las naciones antagonistas, medios de vida y posibilidades del crecimiento de vida.

Poco enseñaría esta guerra si sólo mostrase el proceso que la engendra y no el que la elimina.

El trabajo, el poder humano sobre las sustancias y las fuerzas naturales que permite al hombre con el movimiento de un dedo desgajar una montaña, no basta para libertar a las muchedumbres humanas del acoso del hambre; porque su organización histórica del trabajo limita cruelísimamente su fecundidad y los efectos naturales de su fecundidad. Toda inteligencia indepen-

diente que estudie y comprenda cómo es y cómo va siendo la realidad social (claro está, dentro de nuestra visión humana) llegará a esta conclusión: los grandes dolores que fueron naturales efectos de la adversidad externa en nuestra vida ordinaria son hoy males sociales; porque, vencida la adversidad natural, persiste la adversidad social que ella creó. Son hoy males sociales. Su remedio es social. Y pudiéramos decir que administrativo: la organización del trabajo.

Será progreso social porque es progreso natural la acomodación de los esfuerzos productivos a su objeto: la satisfacción de las necesidades de los hombres y de los grupos.

Para eliminar la guerra y la conquista que son esfuerzos destructores sangrientos, dolorosísimos por conservar, incrementar y perfeccionar la vida, habrá que eliminar el reparto. Con él desaparecerán sus consecuencias en las relaciones intra e internacionales. Desde abajo, desde arriba y por todos continuará la obra ya iniciada de nacionalizar y de internacionalizar el planeta y los esfuerzos humanos sobre el planeta.

La vida es destrucción y creación de formas. No es algo persistente e idéntico a sí mismo que varía en lo accesorio con persistencia de sus moldes. La vida es esencialmente la creación de esos moldes, la creación de esas formas.

La persistencia de la forma y del tipo funcional es la mitad de la biología, la mitad de la vida humana y la mitad del progreso; y la mitad de las ciencias de la educación, de la política y de todas las disciplinas que se proponen hacer del hombre el colaborador inteligente del orden natural.

La otra mitad de la biología, de la vida humana y de todo lo dicho es, dentro y fuera de nosotros, la creación de formas progresivas. Porque la persistencia de un tipo funcional progresivo es creación de formas progresivas. Lo permanente del hombre y del grupo humano, no herido de regresión, es el esfuerzo inconsciente o consciente por la conservación, acrecentamiento y perfección de vida. El efecto de su esfuerzo es la renovación de las normas.

¿Qué es la historia sino la destrucción y creación de formas de vida y, en el orden social y político, renovación de regímenes e instituciones?

Cuando se piensa que la antropofagia fue forma de vida acaso universal y continua, no intermitente como la guerra, y que fue institución sagrada con rito religioso, siendo tal vez vestigios espiritualizados de ella las

prácticas eucarísticas, no se ve imposible la destrucción de ningún modo de vida y de relación con la naturaleza o entre los hombres.

Creadas están todas las condiciones internas o psicológicas y externas o sociales para que los hombres satisfagan sus necesidades por la asociación de sus esfuerzos sobre la naturaleza en la dirección del interés humano común, y no por la asociación de esfuerzos nacionales en dirección contradictoria. Falta sólo que la Humanidad conozca su alma y su obra y que barra los obstáculos al desenvolvimiento triunfante de su vida. La guerra actual es, en sí misma, una suprema inteligencia de esfuerzo de conservación y creación. El esfuerzo, el propósito y los efectos son lo permanente de la vida en la guerra. El método, lo destructor, sangriento y contradictorio del esfuerzo, es histórico; lo transitorio, lo que deriva necesariamente del régimen y con el régimen, se eliminará.

El régimen se derrumba. La barbarie es la que fracasa.

Y lo que está puesto a prueba es la capacidad humana (esto es, la de sus hombres inteligentes), para acomodarse idealmente a las nuevas formas que la vida crea; percibir el proceso del tránsito a esas formas; destruir los obstáculos al alumbramiento de la vida nueva. Que ella labrará y seguirá labrando sus normas en la historia; como los caudales crecientes de agua viva fraguan sus cauces buscando las líneas de menor resistencia, ensanchando sus orillas o desbordándolas y arrrollando los obstáculos.

* * *

Previamente, y para hacer boca, y por añadidura, algunas cosas más han fracasado, y son:

Una forma política, ya juzgada: el autocratismo o la manera personal del Gobierno.

Nosotros, los del oeste de Europa, España, Francia, Inglaterra... y las naciones hijas, saboreamos, en su tiempo, sus glorias; sufrimos horriblemente sus imperfecciones, y, a costa de inteligencia, elevación cordial y sacrificios sangrientos, la vencimos. Aún sufre España por el odio a "lo nuevo" que el absolutismo inyectó en el espíritu nacional. Todo lo pidió a la guerra fuera y a la opresión dentro; nada a la inteligencia creadora y al trabajo. Alemania lo entregó todo a su institución imperial: el cuerpo, el alma, la sangre y, lo más precioso, la libertad.

El imperio forzó a sus pueblos a hacer riqueza para hacer fuerza y conquistar con ella el mundo para su raza. El imperio y la guerra dieron a los pueblos alemanes cuanto el absolutismo ilustrado puede dar. Muchas cosas; pero, entre otras, no pudo dar medios de vida a los millones de alemanes que tienen que buscarlos fuera de su patria. Ni la pitanza diaria pudo asegurar a los crecimientos naturales de la población. Ni el régimen ni el despotismo pueden salvar a la mayoría de sus nacionales del hambre o de las amenazas del hambre. Bajo engañosas apariencias, por el hambre y la perspectiva del hambre, van imperios y repúblicas a la guerra, aunque la riqueza sea exorbitante y aun con inmensidades de territorio.

El mismo honor nacional está en el estómago o trasciende al estómago. Eso no es culpa del absolutismo. Lo es del automatismo económico. Para emancipar de él a su raza, la prometió el autócrata, como siempre, la conquista del mundo, el pillaje del mundo, la dominación del mundo. Particularismos de horda, de tribu, consustanciales del régimen, sean sus formas políticas autocráticas o democráticas. Y venció tres veces. Y sacrificó a su pueblo durante medio siglo preparando la cuarta victoria.

Irán aprendiendo los germanos que lo amargo está dentro de los frutos imperiales. Los esfuerzos de integración por la dominación universal están juzgados en la Historia.

Victoriosa o derrotada, Alemania, su forma peculiar de absolutismo, el kaiserismo, habrá de fracasar. Fracasado lo creemos en el corazón de todo buen alemán.

* * *

También ha fracasado el cómodo pacifismo platónico burgués socialista u obrero aburguesado. El que se limita al bien desear y a la gesticulación vociferante, sin impulsos a los sacrificios supremos por el porvenir, sin los cuales hay que sufrirlo, cuando, mal preparado, se convierte en presente de dolor y de vergüenza.

La idea muy general del fracaso del movimiento socialista obrero sólo representa el fracaso de las ilusiones en quienes las tuvieron. Pero dice cuánto esperaba el mundo de esa organización.

Repítese que la organización no tenía fuerza. Ya lo hemos visto. Tampoco se propuso tenerla.

Si en la clase trabajadora no hay fuerza, la fuerza ¿dónde está? ¿Si precisamente en la producción, en la

guerra y en todas partes la fuerza social es la clase trabajadora! No faltaba ni faltó fuerza física.

Ha faltado fuerza moral. Contra el firme propósito de paz en la clase trabajadora de cada país, llevado al sacrificio, ningún poder de la tierra enzarzaría a la humanidad en el baile de sangre donde hoy se muere absurda y generosamente.

La clase trabajadora valdrá ante la conciencia universal, en proporción de la conciencia de su propio interés y de la disposición al sacrificio, por ese interés, que es, al mismo tiempo, el interés social.

El imperialismo, poniendo el perfeccionamiento del aparato guerrero sobre todo interés, y la posibilidad de hacerlo por la potencia económica de las naciones, han llevado bárbaramente a la guerra, y al lado de los pobres que en la época moderna defendían solos la producción mercantil, a todos los hombres útiles, convirtiendo a la nación en horda guerrera a lo primitivo; y al matemático, que discutiendo una fórmula pudiera multiplicar la fecundidad del trabajo para más y mejor vida, en peón de campaña, en homicida y carne de cañón.

La forma social que oprime y despoja a los trabajadores es la misma que, por la insuficiencia del trabajo en el régimen, lleva a todos los hombres a la guerra.

Todos deben cerrar contra el régimen. Y los trabajadores por una doble razón: por sufrir la guerra como todos y no ser en la paz más que mercancía viviente.

Pero ellos son la fuerza. Y si esa fuerza adquiere la conciencia de sí misma y se gobierna en beneficio de sí misma, no habrá poder que la maneje como pura fuerza mecánica que rinde el resultado que se la pide.

No puede negarse que el interés social ha sufrido en esta guerra un eclipse. Sobre sus estragos debió brillar como una estrella que guiase a la humanidad, no a Belén, sino a los alcázares de su salvación.

* * *

También han fracasado las cabezas confiadas en la paz, como fruto de la civilización dentro de las normas que la esclavizan y corrompen. Estas cabezas, orientadas como el movimiento histórico es y fue, pudiera decirse que llevan los cerebros al revés. Miren cómo la realidad social es y cómo va siendo, y percibirán cómo será y se pondrán los cerebros a derechas.

A muchos intelectuales, ¿no les molesta esa inversión

del cerebro, ya que la del sombrero nos advierte cuándo llevamos lo de adelante atrás?

1 de mayo de 1915.

DR. JAIME VERA

¡SI VIVIERA JAURES! *

Con gusto correspondo a vuestro deseo de que remita algunas líneas para la solemnidad consagrada a la memoria de Jaurés, aunque he de hacerlo con brevedad, tanto porque el tiempo me falta, como para evitaros la molestia de una larga lectura.

Recordando al gran Jaurés, nada puede honrarle tanto como la exclamación que se viene a la mente de todos: "¡Si viviera Jaurés!"; porque nada demuestra tanto el valor real de los hombres como el echarlos de menos en las grandes ocasiones. Y nada tan oportuno e instructivo en este momento como el contestar a esta pregunta:

¿Qué sentiría, pensaría y obraría Jaurés si no le fuera arrebatada la vida en el umbral mismo de esta tragedia colosal y bochornosa?

No creo difícil conjeturarlo. Y como él era maestro y guía, lo que verosímilmente, casi ciertamente, hubiera sentido, pensado y obrado debe de ser tenido muy en cuenta.

Jaurés era un gran francés; un hombre fuertemente progresivo, tan progresivo como se puede ser con actividades prácticas; un gran socialista, que llegó al Socialismo por el camino de la ilustración histórica y de la filosofía. En el centro mismo de la catástrofe hubiera sido todo esto, y su figura se hubiera engrandecido en proporción a las circunstancias y dominándolas, si no con la acción, porque el poder es cosa contingente, por lo menos con el pensamiento. En los casos, por lo difíciles, sublimes, cuando las medianías hinchadas se arrugan y se borran, los hombres de verdad se agigantan, y encontrando su propio centro, se hallan como el pez en el agua y hacen su vida natural. Circunstancias son las actuales las más propias para poner a prueba si en Jaurés el hombre de pensamiento y de acción se hallaba a la altura del orador. El pudo ser la encarnación del genio francés patriota, revolucionario y universal.

* *El Socialista*, 1 agosto 1915 reproducido en *Acción Socialista*, número 72, 1 agosto 1915). (Trabajo leído por Luis Torrent en la velada que se celebró el 31 de mayo de 1915 en la Casa del Pueblo, en honor de Jaurés, organizada por la Agrupación Socialista de Madrid.)

Era intensísimo en Jaurés el sentimiento de la nacionalidad. Estaba en lo cierto creyendo que las naciones progresivas son instrumentos eficaces de progreso, y que Francia, libre, independiente, republicana, en ascensión rápida para el porvenir, resolvería dentro de sí misma los grandes problemas humanos, desgarrándose las entrañas, si era preciso, como muchas veces lo ha hecho, y no para sí, sino en beneficio de la humanidad entera. Porque esto ha sido lo característico del genio francés: no se satisface con la teoría, necesita acomodar el hecho a la idea, y para imponer la idea al hecho ha derramado a torrentes generosamente su sangre.

Efectivamente, las nacionalidades son realidades históricas formidables. No se las puede borrar por consecuencia de un razonamiento o simplemente porque sintamos que convendría dar al mundo otra manera de ordenación.

Hecha está ya la unidad intelectual de la Humanidad en la ciencia. Su unidad moral sólo tropieza con obstáculos de accidente. Su unidad física está lograda por el dominio del hombre sobre el espacio y el tiempo. A la posible unidad económica y política de la especie humana se llegará por el perfeccionamiento de las relaciones interiores en los grandes grupos humanos que se llaman naciones y por el perfeccionamiento de las relaciones internacionales.

Este exige a aquél, y sin aquél es imposible éste, porque de la barbarie en la vida interior de las naciones deriva la barbarie de las relaciones internacionales en paz y en guerra.

Así, no es posible empezar por deshacer las nacionalidades, como podrían deshacerse las ocho onzas de media libra de chocolate para fundirlas y dar a la pasta otra forma diferente. Al contrario, el esfuerzo debe dirigirse a perfeccionar y elevar la vida de cada nación al nivel más alto.

Al llegar a cierto límite se impondrá como necesaria la solidaridad de la vida internacional en lo económico. Lo político y lo demás vendrá como adjetivo.

Jaurés no había soñado. Ni creyó posible el desarme, ni quiso disminuir el poder militar de Francia. Preconizó la educación y el aprestamiento militar de toda la nación para su defensa; posición obligada por las amenazas del exterior. Pero fue Jaurés pacifista de buena cepa, de los que tienen la paz por el mayor bien y primera necesidad y condición de vida entre los individuos y los pueblos; pero la paz en la libertad y dentro de relaciones de justicia, no en la servidumbre de den-

tro o de fuera. Sus generosos esfuerzos por la paz le daban derecho a afrontar la guerra como una desgracia que se sobrelleva y se combate, y no como empresa criminal que se acomete.

Con sentimientos e ideas semejantes, ¿cómo podría dudarse de que Jaurés en la hora de ahora no estuviese en el Gobierno de la República y no fuese en ese Gobierno el alma de Francia, inmortal, libre y revolucionaria? Yo me figuro a Jaurés, considerando las semejanzas y abstrayendo las diferencias, siendo el Gambetta de esta nueva defensa nacional. Aunque las diferencias son grandes. Porque Gambetta encontró a Francia vencida más por las instituciones imperialistas, opresoras y corruptoras, que por los ejércitos invasores; en tanto que Jaurés se hubiese hallado a la cabeza de una gran nación republicana, mal prevenida para la guerra, pero unida ante el enemigo, dispuesta a todos los sacrificios y apoyado por el Socialismo francés en la afortunada posición de defender al mismo tiempo que la patria los derechos de la Humanidad en el presente y en el porvenir.

El espíritu de Jaurés tenía que percibir el valor político universal de esta guerra.

Para Jaurés, como para el mundo, no se trata sólo de una crisis resolutive de tales o cuales antagonismos internacionales.

Alemania es la que ha dado a la guerra el valor internacional y efectivo de que nadie puede dudar.

Alemania profesa y practica la idea de que una nación, un grupo humano, está en el deber de llevar sus fronteras y su opresión física hasta allí donde lo pidan sus necesidades o conveniencias y alcance su poder.

Esto equivale, sencillamente, a proclamar la vida puramente zoológica en las relaciones internacionales.

Y una guerra así concebida y ejecutada es agresión, no a ésta o a otra nación, sino a todas las naciones, a la Humanidad entera, porque las naciones no agredidas no dejan de ser amenazadas.

Así, bien pudiera decirse que en esta guerra no hay neutrales.

Agredidas hoy o amenazadas para mañana están todas las naciones.

Hasta los mismos aliados de Alemania deben temblar para el porvenir si no reconocen la dominación alemana y se doblegan a ella, y Alemania es genuinamente Prusia, y Prusia es un dominio patrimonial, feudal, jerárquico.

Una voz competente y autorizada que supiera serlo de la Humanidad ha faltado. Y esta voz pudo ser Jaurés.

La proclamación de la vida zoológica como ideal humano y los esfuerzos gigantescamente sangrientos para realizar ese ideal representan el movimiento retrógrado más formidable que recuerda la historia y el más digno de abominación, por ser reflexivo. A su frente no están Bayaceto, Gengiskán o Tammerlán, sino una que se dice novísima filosofía alemana. Se quiere hacer del poder militar el índice de todas las superioridades y la razón de la supremacía sin reclamación contra la fuerza.

Este movimiento es esencialmente regresivo, porque la corriente de la vida va difícilmente, trabajosamente, pero va desde las relaciones de animalidad hacia relaciones de racionalidad y de moralidad. Esto representa genuinamente el movimiento socialista, fórmula actual del movimiento de renovación y creación, que viene de lejos y llega a nosotros con la historia.

Compréndese que con Prusia esté Alemania y con Alemania el Estado austríaco y el Estado turco. Compréndese que con ese movimiento de retrogradación estén con el alma todos los elementos reaccionarios y los militares y los curas en tanto no se ven agredidos en su nacionalidad, y lo mismo el Papado, olvidadizo de sus luchas con el Imperio, pero antes con el Imperio que con el Progreso.

Del mismo modo se comprende que estén con el alma contra ese movimiento, ora por instinto de conservación, ora con plena conciencia histórica, todas las nacionalidades, las pequeñas como las grandes, las agredidas como las amenazadas, y todos los elementos progresivos. Por todos pudo hablar el gran Jaurés.

Lo mismo se diría contra cualquiera otra nación que en igual forma y con iguales procedimientos pretendiese sobreponer su vida parcial a la total vida de la Humanidad y al total derecho humano, "Deutschland uber alles".

Tal juzgo que sentiría, pensaría y obraría Jaurés si hubiese vivido en esta tragedia en que el destino, la necesidad natural, tiene también su parte y la suprema parte, porque en lo que hacen los hombres está el orden natural que los hombres pueden administrar, pero no suprimir.

La catástrofe, que es presente dominador, fue antes un porvenir del que la humanidad no supo prevenirse ni defenderse, y del cual los sabios y los poderosos de la tierra, rectores de los pueblos, son los verdaderos responsables. También cabe su parte de responsabilidad a los directores

del movimiento socialista y del movimiento proletario, que cayeron y dejaron caer esos movimientos en el oportunismo miserable, embobados con las migajas desprendidas de un presente indigno y totalmente desapercibido (y este es el juicio más benévolo) cuando el porvenir se les viene encima, tornándose en presente horrible y vengozoso.

Y basta ya, porque mi propósito no es hacer estudio de la guerra. Me proponía, sencillamente, complaceros y ofrecer a la memoria de Jaurés mi homenaje personal, unido al vuestro, ínfima compensación de su sacrificio y de su pérdida.

Pero insisto en la utilidad de reflexionar lo que Jaurés, envuelto en el magno suceso, hubiese sentido, pensado y obrado, por cuanto esas reflexiones puedan servir no para determinar, pero sí para iluminar nuestra conducta. Y pensemos también en nuestras responsabilidades del presente y del porvenir.

DR. JAIME VERA

DICTAMEN RESPECTO A LA GUERRA EUROPEA

(X Congreso Nacional del P. S. O. E.)*

El partido socialista español, sin acción alguna sobre esta guerra tan dolorosa y bochornosa, debe comprenderla y juzgarla. Proponemos al Congreso la aprobación del juicio siguiente:

Lo que es la guerra como hecho histórico, visto desde nuestro campo socialista.

Primero.—Todos los dominadores de los pueblos procuraron, en todos los tiempos, dilatar su acción económica y política y su extensión territorial hasta donde alcanzó su poder, preparando y haciendo la guerra para vencer las resistencias de los poderes rivales.

* El Socialista de 31 de octubre de 1915.

Moción de Besteiro, Fabra y Araquistain (Acción Socialista de 21 de noviembre de 1915 y El Socialista, ibídem):

«El Congreso declara: Que sin dejar de señalar al capitalismo de todos los países en lucha como responsable, estamos obligados a examinar las causas de la guerra actual, la situación que crea y sus consecuencias, ajustándonos a la realidad presente y con el pensamiento puesto siempre en las aspiraciones del proletariado.

Y el examen de esta realidad nos dice que en la lucha trágica, preparada y ejecutada por el capitalismo, se manifiestan dos tendencias, y que, según venza la una o la otra, saldrá mejor o peor librada la causa de los trabajadores.

De los dos bandos que mantienen la sangrienta lucha, uno, el pro-

La masa dominada de los pueblos es naturalmente pacífica. Son sus dominadores quienes la domestican, así para el trabajo como para la guerra, y a la guerra la arrastran por la fuerza, por la sugestión, por la seducción, despertando en ella instintos de odio y ferocidad y halagando su espíritu de raza o nacionalidad.

Así, las necesidades, las apetencias y los impulsos guerreros para el asesinato y el robo colectivo, por la conservación y el perfeccionamiento de la vida nacional a expensas de otros pueblos de menor poder militar, sea su civilización superior o inferior a la del pueblo agresor, son tanto más ejecutivas cuanto más autocráticos o autoritarios son los Gobiernos o dominaciones.

La guerra defensiva es natural en las naciones, como es inseparable de todo cuanto vive. Exalta la guerra defensiva toda la naturaleza humana en lo que tiene más digno y heroico, y así halla disculpa para la máxima fiereza contra el invasor. En las guerras defensivas sólo los animales domésticos no luchan. El juicio histórico, que tiene letras de oro para los pueblos que sucumbieron defendiéndose, sólo disculpa la indefensión ante el agresor cuando de él se espera la liberación.

Los dominadores de Prusia, y los de Alemania después, han adoptado el método guerrero para la dominación dentro y más allá de sus fronteras. Han solidarizado el poder económico con el poder militar en servicio recíproco. Con la técnica, la intensificación y la coordinación del esfuerzo productivo en la agricultura, la industria y el comercio, han creado riqueza. Con la riqueza han agrandado constantemente el aparato militar, hasta conseguir su hipertrofia, su desarrollo desproporcionado para la defensa y aparejado para servir con la amenaza, con la agresión y con la conquista a los incessantes incrementos productivos exigidos por la vida nacional.

La actual guerra es el cuarto acto de esta política

vocador de ella y la expresión más acabada del odioso imperialismo, se ha movido por propósitos y aspiraciones que, de triunfar, causarían honda herida al proletariado y al partido que el mismo representa; el otro, aunque llevado a la lucha principalmente por el interés capitalista, está mucho menos tocado de imperialismo, y, por lo tanto, más influido por un espíritu democrático.

De vencer el imperialismo austrogermano, habrá un retroceso o un alto para el Socialismo y la Democracia; de obtener la victoria los países aliados, nuestra causa realizará grandes progresos, incluso en Alemania y Austria.

En cuanto a solicitar la paz e influir con lo que nuestras fuerzas permitan para alcanzarla, el Congreso cree que eso exige que la oportunidad ayude, y que ayude para hacerla en condiciones provechosas para la Humanidad.—Luis Araquistain, A. Fabra Ribas y Julián Besteiro.»

sistemática, no interrumpida por Prusia y Alemania desde su desquite contra Napoleón el Grande. El primer acto fue la agresión contra Dinamarca, guerra de despojo para aumentar las costas sobre el Norte y el Báltico. El segundo acto, contra Austria; guerra de despojo y predominio. El tercero, la victoria contra Napoleón el Pequeño y sobre Francia; guerra también por la conquista y la hegemonía. Estas tres guerras han dado por fruto el Imperio, reduciendo a la nada todo anhelo de participación de la democracia en el Gobierno nacional; un aumento increíble de la producción y del comercio, sin Indias orientales ni occidentales que explotar; y un ejército capaz de asegurar una vida absolutamente disciplinaria dentro y de continuar su obra de conquista y de dominación sobre el mundo. El cuarto acto es verosímil que se preparara sólo contra Francia y Rusia, como preliminar del ataque decisivo sobre Inglaterra para asegurarse la dominación incontestable en los continentes del mundo antiguo. Pero Inglaterra, ciega en el caso de Dinamarca, Austria y Francia, ciega también ante los aumentos agresivos del poderío alemán por tierra y por mar, abrió los ojos ante la invasión de Bélgica, porque este hecho era ya para Inglaterra más un golpe que una amenaza.

Sobre el inmenso tablero de la guerra, al cual han acudido una docena de naciones por las necesidades, apetitos y aspiraciones del Imperio alemán, dócil su pueblo a la voz de *marchen* de sus dominadores, se vierte la sangre humana en cataratas. Juegan las armas, y no nos es obligatorio el pronóstico.

* * *

En el régimen capitalista y nacionalista, los Estados no tienen más ley que la del egoísmo patriótico inteligente; ni otros medios para satisfacer sus necesidades de nutrición y de crecimiento y las psicológicas de dominación que no alcanza a satisfacer el trabajo, sino son la colonización, la emigración, la guerra y la conquista. El trabajo en el régimen capitalista da riqueza, y los dominadores encuentran el más reproductivo de los empleos de la riqueza en el fomento del poderío militar. El trabajo que hace riqueza, por mucho que se intensifique en el régimen capitalista, en las manos de los poseyentes, ni asegura la pitanza diaria de los incrementos de población de los pobres que producen aquélla, ni basta a las grandes necesidades colectivas, ni a la conservación y engrandecimiento nacionales.

Esta es la disculpa de Alemania: Su retraso político en la Historia, su tardanza en llegar a la unidad y al poderío, su posición geográfica, como una cuña en Europa, han convertido sus necesidades, apetitos e ideales nacionalistas en una agresión contra la Humanidad, empezando por sus porciones más civilizadas y de formas políticas más arregladas a la naturaleza y a su evolución progresiva.

Movimiento histórico es el que ha puesto a Alemania en el lamentable caso de ser agresora, no sólo de otras naciones, sino de la Humanidad entera. Pero jamás se detuvieron el ideal nacionalista ni el espíritu de dominación ante el interés ajeno ni ante consideraciones de derecho y humanidad.

Lo peculiar de Alemania ha sido el método sistemático de crueldad con que ha llevado la guerra para los propios y para los extraños. Alemania ha querido hacer forma racional de vida el terrorismo. Su ética ha sido la de los vencedores que no han de rendir cuentas. Moral a la romana, nada original.

Los dominadores de Alemania han puesto en el punto más alto de perfección el régimen capitalista bajo formas autoritarias.

Segundo. Los socialistas españoles comprendemos y aplaudimos la neutralidad de nuestra patria. España sólo podría hacer la guerra por motivos nacionales unánime o muy generalmente sentidos y apreciados.

Pero los socialistas no podemos ser neutrales en la contienda. Nos interesa el porvenir. Nuestros anhelos y nuestra acción están consagrados a preparar el porvenir socialista.

Esta guerra es muchas cosas, y en las opiniones de los hombres muchas más. Nosotros debemos ver en la guerra un inmenso esfuerzo contrarrevolucionario y un golpe formidable para el Socialismo democrático dentro y fuera del Imperio.

Muchas veces se llevó a los pueblos a las fronteras, a conquistar territorios o ventajas geográficas, etc., a fin de extenuar o aplastar a las fuerzas nacionales pugnantas por el perfeccionamiento de la vida mediante la evolución o la revolución interior.

Los efectos desorganizadores de la guerra sobre la democracia socialista alemana están a la vista.

Ya en la paz, la política del Imperio mantenía anulada la acción política de la democracia socialista. Como todos los cesarismos, desviaba a los trabajadores del camino de su emancipación política, aquietándoles

con ventajas económicas siempre reproductivas para la clase poseyente y dominante.

Además, claro está que si nuestro enemigo en cada país es la burguesía y los poderes con que su dominación se mantiene, con multiplicadas razones, hemos de tener los socialistas no alemanes por el primer y máximo enemigo a la burguesía alemana, a su poder imperial y militar, que no satisfecho de oprimir y explotar a la clase trabajadora indígena, contentándola con algunas migajas de la riqueza inmensa que ella produce, salta sobre las naciones fronterizas como una avalancha destructora para someter a su soberanía y explotación nuevos territorios y nuevas muchedumbres trabajadoras, porque los trabajadores de los países vencidos habrán de producir con su sudor las indemnizaciones de guerra.

En consecuencia, por ambas razones fundamentales estamos con los aliados.

El triunfo de los Imperios centrales, el método imperialista y militarista haría retrogradar el mundo del período industrial o de producción mercantil en que se halla, a un novísimo período guerrero inhumanamente civilizado. Alemania reforzaría su poderío militar y su autoritarismo; y las naciones vencidas, pero no anuladas, y las naciones amenazadas en el porvenir, tendrían que aceptar esta fase guerrera y militarizarse al máximo, si no querían ofrecerse mansamente a la dominación y explotación de los vencedores.

Magnas cuestiones de independencia se plantearían; y la condición de los proletarios europeos sería diferente, según resultaran dominadores o dominados.

¡Hermosa circunstancia para hacer fraternidad socialista la reviviscencia de infinitos particularismos!

Con el triunfo de los aliados continuaría normalmente el progresivo influjo de las fuerzas democráticas en la gobernación del Estado hasta absorberla por completo.

Tercero. Aunque no conocemos al detalle el estado de ánimo y la posición de los socialistas alemanes, se han producido hechos tan considerables y tan evidentes que omitirlos y no juzgarlos parecería incompreensión, insinceridad o cobardía moral.

Los obreros organizados y los socialistas alemanes se han hallado desde el principio sometidos a dos contrarias influencias: por una parte, a la educación y domesticación oficial, bajo poderes burgueses y en el ambiente físico y moral del Imperio; por otra parte, a la

educación y acción socialista. La primera influencia, desde el nacimiento permanente y sobre todo el hombre; la segunda, accidental, parcial y sobreañadida. Agréguese la reducción de pequeñas ventajas materiales y la sugestión de la superioridad alemana. Natural debe parecernos que el espíritu nacionalista arrollara a la conciencia socialista. Cuando el kaiser desnudó la espada, las representaciones oficiales de la organización obrera y del socialismo alemán fueron un elemento más al servicio de la guerra.

Comprenderíase ver a los socialistas alemanes con su nación en la guerra como en la paz. Impolítico hubiera sido oponerse a la corriente arrolladora. Toda Alemania les hubiera estigmatizado por enemigos de la patria en el presente y en el porvenir, en la victoria como en la derrota. Lo que pone a los socialistas absolutamente fuera de nuestro campo político y moral es haberse colocado, pocos o muchos, al lado de las instituciones de su país, ominosamente opresoras. Mal inseparable del despotismo triunfador: la infección de las almas.

Los españoles podemos dar lecciones del patriotismo más elevado coexistente con el odio al absolutismo nacional. Nuestros abuelos, con las mismas armas, rechazaron las instituciones que abrieron la patria al extranjero y la mantenían en servidumbre. A su sacrificio debemos los derechos políticos de que disfrutamos, y de ellos somos la continuación histórica. El Socialismo oficial alemán no hizo contra la guerra y el imperialismo que la provocó ni la pura protesta espiritual.

Cuarto. Es inseparable el hecho de la guerra de otro hecho que conmueve dolorosamente nuestras almas.

A la corta o a la larga, esta guerra se hace a beneficio del Socialismo. Porque, sobre todas las perturbaciones históricas, la vida humana es progresiva. Pero está a la vista que el Socialismo militante sufre hoy una gran desgracia, y también, ¿por qué no decirlo?, una gran derrota.

Vemos a los hombres de la Internacional despedazarse en la línea de fuego, bajo sus banderas nacionales. Los socialistas del campo aliado hicieron medio siglo campañas pacifistas, cuya eficacia acaso lamentan hoy. Es la única acción pacifista del Socialismo internacional que no haya sido platónica.

La colosal organización socialista alemana, con cinco millones de votantes y quince de simpatizadores, ¿pensó de veras en oponerse a una guerra de engrandeci-

miento de Alemania, ni a la preparación de esa guerra? ¿Hubiérase arrojado el Imperio a la aventura, para la cual no le sobran fuerzas, sino con la seguridad de que su Socialismo y su proletariado serían sus colaboradores y no sus enemigos? No hablamos de la masa, sino de sus directores. ¿Y qué papel hacían entretanto los pacifistas del mundo entero? ¿Qué papel, sino el de abrir el camino a la agresión de Alemania contra todos? ¡Y el grande y noble Jaurés, que soñaba con una aproximación al grande Imperio! ¡Acordaos de Adler! Ya lo hemos dicho: la infección imperialista, de la que nosotros nos curamos hace mucho tiempo, hizo allí presa en los espíritus.

No terminaremos con los consabidos votos románticos por una paz que, no siendo victoria sobre la regresión social y moral que Alemania representa, nos heriría acerbamente. Tampoco pediremos que en la paz se oiga a los pueblos, y que se respeten derechos y fronteras. Todo eso nos parece mucho menos racional que las rogativas de los creyentes demandando lluvias. Ni esperamos, contradiciéndonos contra nosotros mismos, que en el régimen capitalista y nacionalista se busquen posibilidades de paz ni garantías eficaces para asegurarla.

En cambio, aleccionados por la experiencia, creemos obligación común meditar sobre lo futuro y corregir una política tan absolutamente estéril para la prevención, evitación o condicionamiento de la guerra, si acaso no contribuye a desencadenarla.

Atribuimos tan lamentable esterilidad a la política de aislamiento seguida desde la Internacional por los movimientos societario, sindical y socialista de cada país con relación a sus vidas nacionales respectivas.

Oponemos a esa política de aislamiento, contraria a todas las enseñanzas históricas, la política de penetración y de lucha de las fuerzas socialistas en todas las zonas de la vida nacional, actuando sobre las conciencias y sobre los hechos; aprovechando las competencias materiales e ideales burguesas y los movimientos progresivos de todo orden.

Las circunstancias favorecen esta política.

La guerra ha ensangrentado a todas las clases sociales. Todas están unidas en el interés común de evitar la guerra. Todas llegarán a comprender esta verdad evidente: que sin Socialismo no hay pacifismo posible. No es fácil que la naturaleza en todos los hombres no se alce contra un régimen que pone en peligro la vida de todos y sólo a muy pocos aprovecha. Los

mismos gobiernos nacionales entrarán por el camino de la internacionalización del suelo y del trabajo, empezando por ciertas comisuras del planeta y por algunas formas de producción de interés universal.

Esta política, que deberá ser la del Socialismo español, deberá llevar su voz a los Congresos internacionales. Y cualquiera que sea nuestra influencia moral sobre la Internacional Socialista, pediremos siempre para el movimiento en España toda la autonomía que requiera su mayor eficacia.

Congreso socialista español.—Madrid, 29 de octubre de 1915.

ADICIÓN.—Uno de los firmantes ha expuesto en el seno de esta Comisión la idea siguiente, y los demás prestamos a su noble y simpática iniciativa nuestra adhesión más fervorosa.

Propone este compañero, y los que suscriben con él proponemos al Congreso, que se solicite del Gobierno una disposición por la cual España dé albergue a unos miles de prisioneros de las diferentes nacionalidades. Su racionamiento quedaría a cargo de las naciones donde los prisioneros se hallan. El clima de España y la nobleza y generosidad del pueblo español suavizarían el dolor de su cautiverio.

Fecha ut supra.—E. Torralva Beci, doctor Jaime Vera, José Madinabeitia."

Conclusiones

Primera. La guerra es todavía una necesidad histórica. Se quiere decir que la naturaleza humana, en las condiciones históricas actuales, llega a aceptar la guerra, hacerla, provocarla, encontrarla justificada y hasta desearla. El Socialismo pugna porque la sociedad se dé cuenta de que están creadas ya las condiciones psicológicas, económicas y políticas que hacen inútil el bárbaro instrumento de la guerra para conservar y perfeccionar la vida de los grupos humanos; pugna porque estas condiciones ya existentes se desarrollen y sean aprovechadas. El Socialismo dirige especialmente su enseñanza y su acción a los oprimidos, porque ellos sufren en el grado máximo los efectos de la guerra, y porque su fuerza material y moral es necesaria para eliminar la guerra y toda dominación.

Segunda. A Alemania no puede reprocharse que ha-

ga la guerra. Dentro y fuera de Alemania puede juzgarse sobre el error, el acierto, la perfección o imperfección con que la haga.

Tercera. Los socialistas no podemos formar posición pasiva en esta lucha tremenda, porque de sus resultados dependerá en gran parte la manera de fraguarse el porvenir humano y el porvenir socialista.

Cuarta. Deseamos fervorosamente el triunfo de los aliados, porque lo consideramos favorable en alto grado al desenvolvimiento humano, y en particular a la transformación social en que laboramos.

Hay que distinguir entre civilización material y civilización social y moral.

Quinta. Lamentamos que el espíritu nacionalista y autoritario haya nublado la conciencia política en gran número de los socialistas alemanes y de sus poderes directores.

Sexta. Atribuimos en gran parte el fracaso del Socialismo militante a la esterilidad de su política de aislamiento y al exceso de pacifismo romántico.

Los anhelos y los buenos deseos no bastan en el mundo. ¡Y se ha prescindido tanto de la sociedad, que la sociedad ha prescindido de nosotros!

Séptima. Frente a la política de aislamiento precognizamos la política de penetración y de lucha en el mundo burgués, en el cual deben introducirse nuestras fuerzas maniobreras para influir en las conciencias y en los hechos, para aprovechar las competencias burguesas y, particularmente, para toda clase de inteligencias con todos los elementos progresivos, porque toda acción progresiva se suma a nuestro favor.

Octava. Como socialistas laborantes en esta tierra de España, que merece todo nuestro amor y sacrificio, y en la que trabaja y sufre un proletariado sencillo, bueno y no contaminado con ninguna degeneración, comprendemos y aplaudimos la neutralidad del Estado, porque España sólo podría hacer la guerra por motivos nacionales, bien sentidos y apreciados por una gran mayoría nacional.

Novena. Añadimos a estas conclusiones la moción del compañero Madinabeitia, relativo al acogimiento cariñoso en nuestro suelo de un número prudencial de prisioneros de guerra.

Congreso socialista español.—Madrid, 29 de octubre de 1915.—*Doctor Jaime Vera.*

PONENCIA FAVORABLE A LA CONJUNCION REPUBLICANO-SOCIALISTA

(X Congreso del P. S. O. E.)*

Justifican y hacen obligatorio el mantenimiento de la conjunción republicano-socialista razones doctrinales y de orden práctico tan poderosas y tantas, que en la imposibilidad de enumerarlas todas, o siquiera las esenciales, los delegados que suscriben limitan el preámbulo de su dictamen a las sencillas consideraciones siguientes:

Por la historia y por la actual realidad social y política, el movimiento socialista es el aliado natural de todas las acciones y fuerzas progresivas en todas las manifestaciones de la vida.

Existen en España fuerzas políticas importantes con arraigo popular, y las únicas impulsoras de la evolución política, fuera de las instituciones fundamentales, prisioneras voluntarias de los elementos tradicionales reaccionarios, que a la vez las aprisionan y las sirven de cimiento. Todos los Poderes públicos de la nación, con influjo decisivo en su vida real e ideal, desde el bajo y alto magisterio hasta la burocracia, están en manos de esos elementos, representativos de una tradición inmovilizada, incompatibles con el desarrollo de la civilización moderna en España, y más aún, con un desenvolvimiento proporcionado de la acción puramente socialista. Las anchas puertas del alcázar donde se dispensa el Poder y se hacen y deshacen los hombres, acaso se han elevado lo bastante para poder entrar por ellas la dignidad sin humillar la cabeza. Pero los que por ellas penetran quedan impotentes para el bien y para la civilización y la democratización de la vida española. Porque quedan envueltos y sin acción ni movimiento entre las mallas de la red tradicionalista y reaccionaria esterilizadora de toda actividad intencionalmente progresiva. La alta burguesía, las gentes adineradas, no hacen ni siquiera civilización burguesa, porque sus almas dormitan con ensueños de ideales muertos.

Hacen la vida atónica de los poseyentes no agitados por la *auri sacre fames* o sin inteligencia para satisfacer el ansia de «poseer más», primer motor de toda sociedad capitalista, a cuya intensidad de movimiento es proporcional la intensidad de todas las actividades nacionales; porque el capital es el carbón, y la máquina no

* El Socialista, 27 octubre 1915; Acción Socialista, 7 noviembre 1915.

anda si no se renueva y aumenta el carbón constantemente.

Aparte de la mísera acción económica del capital (en gran parte extranjero), ineludible para seguir viviendo, en España no hay más fuerzas progresivas que el exiguo movimiento propiamente científico o genéricamente intelectual, exiguo porque no se paga, y el Republicanismo y el Socialismo como movimientos políticos. El Estado es una maquinaria para resistir, no para propulsar. Contra el Estado hay que ir en España para ser patriotas: patriotas en el más alto y racional sentido de la palabra. Republicanismo y Socialismo deben ir juntos para los fines comunes; y los dos movimientos deben adquirir el mayor tono e impulso científico e intelectual posibles, y serán movimientos salvadores de la patria y preparadores de un porvenir de emancipación, si los arranques del corazón no faltan y si es constante la consagración al trabajo y al sacrificio.

Puro es el movimiento socialista y pura y harto abnegada la fe de innumerables republicanos y de las masas, con el alma henchida del ideal años y años, sin recibir nada en cambio. Uno y otro son la conciencia histórica del progreso nacional. Con la diferencia de que donde el Republicanismo se para el Socialismo sigue avanzando.

En España, libertad, democracia, civilización y progreso son términos correlativos e inseparables. La monarquía y las ideas, los sentimientos y los intereses resistentes a la renovación de la vida española y ligados en un pacto que parece indisoluble, vencidos y humillados muchas veces en el siglo pasado, han resucitado siempre prepotentes e incorregibles. La monarquía en todas partes resiste por su naturaleza esencial al espíritu democrático. Sólo por necesidad política se barniza de ese espíritu y lo utiliza cuando ella es inteligente, como en Italia.

En muchos tiempos y en muchos sitios, en España mismo, la monarquía, ilustrada o escarmentada, ha hecho civilización, y progreso, y nación. El pueblo ha podido no amarla, pero la ha respetado y la ha considerado como instrumento útil.

La historia del pasado siglo y la realidad presente prueban que la monarquía española no se ha decidido a servirse de las fuerzas liberales para eliminar progresivamente la roña tradicional que vicia todos los órganos vitales de la nación e impide que aliente con fuerza a impulsos de progreso. No ya para derribarla, para contrapesar las fuerzas retardarias se trabaja con éxito mayor fuera que dentro de la monarquía. Los que en ella entran, entran como vencidos y sólo para servir-

la de puntal. Las incontables víctimas de la libertad española lo atestiguan con su sangre, y los grandes liberales desprestigiados en el servicio de la monarquía lo certifican con su desengaño.

El Socialismo español debe mostrarse en sus predicaciones, en su organismo y en su acción como una fuerza nacional progresiva, democrática y civilizadora. No puede ser perturbación, porque es organización. Sabe bien que en un medio social con vida económica miserable y civilización embrionaria no puede crecer ni servirse a sí mismo ni a la sociedad en que vive, si no es con la más santa de las intenciones y la más evidente de las impotencias. En este camino, y para hacer nación, progreso, civilización y democracia, para hacer Socialismo, nos encontramos con los republicanos. Todos los días los grandes acontecimientos europeos y mundiales y los nacionales, vitales para nosotros, porque parte de la nación somos, nos unen en el pensamiento y en la acción con los republicanos. La corriente republicana y la socialista, más amplia ésta y de cauce abierto a un porvenir ilimitado, son paralelas en muchos trozos del trayecto; y muchas veces convergentes. ¿Cómo nosotros, los socialistas, no convertiremos en propósito deliberado este paralelismo, esta convergencia, esta conjunción natural con las fuerzas republicanas?

Además, hay una consideración que sólo obcecadamente podemos olvidar. La consideración de nuestra debilidad. Grandes en fuerzas ideales, teniendo a nuestro favor todas las corrientes activas de progreso, todo desenvolvimiento humano conforme a la naturaleza y a razón, somos débiles como fuerza eficaz sobre las conciencias y sobre los hechos. No será en el aislamiento donde aumentaremos nuestra eficacia. Hablemos y actuemos para que nos conozcan. En la relación con la clase trabajadora y en la relación con todas las fuerzas vivas nacionales y hasta en la relación con los indiferentes, tenemos que buscar nuestra fuerza, nuestra eficacia y nuestro triunfo.

En consecuencia: dictaminamos que debe continuar, consolidarse y perfeccionarse nuestra conjunción con todas las fuerzas republicanas de personalidad política reconocida.

Madrid, 25 de octubre de 1915.

JULIÁN BESTEIRO.—DR. JAIME VERA

LA LOCURA EN LOS NIÑOS

*Camino del remedio**

En España nada hay especialmente organizado para defender de su propio mal a los niños locos, ni para defender a la sociedad de las consecuencias de tal abandono. Las familias se las arreglan como pueden, y los médicos, como Dios les da a entender.

Hechos. En la capital de España no hay enseñanza oficial de la patología mental en las primeras edades. No hay tampoco institución especial, pública o privada, para el tratamiento de estos enfermos.

Detalles. Tenemos muy cerca de nosotros un doctor tres veces premio extraordinario y primer pensionado de la Facultad de Medicina, con premios ordinarios bastantes para empapelar los pasillos de su casa. Este doctor, asistente asiduo en su tiempo a las lecciones de los maestros que merecían ser escuchados, no logró ver un solo niño enajenado en la enseñanza oficial. Al Hospital Provincial, "de la ciudad depósito de males", hubo de acudir para ver enfermos sin ejemplar en las clínicas de la Facultad. Sin culpa de los profesores, que los había eminentes.

Hemos preguntado a los internos, alumnos y ayudantes de nuestro alrededor, y ninguno de ellos ha visto en la Facultad ni niños locos ni otros muchos tipos de enfermedades. Exactamente como hace cuarenta años.

Una personalidad distinguida, muy conocedora de la vida de Madrid, me dice: "Aunque nos avergüence, no existe aquí establecimiento público ni privado que especialmente se consagre a la asistencia de los niños locos, ni para ricos ni para pobres". Harto lo sabíamos, y las familias necesitadas de ellos.

Y si a esto se añade que la mayoría de los trastornos mentales infantiles exigen el tratamiento moral en colectividad, por razones evidentes científicas y económicas, el resultado será que, en conjunto, los cerebrales de las primeras edades no pueden ser asistidos con la perfección que hace posible el estado de la ciencia. Ni el saber de los médicos, ni la riqueza de las familias lo impiden. Los médicos más ilustres y las familias más elevadas pasan las negras. El terror de un aristócrata ante los accesos frenéticos de su hijo único proporcionó un millón de duros a los epilépticos. ¿Có-

* *El Liberal*, 21 febrero 1916 (reproducido en *El Socialista*, 21 febrero 1916).

mo lo pasarán los pobres?, se dijo. Pero encargó el Asilo a los frailes, y ahí está.

No está hecho el mapa de la locura infantil, ni el general de la locura.

* * *

¡Cuánta ignorancia y aberración sobre los locos!

Todavía en pleno siglo XIX se profesó en Alemania una teoría, derivación del animismo sthaliano, según la cual la locura, perversión del alma, es la secuela del pecado (Langermann, Ideler, Heinroth y Heinroth, hasta 1843). Ciertamente que los pecados capitales suelen ser, ora síntomas, ora causas u ocasiones de ellas; pero también los esfuerzos, virtuosos y santamente dirigidos, pueden violentar los resortes del equilibrio mental, y la locura es muchas veces fase de una evolución morbosa, que principia en los ascendientes cuerdos, talentados o geniales.

La observación y el buen sentido han triunfado en todas partes. El enajenado es un enfermo inviolable: la cuestión estriba en reconocerlo.

¿Y los niños? ¿Quién no siente piedad ante los seres sin culpa heridos en la frente por lacras, pecados o grandezas de sus padres? ¿Quién no quisiera remediar o compensar de algún modo la injusticia de la Naturaleza impasible?

La reacción instintiva más alta contra tan ciega crueldad la dan las madres. Cuando el engendro no es el hijo soñado, hermoso, inteligente y sano; cuando, enfermo su cerebro, se hace imperfecta su función, monstruosa el alma, el amor de la madre se exalta al infinito, y fiera y tiernísimamente se consagra a la protección y asistencia de lo que siempre es su hijo. Esta reacción sale de las entrañas. Cuando se añade la inteligencia al esfuerzo, obra maravillas. Luchando contra el mal muestra la naturaleza humana el tesoro de sus energías ocultas. Y la mujer, en este caso, las desenvuelve tales que hacen prever la hermosura del porvenir en que puedan desarrollarse. Muchas hemos visto heroicas y sublimes amparando a su hijo loco hasta el último aliento.

Satisfaciendo así su amor maternal, la mujer se hace el instrumento más eficaz del impulso creador, conservador y perfeccionador de la vida.

La esencia del espíritu médico es la misma. El deber médico es absoluto: la defensa de la vida en todo caso y hasta el último trance. El bueno y el malo, el amigo

y el enemigo, el que puede contagiarnos y el que puede agredirnos, el curable y el incurable, todos son enfermos, y su vida no puede extinguirse sin que el médico la proteja y la defienda sin remisión ni desmayo. En la guerra puede haber tiro o puñalada de misericordia. En Medicina, nunca.

¿Y qué es el espíritu médico sino la exaltación del impulso natural en todos los humanos a la asistencia y socorro del mal y del dolor ajenos? Tan natural es este impulso que, si no lo seguimos, nos duele. Podemos disculparnos de no seguirlo, pero no evitar el dolor de no haberlo seguido, o en lo moral no estamos sanos.

La forma más alta de sensibilidad es la que se extiende desde nuestra piel a la de nuestros semejantes; a la de nuestros consanguíneos, conviventes, correligionarios de cualquiera religión; a la de los compatriotas, a la de todos los seres humanos y aun a cuanto vive y vale. Y todos los poderes conscientes y reflexivos individuales y sociales cumplen su más alto objeto cuando sirven a esta forma de sensibilidad, cuando destruyen obstáculos y crean posibilidades de amor y de ayuda mutua.

Hasta el intelectualismo se hace bárbaro por falta de intelectualidad, si ignora que todos los problemas humanos son fundamentalmente problemas de sensibilidad, porque sin sensibilidad no existe lo preferible; si ignora que la ciencia se indignifica al servicio de las formas inferiores o invertidas de la sensibilidad; el intelectualismo, en fin, se hace bárbaro, o instrumento de barbarie, cuando crea o conserva para todos, para pocos o para uno solo fatalidades más irritantes que las naturales originarias.

* * *

En las naciones más cultas la barbarie ha sobrevivido a las causas que la engendraron. Bárbaras y todo, esas naciones dedican algo de su poder científico y económico a los problemas verdaderamente humanos, entre ellos al estudio y protección de los pequeños enajenados.

¿Por qué en esto vamos a la zaga, con dolor y con vergüenza? Invocar el atraso general será explicación; disculpa, no. Al contrario: los atrasos parciales forman el atraso general. Hoy se sabe cómo se hace gobierno, nación, riqueza, cultura y poder y florecimiento y decadencia. Es obra humana. Mientras no se haga

número de cerebros que tengan las más fecundas actividades de la sensibilidad y de la inteligencia, por necesidades orgánicas, persistirá la inferioridad de la vida nacional. No bastan las inteligencias si están desalquiladas o rellenas de trastos inútiles. Faltan hombres, y porque no hay hombres no hay masas ni nación.

En la materia que tratamos la iniciativa corresponde a los médicos; porque nosotros sentimos la necesidad colectiva y es nuestro deber y nuestro interés satisfacerla.

Los que nos sentimos con vocación y alguna posibilidad hemos de esforzarnos en demostrar con los hechos, en las ocasiones, que cultivamos aptitudes prácticas superiores a las que por posesión de un título académico pueden presumirse para resolver los problemas clínicos, familiares y sociales de la locura infantil y las afines. A medida que aumente la notoriedad de estas aptitudes especiales crecerá el número de las familias que, lancinadas por esta particular desdicha, busquen nuestra asistencia. La extensa práctica hará maestros; y no faltarán discípulos en cuanto los jóvenes médicos adviertan que existe un hermoso campo de estudio y de trabajo donde puede labrarse el propio bien luchando contra males ajenos.

Entonces la instauración de la enseñanza pública será reclamada por un interés general reconocido; y la cátedra no será canonja para un inepto afortunado, ni sobrecarga inútil en los estudios de la carrera.

Las cátedras implican las clínicas especiales. Las familias ricas no relegarán sus hijos al extranjero, teniendo en España médicos e instituciones especiales no inferiores. Y las familias agobiadas por la escasez no verán su triste descendencia en el actual abandono despiadado. Y resultará organizado, por el esfuerzo de todos, este pequeño mundo, en el cual el impulso cordial e intelectual de los médicos tiene que ser el motor. Y su desarrollo será el que permita la fuerza económica de los particulares y del Estado.

Ese mismo mundo será un estímulo económico en muchos sentidos. La necesidad dolorosa y la seguridad de que puede obtener satisfacción es un acicate para crear recursos, para gastar bien y para ganar.

El desarrollo de esta especialización dentro de los inmensos territorios de la psiquiatría abriría pronto tres grandes direcciones al estudio y a las aplicaciones prácticas, en relación con las tres grandes modalidades de las frenopatías en las primeras edades: en unos, cerebrales, predominan los elementos orgánicos y exi-

gen tratamiento predominantemente médico; en otros, los trastornos mentales ocupan casi toda la escena y son como los locos que el vulgo conoce; otro numerosísimo y variadísimo grupo comprende los trastornos y desequilibrios parciales con lucideces a veces extraordinarias: seres anómalos en quienes la educación tiene que ser en parte terapéutica y en parte especialísima educación.

Y aparecerían a la generalidad horizontes, confusamente perceptibles ahora a pocos. Se vería cómo la asistencia anticipada de la locura es parte esencial en la preparación de las generaciones para la vida plena. Los métodos psiquiátricos fundarán una nueva psicología, transformando los que ahora se tienen por ideales de educación. Surgirá una verdadera «humanología», si se permite este neologismo infame, que no deja de ser expresivo y quiere significar una antropología donde se dé más importancia, por ejemplo, a la disposición del carácter que a la conformación de la oreja.

La ciencia y sus aplicaciones tropiezan en el absurdo económico. Serán beneficio para todos cuando la Humanidad disponga de la riqueza, obra de todos.

* * *

La ruindad y apatía tienen sus fórmulas: “las circunstancias no son propicias”; “hay cosas más importantes”; “no hay dinero para eso”.

Los que nos estremecemos a diario entre el dolor de los niños locos y de las madres mártires no abandonamos la lucha ni en las circunstancias más adversas y perversas. Ni dejamos de esperar la simpatía y el auxilio de los espíritus animosos, ora estén entremezclados en la masa nacional, ora en las alturas de la ciencia, del arte, de la riqueza, de la Administración pública y del Poder.

DR. JAIME VERA

18 DE MARZO DE 1871 *

Amigos y correligionarios:

Hoy es día de admirar, día de avivar los recuerdos. Todos los socialistas, solitarios o en comunidad, debe-

* El Socialista, 18 marzo 1916 (leído en El Ferrol y La Arboleda) (reproducido en El Liberal, 31 marzo 1916, a partir de la mitad, con cortes, y bajo el título «Educación política»; la primera parte en El Socialista, 18 marzo 1922).

mos consagrar los momentos libres de los afanes cotidianos al culto de la identificación ideal con los comuneros del 71. Ellos, héroes y mártires, al modo de Sagunto, Numancia y Zaragoza, en defensa de su solar, hicieron a París recinto del espíritu de emancipación universal y prefirieron sucumbir entre el incendio y los escombros de la ciudad adorada, ver convertida la República social de sus sueños en la misérrima República burguesa que la realidad, para colmo de sufrimientos, les imponía.

Las circunstancias presentes, en medio de la guerra cruelísima para los combatientes, dolorosa para todos los socialistas y para cuantos no comercian en ella, son ocasión solemne para renovar nuestra admiración por aquellos combatientes de la fraternidad. Si la luz y el calor de su ideal hubiesen iluminado y templado las almas de los demócratas alemanes, acaso la guerra no hubiera sido o fuera la guerra la madre o la hermana gemela de la Revolución.

El culto de los muertos es grato, justo y útil. Es parte de la religión natural. Es parte de la conciencia oscura o clara de nuestra ligazón con el universo y con sus energías evolutivas. La vida de los que fueron se prolonga de mil modos en nosotros, no sólo en nuestra memoria; y así se dilatará nuestra vida en los que serán. En el culto de los héroes y de los mártires, su grandeza nos envuelve, nos penetra y nos eleva a regiones sobrehumanas, donde la animalidad no manda, donde se sacrifica el presente al porvenir y los egoístas particularismos a las ansias de asección a una vida superior.

Pero la contemplación del pasado no ha de ser sólo fuente de emoción. Ha de hablar a nuestra inteligencia. Ha de enseñarnos a vivir mejor, hasta cuando nos muestra cómo se muere por vivir mejor. Los que no aprovechan las enseñanzas de la Historia, narrada o vivida, son siempre niños, y lo mismo los partidos y las naciones.

Glorifiquemos, sí, hoy y siempre, el heroísmo fulgurante de los comuneros del 71; pero consideremos razonadamente las consecuencias de su sacrificio.

* * *

Los hechos son conocidos. En apariencia, Napoleón, como baratero jactancioso, provocó a Prusia. En realidad Prusia, empalmada la faca, ansiaba la guerra, cuidadosamente preparada. Derrocado Napoleón, el cañón

prusiano continuó cebándose en la nación francesa, constituida en República, hasta vencerla, humillarla y despedazarla. No se desmintió el valor francés; pero no pudo vencer el mayor aliado de Alemania, que lo fue la corrupción administrativa y moral, infiltrada en la vida francesa por el Imperio napoleónico de parodia. La burguesía desamparó al Gobierno republicano en la defensa nacional. Entregaba los pueblos al enemigo por salvar sus propiedades del bombardeo enemigo. En vano Gambetta y los republicanos patriotas se esforzaban por poner en armas a toda Francia. Pero esa misma burguesía, que odiaba a la República, la aceptó por el momento; se hizo dueña de todos los poderes del Estado para perpetuar su dominación sobre Francia. Los reaccionarios militaristas y clericales se desquitaban así del vergonzoso derrumbamiento de Napoleón y los principios tradicionales de gobierno.

Este último sorbo del cáliz de amargura que había apurado París enloqueció su alma: el alma de la Revolución.

En una visión delirante de victoria abatió la columna de Vendôme, arrastrando por el polvo las glorias militares de Francia, para que no fuesen obstáculo a la fraternidad de los pueblos. Al fin, ante el fantasma de la derrota inevitable, el París revolucionario, en un vértigo sublime de destrucción suicida, sucumbió entre ruinas, proclamando desde la tribuna de la muerte los principios de la Internacional.

Cumplía yo trece años. Estudiaba a Horacio, Historia y Matemáticas, y seguía insaciable los acontecimientos de Francia. ¿Por qué, me decía, no se alza la nación en masa contra el extranjero? Y cuando me conmovía con la muerte del joven Flourens en el campo y la del viejo Delescluze en la barricada, derramando sangre francesa, pensaba si aquellos dos hombres, que yo veía grandes como semidioses, no tenían el deber de vivir para su Francia y para la Democracia, patria ideal de todos.

Más tarde he aprendido que la inteligencia más lúcida y la voluntad más poderosa son impotentes para lograr que de un conjunto de fuerzas físicas o morales concurrentes no salga la resultante necesaria.

Los antagonismos económicos, políticos y morales impedían la conjunción de burguesía y pueblo para repetir el grandioso levantamiento nacional de 1791 contra los ejércitos extranjeros invasores de Francia. Mi inteligencia juvenil juzgaba en frío los sucesos. Aquellos hombres los hacían a las altas temperaturas a que

la naturaleza obra sus milagros de suprema génesis social.

Lúcidos y serenos buscaron, muchos la muerte estoica, si en su situación la creyeron un deber.

Vana pretensión conjeturar los sucesos que hubieran sobrevenido siendo las cosas de otro modo. Mas es necesidad de los cerebros bien constituidos estudiar las consecuencias de lo que fue. Hechos engendran los hechos, y sólo estudiando la relación de antecedentes y consiguientes se hallan las leyes, normas constantes del movimiento histórico.

Las consecuencias de la *Commune* fueron una parálisis del movimiento socialista francés y una desviación del Socialismo universal, cuando llegaba a su nubilidad, la edad fecunda.

El Socialismo y los impulsos revolucionarios quedaron aplastados físicamente. La vieja generación del 48 y la nueva de la joven Internacional fueron destrozadas. Los que no cayeron en la formidable pelea, sucumbieron en la represión exterminadora. A esta causa física se unió otra moral. La reacción triunfante agobió a los caídos, en la letanía ordinaria de recriminaciones y todas las formas de persecución. La opinión francesa pedía paz, orden y reconstitución, estado moral que aprovechaban los reaccionarios de toda laya. A Thiers sucedió Mac Mahón.

La mayor actividad política de Francia ha sido, hasta hoy, republicanizar la República. En medio más propicio, el Socialismo fue renaciendo, y con Jaurés floreció exuberante, grande, generoso y humano.

Con la derrota de Francia y de la *Commune*, el eje y sentido del Socialismo se desvió.

El centro del pensamiento y de la acción socialista pasó a Alemania. Unificada y poderosa por una inteligente intensificación y coordinación de los esfuerzos, desarrolló con ímpetu una civilización material nunca vista. Habituada la nación a obedecer, sin experiencia política, que sólo se adquiere en la acción, en la victoria como en la derrota, triunfador e insolente por la victoria prepotente el poder militar, con el kaiser por cabeza, y sintiéndose por todos como crimen nacional y algo exótico la rebeldía contra cualquier forma de disciplina, el Socialismo se desarrolló en Alemania acomodándose a la situación histórica en la forma de una gran organización económica carente de eficiencia política y de capacidad revolucionaria. La misma doctrina marxista, expresión genial, pero incompleta, del desenvolvi-

miento social, no tuvo en Alemania sus naturales desarrollos; antes bien, pudiera pensarse si degeneró.

El árbol se conoce por sus frutos. Al desatar inhumanamente el Estado alemán esta guerra de dominación y de conquista, cuarto acto del plan que había de poner a la raza germánica sobre todas las razas y a los Hohenzollerns de Prusia sobre todos los pueblos, los socialistas alemanes resolvieron servir al kaiser, «so capa» de resistir al peligro ruso, identificando la patria con sus instituciones opresoras.

Pueril sería pedir que las cosas sucedieran de otro modo e injusto recriminar a los buenos camaradas de allá. No pudo dar más de sí la Democracia social alemana. En las últimas conferencias de Bruselas, Adler, mentalista, declaró juiciosamente que en Austria nada se podía hacer contra la guerra. Harto lo sentiría él. «No será poco —dijo— conservar la organización.» Rosa Luxemburgo y Haase se hicieron la ilusión de que la Democracia social alemana se opondría a la guerra y llevaría la agitación a la administración pública, a los cuarteles, al ejército mismo. El desencanto vino con los hechos. Haase y la representación parlamentaria votaron los créditos, y la organización fue un instrumento más de guerra en manos del kaiser.

El mundo se preguntó para qué mejor ocasión guardaba sus fuerzas la colosal organización socialista alemana. ¿Pero podría esperarse otra acción en un país donde la «sociedad civil», esto es, la nación, es sólo el manantial del que el Estado saca su fuerza para dominar dentro y más allá de las fronteras y donde el pueblo es sólo «material humano», o lo que es lo mismo, un ganado más productivo que cualquier otra especie pecuaria?

* * *

Estos son los hechos antecedentes y consiguientes desde el 70. ¡Cuántas enseñanzas necesarias pudieran extraerse de esta historia emocionante!

Nos enseña que hay derrotas y derrotas. La apasionada impaciencia por un porvenir de fraternidad, y el espíritu revolucionario exaltado por los dolores, un exceso de pasiones generosas, arrastraron a los comuneros de París a los horrores del 71. Un impulso conservador, esencialmente egoísta, ha puesto en Alemania todas las esencias socialistas al servicio del nacionalismo más exclusivo, antihumano y opresor. Faltó aquí algo excelso

de la naturaleza humana que sucumbió en París bajo el peso de su propia grandeza.

Derrota en Francia, derrota en Alemania, la diferencia es esta: la *Commune* se recordará con orgullo, porque a quienes dan la vida por la causa de todos, su abnegación los indulta y glorifica ante todos. Y nuestra naturaleza se siente halagada al verse capaz de esfuerzos sobrehumanos.

La derrota ocasionada al Internacionalismo por la defección alemana se recordará siempre con dolor y con un sentimiento muy semejante a la vergüenza. Nada de lo que tiene sustancia de suicidio moral es atractivo.

Hay que esperar. El dolor es gran maestro y aguijón de perfecciones. El poder físico de la organización alemana está intacto, y el porvenir le ofrece ocasiones de mostrarse a la admiración del mundo. El Socialismo crece siempre y se entrevé su triunfo.

Añadamos otra enseñanza infinitamente más útil: la eterna de la Historia.

Advirtamos que el presente nos domina. Que podemos muy poco en el propósito de hacer en el instante que las cosas sean diferentes de como son.

El verdadero patrimonio de los hombres es el porvenir. Tal como lo preveamos, lo prevengamos o lo construyamos, así el porvenir, cuando llegue a ser presente, nos satisfará como triunfo o nos dolerá y avergonzará como derrota. Obra nuestra será en ambos casos. Porque nuestros ideales prácticos deben haber siempre en un porvenir accesible.

Los hechos son infinitamente multiformes; mas siempre acaecen de la misma manera. Lo que quiere decir que las normas según las cuales los hechos coexisten y se suceden, son constantes. Conociendo estas normas, esta constancia de las relaciones, tenemos la previsión de los hechos; y en la medida en que caigan bajo nuestra acción las condiciones determinantes de los hechos, en la misma medida tendremos dominio sobre ellos.

Tiene el hombre, por su cerebro, poder creador de nuevas condiciones exteriores de existencia, y acomodándose a ellas, el poder de cambiar su vida interna. Así, el desenvolvimiento humano consiste en la creación de nuevas almas y de nuevos mundos. Por este poder creador el porvenir es nuestro en los límites de la naturaleza humana.

Lo que no podemos suprimir es el tiempo, aunque sí abreviarlo si lo aprovechamos.

En la construcción del porvenir no basta la santidad de los propósitos ni tener razón, ni siquiera ir al hilo

de la marcha natural de las cosas. Hay que eliminar obstáculos y producir condiciones de nueva vida. La protesta, por sí sola, es puro ruido, y aún más que el empujón vencedor de las últimas resistencias, es revolución verdadera la que crea las posibilidades de la nueva vida, y el verdadero revolucionario, todo el que contribuye a crearlas. La perturbación es el opuesto absoluto a la revolución, entendiéndola por perturbación la del orden progresivo.

No seamos nunca de aquellos revolucionarios de quienes dijo el poeta:

.....
hombres todo entusiasmo y poca mente,
que no ven más allá de sus narices.

Se refirió, sin duda, a los que de buena fe creen fácil movilizar el mundo, porque agitándose ellos, agitan la pequeña gota donde, como infusorios, viven. Ni el más humilde esfuerzo se pierde, si obedece en el pensamiento o en la acción a una idea creadora.

* * *

He procurado complacer vuestro deseo de comunicación intelectual conmigo. Sentiría en el alma que no os complaciesen mis ideas, reflejos leves de grandes verdades. Consideradlas serenamente. Son las de un viejo socialista consecuente. Consecuente, no como el loro que repite cien años su viva a la República dentro de la jaula.

No es consecuencia encerrarse dentro de cuatro fórmulas verbales o en la política de una época, sino la constancia en el propósito y la persistencia en acomodar la inteligencia a los hechos, para actuar con inteligencia sobre los hechos.

No creo equivocarme deseando esta manera de consecuencia a los socialistas y a todos los españoles progresivos. Tenemos un corazón para sentir todos los anhelos humanos. Tenemos un cerebro para buscar la verdad por nosotros mismos, y manos para servir a la inteligencia y al corazón. No nos inmovilice la modestia. ¿Que más estímulo que la patria clamante y temerosa del porvenir, si el esfuerzo regenerador no la salva?

Haciendo verdad, y labrando en la patria, los españoles harán, como antaño, historia universal.

Marzo, 18 de 1916.

DR. JAIME VERA

¡TRABAJADORES ESPAÑOLES! ¿ME PERMITIS UNAS PREGUNTAS? *

En los campos de La Unión ha corrido la sangre de vuestros hermanos y la de mujeres y niños proletarios. Las madres llevaban a sus hijos de las manos. La multitud iba indefensa. Siendo mineros no pensaron en proveerse de cartuchos de dinamita. Y hombres, mujeres y niños sufrieron descargas y luego fueron tiroteados como conejos mientras hubo uno que fuese blanco fugitivo sobre aquel terreno sembrado de muertos y heridos, de sangre proletaria como la vuestra, que a su turno será tan impunemente derramada.

En Valencia, la fuerza ahogó también los gritos del hambre, y en Logroño corrió también la sangre obrera.

Estos son episodios que se repiten tristemente muchos días del año. Hasta el punto de poder decirse que el chorro de sangre de los trabajadores corre de continuo. Volved la vista a Africa, donde tanta se ha vertido y verterá sin provecho ni honra para la patria.

Con sangre, con jugo vital de obreros, se hace la producción material, de la que todos vivimos. ¡Y qué vida la de los trabajadores, forzados a un trabajo máximo y a un consumo mínimo o a emigrar o a morir!

Y yo os pregunto: ¿No sentís, no pensáis, no tenéis voluntad, no tenéis manos? Criminal, miserable sería yo si, excitando vuestra desesperación, fuese causa próxima o remota, directa o indirecta, de que una gota de sangre obrera fuese derramada sin el fruto que la razón serena pide al precio de la sangre.

Pero, ¿no os sería posible hacer correr vuestra indignación por canales que la condujesen a acciones fecundas como el agua, la cual, bien llevada y bien distribuida, fertiliza, y con impulso de inundación devasta?

Un canal se os ofrece abierto por el esfuerzo y a costa de la sangre generosa de nuestros abuelos y de nuestros padres.

A los pocos días de los movimientos obreros de Barcelona, de Valencia, de La Unión, de Logroño, de la región asturiana y de otros puntos, movimientos sin conexión, que el hambre provoca y que la ira justa no basta para dirigir, la ley pone en vuestra mano la papeleta del sufragio, en la cual, sin necesidad del sacrificio heroico, podéis escribir vuestra voluntad: la voluntad de algunos millones de hombres, que puede resonar donde se hacen las leyes contra vosotros, a la faz de los

* El Socialista, 1 mayo 1916.

Gobiernos que os las imponen y de los representantes y agentes de la clase poseyente que os explota.

Si los esclavos de la antigüedad hubiesen tenido la participación que vosotros despreciáis en la constitución económica y política, a la que habéis de vivir sometidos y contra la cual protestáis tantos veces estérilmente y a costa de sacrificios sangrientos... ¡Ah! Aquellos ilotas o aquellos esclavos que supieron alzarse y morir con Espartaco, hubieran conquistado bien pronto la libertad para su descendencia histórica que sois vosotros. Y vosotros, que al nacer os encontráis con ese derecho del sufragio y con otros derechos que hacen vuestro un poder formidable de rápida liberación, abdicáis voluntariamente ese poder, con asombro y regocijo de vuestros enemigos, dueños, por vuestra desidia, de una soberanía que es ya vuestra, y ni conquistáis la libertad, el suelo y la propiedad del propio trabajo para vosotros y para vuestros hijos, ni siquiera inspiráis a vuestros opresores y a sus sayones el respeto a la vida de vuestros hijos, inocentes herederos de vuestra miseria.

Bien sé que os oprimen cadenas más pesadas que las materiales de férreos pesados eslabones visibles y palpables. Sé a qué términos reducen esas cadenas a la sensibilidad, a la inteligencia, a la voluntad y la acción de quienes bajo el peso de ellas viven. Pero sé también que no inmovilizan en absoluto vuestra vida interior, la de vuestros sentimientos, ni la exterior.

Y yo os pregunto: ¿Por qué no empleáis, por limitado que sea, el movimiento que queda libre a vuestra pasión, a vuestra inteligencia, a vuestra voluntad y vuestra acción, en la obra de vuestra mejora y liberación definitiva?

El obrero moderno se diferencia enormemente del esclavo antiguo, porque el esclavo no tenía derechos civiles y políticos, y el obrero actual los tiene. El esclavo lo era porque no tenía derechos. El obrero sigue esclavo porque no los usa. Aquel era esclavo por la fuerza. El obrero es esclavo por su voluntad. Por falta de estímulo a su voluntad, por falta de dirección a su voluntad, por falta de concierto inteligente entre su voluntad y la de sus compañeros de esclavitud.

Finalmente, os pregunto: vuestros hijos, vuestra descendencia histórica, vuestra propia conciencia, ¿no os pedirán cuenta del uso que hacéis de la libertad parcial que ya gozáis en la conquista de la libertad que todavía os falta?

DR. JAIME VERA

A LOS ALBAÑILES MADRILEÑOS *

I

Compañeros y amigos: Me voy a permitir en esta ocasión, y vosotros me lo habéis de conceder, la libertad de hablaros de vuestros deberes u obligaciones antes y mejor que de vuestras aspiraciones y derechos.

De los derechos habla todo el mundo, y raro es el hombre que no los extiende hasta allí donde llegan sus deseos, aunque sean en daño ajeno, si tiene poder para imponerlos. Los derechos son las necesidades legítimas de cuerpo o de espíritu, llamando legítimas a las que pueden y deben satisfacerse dentro de la coordinación social, sin daño de esta coordinación social ni del prójimo. La coordinación social, o sea, la sociedad humana, tiene por objeto racional y natural la máxima satisfacción de las necesidades humanas que permita el dominio del hombre sobre la Naturaleza.

Desgraciadamente, la lucha del hombre contra el hombre, y la victoria y la dominación de unos hombres sobre otros, creó y mantiene una organización social de fuerza, donde los más apenas alcanzan posibilidad de satisfacer sus necesidades vitales, aun poniendo o queriendo poner su máximo esfuerzo en la obra imprescindible de producir medios de vida, medios de satisfacción de las necesidades irremisibles y medios de satisfacción y de goce para los deseos del cuerpo y de los anhelos del alma. La tierra y los medios de producir, puestos bajo el dominio de otros hombres, les sirven de bombas aspirantes de los productos del trabajo ajeno, y así disponen de la riqueza y de las ventajas de la riqueza material y espiritual que ellos no produjeron. Así vosotros, albañiles, constructores de viviendas humildes y de palacios soberbios, no tenéis casa. Para habitar el humilde y antihigiénico cuchitril donde os amontonáis habéis de pagarlo, aunque por acaso lo hubieseis construido con vuestras propias manos.

Es evidente que sin poseer no se puede consumir, y sin consumir —alimentos, vestidos, vivienda y todo cuanto cumple necesidades— no se puede vivir. Lo que equivale a decir que sin poseer no es posible vivir, o, lo que es lo mismo, que sin propiedad segura no hay vida segura. De aquí que los pueblos y los individuos se maten por poseer, que es matarse por vivir. Poseer más es vivir

* *El Socialista*, 9 y 10 mayo 1916. (Leído en la velada conmemorativa del XV aniversario de la inauguración de la bandera de la sociedad de albañiles «El Trabajo».)

más y más intensamente y mejor, y por eso, en tanto les es posible, naciones e individuos no vacilan en aumentar lo que poseen, sin retroceder para ello ante el robo y el asesinato, legalizados por la fuerza del conquistador o por la ley impuesta, que es sólo la continuidad de la conquista.

La propiedad es necesaria a la vida, y sagrada, porque es parte de la vida y condición de la vida misma. Pero el hombre no debe llamar propiamente suyo más que al valor que crea con su trabajo; valor que puede expresarse en cantidades diversas de los diferentes elementos de vida; y si extiende su propiedad a los valores que han producido otros o a los medios naturales o sociales de producción que nadie personalmente ha producido, extiende su derecho de propiedad hasta convertirlo en privilegio, con perjuicio ajeno, porque roba a otros o roba a la sociedad o a la Humanidad entera.

La propiedad no es el robo sino cuando se extiende más allá del valor producido por cada uno. Y aun así no es justo llamar hoy ladrones a los que se apropian del producto del trabajo asalariado, porque no hay otra manera de producir. Así es también naturalísimo que el desposeído y asalariado se esfuerce en ser poseedor y asalariante, porque, en una ordenación económica donde hay que ser pescador o sardina, no hay duda en la elección. Es más: en una ordenación semejante es de desear que los propietarios pongan su riqueza en producir explotando el trabajo, porque para explotarlo han de comprarlo, y de vender su fuerza de trabajo el obrero vive.

El propietario que consume o conserva su riqueza sin comprar trabajo es, a sabiendas o no, homicida del género humano, enemigo de su nación y con justicia eliminable del concierto social, aunque sea un concierto tan desconcertable como en el presente.

No es menos natural que los oprimidos y explotados, desposeídos de toda participación en la propiedad de la tierra y de todos los medios naturales y sociales de producir, y desposeídos, además, de los valores que ellos producen o pudieran producir, salvo el salario eventual, y por su naturaleza misma menos en cuantía que el producto de su trabajo, están interesados en la revisión del derecho de propiedad, o, lo que es lo mismo, están interesados en la construcción de un régimen social en que la sociedad o la Humanidad asociada sea dueña efectiva de todos los bienes naturales y sociales, que deben ser de todos porque nadie personalmente los produjo, y

cada cual dueño de los valores producidos por su esfuerzo personal.

Es ya de interés social, y pensamiento de todas las inteligencias no rutinarias, que el esfuerzo individual y social productivo debe enderezarse directamente a la satisfacción de las necesidades humanas, de las individuales, de las corporativas, de las universales; que el trabajo no debe tener por objeto enriquecer más a los ricos, quedando condenada la humanidad no poseyente a vivir sirviendo a los ricos o a morir los que no puedan entrar en su servicio, bien directamente, bien indirectamente, sirviendo al Estado.

Por fortuna, y gracias al dominio de la Naturaleza por la Ciencia, la productividad del trabajo humano es tan grande que una organización nacional e internacional del trabajo, siendo organización medianamente científica y medianamente liberal, crearía condiciones tales de riqueza y posibilidades de bienestar, de justicia y de concordia, generalmente insospechadas, que las plagas históricas o males sociales —corrupción y degeneración del linaje humano, la ignorancia, la miseria, la inmoralidad obligatoria, el robo y el asesinato, necesarios para la vida de los individuos y de los grupos humanos— no tendrían razón alguna de existencia.

Esto, sueño, ilusión, utopía, aspiración irrealizable de algunos espíritus, tan bien intencionados como fuera del orden real de las cosas, se está haciendo ya en las almas y en los hechos, se hace en la guerra y se hará mucho más aprisa y mejor después de la guerra. Y en la gran transformación y en el vencimiento de los intereses creados participarán los Gobiernos, porque lo pedirán los intereses nacionales, y participará la sociedad entera, porque lo impondrá el interés nacional y el interés humano.

Antes se veía la revolución económica como un interés predominantemente obrero; hoy se percibe como un interés social, universal. Pero la revolución económica se hará, naturalmente, en beneficio de las fuerzas sociales que a ella contribuyen y en perjuicio del trabajo, y, sobre todo, en perjuicio del trabajo manual, operario de la producción material, si como fuerza social no concurre y reclama su parte.

En esta evolución hacia la armonía de los esfuerzos para crear los bienes de la vida y la concordia en su disfrute se adelantó en la Historia la idea moral de fraternidad, impulso el más excelso de la naturaleza humana; vino después la idea científica, formulada por las inteligencias independientes que vislumbraron y afirmaron

la posibilidad real y material de relaciones de moralidad y justicia entre los hombres, y en el siglo XIX —por ello el más glorioso— el proletariado universal hizo bandera de su lucha y enseña de su triunfo la organización internacional del trabajo.

Todas las fuerzas activas, las automáticas, como las conscientes, de transformación social, se movilizan en esa dirección. ¿Será posible que el proletariado, en este momento solemne, reniegue de su pasado, abandone el campo de batalla donde su porvenir de clase ha de decidirse y vaya a la rezaga de las demás fuerzas activas, conformándose con mejorar mínimas y parciales, o sea, con las migajas de la producción, de la cual es a la vez el fundamento y el brazo?

II

De una construcción social se trata, y vosotros, albañiles, sabéis algo de cómo se construye. La construcción material puede ser humilde o gigantesca. Se trata de una cabaña o de una vivienda señorial. La construcción social puede proponerse pequeñas mejoras en la vida de los que juntan sus esfuerzos o una nueva coordinación universal de las relaciones humanas sobre fundamentos de justicia y moralidad.

Las normas de la construcción son las mismas; sólo varían su cuantía y su desarrollo.

Para construir lo grande o lo pequeño, en lo material o en lo social, el estímulo es la necesidad de construir. Después, para satisfacer esa necesidad de construir, hace falta trazar un plano, o, por lo menos, tener ideas claras sobre lo que se va a construir. Una construcción ideal debe preceder a la construcción material, si bien la construcción ideal puede ser sucesiva y no completa desde el primer momento. Después hace falta disponer de los materiales apropiados como el terreno dispuesto. En esto la construcción material se distingue de la social, pues en ésta no se puede hacer tabla rasa de lo existente; hay que construir aprovechando preciosos elementos ya existentes, sustituyendo lo viejo por lo nuevo y sin suspender un momento la vida social; esto es, transmutando el edificio sin derribarlo. Finalmente, hace falta un personal que lo construya, que aproveche los materiales y los coloque en su sitio con arreglo al plano o a las ideas constructivas; un personal que sepa lo que se hace, capaz de vencer todas las resistencias y todas las dificultades de la construcción.

A la hora presente puede afirmarse que existen en muchas inteligencias ideas constructivas suficientes, si no un plano completo de la construcción social del porvenir. Existen todos los elementos materiales o ideales de la construcción futura, como son todas las posibilidades de una productividad prácticamente ilimitada del trabajo humano. Lo que falta es el personal que haga la obra y que ahuyente, inmovilice o destruya a los interesados, muy poderosos, en que el edificio viejo persista y resista, los cuales sólo harán o permitirán de buen grado aquellas transformaciones que les sean provechosas y les conserven las ventajas sociales que disfrutaban.

De los Gobiernos nacionales y de las clases poseyentes pueden esperarse transformaciones económicas consistentes en grandes perfeccionamientos del aparato productor, intensificaciones y coordinaciones de los esfuerzos, eliminación de los rozamientos, competencias y antagonismos interiores entre las producciones parcelarias o porciones diferentes del capital nacional o universal. Se puede esperar un socialismo del Estado tolerable por el capital y aun beneficioso para las grandes aglomeraciones de capitales. Pero esperar que los dominadores desistan de sus tendencias a ser casta y los poseyentes se desnuden de sus privilegios en beneficio del pueblo y de la humanidad, prestándose a entrar en una organización de espíritu igualitario y justiciero..., eso sí que sería soñar. La revolución económica, solidarizando más y más los capitales, esto es, los medios impersonales de la producción, no es imposible por la acción del Estado y el capital mismo, aunque no se vea medio propio para eliminar las competencias y antagonismos en el mercado, porque en el régimen actual se produce para vender y no para satisfacer necesidades humanas.

Sólo una gran revolución política, con la supremacía del interés social y humano sobre el interés de los poseedores y dominadores, puede reconquistar la tierra y los medios naturales y sociales de producir para los productos directos, para los trabajadores de la inteligencia y de las manos, lo que quiere decir que para la Humanidad entera, pues nadie debe entrar en ella sino a título de trabajador o productor, para ostentar derecho a ser consumidor. A esta revolución, política porque se propone una nueva coordinación de los derechos y de los deberes sociales, han de concurrir la inteligencia y la acción, pues ni la inteligencia ni la acción han de resignarse eternamente a vivir al servicio de los poderosos y dominadores, grandes o pequeños, elementos sociales

no creadores, sino parasitarios, sin otra función que la de dominar, no con fuerzas propias, que no tienen, sino con la inteligencia y con la acción que a ellos han de venderse para ese menester.

La fuerza social para esta revolución reside en el proletariado. La condición de su triunfo es que de pura fuerza física, inconsciente, cumpla el deber social que la inculca de convertirse en poder inteligente.

Vosotros, como corporación, sólo fines particulares limitados podéis proponeros. Como porción integrante del proletariado y, mejor aún, de la humanidad trabajadora, podéis aspirar a ver realizados los propósitos más altos y extensos que puedan caber en la razón práctica de los hombres. Porque así como sois la fuerza, llegaríais a ser el mayor poder humano si un día, y otro, y otro, y todos, cumpliéis con vuestro deber. No cada uno de vosotros, los que formáis esta Sociedad de albañiles, sino todas las Sociedades y todos o, por lo menos, la inmensa mayoría de los que militan en el campo proletario.

El deber, suma de muchos deberes, que deriva de vuestra condición de oprimidos, es el de poner todo vuestro esfuerzo libre, todo el esfuerzo de que os permita disponer vuestra condición actual, al servicio de vuestra emancipación total. Y el primer paso en el cumplimiento de este deber es el de convertirnos, de fuerza que sois, en poder que debéis ser.

Para ejercer presión sobre la sociedad actual en beneficio vuestro, para movilizarla en beneficio vuestro, para realizar la construcción social futura donde sea posible la coexistencia de todos los derechos, es necesario que seáis un poder capaz de entenderse y armonizarse con los demás poderes sociales activos y que sobrevivieran y de contender con los poderes rivales que nos cierran el paso y han de ser vencidos.

¿Y cómo se transforma la fuerza en poder? Dando a esa fuerza inteligencia para que se conozca a sí misma, para que aprenda lo que es, lo que vale, lo que puede y el fin para el cual existe. Para que se dicte a sí misma objetivos o propósitos naturales y racionales, la dirección de sus esfuerzos para conseguirlos y la acomodación de los medios a los fines para realizarlos. La fuerza organizada e inteligente es el poder. El poder consciente de sí mismo y que se dirige a sí mismo para sus fines propios.

El vapor de agua, el gran motor en el siglo XIX y todavía, difundido en el aire, es una vaga nube que la brisa arrastra según sopla. Encanalado, sometido a pre-

sión y con inteligencia manejado, vence resistencias increíbles y opera maravillas. La pólvora y el explosivo más potente, detonando en un ambiente libre, son llamada y ruido sin eficacia. Inteligentemente conducidos y aplicados, derrumban montañas, abren los mares y podrían perforar el globo.

La fuerza proletaria, diseminada, difusa, repartida, sin dirección o con direcciones contradictorias, o no consigue resultados o los consigue mínimos y fuera de toda proporción con su fuerza real, que no sabe utilizar, y en desproporción también con los altos intereses sociales de que, sin saberlo, es depositaria. Ira y lástima inspira el cuadro de La Unión. En aquellos campos fueron tiroteados como piezas de caza algunos miles de trabajadores, aspirantes sólo a un levisísimo alivio de su miseria. Y el caso se multiplica al infinito.

Un grupo, sí, puede aspirar a poco. Si es fuerte ese grupo, como lo habéis sido vosotros, consigue mejorar el salario y la jornada. Pero ¿qué podéis cuando acciones económicas extrañas o vosotros, al alcance de los Gobiernos o superiores a ellos, al alcance de la burguesía o superiores a ella misma, encarecen las subsistencias o disminuyen la demanda de trabajo?

¡Adiós las ventajas societarias! No hay trabajo; el precio de las subsistencias hace irrisorio el salario eventual de los afortunados que lo tienen. ¿Pedís correctamente? Se ríen de vosotros. ¿La cólera os inspira actitudes de amenaza? Proletarios como vosotros, vestidos de uniforme por necesidad o por fuerza, harán fuego sobre vosotros y sobre sus hermanos y sus madres, si se lo mandaran.

Necesita el proletariado una fuerza moral, una inteligencia, un poder político que la represente, la guíe, la conduzca, porque esa fuerza moral, esa inteligencia, esa acción, ese poder político sería invencible si la fuerza proletaria —difusa, dispersa por toda la haz de España— despertase, se concentrase y la apoyasen.

Esa acción política, ese poder político, mínimo en su poder material, superior en fuerza moral a todos los partidos y poderes políticos españoles, es el partido socialista. En él existen concentradas y como en estado potencial todas las esencias del porvenir. En tanto las masas proletarias no despierten y le sigan, o en tanto no produzcan un instrumento político que le sustituya en dirección idéntica, el proletariado permanecerá con las pequeñas ventajas incoercibles del progreso, pero sumido en su miseria física y moral.

Evidente que la miseria embrutece, envilece y entor-

pece. Precisamente para combatir su miseria y las secuelas de ella necesita el proletariado de la fuerza moral, la única a su alcance. Estímulos para sacudir su mordera y claras y eficaces ideas directrices necesita, y han de bastar al que no tiene otra riqueza. ¡Mal haya quienes metieron en la cabeza de los proletarios su aborrecimiento a la política, eterno y único instrumento de redención! El tercer estado, el estado llano, hizo su revolución política con profundas consecuencias económicas. Política fue la revolución del tercer estado. Política tiene que ser la revolución del cuarto estado, si no quiere quedar aplastado bajo las futuras transformaciones económicas.

Sin acción política no se influye en la vida nacional, en la economía nacional, en la organización y perfeccionamientos de la producción nacional. Y del estancamiento de la vida nacional, falta de estímulos y propulsiones interiores, deriva la miseria, ignorancia y postración proletaria.

No os riáis de la fuerza moral. Aparentemente, el régimen se apoya en la fuerza económica de los ricos y en la fuerza material de los ejércitos. Apariencia pura. Esas fuerzas materiales tienen un punto de apoyo moral: la presunción de que el actual régimen es el natural, necesario e insustituible. Meted en las cabezas la idea de que es un régimen bárbaro y transitorio y a perspectiva de su transformación en un régimen superior, cuyos elementos materiales e ideales existen ya y sólo piden ser conocidos y aprovechados, y únicamente los elementos parasitarios, egoístas y poltrones resistirán a un porvenir de bienestar, justicia y libertad. Cuando las ideas son la expresión de las cosas y de la marcha de las cosas, las ideas moviendo a los hombres, transforman al mundo.

Ideas, ideas directrices; eso necesita el proletariado.

* * *

Sentimientos, ideas e impulsos es lo único que, por mi parte, puedo daros. Y seguramente lo que podríais esperar de mí, al invitarme a participar en esta solemnidad. Sentimientos, ideas e impulsos para someterlos a vuestra consideración, a vuestra deliberación, a vuestra libre selección y aprovechamiento. Pueril y denigrante sería para vosotros y para mí el pensar que mis palabras pudieran ser sólo un poco de música para una fiesta de puro entretenimiento.

Los antiguos gremios tenían sus festivales, casi siempre religiosos, y adoptaban un patrón en el cielo por añadidura sobre los de la tierra. Era San José, para los carpinteros; San Crispín, creo, para los zapateros, etc. Y se divertían de su vida de opresión y de miseria con procesiones y novenarios, como los macarenos y otros sevillanos con las cofradías de Semana Santa, orgullo e infeliz puerilidad de hombres tan ternes.

Vosotros os reunís para celebrar el XV aniversario de vuestra constitución social bajo la bandera de «El Trabajo».

Pero esta festividad, como la próxima del Primero de Mayo, no pueden tener la más remota semejanza con las novenas y procesiones de los antiguos gremios de los cofrades andaluces, en las cuales parece renovarse la promesa de una eterna sumisión, salvando su idealidad consoladora.

La fiesta de hoy, como la fiesta del Primero de Mayo, son para vosotros momentos de exaltación para la voluntad empeñada en la obra de vuestra emancipación. Vuestra misma bandera, en torno de la cual ojalá se congregase todo vuestro oficio, es algo más que un palo y un pedazo de trapo rojo, porque ella es símbolo y guía. En ella habéis de ver escrito vuestro deber: el de consagrar todos los esfuerzos que la opresión os deja libres para despertar a vuestros compañeros de la indiferencia en que dormitan e injertar en sus almas la idea y el impulso de su propia redención y de la liberación humana.

ALOCUCION A LOS HUELGUISTAS DEL 18 *

Amigos y compañeros:

Desde el tajo donde laboro os envío, con alma y vida, lo que me pedís; esto es, la adhesión al pensamiento que inspira vuestro acto de mañana: la huelga general de veinticuatro horas.

Esta huelga no quiere ser perturbación ni revuelta, sino esfuerzo civilizador, progresivo; esfuerzo de creación social. Los nuevos mundos, las nuevas almas, se crean por la yuxtaposición y ordenamiento de actos elementales de creación social, semejantes en sustancia al que los trabajadores españoles os proponéis realizar.

Vais a practicar la propaganda del hecho.

* *El Socialista*, 20 diciembre 1916 (leída en el mitin preparatorio de la huelga general de 24 horas del 18 diciembre 1916).

La propaganda del hecho no consiste precisamente en lanzar bombas, en destruir o en verter sangre.

Es de propaganda y de creación social todo acto que entra por los ojos y los oídos de las gentes, sacude las almas, disipa la modorra, hace pensar, muestra que el equilibrio social es inestable; que las sociedades humanas no pueden detenerse, y plantea los problemas que resolver, y abre los nuevos caminos que seguir.

Los grandes acontecimientos universalmente conocidos nos enseñan cuán fecunda es la propaganda del hecho. Las alocuciones y cartas de San Pablo, las apologías de los entusiastas y los tratados de los doctores hicieron menos por el triunfo del cristianismo que la pasión del pobre Nazareno, la leyenda de sus milagros y las legiones de mártires, o, lo que es lo mismo, de testigos, si no de verdades, de una fe que adquiría crédito contagioso en las almas, porque se suscribía con sangre. Aun hoy, difundiendo tan rápida y prodigiosamente las ideas por la electricidad y la imprenta, cuánto más lento sería el desenvolvimiento humano sin el empuje de los hechos y sin las inevitables reacciones que los hechos provocan en cuantos por su conmoción son alcanzados: sabios o ignorantes, altos o bajos, favorecidos por la corriente de las cosas u hostiles a esa corriente.

Todos los problemas que la guerra actual plantea; los violentos antagonismos y las armonías posibles que descubre; las necesidades que hace patentes; los nuevos caminos que abre hacia un porvenir libertado de catástrofes semejantes: todo eso era conocido y había sido consignado y propagado por la palabra y por la pluma de minorías estudiosas y clarividentes. Pero de todo ello ¡cuán poco había penetrado en las masas humanas, tanto en las de arriba como en las de abajo, ni aun entre los elementos ilustrados!

Se vive de rutina. Observar y pensar hondamente es de pocos. En un mundo donde todo se transforma y se renueva se tiene por permanente y eterno lo durable, sin preocuparse de si son transitorios sus cimientos.

Pero viene la guerra; su vibración llena el mundo y las inteligencias más dormidas y los corazones más pétreos perciben y sienten la necesidad de un cambio: que las cosas cambian, y hasta el sentido mismo en que se hace el cambio de las cosas.

En España, donde apenas se escucha, donde apenas se lee, y donde lo poco que se lee o se oye es, por lo general, rutinario, superficial y frívolo, cuando no erróneo, ¡cuán necesarias son las conmociones de los grandes hechos! Sólo con dolor y con esfuerzo nos pondremos al

compás de una civilización convicta ya de insuficiente para contener en sus cauces los crecimientos exuberantes de la vida, que violentamente los desborda.

* * *

La huelga de mañana no tiene la pretensión de ser un acto trascendental que cambie o modifique radicalmente la vida española o las relaciones de las clases. Es el clamor concertado de las necesidades y los sufrimientos de la nación y de los más agudos de la España proletaria, sin subsistencias a su alcance y sin trabajo para sostener su miserable vida. Pero es más que un grito de dolor. Es la voz de la razón que pide una realidad mejor, inmediata y posible. Es sublime el esfuerzo de los huelguistas: tanto más sublime cuanto que, siendo la voz inteligente de la patria, apenas abrigan la esperanza de sacar de su pasividad o de su actividad egoísta a los gobernantes, a los políticos, a cuantos aparecen como dirigentes de la vida española, no lo son y deberían serlo.

Sufre España, y sufre más acerbamente los males del capitalismo en el mundo moderno; sufre España y sufre más acerbamente los trabajadores, por el lento e imperfectísimo desarrollo del capitalismo en nuestro país.

La huelga de mañana no va, por el momento, contra el capitalismo. Va contra las imperfecciones y lacras de la producción capitalista en España, cruelmente exacerbada, no por la guerra, sino por los que se aprovechan de la guerra, con criminal egoísmo, contra la patria. Y como esas imperfecciones y lacras de nuestra producción y de nuestros cambios, ahora agudizados, son males de la patria, al alzarse contra esos males la huelga de mañana, lleva la voz de España entera.

La huelga quiere ser esto: un esfuerzo pacífico y solemne por el mejoramiento del aparato productor, mezquino e imperfectísimo en España, y, en las circunstancias presentes, en anarquía patricida.

De la producción se vive. Se produce mucho y se distribuye bien: entonces las necesidades se satisfacen cuanto permite el sistema económico imperante; crece la vida y su nivel se eleva.

Se produce poco y se distribuye mal: entonces las necesidades exceden a los medios ordinarios de satisfacerlas; el curso natural de la vida se paraliza o invierte y la vida misma se degrada.

La función productiva supone un aparato productor.

Lo constituyen los elementos personales e impersonales de la producción, los métodos y procedimientos productivos, los mecanismos de distribución y los que regulan y coordinan las acciones productivas parcelarias y los cambios.

No es del caso mostrar las causas del exiguo desarrollo y de las imperfecciones y vicios del aparato productor español. Lo que sí se puede afirmar, porque está patente, es que la anarquía económica del momento presente deriva de dos causas principales:

Del desatentado, criminal y antipatriótico propietario español, y de la impotente incapacidad de los Gobiernos y de los elementos, en parte más o menos activa, gobernantes. La inconsciencia y la apatía general sostienen esta situación desastrosa y homicida. Los mismos elementos inteligentes e ilustrados no se dan clara cuenta de lo que pasa, o pasivamente lo sufren.

Los intereses particulares triunfan sobre las desdichas nacionales y, sobre todo, lo que es razonable y justo, aun dentro de la moralidad corriente. Sobre las imperfecciones del aparato productor se desarrolla y se ceba la especulación, no de otra manera que los gusanos chupan en las úlceras y pululan en los humores de los organismos infectados. Y viven y medran y mandan los que sin producir nada, y fuera de la producción, son el contraste insultante de los que trabajan y obedecen.

Ahora, si yo fuese un literato, os describiría las angustias de la nación y la agonía de los sin trabajo, y de los que, trabajando, sólo consiguen procurarse una vida de miseria, de dolor y de impotencia. Pero la realidad está ahí, a la vista de todos. Toda la tinta del mundo no podría aumentar sus negruras.

Las frases son tartamudas cuando hablan los hechos.

¿Y quiénes se alzan contra esa realidad inicua con el propósito de mejorarla?

Los proletarios, los trabajadores, los elementos activos de la producción, absolutamente excluidos hasta aquí de intervenir en la organización de la función productiva, en peor condición que las máquinas o las materias primas, que, a lo menos, son conservadas y cuidadas por sus poseedores.

Pero esto no seguirá así. Los elementos activos de la producción han empezado a comprender cuánto les interesa intervenir en los modos de producción y de cambio. Hoy se preocupan seriamente de las imperfecciones transitorias del sistema, y contra ellas se alzan; mañana se alzarán contra el sistema mismo.

* * *

Trabajadores españoles: los dormidos, los indiferentes, los bajamente egoístas, escuchad, levantad la cabeza; tomad noticia de lo que quieren y de lo que hacen vuestros compañeros más perspicaces y más resueltos. Defienden vuestros intereses, la liberación de vuestros hijos, y es vuestro egoísmo inteligente y vuestro deber seguirles.

Y vosotros, los que lleváis en la frente el ideal de la libertad y la paz del mundo, continuad por los senderos espinosos; ellos conducen a la cima iluminada.

Hoy no somos todavía movimiento de masa; pero somos la levadura, ¡y la masa fermentará! ¡A la huelga! Sea la huelga un hecho resonante de propaganda. No están lejanos los grandes hechos que han de transformar el mundo.

Diciembre, 17 de 1916.

JAIIME VERA

LA HUELGA GENERAL *

Los señores Dato y conde de Romanones han expuesto aquí su juicio sobre la pasada huelga general de veinticuatro horas. El comentario de lo expuesto por ellos corresponde al público. Nosotros sólo diremos que han hablado conforme a su posición, y basta.

Uno y otro tienen la desgracia (tal la considero) de ser presidentes alternantes de un Poder público sin poder. Uno y otro han tenido que sentirse impotentes para desenvolver y perfeccionar la vida española tanto y tan rápidamente como el apremio de las circunstancias pide; impotentes también para depurarla de las roñas tradicionales que la hacen lánguida y miserable.

El Gobierno no puede suplir a la nación; pero en ninguna parte como en España es la acción gobernante ineficaz para propulsar y coordinar las actividades nacionales y sobreponerse a los obstáculos. Y observando con imparcialidad y desinterés, se advierte que la esterilidad de la acción gobernante depende no de la disposición de las cosas, sino de la conducta de los hombres; y que nuestros hombres públicos son infecundos por la manera de hacerse, por lo que hacen y por lo que dejan de hacer.

* «Los grandes problemas sociales. El más docto socialista español expone a los lectores de *El Liberal* sus ideas sobre la huelga general» (la huelga general del 18 diciembre 1916), *El Liberal*, 2 enero 1917 (reproducido en *El Socialista*, 2 enero 1917).

Cambiar la sustancia nacional es el fin del Gobierno y de la política. La misma sustancia nacional manejaron D. Juan II y los Reyes Católicos, y con Isabel y Fernando se hizo España y asombró al mundo.

* * *

Hablamos del Poder público, porque la huelga general pasada ha sido un hecho de relación entre el proletariado español y el Poder público, y sólo puede estudiarse en relación con lamentables inferioridades del Poder público.

En el punto mismo de la amnistía, si el Poder público hace y aplica leyes como trampas para cazar adversarios, ¿no será necesario soltar de tiempo en tiempo a los condenados políticos para que no haya en la cárcel más gentes honradas que en la calle?

Y en el punto de la carestía de la vida y falta de trabajo, si los obreros militantes han cumplido su deber con esfuerzo y sacrificio, ¿qué han hecho los elementos gobernantes de práctico y eficaz? Disculparse con la guerra. De combatir sus efectos es de lo que se trata.

No hay poco de sublime en lo que han hecho y en lo que no quisieron hacer los trabajadores, sabiendo muy bien que los resultados económicos inmediatos habrían de ser mínimos o nulos. En esto como en todo, hoy como antes, la acción del Poder público es superficial, formalista y embrollada por las intrigas de nuestra baja política. Las cosas van como van. Las dominan intereses con poder bastante para señorear sobre el bien público y sobre los Gobiernos desamparados y menospreciados por todas las clases sociales con tan justa causa.

Toda huelga de importancia, como el ejercicio en grande de cualquier otro derecho, es para nuestros gobernantes no más que una contrariedad. Si salen del trance sin resultados deplorables, lo tienen «por un triunfo». Un triunfo se apuntó el señor conde de Romanones porque se hizo la huelga sin violencias y sin sangre.

Frente a la huelga, el Gobierno ensayó una pequeña movilización; y cuando se retiraron los cañones y las tropas, fatigadas sin motivo, se dijo: He triunfado. El triunfo fue de los trabajadores sobre su desesperación justísima.

* * *

Lo que ha sido la huelga como hecho material que entra por los sentidos de todos, España entera lo sabe.

Para que España lo supiera, fue huelga y no manifestación; porque el derecho de manifestarse está en España en manos de cualquier mandarín hasta de quinta clase, de los que creen su misión falsear y cohibir los derechos ciudadanos en lugar de garantizarlos.

Lo que conviene hacer resaltar de la huelga es su espíritu: cuanto hay en ella de conservador y de progresivo, lo que significa en la evolución de la sociedad española y en la evolución universal, como parte que es de un movimiento extendido por todo el mundo culto.

Pudimos decir la víspera: «Esta huelga no quiere ser perturbación ni revuelta, sino esfuerzo progresivo, civilizador: esfuerzo de creación social. Los nuevos mundos y las nuevas almas se crean por la justa posición y ordenamiento de actos elementales de creación social semejantes en sustancia al que los trabajadores españoles vais a realizar mañana.»

Y por este carril corrió el suceso. Honor para sus organizadores.

Las huelgas, como actos de resistencia contra la explotación excesiva y la opresión física y moral del trabajador, son muy anteriores al industrialismo moderno que las ha multiplicado y hecho formidables. Lo verdaderamente nuevo en las huelgas y lo esencial de las que no son particular cuestión entre explotadores y explotados es su tendencia a convertirse en instrumentos de transformación económica, política y social.

Los trabajadores van aprendiendo que sus males de clase no dependen de la voluntad de los propietarios, sino del régimen de propietario, esto es, del sistema de producción y de cambio, y, dentro de este sistema, del grado de desarrollo y perfección de la función productiva. Y siendo los trabajadores elementos activos de la producción, quieren ser también elementos activos en la «organización» de la función productiva, del régimen económico y del régimen social.

Se vive de la producción, y la intensidad y forma de la producción determinan los crecimientos y las formas de la vida. El perfeccionamiento del aparato productor hasta el máximo es el supremo interés obrero y, al mismo tiempo, interés nacional e interés humano, sumo en el camino hacia la unidad económica del mundo.

Tal ha sido el espíritu de la huelga. Al tomar carne en el hecho concreto, acomodó su organización y su forma a las condiciones de la actualidad económica y política de España.

La nación entera, y más acerbamente las clases laboriosas, sufren los males del capitalismo en el mundo

moderno. La nación entera, y más acerbamente las clases laboriosas, sufren además por el lento e imperfectísimo desarrollo del capitalismo en nuestro país. La guerra, estimulando los egoísmos consustanciales con el sistema capitalista y necesario para su desarrollo, ha exagerado las deficiencias y vicios de nuestro aparato productor hasta sumir a España en anarquía económica. Cuantos no medran con ella sufren sus efectos: unos, la vida angustiosa; otros, innumerables trabajadores, la imposibilidad de vivir. En las lacras y vicios de nuestra producción pululan la especulación y el parasitismo.

La huelga quiso ser y ha sido la nota dominante y bien concertada del clamor nacional por una mejor realidad económica posible. Se siente la necesidad de una presión para que el Gobierno ponga mano eficaz sobre la anarquía económica y la refrene con algo más que con parlamentarias asqueantes y leyes sobre el papel. Dos años y medio, ¿no son espera bastante para quienes no pudiendo trabajar no pueden vivir?

Se hace cargo a los huelguistas porque no concretan el «modus faciendi» sobre la actualidad económica. Eso sería gobernar desde la Casa del Pueblo. Y aun es pronto para eso.

La huelga ha sido propaganda por el hecho. En España, donde tan pocas gentes leen, escuchan y piensan, y donde las inteligencias ilustradas no cumplen su deber de dirigir la vida, son necesarios hechos resonantes y acaso muy dolorosos para acompañarnos con los tiempos.

Tiene razón el señor Dato cuando califica a la huelga de política. Dice bien el señor conde de Romanones cuando la señala como hecho de evolución. Sí; y, además, la animó el espíritu propulsor del movimiento histórico incoercible.

Los trabajadores militantes no pueden actuar todavía como masa. Son el fermento. Lo que ha empezado por ser pensamiento independiente y movimiento de clase, será transformación social. Todos debemos abrir los ojos para comprenderla y guiarla.

1 de enero de 1917.

JAIIME VERA

¡AMNISTIA! ¡AMNISTIA! ¡AMNISTIA! *

A las asociadas de la Agrupación Femenina Socialista

Queridas compañeras: Un clamor se extiende, y crece por todas partes, demandando la amnistía. Y en esa petición clamorosa de justicia no podían faltar vuestras voces dulces y generosas: las voces de las socialistas madrileñas.

Os debo el honor de ser un individuo que consagre algunas palabras a esta velada. ¿Y qué podría yo hacer en este caso sino aplaudir y seguir vuestros designios?

¡Amnistía! ¡Amnistía! ¡Amnistía! Debéis demandar todas y debemos demandar todos, hasta que nuestro clamor se convierta en tempestad, si ello es preciso.

Amnistía es una hermosa palabra: quiere decir «olvido».

El olvido representa una condición esencial de nuestra vida psicológica. Si no pudiésemos olvidar no podríamos vivir. Si nuestras conmociones morales, si nuestros errores, si nuestros desengaños no fueran atenuándose en nuestro recuerdo y pasando a la penumbra de las zonas profundas de nuestra conciencia, nuestros dolores pasados perturbarían toda alegría y toda acción de nuestro presente y de nuestro porvenir.

Y el que no tiene la fortuna de olvidar, feliz él si puede recordar sin convulsiones dolorosas de su conciencia moral. Feliz el que puede recordar tranquilo, con gratitud al pasado, aunque le acompañen el sufrimiento o la amargura.

Gran dicha es que la vida se renueve en nosotros como en el rosal las rosas, y no menos dicha para las almas sanas, que en ellas los recuerdos más persistentes sean lección y experiencia y no tormento.

* * *

Si el olvido es un elemento necesario de nuestra vida psicológica individual, el olvido, la amnistía, ha sido condición esencial en la tormentosa vida política española.

Sin las amnistías, que se han repetido en nuestra historia política moderna, media España hubiera muerto de la otra media, según la frase de *Figaro*.

* *El Socialista*, 19 noviembre 1917 (trabajo leído en el mitin del 17 noviembre 1917, organizado por la Agrupación Femenina Socialista).

Toda amnistía implica prácticamente una absolución general.

En las circunstancias presentes, la gracia real, proclamando un general perdón, no sería amnistía. Porque se perdona a los delincuentes y a los pecadores, y nosotros queremos y pedimos que todos nuestros compañeros que padecen persecución por la justicia sean reconocidos limpios de toda delincuencia y pecado. Patente está que la conciencia española no sólo los reconoce inocentes, sino que los glorifica, porque los vio marchar por el camino que conduce a la redención de la patria y a un porvenir mejor para la Humanidad.

Decimos que amnistía significa olvido; pero hablemos claro. De los sucesos pasados, ¿qué es lo que se debe olvidar?

Olviden, si pueden, los gobernantes los errores y pecados ininterrumpidos de su vida pública, y olviden, si su conciencia les deja, los horrores de una represión desproporcionada y bárbara.

El pueblo nada tiene que olvidar, y sí mucho que aprender de los sucesos pasados.

Por desdicha, nuestro pueblo olvida pronto. Entre nuestros hombres públicos los hay que han sido amnistiados algunas docenas de veces, y los vemos flamantes y satisfechos, perdonados, amnistiados y recompensados además.

Pudiera decirse de muchos que cada desacierto, cada atentado contra el interés público, cada crimen político les ha valido un ascenso en la jerarquía del Poder político.

El pueblo español no debe a sus gobernantes beneficios, ni siquiera la valiente y decidida intención de procurárselos. El régimen normal en España es el Gobierno contra la nación.

¿Cuándo tendrá eficacia salvadora un régimen transitorio de la nación contra el Gobierno?

De lo que debemos retener, y de lo que debemos aprender del último movimiento socialista y proletario, que ha conmovido los cimientos ya podridos del régimen que sufrimos, no es ocasión de hablar.

Mi objeto, por el momento, es otro y está ya cumplido. Se reduce a felicitaros este compañero vuestro, abnegadas mujeres de la Agrupación socialista, por vuestro propósito de demandar la amnistía de nuestros hermanos, poniendo en el hecho todas las ternuras y todas las energías de vuestra bella alma.

* * *

Esta intervención vuestra en el presente momento de la vida pública daría margen para tratar del influjo de la mujer sobre los destinos humanos, en lo privado y en lo social.

No divaguemos sobre el porvenir. ¡Ah, mujeres mujeres! En el mismo presente social, vosotras, tales como sois, nos hacéis y nos deshacéis. Por vosotras podemos ser grandes, o por vosotras nos empequeñecemos. Mientras en Grecia, en Roma, en Castilla, como en cualquier parte, hubo mujeres grandes, hubo hombres grandes también. Los gracos, los socialistas posibles de la Roma de su tiempo, tuvieron una madre digna de ellos. El ánimo de Marco Bruto es igualado, si no superado, por la magnanimidad de su mujer Porcia.

Acaso no sea inoportuno recordar el episodio. El plan de dar muerte a Julio César bullía en la mente de Marco Bruto y le traía taciturno. Bien comprendió Porcia que su marido la ocultaba algún secreto, y tomando por ofensa la falta de confianza de su marido en ella, dióse una cruel cuchillada en el muslo para probar que podría resistir el dolor y la muerte sin exhalar una queja. Noticioso Marco Bruto del suceso, díjole Porcia: «Yo no soy tu mujer sólo para compartir el lecho. Yo debo partir contigo tus desvelos, tus preocupaciones y tus peligros, y perecer contigo en ellos si es preciso. He querido probarte con esta herida que en silencio he soportado, que ningún tormento arrancaría de mi pecho el secreto que en mí hubiera depositado tu amor y tu confianza.» Entre caricias y lágrimas, orgulloso Bruto de ser el dueño de semejante mujer, la dio cuenta de lo que se tramaba contra César, el tirano para aquellos repúblicos celosos de la libertad de su tiempo. ¡Cómo hubiera podido vacilar la mano de Marco Bruto al manejar la espada, si el ejemplo de fortaleza se lo daba la mujer amada, cruelmente herida por mostrarse esposa suya!

¡Mujeres españolas! Mujeres socialistas! Sed grandes para que nosotros no seamos pequeños.

En nuestro tiempo, todo hombre que lo sea de verdad, ha de ser un combatiente. Cuando madres, vosotras debéis prepararle para el combate, y cuando amantes y compañeras, debéis sostenerle y alentarle en él con vuestro amor y vuestro honor. Tened esta grandeza de ánimo, no sólo en la vida aparente, en lo que se habla y en lo que se escribe, en el mitin, en el periódico, en el libro. Sed buenas, nobles y grandes en la vida subyacente, en la que no suena ni se ve. Con abnegación y sacrificios es como se gana, sin espectáculo, autoridad sobre las

gentes y su admiración merecida y legítima; así se logra influir con la propia persona en la política del tiempo y dejar huella en los corazones y en la historia.

El hombre sin la mujer es un medio ser, un ser incompleto: le falta lo mejor. Vosotras, ¡oh, mujeres!, sed dignas y grandes, para que nosotros, por mereceros, nos dignifiquemos y elevemos.

* * *

Dos palabras para terminar.

El único obstáculo a la consecución de la amnistía es una constante norma política común a todos los Gobiernos españoles. Esta norma política consiste en llevar siempre la contraria a la opinión pública. Por esta vez el Poder público se someterá al mandato de la conciencia nacional. Clamando ¡amnistía!, ¡amnistía!, ¡amnistía!, vosotras, queridas compañeras, mujeres del pueblo, mujeres socialistas, vosotras sois la más bella y emocionante voz de la justicia.

Madrid, 17 noviembre 1917.

DR. JAIME VERA

CRONOLOGIA

- 1859. Declaración de guerra a Marruecos.
J. Vera nace el día 20 de marzo en Salamanca.
- 1860. Toma de Tetuán y fin de la guerra de Marruecos.
- 1861. Comienza en Estados Unidos la guerra de Secesión
Emancipación de los siervos en Rusia.
Alzamiento campesino de Pérez del Alamo en Loja.
- 1862. Petición obrera de libertad de asociación en Cataluña.
- 1863. Epoca de prosperidad económica para España.
O'Donnell deja el poder.
- 1864. Fundación de la Primera Asociación Internacional de Trabajadores.
Primer Círculo Católico Obrero en Manresa fundado por el P. Vicent (?).
Gobierno de Narváez.
- 1865. Insurrección estudiantil en España: «Noche de San Daniel».
- 1866. Congreso en Ginebra (A. I. T.).
Crisis económica y financiera española.
Nuevo período de clandestinidad para las asociaciones obreras. Motín de San Gil.
- 1867. Pronunciamiento de Prim en Cádiz.
Se agrava la situación económica española.
J. Vera comienza a asistir al Colegio Internacional.
- 1868. Comienza la «Guerra de los diez años» en Cuba:
Grito de Yara.
Revolución de septiembre. Isabel II deja el país.
Fanelli llega a España.
Libertad de asociación.
Creación de la Dirección Central de Sociedades Obreras de Barcelona.
- 1869. Cuarto Congreso de la Internacional en Basilea.
Constitución de 1869. Serrano regente. Prim, jefe de Gobierno.
Creación de núcleos de la Internacional en España.
- 1870. Tercera República Francesa.
Unidad italiana.
Declaración del dogma de Infalibilidad del Papa.
Isabel II abdica en París en su hijo.
Amadeo I, rey de España. Asesinato de Prim.
Primer Congreso Obrero en Barcelona de la Federación Regional Española de la Internacional.

1871. La Comuna de París (18 de marzo-28 de mayo). Debate sobre la Internacional en las Cortes. Lafargue llega a Madrid. Conferencia en Valencia de la Federación Regional Española (F. R. E.).
1872. Congreso en La Haya de la Internacional: Escisión entre marxistas y bakuninistas. Congreso de la Fracción Anarquista en Suiza. Comienza en España una nueva guerra carlista. Congreso en Zaragoza de la F. R. E. Congreso de Córdoba (F. R. E.) se adhiere al pacto de St. Imier.
1873. Dimisión de Serrano y abdicación de Amadeo I. Primera República Española. J. Vera obtiene el título de bachiller en Artes.
1874. «Populismo ruso». Congreso de Bruselas (A. I. T., segunda etapa). Pronunciamiento de Martínez Campos y proclamación de Alfonso XII. J. Vera, con quince años, comienza la carrera de Medicina.
1875. Congreso de Gotha del socialismo alemán. La F. R. E. entra en la clandestinidad. Entrada de Alfonso XII en Madrid.
1876. Disolución de la A. I. T. anarquista. Muere Bakunin. Giner de los Ríos funda en Madrid la Institución Libre de Enseñanza. Constitución Española de 1876. Fin de la tercera guerra carlista. J. Vera realiza un largo viaje con su padre.
1877. Congreso de Vervièrs (A. I. T., segunda etapa). Congreso de la Construcción en Madrid.
1878. Paz de Zanjón: fin de la guerra cubana. Atentado anarquista contra el rey.
1879. Fundación en Madrid del Partido Socialista Obrero. J. Vera, el 2 de mayo, participa en la fundación del P. S. O. El 23 de junio obtiene el título de licenciado en Medicina. Es nombrado jefe del manicomio del doctor Esquerdo.
1880. Sagasta forma el partido fusionista (liberal). Conferencia de Madrid sobre Marruecos. Huelgas en Cataluña. Se prohíben los sindicatos. J. Vera escribe «Estudio clínico de la parálisis progresiva de los enajenados», con lo que obtiene el grado de doctor. Escribe recensiones en *El Liberal*.
1881. Congreso anarquista de Londres.
- Gabinete de Sagasta. Libertad de asociación. Disolución de la Federación Regional Española y creación de la Federación de Trabajadores de la Región Española. Los socialistas constituyen públicamente su partido. Pablo Iglesias, primer secretario del P. S. O.
1882. Penetración europea en África. Congreso obrero de Barcelona. Huelga de tipógrafos en Madrid. Creación del Partido de Trabajadores Socialistas en Francia (J. Guesde). J. Vera escribe *La función de los canales semi-circulares* y participa en los debates del Ateneo sobre ciencia frenopática y Derecho penal.
1883. Muere Carlos Marx. «Emancipación del trabajo» en Rusia. Decreto de Institución de la Comisión de Reformas Sociales. Proceso contra «La Mano Negra». Pronunciamientos republicanos en varias ciudades españolas.
1884. Gobierno de Cánovas. J. Vera, secretario de la sección de Ciencias del Ateneo. Escribe *¿Debe la psicología estudiarse como ciencia natural?* Redacta el «Informe de la Agrupación Socialista Madrileña a la Comisión de Reformas Sociales».
1885. Congreso Cosmopolita Anarquista en Barcelona. Epidemia de cólera en España. Muere Alfonso XII. «Pacto de El Pardo» y primer gabinete de regencia de Sagasta. J. Vera obtiene el segundo número en la oposición a médico del Hospital Provincial.
1886. Pronunciamiento republicano del general Villacampa. Abolición de la esclavitud en Cuba. Comienza a publicarse *El Socialista*. J. Vera se aparta de la vida activa del partido.
1887. IV Congreso de la F.T.R.E. en Madrid. J. Vera escribe artículos médicos en el Diccionario Hispanoamericano, de Muntaner y Simón.
1888. Exposición Internacional en Barcelona. Ley de Asociaciones. Congreso Obrero de Barcelona. Fundación de la U. G. T. y del P. S. O. E. Se reemplaza la F. T. R. E. por la Organización Anarquista de la Región Española.

1889. Fundación de la II Internacional (Internacional Socialista).
1890. Se restablece en España el sufragio universal. Primera manifestación del 1.º de mayo en Madrid y Barcelona. Segundo Congreso del P. S. O. E. en Bilbao. Segundo Congreso de la U. G. T. en Bilbao. Triunfa en Alemania la Social-Democracia. J. Vera promete a Iglesias volver a la vida activa del P. S. O. E. Escribe una nota sobre «las funciones del cerebro» en la *Revista Clínica de los Hospitales*, de la que es redactor.
1891. Congreso de Bruselas (II Internacional). Encíclica *Rerum Novarum*. Congreso de Erfurt de la Social-Democracia alemana. J. Vera es candidato a Cortes por Guadalajara. Redacta el «Manifiesto de la Agrupación Madrileña».
1892. Congreso del Partido Socialista en Valencia. Insurrección campesina en Jerez de la Frontera. Gobierno de Sagasta. Bases de Manresa. Catala-nismo. J. Vera habla en el mitin de los Jardines del Buen Retiro de 1.º de mayo.
1893. III Congreso de la II Internacional (Zurich). Asamblea de Círculos Católicos Obreros en Valencia. J. Vera escribe «Unión» en *El Socialista*. Se presenta como candidato a Cortes por Madrid y Córdoba.
1894. Política reformista de España en Cuba. IV Congreso del P. S. O. E. en Madrid. IV Congreso de la U. G. T. en Madrid. J. Vera escribe en *El Socialista* el 1.º de mayo: «El compañero León XIII».
1895. Muere F. Engels. Fundación de la C. G. T. en Francia. Grito de Baire; tercera insurrección cubana. J. Vera, su «Informe...» es editado en la «Biblioteca Socialista».
1896. IV Congreso de Londres (II Internacional). Estalla la insurrección filipina. Ley de represión del anarquismo. Consejo de guerra en Montjuich. J. Vera es candidato a Cortes por Madrid, Alican-te, Elche y La Coruña, y renuncia por enfermedad. Asiste como delegado al Congreso de Londres; autonomía de las nacionalidades.
1897. Ejecución de cinco anarquistas en Montjuich. Atentado contra Cánovas del Castillo. J. Vera escribe «Verdades amargas» en *El Socialista*. Se presenta a las elecciones como candidato a Cortes por Madrid, Burgos, Almería, Santiago, Orense y Elche.
1898. Voladura del *Maine*. Guerra hispano-yankee. Paz de París. Fin del imperio colonial español. Programa regenerador de J. Costa. Levantamiento de Alcoy, Aliseda, Valencia, Cartagena, Alicante, etc., contra la carestía de la vida. J. Vera gravemente enfermo (se difunde la noticia de su muerte).
1899. Creación en España del Partido de Unión Nacional: Basilio Paraíso, J. Costa y Santiago Alba. Huelga general en El Ferrol. V Congreso del P. S. O. E. en Madrid. J. Vera se presenta como candidato a Cortes por Madrid, Valladolid y Baracaldo.
1900. Congreso de París y «Bureau Socialista International». Nace la «Lliga Regionalista». Ley sobre los accidentes de trabajo. Reglamento del trabajo de las mujeres y los niños. Congreso anarquista en Madrid.
1901. Partido Radical de Lerroux. Muere Pi y Margall. Francisco Ferrer funda la Escuela Moderna. Congreso de Tuy; constitución de la «Unión Ga-laico-Portuguesa». J. Vera, candidato a Cortes por Madrid, Almería, León y Valladolid. Escribe en *El Socialista* y *Lucha de Clases*: «La educación socialista» y «Paz o guerra».
1902. Huelga general revolucionaria en Barcelona. Mayoría de edad de Alfonso XIII. Gobierno de Silvela. VI Congreso del P. S. O. E. en Gijón. J. Vera escribe «Frase célebre» en *El Socialista*. Participa en el mitin del Frontón Central (1.º de mayo).
1903. Fundación del «Labour Party». Se crea el Instituto de Reformas Sociales. El P. S. O. E. consigue representantes elegidos en 11 municipios.

- Campañas republicanas de Costa y Salmerón.
Huelgas en Córdoba, Bilbao y La Coruña.
J. Vera publica en *El Socialista* «Injusticia del capitalismo». Se presenta candidato a Cortes por Madrid (Iglesias, 1.700 votos, y Vera, 1.877).
1904. VI Congreso en Amsterdam de la II Internacional. Asociación Internacional Antimilitarista.
Huelgas en Madrid (construcción).
1905. Primera revolución rusa. «Domingo Rojo» de San Petersburgo.
VII Congreso del P. S. O. E. en Madrid.
VIII Congreso de la U. G. T. en Madrid.
Confederación de Sindicatos Católicos.
1906. Son aplastados los huelguistas de Moscú.
Atentado a Alfonso XIII.
Primer Congreso Nacional de las Juventudes Socialistas.
1907. Congreso de Stuttgart (II Internacional).
Congreso Anarquista de Amsterdam.
Creación de *Solidaridad Obrera*, de Barcelona.
J. Vera se presenta como candidato a Cortes por Barcelona y Almería.
1908. Se regula en España el derecho de huelga.
Congreso Regional de Solidaridad Obrera.
Nace el Instituto Nacional de Previsión.
Inauguración de la Casa del Pueblo, en Madrid.
VIII Congreso del P. S. O. E. en Madrid.
J. Vera publica en *El Socialista* «La solución».
1909. Semana trágica de Barcelona. Huelgas en todo el país.
Fusilamiento de Ferrer Guardia. Congreso de Copenhague (II Internacional).
Desastre del Barranco del Lobo (Melilla).
Conjunción Republicano-Socialista.
1910. Revolución mexicana.
Revolución y República en Portugal.
Elecciones legislativas. En Madrid triunfa la candidatura Republicano-Socialista con Pablo Iglesias.
J. Vera publica en *El Socialista* «Evolución moral» y «Adelante».
1911. I Congreso de la C. N. T. en Barcelona.
Insubordinación de la fragata *Numancia*.
Huelgas en todo el país.
Creación de la Escuela Nueva.
1912. Congreso de Basilea (II Internacional).
Grandes huelgas en Inglaterra.
Huelga ferroviaria en España, militarización de los huelguistas.

- Asesinato de Canalejas. Se crea el Partido Reformista.
X Congreso de la U. G. T.
IX Congreso del P. S. O. E. (según Morato, fue el más importante).
J. Vera escribe *En memoria del doctor Esquerdo, Ciencia y proletariado, Las dos lógicas, La verdad social y la acción, Las clases, A los jóvenes españoles*. Participa en la Liga contra la pena de muerte.
1913. Congreso Internacional Anarquista en Londres.
Gobierno conservador de Dato.
El Socialista se transforma en diario.
J. Vera, gravemente enfermo. Escribe: *Pablo Iglesias, La paz por intimidación, Informe oral (Sancho Alegre), Los intelectuales en el socialismo y Un voto en pro*.
1914. Estalla la Primera Guerra Mundial. Neutralidad española y prosperidad económica.
Crisis de la Segunda Internacional. Muere Anselmo Lorenzo.
La C. N. T. recobra la legalidad.
J. Vera, enfermo, preside el acto-homenaje al doctor Isla.
Escribe: *Farmacia y cooperación obrera, Los mineros, La ruina de Alemania y los socialistas españoles y Trabajo no pagado*.
1915. Gabinete de Romanones. Muere Giner de los Ríos.
Conferencia de Zimmerwald.
X Congreso del P. S. O. E. en la Casa del Pueblo.
J. Vera escribe *¿Qué fracasa aquí?, ¡Si viviera Jaurés!*, y para el X Congreso: *Ponencia sobre la guerra y Ponencia sobre la Conjunción*.
1916. Disturbios en todo el país por el alza de precios.
Pacto entre la C. N. T. y la U. G. T. (huelga general de veinticuatro horas).
Se forman las primeras Juntas de Defensa en el Ejército.
J. Vera escribe: *La locura en los niños, 18 de marzo de 1911, La hebefrenia, Trabajadores españoles, ¿me permitís unas preguntas?, A los albañiles madrileños, Alocución a los huelguistas del 18*.
1917. Constitución revolucionaria mexicana.
Revolución rusa.
EE. UU. entra en la guerra contra Alemania.
La «Lliga» entra en el Gobierno.
J. Vera escribe: *Los grandes problemas sociales*,

- La locura de don Aurelio Nilo y Amnistía, amnistía, amnistía.*
1918. Revolución alemana.
 Fin de la Primera Guerra Mundial.
 Comienza el «Trienio bolchevique» en Andalucía.
 Congreso de la C. N. T. catalana.
 Conferencia nacional anarquista en Barcelona.
 XI Congreso del P. S. O. E.: se rompe la Conjunción.
 J. Vera muere en su casa de Madrid, en la calle León, 1.

INDICE

	Págs.
JAIME VERA EN LOS PRIMEROS AÑOS DEL P. S. O. E.	
<i>Introducción</i>	7
<i>Los primeros años</i>	13
<i>A la luz pública</i>	19
<i>El informe</i>	21
<i>El Socialista</i>	24
<i>Médico de locos: Galeote</i>	26
<i>En la Academia de Jurisprudencia</i>	27
<i>El primer primero de mayo y las elecciones</i>	29
<i>El Congreso de Londres</i>	34
<i>1898</i>	35
<i>Sancho Alegre</i>	48
<i>La Gran Guerra</i>	50
<i>El X Congreso</i>	51
<i>La alianza U. G. T. - C. N. T. y la huelga general</i>	53
<i>La muerte</i>	56
APÉNDICE I: «El doctor Vera y el socialismo», por Juan José Morato	59
APÉNDICE II: Acta de la sesión celebrada por el grupo madrileño el día 20 de julio de 1879	63
<i>Programa del Partido Socialista Obrero Español</i>	65
<i>Organización del grupo socialista madrileño</i>	66

	<u>Págs.</u>
APÉNDICE III: <i>Bases a que debe ajustarse la redacción de El Socialista</i>	68
NOTA BIBLIOGRÁFICA	73
TEXTOS DE JAIME VERA	
Informe de la Agrupación Socialista Madrileña ante la Comisión de Reformas Sociales (1884)	81
Manifiesto de la Agrupación Madrileña a los trabajadores (1891)	143
Intervención en el mitin de los Jardines del Buen Retiro (1892)	151
Unión (1893)	152
El compañero León XIII (1894)	154
Carta al mitin del Liceo Rfús	155
Acción obrera	159
Verdades amargas (1898)	160
El buen camino (1900)	161
Paz o guerra (1901)	164
Los trabajadores intelectuales y el movimiento socialista.	166
La educación socialista	169
Discurso en el Liceo Rfús (para las elecciones)	171
Frase célebre (1902)	178
El amo (1907)	179
Evolución moral (1910)	181
¡Adelante!	183
La verdad social y la acción (1912)	184
Ciencia y proletariado. Productividad potencial e inversión de fuerzas	198
El específico de Enrique George	209
Los inadaptados (1912)	211
A los jóvenes socialistas	213
Las dos lógicas	216
Carta a «El Liberal»	220
Las clases	220
Pablo Iglesias (1913)	224
La paz por intimidación	234
Un voto en pro de la conjunción republicano-socialista.	241

	<u>Págs.</u>
Por Augusto Bebel	248
Farmacia y cooperación obrera (1914)	259
Los mineros (impresión)	274
Carta de Vera a <i>Acción Socialista</i> (sobre <i>El Manifiesto</i>).	276
¿Qué fracasa aquí? (1915)	278
¡Si viviera Jaurés!	284
Dictamen respecto a la guerra europea (X Congreso del P. S. O. E.)	288
Ponencia favorable a la conjunción republicano-socialista (X Congreso del P. S. O. E.)	297
La locura en los niños (1916)	300
18 de marzo de 1871	304
¡Trabajadores españoles! ¿Me permitís unas preguntas?	311
A los albañiles madrileños	313
Alocución a los huelguistas del 18	321
La huelga general (1917)	325
¡Amnistía! ¡Amnistía! ¡Amnistía!	329
<i>Cronología</i>	333